SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

MARZO - ABRIL DE 1944 AÑO XIV

BUENOS AIRES

S U M A R I O

V I C T O R I A O C A M P O
INTRODUCCIÓN

W A L T W H I T M A N
POEMAS

M O R T O N D A U W E N Z A B E L
LA LITERATURA EN LOS ESTADOS UNIDOS: PANORAMA DE 1943

J O H N P E A L E B I S H O P
TEMA DE LAS MUTACIONES DEL MAR

M A R I A N N E M O O R E
EN DESCONFIANZA DE MÉRITOS

E. E. C U M M I N G S
POEMA
EN ALGÚN LUGAR QUE NUNCA RECORRÍ

H A R T C R A N E
PROEMIO AL PUENTE DE BROOKLYN

W A L L A C E S T E V E N S
DOMINGO POR LA MAÑANA

K A R L J. S H A P I R O
CARTA DE NUEVA GUINEA

R O B E R T P E N W A R R E N
TERROR

D U N S T A N T H O M P S O N
SEÑOR DE FANTASMAS
MEMORARE

K A T H E R I N E A N N E P O R T E R
EL VINO DE MEDIODÍA

D E L M O R E S C H W A R T Z
EN SUEÑOS EMPIEZAN LAS RESPONSABILIDADES

M A R Y M c C A R T H Y
EL HOMBRE DE LA CAMISA DE BROOKS BROTHERS

J A M E S T H U R B E R
FÁBULAS PARA NUESTRO TIEMPO

E U D O R A W E L T Y
LILY DAW Y LAS TRES DAMAS

Escritores norteamericanos
que han colaborado
en este número.

INTRODUCCIÓN

En este número dedicado a la literatura de los Estados Unidos, con gran sentimiento aunque deliberadamente hemos omitido a una porción de escritores: unos por ya famosos y conocidos en la Argentina; otros, porque no es posible multiplicar más allá de ciertos límites las páginas de una revista. En los números corrientes de SUR *daremos a nuestros lectores alguna muestra de estos ausentes.*

Nuestra época siente particular afición por el periodismo; de ahí el éxito de algunos "best-sellers". He oído decir a un gran editor new-yorkino que este género de libros era el único que interesaba al público, con exclusión, o casi, de todo el resto.

El lector está inquieto por lo que ocurre en el mundo. Y ¿cómo echárselo en cara? Le sobran razones. Anda, pues, a la pesca de datos fidedignos y se abalanza sobre los traficantes de noticias, informaciones, interviús, crónicas, estadísticas, anécdotas, actualidades, pronósticos, profecías, sean buenos o malos. Lo que importa es enterarse de las fluctuaciones de la política y la guerra. El lector ávido y cándido toma al periodista de renombre por el Martín Gil de los acontecimientos y se

guía por sus predicciones acerca de las perspectivas generales del tiempo: de los tiempos.

Pero, como yo trataba de explicar al editor newyorkino, el periodismo no suele tener mayores relaciones con la literatura. Contrariamente a lo que opinan la mayoría de mis contemporáneos, yo creo —además— que hay más probabilidades de vislumbrar la dirección del porvenir en el rumbo de un escritor de categoría que en el editorial de un diario de tirada fabulosa o en los últimos telegramas de la Associated Press. No me inspiran confianza esas brújulas.

Para conocer la Norteamérica del siglo XIX y reconocer la que de ella surgiría en el siglo XX, dése al lector (buen entendedor, claro está) unas páginas de Whitman. Déjesele a solas con este poeta sin buenos modales ni mesura, pero todo hervor de savia, plantado en medio del suelo americano, árbol gigante que navega con su sombra más allá de sus raíces.

"I am the man, I suffer'd, I was there..." [1]

El lector tropezará con Lincoln o con el Potomac a la vuelta de cualquier página, aunque no se les nombre siempre. Las aguas de este río

("Lave subtly with your waters every line, Potomac...") [2]

corren por las venas de estos poemas con las visiones de Lincoln: "What I do say is that no man is good enough to govern another man without the

1 *"Yo soy el hombre, yo sufrí, yo estuve allí..."*
2 *("Lava sutilmente con tus aguas cada verso, Potomac...")*

other's consent" [1]. *¿De quién será esta voz? ¿Del poeta o del patriota abolicionista?*

Por estas razones, y también, no lo oculto, por preferencia personal, como testimonio de adhesión a cierta América —la que quiero, espero, y a la que consagro SUR *desde su aparición— he creído oportuno colocar al frente de este número unas páginas de* Leaves of Grass.

El poeta —cualquiera que sea su forma de expresión —, tras el bautismo de fuego que cada siglo le reserva, intenta reconstruir el mundo a imagen de una belleza de la que no puede prescindir. Pero esta belleza no es transmisible tal cual de una generación a otra. El gusano no hereda el capullo: sólo después de haberlo tejido se vuelve crisálida en él. Esta belleza será siempre atributo de los que la transforman sin casi proponérselo (yo no busco: encuentro, ha dicho Picasso), al someterla a una prueba dura y peligrosa: la de adaptarla a un mundo de circunstancias, combinaciones, modulaciones diferentes; la de obligarla a expresar este nuevo matiz de lo invariable. Así (y sólo así) llegará a ser para las generaciones futuras la estatua de alegrías y dolores, creencias y dudas que lleva en lo formal la semejanza de una época, pero sin época en cuanto a su esencia. Una estatua en que las generaciones futuras reconocerán rasgos de permanente parentesco, pero que no deberán empeñarse en remedar ni contradecir el día que fundan su propia estatua. Por exceso de sumisión o por rebeldía sistemática (el peligro es la sistematización, no la rebeldía inherente a una juventud en trance de creación),

[1] *"Lo que digo es que no hay hombre bastante bueno para gobernar a otro sin el consentimiento de éste".*

correrían el riesgo de falsear el parecido. Pues sin candor no se logra el parecido.

¿Serán estos escritores, todos ellos, jóvenes o maduros, suficientemente cándidos para lograr el parecido? ¿Quién se atrevería a asegurarlo? Pero Whitman se nos presenta ya

"Tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change..."

lo mismo que el otro gran genio americano.

Esta antología no tiene otro propósito que el de ofrecer al lector de lengua española la ocasión de echar una ojeada sobre la literatura y, a través de la literatura, sobre la vida contemporánea en los Estados Unidos, tal como la sienten y la piensan unos cuantos escritores aún poco leídos entre nosotros. Creemos que puede ser más instructiva y sutilmente reveladora que la mayoría de los artículos de la prensa.

VICTORIA OCAMPO

A LOS RICOS DONANTES

Lo que me dais alegremente acepto:
un poco de sustento, una choza y jardín, un poco de dinero,
cuando me reúno con mis poemas;
un techo y un almuerzo cuando viajo a través de los Estados: [marlos?
¿por qué avergonzarme de confesar tales dones? ¿por qué procla-
Pues ¿no soy yo también de los que hacen dádiva a hombres y mujeres?
¿Acaso no procuro a hombres y mujeres el acceso
a todos los dones del universo?

P E N S A M I E N T O

Igualdad... como si fuera para mí un daño el conceder a los demás los [mismos derechos y ventajas
que tengo: como si no fuera indispensable para mis propios derechos
que los demás también los tengan.

POETAS DEL PORVENIR

¡Poetas del porvenir! ¡Oradores, cantores, músicos del porvenir!
No es el hoy el que debe justificarme y responder para qué vine al mundo,
sino vosotros, una progenie nueva, nativa, atlética, continental, mayor que
[cuantas fueron hasta ahora:
¡En pie: pues vosotros sois quienes tenéis que justificarme!

Yo escribo tan sólo una o dos palabras de señal para el futuro,
yo sólo avanzo un instante para en seguida dar vuelta y tornar a la sombra.

Yo soy un hombre que, vagando al azar sin hacer alto nunca,
vuelve hacia vosotros de pasada sus ojos y esconde luego su rostro,
dejándoos a vosotros el demostrar y definir,
esperando de vosotros las cosas que son esenciales.

PARA TI, OH DEMOCRACIA

Ven, yo haré el continente indisoluble,
yo haré la más espléndida raza que alumbró nunca el sol,
yo haré divinos territorios magnéticos,
con el amor de los camaradas,
con el amor inextinguible de los camaradas.

Yo plantaré el compañerismo a manera de árboles a lo largo de todos los ríos de América,
a lo largo de los grandes lagos y las vastas praderas,
yo haré inseparables ciudades, los brazos de la una en torno del cuello de la otra,
por el amor de los camaradas,
por el viril amor de los camaradas.

¡Para ti, para ti sola, oh Democracia, para ti, mujer mía,
para ti sola canto yo estos cantos!

A ORILLAS DEL ONTARIO AZUL

(TRES FRAGMENTOS)

2. Una Nación que se anuncia a sí propia,
sólo yo puedo dar el único fruto por el que habré de ser apreciado,
yo no rechazo ninguno, todos acepto, todos reproduzco luego con mis for-
[mas propias.

Una raza cuya prueba son el tiempo y los hechos;
somos lo que somos, el nacimiento es respuesta bastante a las objeciones;
empuñamos nuestro ser como se empuña un arma,
somos fuertes y tremendos en nosotros,
supremos en nosotros, suficientes en nuestra variedad,
los más hermosos para nosotros y en nosotros,
a pie firme en el centro, ramificándonos desde allí sobre el mundo,
desde Kansas, Missouri o Nebraska, desdeñando los ataques de la burla.

Nada fuera de nosotros es para nosotros pecado,
ni lo que es aparente, ni lo que no lo es,
hermosos o pecaminosos sólo en nosotros mismos.

(¡Oh madre, oh hermanas queridas!
Si estamos perdidos, no es que un vencedor nos haya destruído;
por nuestro pie vamos siempre a la noche eterna.)

13. Rimas y rimadores pasan,
pasan los poemas destilados de poemas,
pasan los enjambres de reflectores y los delicados, dejando cenizas,
admiradores, importadores, hombres obedientes, constituyen tan sólo el [abono de la literatura,
América se justifica por sí sola; dadle tiempo, ningún disfraz podrá ni ocultarse de ella; impasible, [engañarla
sólo avanzará al encuentro de sus semejantes;
cuando sus poetas aparezcan, al encuentro de ellos avanzará en el instante no temáis que haya error. [oportuno;
(La prueba del poeta será diferida hasta que su país le absorba
tan entrañablemente como él absorbió su país.)

17. ¡Ah, en un relámpago veo que esta América es sólo tú y yo,
su fuerza, sus armas, su testimonio, somos tú y yo;
sus crímenes, mentiras, robos, defecciones, somos tú y yo;
su Congreso tú y yo, sus funcionarios, capitolios, ejércitos, naves, tú y yo;
sus gestaciones sin fin de nuevos Estados, tú y yo;
la guerra (esa guerra tan sangrienta y tan lúgubre, la guerra que quiero fuimos tú y yo; [de aquí en adelante olvidar),
naturales y artificiales somos tú y yo;
la libertad, el lenguaje, los poemas, los oficios, somos tú y yo;
tú y yo el pasado, el presente, el porvenir!

No me atrevo a prescindir de parte alguna de mí,
de parte alguna, buena o mala, de América,
ni a construir lo que toca construir a la humanidad,
ni a poner en la balanza categorías, caracteres, credos y sexos,
ni a justificar la ciencia o la marcha de la igualdad,
ni a alimentar la sangre altanera del robusto predilecto del tiempo.

Amigo soy de los que nunca fueron domeñados,
de los hombres y mujeres cuyo ser nunca fué domeñado,
de aquellos a quienes leyes, teorías, convenciones nunca podrán domeñar.

Amigo soy de los que marchan de frente con toda la tierra,
los que consagran a uno para consagrar a todos.

Yo no me dejaré humillar por las cosas irracionales;
penetraré lo que hay en ellas de sarcasmo hacia mí;
haré que las ciudades y civilizaciones se me rindan:
esto es lo que he aprendido de América: ésta es la suma, y ella enseño
[de nuevo.

(¡Oh Democracia, mientras de todas partes asestaban un arma a tu pecho,
yo te he visto dar serenamente a luz hijos inmortales,
yo he visto en sueños tu forma expandiéndose,
yo te he visto cubriendo el mundo con tu manto!)

WALT WHITMAN

(Traducción de Ricardo Baeza)

LA LITERATURA EN LOS ESTADOS UNIDOS: PANORAMA DE 1943

Informar acerca de la literatura de los Estados Unidos en 1943 es percatarse de la crisis que debe sufrir el arte de cualquier país en una época de conflicto mundial y actividad desesperada. La guerra actual, mucho más que la de 1914-1918, ha llevado a la cultura occidental a la prueba suprema de sus tradiciones y recursos. Es época de experimentación para todos los valores —sociales, políticos, morales y espirituales— que encuentran en el arte su centro y su expresión. Las naciones americanas descubren que, a pesar de estar alejadas de la violencia, están más profundamente implicadas en esa prueba, más activamente comprometidas en el juicio moral de su civilización, más trágicamente conscientes de las dimensiones y responsabilidades de éste de lo que jamás estuvieron en su historia pasada. La República de los Estados Unidos se ha visto obligada a examinar su papel en la cultura occidental, su destino y sus deberes específicos, más conscientemente de lo que era posible en la experiencia, comparativamente limitada, de la primera Guerra Mundial. La extensión material de la guerra actual, y el choque de los principios políticos que en ella culminan, no son de ningún modo la fuente fundamental de esta conciencia, del que es igualmente responsable el desarrollo de la inteligencia moral y crítica logrado por nuestros escritores y artistas en el último cuarto de siglo.

Si hoy nuestra literatura parece menos rica de acontecimientos que hace diez o quince años, si el número de talentos activos parece haber

disminuído, o si su trabajo parece bruscamente inhibido para la expresión creadora por descorazonamientos inmediatos, no hay motivo de pesimismo. Antes bien, esto debe considerarse como la consecuencia lógica de una conciencia en proceso de maduración; y más que ningún otro sector de la comunidad, son nuestros escritores y críticos de los últimos 25 años quienes han nutrido más seriamente ese crecimiento, quienes lo han expresado más focalmente.

Hace treinta años, la literatura americana [1] empezaba un nuevo ciclo de actividad y resurgimiento — el comienzo de uno de los más vigorosos períodos creadores de nuestra historia. Hoy ese ciclo parece cerrado. Pero el juicio sereno de 1943 debe reconocerlo como un movimiento que suscitó de modo consciente —ya sea como excitación momentánea o para más duradero agradecimiento— un sentido más completo y más crítico de los problemas básicos de la vida y del pensamiento americano, un conocimiento de sus energías y pasiones esenciales, aun más completo que en la época de Emerson, Melville y Whitman. Finalmente, nuestro período puede recordarse como más fuerte en talento crítico que en talento creador. Pero el siglo veinte es, necesariamente, época de acontecimientos críticos, de pruebas y padecimientos impuestos a la fortaleza humana. Sus sufrimientos físicos deben encontrar compensación en la fuerza de acción y en el juicio. Ya es absolutamente manifiesto que la nobleza o sinceridad que aportemos a nuestras pruebas actuales o a nuestras decisiones futuras, sea cual fuere, surgirá de lo que los escritores —más que los dirigentes públicos, los políticos y los hombres de acción— hicieron para que fueran imperativos esos principios, ineludibles esas responsabilidades, en una época que tan a menudo los humilló, o les negó el derecho a la existencia.

1 En este ensayo por conveniencia uso las palabras "América" y "americano" para referirme a los Estados Unidos. Comprendo que este empleo convencional es inexacto y que el término se aplica igualmente a todos los países de América, Norte y Sur.

I

La situación inmediata en la literatura de los Estados Unidos presenta una paradoja curiosa: la paradoja de una prosperidad sin precedentes en el comercio editorial y, en contraste, de una pausa, un intermedio de comparativa inactividad, entre los verdaderos escritores.

Por una parte, los libros se imprimen, se compran y se leen en cantidades enormes. Los editores divulgan cifras de ventas que superan todos los records. Los "best-sellers" rivalizan entre sí alcanzando ediciones enteras de trescientos a quinientos mil ejemplares. El papel barato y las ediciones de bolsillo han llegado a ser por primera vez mercancía corriente en el comercio de libros. Impresores, libreros, agentes de noticias y bibliotecas dan cuenta de una prosperidad desconocida desde 1929, y restringida solamente por la merma de papel en la época de guerra. El público —ya sea por placer o por provecho, ya sea para escapar de la guerra o para hacerle frente con toda la instrucción que los libros pueden dar— se ha hecho anormalmente ávido de material de lectura. El mundo está sentado en el aula de historia. Quiere libros que le expliquen la crisis a la que se ha llegado. O, a la inversa, quiere diversión — algo que le ofrezca una huída de la gravedad de la lección que tiene ante sus ojos. Libros de información de guerra u opúsculos acerca de la reconstrucción mundial compiten con memorias sentimentales y novelas. Clásicos como *La guerra y la paz* de Tolstoy o *The Rod Badge of Courage* (*La divisa roja del valor*) de Stephen Crane y *Sobre la guerra* de Klausewitz se reimprimen en ediciones rivales y pujan por la popularidad con novelas cinematográficas de novelistas populares. Tratados técnicos, compendios de matemáticas o de estrategia naval y anaqueles de "los cien mejores libros del mundo" aparecen en los escaparates de las librerías junto a las obras de Shakespeare, Scott o Dick-

ens completas en un tomo. El "público lector", progenie de la democracia, ha alcanzado una fuerza nueva, en número e importancia social.

En contraste, la literatura misma —la actividad seria de los escritores serios y de los artesanos artísticos— ha llegado a una pausa en su dramático desarrollo de los últimos treinta años. La literatura del siglo XX ha marcado un record de "movimientos", resurgimientos, agitaciones y descubrimientos y fecundidad sin precedente en los Estados Unidos. Hace un cuarto de siglo, la cultura americana celebró su "mayoría de edad". La agitación de nuevas ideas, de nuevas formas de expresión, y el advenimiento de nuevos asuntos estaba en el aire. El redescubrimiento de temas y experiencias americanos estimuló una rápida sucesión de grupos y partidos literarios. Cada nueva década impulsó otras formas de poesía, teatro, novela. Hoy, tal energía parece haberse gastado. Ha llegado una época de búsqueda minuciosa, de examen de conciencia, de revaloración de propósitos. El hecho macizo de una segunda guerra mundial se destaca sobre la mesa de trabajo del escritor. Los escritores de reputación establecida permanecen silenciosos o aguardan su momento. Los talentos más jóvenes probablemente estén luchando en los campos de batalla o en las fábricas. Los conflictos políticos que estimularon a los escritores hacia 1930 se han retirado a las trincheras de la actual necesidad militar. Insurrecciones estéticas recientes tales como el Expresionismo, el Superrealismo, o el Marxismo literario han dado señales de retirada. Un momento de preparación y de exploración del alma está cerca — el período de germinación, precursor, según creen los optimistas, del próximo resurgimiento literario que puede esperarse para después de la guerra.

Pero, como sucede a menudo, en tales crisis o encrucijadas de la cultura se ofrece la oportunidad de estimar las ganancias y valores de nuestro pasado literario y de pronosticar nuestro futuro. Tales ocasiones compensan a menudo su falta de interés externo con su alcance y su incitación a nuevas evaluaciones. Esta incitación no se produjo en

el año 1943, y ni siquiera cuatro años antes cuando la guerra estalló en Europa. Ha sido inequívoca en todo escritor americano serio de los últimos diez años.

Si hay un hecho central en la literatura contemporánea es su conciencia crítica. Hace veinticinco años Van Wyck Brooks dió, en los títulos de dos de sus ensayos más famosos, los nombres apropiados y rápidamente adoptados del nuevo movimiento de nuestra cultura. Era la hora de "*La mayoría de edad de América*" y de "*Un movimiento crítico en la vida americana*". La crítica, no meramente de la literatura, sino de las tradiciones sociales y morales de América, de sus instituciones políticas y económicas, llegó a ser una responsabilidad para todos los ciudadanos inteligentes. El crítico social y literario alcanzó una importancia que hasta entonces no había conocido. Tales críticos no se limitaban a escribir críticas. Han escrito poemas, novelas y obras teatrales. Su pensamiento ha penetrado todos los modos de expresión creadora e imaginativa. En el siglo XIX, hombres representativos como Matthew Arnold en Inglaterra y Emerson en los Estados Unidos profetizaban la Edad de Oro cultural para cuando "el artista y el crítico aparecieran en la misma persona". Esta combinación de fuerzas ha sido un rasgo prominente de la literatura contemporánea, tanto en Europa como en América.

No es una combinación que carezca totalmente de precedentes en los Estados Unidos. En "los mejores días" de la literatura americana —la brillante década de 1850 a 1860 que el profesor F. O. Matthiessen ha caracterizado recientemente como el "Renacimiento americano" en el excelente libro que lleva ese título— la confluencia del talento creador con el talento crítico apareció en escritores como Emerson, Thoreau, Hawthorne y Whitman. Antes había existido el talento extrañamente híbrido de Edgard Allan Poe. Después llegarían hombres como Henry James, William Dean Howells, Mark Twain, Henry Adams, William James, Stephen Crane y George Santayana, en cada uno de los cuales, en

formas y grados diferentes, la facultad artística se uniría con la crítica y se consagraría a estudiar los conflictos del carácter y de la sociedad americana. Esta aparición gradual del acento crítico en la literatura norteamericana ha sido dramáticamente subrayada por su conflicto con un acento aún más antiguo y más porfiado del espíritu americano: el acento de idealismo y de profecía visionaria, —al que ha corregido.

Los Estados Unidos fueron fundados como nación en la plenitud de una amplia y magnífica esperanza. Estaban dedicados a una misión en el mundo: la realización de un propósito, una vida y una libertad nuevas para el hombre en el hemisferio occidental. Tal misión —ya sea social, humanitaria, moral, política, o religiosa en sus variadas tesis— es categórica hasta el día actual. Esa misión adoptaba una nueva elocuencia en cada crisis de la historia de los Estados Unidos —en 1812, en las Guerras con los indios, en la Conquista del Oeste, en la Guerra Civil, en las consecuencias de la Reconstrucción, en la guerra contra España, en la de 1917-1918, en las luchas de clase que siguieron, y en la guerra que se precipitó sobre nosotros en 1941. Todo gran poeta y artista del siglo XIX se alimentó en la llama del idealismo americano que, hasta hoy, inflama, en parte por lo menos, a todo autor, popular o austero.

Pero este idealismo produjo también sus inevitables abusos y perversiones, y se utilizó para cubrir multitud de pecados que iban desarrollándose. Sus dos manifestaciones mayores, aparentemente contradictorias y sin embargo mutuamente complementarias, fueron, por un lado un nacionalismo exorbitante, y por otro, una sentido de inferioridad cultural con respecto a la tradición europea. La pauta europea llegó a ser el interés preferente de los snobs sociales y literarios; luego dominó el pensamiento y la enseñanza de los profesores académicos y de los árbitros literarios. Por otra parte, el nacionalismo fué el programa de los prestidigitadores beligerantes y de los aspirantes a la fama pública como bardos populares o profetas poéticos. Entre estos extremos, los verda-

deros talentos trataron de meditar; y ahora vemos el mérito más recio y duradero de hombres como Poe, Emerson, Hawthorne y Henry James, en su papel de meditadores críticos, de hombres que intentaron integrar la herencia europea con las ideas y experiencias específicamente americanas.

Whitman y James señalan los polos opuestos en la literatura de su tiempo, el primero como el rapsoda épico del destino americano, enamorado de los Estados Unidos y de su pueblo, cantor de América como urna de las esperanzas humanas de libertad y fraternidad; el segundo como el expatriado superlativamente civilizado, el explorador de los más sutiles y ricos arcanos de las culturas europeas. Sin embargo, ambos, Whitman en *Democratic Vistas* (Perspectivas democráticas) y *Specimen Days* (Días ejemplares) tanto como en sus poemas más profundos, Henry James en el largo panorama de sus libros, desde *The American* (El americano) en 1877 hasta *The American Scene* (La escena americana) en 1906, fueron hombres cuyos poderes creadores aliviaron las limitaciones del americanismo en su lento y penoso crecimiento hacia la madurez, al tiempo que sus poderes críticos corregían los excesos. El hecho ineludible para todo genio americano del siglo XIX fué su americanismo. La manera de arrostrar su incitación de hacer frente a las pruebas, de resolver para sí mismo el problema moral, le dió su papel peculiar e hizo factible su peculiar cualidad en la evolución de nuestra literatura.

Con todo, en el nivel popular, el problema del americanismo permanecía inestudiado a comienzos del siglo XX. Nuestros clásicos consagrados permanecían indefinidos en su sustancia y en su realidad básicas. Hawthorne era leído menos como profundo inquiridor de la tradición moral de New England que como cronista pintoresco del Salem Colonial o del Concord rural. Emerson se había vulgarizado como el alegre optimista de la "confianza" en sí mismo y del individualismo, genial latitudinario laureado del evangelio americano del éxito. Feni-

more Cooper había sido olvidado como militante social y crítico político y se le recordaba como novelista de indios y de luchas revolucionarias. Se admitía a Thoreau como un excéntrico bien dotado, y en el mejor de los casos como el gran sacerdote del culto americano de la naturaleza. Se desconocía a Poe en su carácter de enemigo del provincialismo, o de descubridor de las posibilidades simbólicas en el arte que dieron vida a todo un movimiento literario en la Francia de Baudelaire y Mallarmé, y se le recordaba como melifluo rimador y como escritor de cuentos grotescos. Un poderoso simbolista dramático como Herman Melville se leyó cada vez menos hasta que su nombre desapareció virtualmente de los textos de literatura. El nombre de Emily Dickinson apenas se mencionaba, aun en 1915. Y los libros de Henry James —soberanamente penetrantes en su estudio de la tradición moral y del carácter americano— avanzaban tan firme y valientemente desde su primitiva fluidez a la prodigiosa complejidad posterior y al dominio formal, que dejaron muy atrás al público lector y obligaron a James a aceptar el destino de ser "un escritor aislado de sus lectores", un "artista sin público", "un viejo escritor solitario", un desterrado, no sólo de América sino también de sus contemporáneos.

Mientras se permitía que estos escritores se deslizaran en la mala interpretación, o fueran olvidados totalmente, los laureados caseros de los Estados Unidos eran hombres de compromiso menos crítico, más lisonjero o consolador. Longfellow, Bryant y Whittier establecieron un tipo de tibieza moral o romanticismo patriótico que por medio siglo inhibió eficazmente a la poesía americana. En la novela y en el drama el producto flojamente imitativo, cordialmente humorístico y sentimentalmente realista o exótico ganó el favor público —las novelas de Edward Eggleston, Irving Bachellor, Paul Leicester Ford, Marion Crawford, James Lane Allen, John Fox, Booth Tarkington, Gertrude Atherton; las obras teatrales de Clyde Fitch, Augustus Thomas, Percy Mackaye, Edward Sheldon— linaje de autores que tiene representantes hasta en nuestros

días en hombres como Joseph Hergesheimer, John Marquand, Kenneth Roberts, Stephen Vincent Benét, Maxwell Anderson, Robert E. Sherwood, y el muy popular John Steinbeck, cuyos libros, a pesar de toda su sustancia social, parecen señalar, como ha dicho Edmund Wilson, "precisamente la línea divisoria entre la obra que es decididamente superior y la que es decididamente mala".

La verdadera literatura de los Estados Unidos todavía es hoy una resistencia a esta tradición de debilitamiento y sentimentalismo. Todavía estamos empeñados en recobrar —o con otra de las famosas frases de Van Wyck Brooks, en "crear"— "un pasado útil". Fijar en nuestro pasado cultural una estructura, lógica en el propósito y en la significación, es la preocupación persistente de nuestros mejores críticos y eruditos. Y el designio consciente de nuestros mejores escritores es llevar esa estructura, vital y total, a sus libros actuales.

Este proyecto, compartido por escritores de los propósitos más ampliamente divergentes, se funda en motivos más que estéticos. Está íntimamente ligado al desarrollo americano en inteligencia moral, social y económica. El novelista y el autor teatral contemporáneo, si pretende cierta atención pública seria, debe unir su habilidad artística a percepciones sociales y morales. Es rasgo especial de la poesía americana contemporánea, haber reflejado continuamente, a través de todas las variedades de su técnica y su experimentación, la crisis moral y el clima psíquico de su tiempo. Un cuarto de siglo atrás, T. S. Eliot en su brillante ensayo acerca de *Tradition and the Individual Talent* (La tradición y el talento individual) observaba que alguien dijo cierta vez: "Los escritores muertos están tan lejos de nosotros porque *sabemos* tanto más que ellos", pero añadía: "Precisamente, y ellos son lo que sabemos". La literatura, no menos que la vida del pasado, ha sido tomada al mismo tiempo como texto y como sustancia de nuestro conocimiento contemporáneo. En otro párrafo del mismo ensayo decía Eliot:

"Ningún poeta, ningún artista de cualquier arte que sea, tiene, aisladamente, significado completo. Su significación, su apreciación, es la apreciación de su relación con los poetas y artistas muertos... Lo que pasa cuando se crea una nueva obra de arte, es algo que pasa simultáneamente a todas las obras de arte que la precedieron. Los monumentos existentes forman entre sí un orden ideal que se modifica al introducirse entre ellos las nueva (realmente nueva) obra de arte. El orden existente es completo antes de que llegue la obra nueva; para que exista el orden después del advenimiento de la novedad, el orden *total* existente debe haberse alterado, aunque sea muy ligeramente; y así las relaciones, proporciones, valores de cada obra de arte con respecto al todo, se ajustan nuevamente; y esto es conformidad entre lo viejo y lo nuevo... el pasado debe ser alterado por el presente tanto como el presente guiado por el pasado. Y el poeta consciente de esto será consciente de grandes dificultades y responsabilidades".

Esta observación de Eliot es tan válida ahora como cuando fué hecha en 1917: señala un hecho profundamente arraigado en la conciencia de los escritores americanos contemporáneos. Nuestros artistas más rebeldes, nuestros experimentadores más libres, tienen el sentido de su medio moral, de su punto de existencia en una sucesión histórica. Los acontecimientos políticos y militares de su época, destructivos de tanta tradición del pasado, los han hecho, no obstante, anormalmente conscientes de los problemas de la historia, de la necesidad política y de las pruebas a las que las crisis militares someten los ideales americanos tradicionales. Las dos grandes guerras de nuestros siglos han sondado el sentido moral americano hasta su fondo. Ciertamente, cada vez que en el siglo XX ha aparecido la tendencia del espíritu americano a retroceder al provincialismo, a volverse condescendiente o arrogante o a repudiar los rumbos errados y las guerras de países extranjeros, a la fuerza ha tenido que volver a aceptar valores morales más amplios, más universales. Estas crisis no respetan clase ni credo. Destruyen la protección económica dentro de la nación como ente aislado

en la medida en que consolidan las responsabilidades políticas y morales entre las naciones. En forma similar, el artista contemporáneo ha sido constantemente acusado por cualquier principio exclusivista, especializado o limitador del que se haya enorgullecido alguna vez.

Todos los movimientos claramente estéticos de nuestra época han sido disueltos por la acción flúida del cambio social o económico; los acontecimientos y las necesidades públicas los han obligado a abandonar el retiro o el aislamiento. Así el Imaginismo, el Superrealismo y el Vorticismo se han visto obligados a abandonar sus credos especiales bajo la presión de las ideas políticas o sociales. Técnicas como el Simbolismo, el Torrente del Pensamiento y el Formalismo Clásico se han entregado a los reclamos de la experiencia psíquica y social. Ya no encontramos nuestro simbolismo más grande en la alegoría pura de Poe. Lo encontramos en la compleja sustancia moral de un Melville o un Henry James. Ya no encontramos nuestra más rica música verbal en los versos de un Longfellow, un Bryant o un Lanier. La encontramos en la compleja orquestación del trabajo más delicado de Whitman o en la clarividencia de Emily Dickinson. La parte más vigorosa de las obras americanas es la que, sin el sacrificio del vigor técnico, se ha consagrado a las posibilidades más completas del espíritu humano. No es accidental que nuestra crítica social y moral más penetrante aparezca en la obra de escritores que antes fueron considerados primordialmente como técnicos o artífices del estilo, —Marianne Moore, Katherine Anne Porter, Louise Bogan, Wallace Stevens, T. S. Eliot, E. E. Cummings, Allen Tate y Robert Warren. Pero no es menos notable un proceso inverso que ha tenido lugar en autores y críticos que antes se entregaron a la celebración explícita o al análisis de partidos sociales y políticos —Ernest Hemingway, William Faulkner, Edmund Wilson, John Crowe, Horace Gregory— todos los cuales, en diferentes formas, han vuelto a los valores específicamente artísticos y han consagrado su talento a integrar la experiencia política con la especial vocación del ar-

tista. Estas dos tendencias han sido recíprocas en su movimiento. La habilidad técnica ha recurrido a la sustancia humana para su nutrimento; el idealismo social ha vuelto al tipo de integridad y centralización estética para hallar duración y fuerza.

II

Mucho de lo que sucedió en la literatura americana de la última década, mucho de lo que sin duda ocurrirá en la década inmediata, es pues una culminación del desarrollo que se modeló en los primeros años de nuestro siglo. En ese desarrollo es esencial la integración de la inteligencia crítica con la imaginativa, de las ideas morales con las estéticas, y de la experiencia física y social efectiva con el simbolismo de los conceptos intelectuales. Nuestras obras más serias ofrecen una dramática interacción, una dialéctica sostenida de estos elementos. Aparece igualmente en la poesía de Eliot, Marianne Moore, Cummings, Tate, Warren, Gregory y Delmore Schwartz; en el mejor tipo de novela de Katherine Anne Porter, Robert Penn Warren, Hemingway, Faulkner, Caroline Gordon, Eudora Welty, y aun en el realismo más sentimental de Steinbeck y Saroyan; forma tanto la sustancia como la técnica de la mejor crítica reciente de Kenneth Burke, R. P. Blackmur, Edmund Wilson, John Crowe Ransom, Lionel Trilling, Allen Tate e Yvor Winters. Para entender los propósitos de estos escritores, para ver la unidad que existe entre los diferentes valores que representan, es útil echar una ojeada a los elementos significativos de los últimos cuarenta años que modelaron su pensamiento y su expresión.

Se ha hecho hábito común entre los historiadores y críticos de la literatura hablar del siglo XX en términos de décadas. A ello les han

alentado y persuadido los acontecimientos de la historia contemporánea. Nuestra época es anormalmente sensitiva a las fechas. A intervalos aproximados de diez años, llegan crisis perturbadoras del mundo para marcar que una fase de experiencia ha terminado, y otra se ha iniciado. Apenas se requeriría el ulterior apoyo de las teorías cíclicas de la historia, tales como las restauradas en nuestro tiempo —las de Vico, Hegel, Comte, Marx, Tolstoy, Henry Adams y Spengler— para estimular una aguda conciencia histórica en la imaginación moderna o para imponer una lógica dramática a las mutaciones de la cultura. No hace mucho era costumbre popular describir las fases sucesivas de la historia de los Estados Unidos en el siglo XIX con epítetos tales como "el hambriento 1840", "el fabuloso 1850", el elegante 1880" (la "Edad Sobredorada" de Mark Twain) y "el alegre 1890" (este último que tomó en préstamo, en la nomenclatura de Thomas Beer, el matiz de su contraparte inglesa o Wildeana, se transformó en "la Década lila"). Tales epítetos pueden no estar siempre de acuerdo con la realidad si se aplican al siglo pasado; pero en el nuestro hay una serie de fechas hitos, una evidente lógica de los acontecimientos, para justificar tal práctica. Las cuatro décadas pasadas proporcionan una perspectiva precisa para el estado actual de la literatura americana.

Para los Estados Unidos el siglo XX se abrió apenas despejado el aire del humo de la Guerra Hispanoamericana. El año 1900 vió al país tomar por primera vez su estatura completa de potencia mundial. El período de treinta y cinco años que siguió a la guerra civil en 1865 —período de reconstrucción, expansión física y empresas comerciales— había ganado gradualmente hacia una unidad militantemente nacionalista las poblaciones dispersas, las sangres mezcladas y los idealismos rivales de los cuarenta y ocho estados. El Sur de la derrotada confederación todavía quedaba muy postrado, como presa para la explotación comercial del Norte. Las fronteras del oeste estaban aún alejadas de los centros de riqueza y cultura. Amplias porciones de población extranjera inmigrante

no estaban todavía asimiladas a la vida y al patriotismo americano. Existían profundas grietas y desavenencias en las creencias políticas y económicas del pueblo. Pero un espíritu comprensivo de empresa y de iniciativa poseía al país. En el centro oeste, en el sudoeste, en el noroeste y en los estados del Pacífico las fronteras aún permanecían abiertas. Enormes áreas de riqueza no reclamada y no tasada invitaban al buscador. Los grandes proyectos para la industria, la agricultura, la construcción de ferrocarriles, y los recursos naturales inspiraban a los aventureros del comercio. El idealismo de la iniciativa personal pregonada por Emerson se aliaba con la misión profética del destino humanitario de América que había sido cantada por Walt Whitman.

Esta colaboración de principios —la competencia que se aliaba con la confraternidad, la empresa comercial con la visión social y la aventura física— dió a la nación un programa general en esta primera comprensión total de su fuerza física, de su prestigio continental, y de su rango como potencia mundial. La mezcla y el conflicto de estos elementos, su atracción y rechazo mutuos, se convirtieron en la preocupación de los escritores más serios de la nación. Los libros de William Dean Howells, Henry Adams, William y Henry James, John Jay Chapman y George Santayana registraron o criticaron los procesos de la madurez nacionalista. La poesía de Stephen Crane, Trumbull Sticknney, Santayana y William Vaughan Moody los reflejó. Las cumbres de la historiografía americana —Adams, Cheyney, Veblen y Beard— mostraron el sentido intenso de las hostilidades latentes en la empresa americana. La unidad nacionalista se había inflamado por la guerra con España. Esta guerra fué, como casi todas las guerras, algo más que un acontecimiento específicamente político o militar. Fué un momento de afirmación pública exageradamente intensa, una declaración de voluntad y de orgullo públicos. Presentaba a la nación en su primera actuación de responsabilidad como potencia mundial, como un país dotado de una misión. Era un momento de pronunciado sentimiento imperialista. La ética de los

poderes políticos alcanzaba su primera sanción en el hemisferio occidental. Los Estados Unidos reclamaban entonces una participación tanto en el sentimiento como en las sanciones.

Es verdad que hombres de espíritu crítico o liberal miraban esta crisis como un presagio de peligro. William Vaughan Moody designaba el momento como "época de vacilación" y hacía resonar su advertencia en "el corazón de su querida tierra allí donde ella tropezaba y pecaba en la oscuridad". Liberales como Howells, Frank Norris, Stephen Crane, Thorstein Veblen y E. A. Robinson veían con desasosegada pena el desarrollo de dos males gemelos —el imperialismo económico, mano a mano con las prácticas monopolistas que sobrepasaban todo lo que se había especulado en el siglo XIX. Pero el entusiasmo público dió la bienvenida a la guerra y al lisonjero sentido de proeza mundial que ella introducía. Estadistas y generales como McKinley, Theodore Roosevelt, el Almirante Dewey y Leonard Wood fueron símbolos de un nuevo heroísmo. Ya no se trataba de la tosca inspiración de los primeros revolucionarios o de los caudillos de frontera, ni de la inflexible firmeza que oponían hermanos contra hermanos en la Guerra Civil. Era una síntesis audaz de política militante e individualismo militante. El periodismo agresivamente nacionalista de la época tuvo mucho que ver en la creación de esa síntesis; popularmente se encarnó con Theodore Roosevelt, el "tosco jinete" que sucedió a McKinley como presidente, y durante ocho años condujo el país desde la Casa Blanca.

Empero, había una clara división de actitudes dentro de la nación. De un lado se levantaban las fuerzas del comercio y la industria, el "Gran Negocio" que había llegado a ser de tipo internacional. Por otro lado se levantaba la inteligencia escéptica de los críticos sociales y morales. Durante la década de 1900 a 1910, y aún hasta el acceso de Woodrow Wilson a la presidencia en 1913, un mercantilismo agresivo y patriótico dominaba la vida pública. El mismo espíritu, con su idealización de la riqueza, del triunfo personal, del privilegio y del "áspero individualis-

mo", inspiraba al periodismo y a la literatura popular. Los libros populares de ese decenio se leen ahora como los residuos de un mundo descuidado e inocente, tan alejado de nuestra vida actual como la vieja Europa que existía antes de 1914. Fué la década del automóvil primitivo, de los trasatlánticos lujosos y de los trenes trascontinentales, de las primeras hazañas de zepelines y aeroplanos, de los extravagantes casamientos internacionales y de los grandes viajes de los ricos, de la sana comodidad doméstica entre la gente más sencilla. Está de más decir que libros que sólo registraron estos rasgos superficiales de esa era, si sobreviven hoy, es sólo como piezas de época, sentimentales o pintorescas. En conjunto carecen igualmente de pensamiento serio y de arte serio. Las obras durables de este decenio provienen de hombres de otro temple —y la mayor parte alcanzó escasa popularidad en su época.

La poesía de Edwin Arlington Robinson, arraigada en la dura roca de su nativo Maine, registró no la historia triunfante de su época, sino la fortaleza ante la derrota y el estoico sufrimiento en los atajos y callejones sin salida de la actividad pública. Descubrió a su alrededor las pesadumbres secretas y los fracasos que yacían detrás de las exhibiciones exteriores de riqueza y ambición. Observó las victorias ocultas de "los hijos de la noche". Reveló las traiciones al honor y a la justicia de que era culpable la desigualdad social. Halló sus héroes no entre los príncipes de la riqueza moderna sino entre los desechos excéntricos, los desamparados, los vagos, los tontos del lugar en pueblos o ciudades, los orgullosos de corazón que aprendieron sus lecciones en una experiencia de fracaso que actuó como crítica radical del materialismo de la época. Su amigo, William Vaughan Moody, escribió sus mejores versos (la parte que escapa de la retórica moral y de la pedantería estilística) cuando puso en tela de juicio al evangelio americano del éxito en su *Ode in a Time of Hesitation* (Oda en época de vacilación), cuando expresó su temor al nacionalismo en *On a Soldier Fallen in the Philippines* (Acerca de un soldado caído en las Filipinas), o cuando, más patéticamente, ex-

presó su sentimiento acerca de la oscuridad de la esperanza humana en *Gloucester Moors* (Pantanos de Gloucester).

Entre los novelistas de este decenio, los dos de visión trágica son los que exhiben la integridad más grande, tanto en el arte como en el discernimiento moral. Edith Wharton, producto ella misma de la aristocracia más privilegiada de la ciudad de New York, se dedicó a escribir la severa disección de la farsa y pretensiones de la era millonaria. En libros tales como *The House of Mirth* (La casa del regocijo) y *The Custom of the Country* (La costumbre del país) puso al desnudo el cuerpo corrompido de nuestras más viejas tradiciones morales y las pasiones envilecidas del poder social y financiero. Theodore Dreiser, que había nacido en Indiana y había pasado muchos años en los duros ambientes del periodismo y el trabajo en una docena de ciudades, desnudó las mismas llagas y sufrimientos en crueles estudios naturalistas de las aldeas humildes y de la vidà ciudadana (en *Sister Carrie* y *Jennie Gerhardt*), o acusó el egoísmo maníaco y la pasión de poder que poseía a los dirigentes de los negocios americanos en *The Titan, The Financier, The Genius, Twelve Men,* (El Titán, El Financiero, El Genio, Doce Hombres), libros que anticipaban su más ambicioso estudio del conflicto americano, muchos años más tarde, en *An American Tragedy* (Una tragedia Americana). Había otros novelistas a quienes impelía este realismo moral —Stephen Crane, Frank Norris, Harold Frederic, Henry B. Fuller, y más tarde William Dean Howells—. También ellos desempeñaron su parte en la consolidación de la inteligencia crítica que redime a la literatura propia de un período irregular de transición. Frente al sentimentalismo general y a la vulgaridad estética, mantuvieron las fuerzas críticas que luego resurgirían cuando la nación adquiriría conciencia. El período de 1900 a 1913 fué esencialmente un período de ilusiones fáciles, de ambición que se lisonjeaba a sí misma, de tradiciones decadentes, y de hostilidad general al realismo. Los autores que las resistieron fueron ganando muy lentamente un auditorio. Pero cuan-

do lo ganaron, se los reconoció como profetas de un renacimiento literario y moral en la cultura americana.

Tal renacimiento llegó hacia 1912.

De pronto, resultó evidente una dramática renovación de actividad creadora, no sólo en New York y New England, sino en Chicago, en el Medio Oeste, en ciudades provinciales y en estados que hasta entonces habían desempeñado una parte mínima en la cultura literaria. Se fundaron nuevas revistas como instrumentos de expresión tanto crítica como creadora —*The New Republic*, *The Little Review*, *Poetry*, la renovada *Nation*, *The Seven Arts*, *The Masses* y *The Liberator* (La Nueva República, La pequeña revista, Poesía, La Nación, Las siete artes, Las Masas, El Libertador). La Guerra Europea, en la que América se vió envuelta en 1917, espoleó una nueva preocupación de reforma social y económica. Se anunciaba una era de novedad —"nueva poesía", "nuevo drama", "nueva novela", "nueva crítica". El liberalismo instigaba al ataque contra el conservadorismo, la tradición puritana y los intereses invertidos en la riqueza y en la política. Restauración fué la palabra clave de la hora. Una nueva generación de portavoces de la crítica vocearon las reclamaciones de la ilustración cultural y social —Randolph Bourne, Van Wyck Brooks, H. L. Mencken, Robert Morss Lovett, Max Eastman, Walter Lippmann, J. E. Spingarn y Lewis Mumford. El trabajo de precursor en pro de la libertad estética realizado por James E. Huneker alistó a una hueste de discípulos que se oponían al tradicionalismo moral de los "Humanistas" como Irving Babbitt y Paul Elmer Moore. El escepticismo social y económico de historiadores como Adams, Veblen y Beard inspiró a una nueva generación de extremistas quienes llevaron entonces los temas del socialismo y el marxismo al campo de la disputa política. De pronto se vió a Whitman y Melville como a los verdaderos profetas del destino americano. El pasado se hizo "utilizable" por caminos alarmantes y peligrosos. El presente descubrió el valor de una beligerancia e inspiración nuevas. Los Estados Unidos se

encontraron en las angustias de una agitación literaria y cultural más vigorosa que ninguna desde los días anteriores a la Guerra Civil.

Empero, dos tendencias divergentes, ya firmemente fijadas en los impulsos culturales de la nación, se afirmaron luego en la literatura, y cuando ahora volvemos la vista a este decenio de innovaciones, nos impresiona más su familiaridad que su novedad. Una era la insistencia sobre la índole vernácula de la vida americana, su folklore, su sentimiento y su idealismo de tribu. El hecho de que este idealismo asumiera la nueva forma de una moderna experiencia social e industrial no altera el hecho de que estuviera fundada en el mismo nacionalismo espiritual que inflamó a Cooper, Whitman, Emerson y Melville. Se mostró en la poesía folklórica de Vachel Lindsay y Carl Sandburg, en la sagaz sabiduría de New England de Robert Frost, en las legendarias extravagancias de Amy Lowell, y en las novelas regionales o históricas de Willa Cather, Ellen Glasgow, Hergesheimer, James Branch Cabell, Ernest Poole y Mary Austin. Aun allí donde se sometía este tema a trágico examen como en las novelas de Theodore Dreiser o en los versos de Edgard Lee Masters, o a la sátira, como en Sinclair Lewis, o a un nuevo tipo de realismo patético, como en las primeras novelas de Sherwood Anderson, aun allí está inconfundible la preocupación por descubrir las típicas experiencias básicas del pueblo americano.

Todos estos escritores —sea en términos heroicos o sentimentales, sea trágica o humorísticamente —estaban preocupados por sus deberes de ciudadanos en una comunidad a la que se exigía aclarar y definir las bases de su vida moral. Si eran artistas, eran también siempre, alguna otra cosa —historiadores, moralistas, patriotas, o custodios de la fe nacional—. Se enorgullecían al levantar a un nivel nuevo de examen y comprensión las condiciones físicas y espirituales de la vida en los Estados Unidos. Si se ocupaban del heroísmo, alardeaban de una más clara visión del hecho físico y moral que sus antecesores. Si se ocupaban del realismo, alardeaban de un sentido más agudo, más rígido de

la verdad espiritual que los toscos cronistas e historiadores del siglo XIX. Si rechazaban el pasado, sólo lo hacían para revelar finalmente su parentesco con alguno de sus espíritus más vigorosos. Ahora se considera a Dreiser tan heredero de Cooper, Howells y Crane como de Dostoievski o Zola. Lindsay, Masters y Sandburg, caen todos en el linaje de Whitman. El Nebraska de Willa Cather es la frontera espiritual del Massachusetts de Hawthorne o del Maine de Sarah Orne Jewett. Satíricos como Sinclair Lewis pertenecen a la tradición de Mark Twain tan claramente como Sherwood Anderson con su niñez de Ohio. De entre estos escritores, los mejores evaluaron nuevamente los prejuicios e ideales nacionales, los basaron en una nueva documentación de las condiciones físicas de la vida americana, y renovaron con su estilo y su observación, las obligaciones del sentimiento americano que habían resistido a la prueba del tiempo. Cuando fracasaban en el estilo o en la energía visual, en seguida recaían en el sentimentalismo o en la pobreza creadora —destino que había de alcanzar a una gran mayoría de ese grupo en los dos decenios siguientes.

Precisamente la renovación de la estilística y de la energía visual —en otras palabras, lo específicamente literario— preocupaba a otro grupo de escritores de ese período. Estos escritores no rechazaban tanto el pasado o los sentimientos autorizados del presente. Rechazaban el provincialismo de la vida americana en sí. Eran los descendientes de nuestros expatriados primitivos —de Henry James, Whistler, Lafcadio Hearn, J. S. Sargent, y de artistas más antiguos que buscaron oportunidad e inspiración en Londres, París o Italia. Intentaban romper el confinamiento del arte americano, llevarlo a la más amplia comunidad de los intereses internacionales. Pensaban en términos de valores universales, no regionales o nacionales. Su liberalismo era menos activo que espiritual; se preocupaban menos por los fines prácticos de la justicia social o política que por los fines espirituales del arte y sus reglas como disciplina y como técnica. Como todos esos rebeldes del

provincialismo, se volvieron hacia afuera en busca de modelos, trataron de asimilar la literatura americana a su origen y continuidad europea. Ellos trastrocaron una de las mayores actividades de la literatura americana. Ya no intentaron cortar amarras con las influencias y modelos europeos, sino restaurar la literatura Americana a su parentesco natural con las tradiciones mayores de la cultura europea, y mostrar su aptitud para mantenerse en pie de igualdad con ellos. Sus motivos eran dobles: estéticos y éticos, y hallaron expresión completa en la obra de dos hombres especialmente influyentes en el cumplimiento de este retorno a las reglas del otro lado del océano: Ezra Pund y T. S. Eliot.

Pound había vivido en Europa desde 1908; había organizado activamente el Imaginismo y el Vorticismo en Londres, y pronto llegaría a ser una de las personalidades dirigentes del Experimentalismo de postguerra en París. Su principal ejemplo de innovación literaria fué el simbolismo francés, pero recorrió ampliamente las civilizaciones del mundo en busca de ideas y modelos artísticos —fué a la antigua poesía china, a la Roma de Catulo y Propercio, a lo Anglosajón, a la Italia y la Provenza medievales, a Dante, a los traductores isabelinos y a los innovadores franceses contemporáneos. Defendió un tipo estético militante, salvamento para el arte de las fórmulas y la abstracción circunspecta. Lo atraían críticos y editores como Henry James, Remy de Gourmont, W. B. Yeats y T. E. Hulme, quienes pretendían menos organizar un sistema filosófico partiendo de sus gustos y discernimiento que renovar y extender éstos por el estudio constante de los problemas de forma y estilo. Fué tan ecléctico en la técnica de su arte como Picasso o Stravinsky. Su entusiasmo era tan contagioso que pronto se lo reconoció como dirigente en innovación creadora y en enseñanza crítica. Transformó el experimento en una necesidad y en un principio, y siempre tomó parte en la lucha contra el convencionalismo, en el Imaginismo, en el Vorticismo, en los laboratorios estéticos de París, en el Objetivismo. Nunca dió a su trabajo apariencia sistemática puesto

que "durante la noche los sistemas se convierten en tiranías". Los títulos de los libros indican sus ideas: *Instigations* (Instigaciones), *Irritations* (Provocaciones), *How to read* (Como leer), *The A. B. C. of Reading* (El A. B. C. de la lectura) y *Make it New* (Hazlo de nuevo) y fueron escritos no tanto para persuadir como para provocar y *fijar* así la autoridad de la literatura creadora misma. Pound retrotrajo tanto la crítica como la poesía a un estudio de textos y estilos más activos de lo que jamás intentara hacer el Impresionismo, y su obra, a pesar de la violencia, la improvisación y la táctica de choque, tiene las virtudes que acompañan a estas acometidas deliberadas. Era directa, enérgica, experimental y fructífera. Mientras se adhirió a su programa de acción estética fué una de las influencias más vigorosas en la literatura americana de nuestro siglo. La tragedia de Pound es haberse salido al fin de su talento natural para hacerse propagandista de reformas políticas y económicas que al fin le llevaron a simpatizar con el régimen fascista de Italia, a declararse antagonista de la cultura democrática, y finalmente enemigo de la propia América, cuando se hizo simpatizante del gobierno de Mussolini y traidor convicto contra su país natal.

El temperamento de su amigo y compañero de trabajo, T. S. Eliot, fué siempre esencialmente diferente. También Eliot participó en un amplio plan de estudios e investigaciones culturales, clásicas, medievales y renacentistas. También proviene de las lecciones del simbolismo francés; también él estuvo a la vanguardia del experimentalismo poético. Pero a diferencia de Pound, la mente de Eliot era básicamente crítica, en las más completas implicaciones morales e históricas del término. Aunque abandonó los Estados Unidos hacia 1910 y finalmente se hizo súbdito británico, nunca se separó de sus raíces de heredero del pensamiento moral de New England. El primero y el último criterio tanto de su poesía como de su crítica es: *tradición.* Se consagró a la tarea de que el hombre y el poeta moderno reconocieran su dependencia con respecto a la sustancia total y a la continuidad de la cultura occidental. Situaba

esa continuidad en el hecho de que "las instituciones son necesarias". Para él, tales instituciones resultaban ser la Nación Británica, la Iglesia de Inglaterra, la tradición clásica en literatura y en política, la tradición católica en la creencia religiosa y ética. Sus primeros poemas y particularmente su obra maestra, *The waste land,* de 1922 (La tierra desolada), lo alistó como el portavoz de la moderna generación de escépticos, desterrados espirituales de la autoridad heredada tanto en religión como en moralidad social — la generación que cayó entre la pauta autoritaria y la democrática y buscó su único consuelo en la inteligencia escéptica y en la libertad estética. Pero este carácter de portavoz fué posible debido a una equivocación básica en la interpretación de su obra. Pues el tema central de Eliot era la necesaria responsabilidad del hombre moderno ante la autoridad de la tradición y la forma filosófica. Su aparente desposeimiento espiritual sólo hizo más imperativa su vuelta a las demandas esenciales de continuidad y autoridad. Partiendo de este principio Eliot construyó su tipo de ortodoxia — una ortodoxia constante en sus leyes, si bien continuamente cambiante en sus condiciones y demandas. Tal ortodoxia está igualmente en la base de la poesía y de la crítica de Eliot, ambas se influyen recíprocamente, y su ejemplo ha sido uno de los más formidables y sugestivos en el último cuarto de siglo tanto en la literatura inglesa como en la Americana.

Hubo otros dos escritores de la generación de Eliot y Pound que hicieron suya la tarea de alcanzar una nueva integración del espíritu contemporáneo a través de la disciplina estética. La poesía de Wallace Stevens —comenzando por sus primeros trabajos como *Sunday morning* (Domingo por la mañana), y *The Comedian as the Letter C* (El comediante como la letra C), que son todavía sus obras más logradas— trató de imponer un orden de sensibilidad e inteligencia sobre el caos de la experiencia y el escepticismo modernos. Los versos de William Carlos Williams se consagraron a la tarea de poner a prueba el patetismo inherente a la naturaleza o a la experiencia por medio de notaciones cándida-

mente objetivas de apariencias y atracciones físicas. Williams fué desde el comienzo un crítico de las ilusiones del sentimiento. Intentaba restituir los fenómenos naturales y humanos a su inocencia esencial, desnudarlos de falso patetismo y refrescar su realidad original. Su primera práctica fué el Imaginismo, pero al cabo había de ampliar su arte hasta llegar a ser una especie de Imaginismo social y humanitario — empleo de gentes, acontecimientos y acciones como símbolos en lugar de formas inanimadas o cosas.

El arte exquisito de Marianne Moore ha sido desde sus comienzos una disciplina de distinciones — un escrutinio de las capacidades de observación y sensación del hombre, y de su poder para llegar a través de ellas al conocimiento de las leyes o de las verdades que existen por debajo de los enjambres de fenómenos que lo rodean y asaltan su inteligencia. Su imaginación se ha preocupado siempre por captar los verdaderos atributos físicos de los animales, las cosas y los hombres, y por hacer actuar a éstos en lugar de los falsos valores sentimentales que los han pervertido o envilecido. Como Blake, "toman su imaginación al pie de la letra", y coloca lo visible en el foco de la inteligencia, allí donde coinciden visión y concepto, donde la naturaleza se transforma en puro y total realismo de ideas. La obra de Stevens, Williams y Miss Moore, como la de Pound y Eliot, influiría en el futuro más vigorosamente que la de muchos innovadores poéticos de la década de 1910 a 1920. Su combinación de energía intelectual y estilística ha sobrevivido a muchas pruebas de cambio y moda. Tanto en influencia como en producción efectiva su obra continúa siendo más viva que la de cualquier otro de los poetas distintamente americanos que hace veinticinco años aparecieron como sus contemporáneos.

La década que se extendió de 1918 a 1929 fué un período quizá aún más rico en variedad y novedad literaria que el que lo precedió. La guerra había terminado. El alivio de su opresión y de su violencia fué

tomado como indicio de una emancipación de la autoridad aún más extrema que la anunciada por los insurgentes de 1912. Si el "nuevo nacionalismo", la "nueva literatura" y el "nuevo liberalismo" fueron las palabras claves de la década previa, la década de posguerra halló su rótulo en "la nueva libertad". Allí donde la competencia en la iniciativa y la fiebre de especulación estaban a la orden del día en el comercio, en los grandes negocios y en la política, un completo e incontenido espíritu de individualismo fué la regla tanto en la vida personal como en la creadora. Había empezado la "edad del jazz" y Scott Fitzgerald fué su laureado. El behaviorismo y el psicoanálisis fueron elevados a la categoría de cultos de la experiencia. La "joven generación" se congregó en Greenwich Village y en París para buscar oportunidades de expresión personal. El ejemplo de la prosperidad en asuntos económicos alentó un evangelio similar en arte y en acción. Europa envió sus novedades de pintura, ballet, escenografía, música y arquitectura para que encontraran el apoyo del fácil dinero americano y de los aún más fáciles entusiasmos americanos. En 1920, de acuerdo con uno de los lemas favoritos del decenio, "no había nada sagrado", y uno de los períodos más frenéticos de la moderna experimentación emocional e intelectual se había lanzado en una loca carrera. A pesar de nuestra posterior censura a esta década, debe reconocerse sin embargo que fué uno de los períodos más estimulantes que las artes hayan conocido en los Estados Unidos. Empero, aun aquí, encontramos ahora en el trabajo perdurable de ese período notables evidencias de las dos disciplinas más importantes de la literatura americana moderna — la disciplina de los hechos y la disciplina de la forma, y ambas se ingeniaron para sobrevivir a la licencia y al abuso a que las sometieron talentos sensacionalistas o irresponsables.

El realismo de Dreiser, Sinclair Lewis y Sherwood Anderson se sujetó entonces a las restricciones de una conciencia estética de la que estos hombres habían dado escasas muestras. En forma similar, el idealismo heroico de Willa Cather quedó contenido por un nuevo sentido

del hecho social y económico. La combinación de conciencia artística y social comenzó a aparecer poco después de 1920 en las novelas de John Dos Passos y Scott Fitzgerald, y fué muy importante en el desarrollo del notable talento de Ernest Hemingway. Estos tres hombres son las personalidades dominantes de dicha década en la novela americana. Dos Passos empezó en 1919 con su novela de la guerra, cáusticamente amarga, *Three Soldiers* (Tres soldados), uno de los primeros libros que presentaron —siguiendo la tradición del *Red Badge of Courage* de Stephen Crane— un informe desilusionado de las proezas militares y patrióticas. De aquí avanzó a un tratamiento igualmente escéptico de la estructura social y económica de América. Su inventario de nuestra vida nacional en su más completa amplitud y complejidad apareció por primera vez en *Manhattan Transfer*, en 1925, pero había de alcanzar dimensiones transcontinentales en su trilogía de novelas —*The 42nd Parallel, Nineteen Ninneteen y The Big Money* (Paralelo 42, 1919 y El gran dinero) que serían reunidas finalmente con el título de *U. S. A.*, obra cuyo nombre y plan la anuncian al mismo tiempo como uno de los más ambiciosos tratamientos hasta ahora intentados de las complejas oposiciones dentro de la armazón social de la vida americana. A pesar de sus vacilaciones de estilo y tratamiento es una de las más serias estructuras novelísticas hasta ahora intentada por un novelista americano, y fijó un programa peculiar para los novelistas de los Estados Unidos, ambiciosos y de inclinaciones a lo épico. Scott Fitzgerald fué otro escritor que mostró avidez inmensa por las extrañezas del comportamiento social americano. Su obra comenzó como un tributo en franca simpatía con los hijos de la posguerra, de la "edad del jazz", y libros como *This side of Paradise* y *The Beautiful and Damned* (Más acá del paraíso, Belleza y condenación) sobreviven principalmente como recuerdos de ese momento demente. Pero desde la época en que alcanzó su madurez efectiva en 1925 con *The Great Gatsby* (El gran Gatsby) —novela que había de quedar como su último libro digno de nota y totalmente acaba-

do hasta su muerte en Hollywood, donde el mercantilismo literario y la literatura de películas casi derrotaron sus brillantes dotes— vería la edad del jazz bajo una luz mucho más fuerte y formularía acerca de ella uno de los juicios más sagaces a los que llegó miembro alguno de su generación. Esta admirable novela corta es libro clave de su década. Fija inolvidablemente el sentido de fracaso y tragedia que afligía al mundo de posguerra. Su héroe, un hombre misterioso, patético, irremisiblemente perdido de los bajos fondos de New York, condensa el patetismo de una era que se libertó de las raíces de la tradición y de la autoridad, y que, sin embargo, luchó desesperadamente para encontrar su dignidad en un mundo del que se había desvanecido todo modelo tradicional de dignidad o mérito moral.

Pero quedaba para Ernest Hemingway la tarea de compendiar más claramente la promesa de la "generación perdida" que Gertrude Stein había columbrado tan penetrantemente desde su trono de gran sacerdotisa de la expatriación artística en París. Hemingway era sólo uno de los muchos americanos que se apiñaban en la Orilla Izquierda, en París, después de la guerra. Pero tenía el privilegio de sentir la situación de sus compañeros de destierro porque llevaba consigo a su morada extranjera las viejas obligaciones americanas de su infancia, recuerdos de valor humano y de ambición heroica ganados en la guerra, en el frente italiano de batalla, y un sentido penetrante del atolladero moral de sus contemporáneos. Esos recuerdos le proporcionaron la perspectiva con la cual escribió las interpretaciones austeramente objetivas de su infancia y de su primera juventud en los relatos breves de *In Our Time* (En nuestro tiempo); lo instruyeron para escribir su épica en miniatura de la "generación perdida", *The Sun also Rises* (También el sol se levanta); animaron su estudio de ironía heroica más sentimental, pero más cuidadosamente modelado, en *A Farewell to Arms* (Adiós a las armas); continuamente animan sus relatos breves y persistirían como virtud salvadora en los libros que siguieron —*Death in the Afternoon*

(Muerte por la tarde), *Green Hills of Africa* (Colinas verdes de África), *To have and have not* (Tener y no tener) y *For whom the Bell tolls* (Por quién doblan las campanas); en los cuales los excesos del credo de acción o de heroísmo personal de Hemingway derrotan a menudo completamente a su primitiva exactitud de estilo y discernimiento. Hemingway, tanto por la ironía como por el estilo admirablemente controlado de sus primeros relatos, dió la pauta a toda una generación de novelistas —hombres que se especializaron en la ironía patética de la vida dura. Su influencia puede rastrearse a través de las obras de talentos recientes como Morley Callaghan, John O'Hara, James Cain y William Saroyan. Él llevó la tradición de Mark Twain a las torvas realidades de la experiencia de posguerra y, a pesar de maltratar y disipar sus mejores méritos, y tanto por su arte como por su discernimiento humano, es todavía el representante del esfuerzo más original en la literatura de imaginación de posguerra.

El mismo esfuerzo, mezcla de originalidad estética y de curiosidad moral, fué lo que destacó claramente las obras de O'Neill entre las abundantes obras de talento que llenaban los teatros americanos hacia 1920. Los autores que escribieron para la escena de posguerra utilizaron rápidamente el nuevo espíritu social y realista que estaba en el aire. Se incorporaron las novedades de la escenografía y las técnicas europeas. Durante diez o quince años ventilaron considerablemente el teatro americano de la sofocación convencional y sentimental que por largo tiempo lo había oprimido. Empero, la mayor parte de estos talentos —George Kelly, George Kaufman, Marc Connolly, John Howard Lawson, Robert E. Sherwood, Elmer Rice, S. N. Behrman, Sidney Howard— aun cuando estrenaban obras tan renovadoras como *The Show-Off* (La exhibición) de Kelly o *The Adding Machine* (La máquina de sumar) de Rice o *Beggar on Horseback* (Mendigo a caballo) de Kaufman y Connolly — mostraban escasa capacidad escénica esencial. Si se entregaban a la originalidad personal como Rice y Lawson, su energía se malgastaba

pronto o retornaba al modo convencional. Si continuaban estrenando, lo hacían principalmente como proveedores de hábil entretenimiento teatral, carente de verdadera sustancia dramática o de sinceridad.

Pero Eugenio O'Neill combinaba genuino instinto de teatro con la pasión moral de un poeta. Poseía el sentido de la violencia moral, racial y ética profundamente arraigadas en la vida americana. Percibía la derrota en las vidas solitarias o frustradas. Sabía cómo combinar sus lecturas de la experiencia americana con las convenciones sancionadas por el tiempo y los símbolos del teatro antiguo y moderno. Fué esta facilidad en el manejo escénico la que le proporcionó una base para su invención experimental en obras como *The Emperor Jones* (El emperador Jones), *The Hairy Ape* (El mono velludo), *The Great God Brown* (El gran dios Brown), y *Marco Millions.* Su habilidad consistió en trasladar las situaciones americanas de conflicto y violencia a los símbolos escénicos griegos o isabelinos: *Desire under the Elms* (El amor bajo los olmos), *Strange Interlude* (Extraño interludio) y *Mourning becomes Electra* (A Electra le sienta el luto). Su destreza para disimular sus ambiciones filosóficas con buen teatro dió sinceridad a obras más realistas, tales como *Beyond the Horizon* (Más allá del horizonte), *Gold* (Oro) y *Anna Christie.* Pero esa destreza reveló sentimentalismo o presunción en obras posteriores tales como *Ah Wilderness, Dynamo* y *Days Without End* (Oh, el yermo, Dínamo, Días sin fin). En los últimos nueve años O'Neill ha permanecido silencioso, preparando en el apartamiento un prometido ciclo de nueve obras que presumiblemente cumplirán sus más amplios propósitos como crítico de su época. Sus críticos se mantienen en la duda respecto a esta ambición. Empero, deben admitir que cuando llegue la próxima fase del drama americano, habrán de tomar como punto de partida el talento de Eugene O'Neill, cualquiera sea la nueva región que al futuro teatro le sea permitido explorar.

La poesía de 1920 hervía de personalidades. Fué el decenio en

el que Edna St. Vincent Millay llegó al triunfo como exponente de la juventud liberada, expresándose en términos que variaban desde la genuina elocuencia lírica hasta la más chillona parodia de sus amaneramientos más serios o artificiosos. La delicada artificialidad del verso de Elinor Wylie a veces sobrepasó su debilidad inherente por la fuerza de una técnica precisa y melindrosa. Un arte más intenso y sutil apareció en la lírica de Louise Bogan y Leonie Adams, ambas poetisas de severo refinamiento de estilo y discernimiento rara vez patente en los versos de cualquier nación. Apareció la obra temprana de los poetas del sur —John Crowe Ransom, Allen Tate, Robert Penn Warren— y pronosticó la parte significativa que esos hombres y sus colegas desempeñarían más recientemente en el estudio del problema total de la tradición americana a través del lente de una historia y una experiencia regional particular. El esfuerzo por condensar en caracteres míticos la conciencia popular de los americanos reapareció, como lo hace periódicamente, en los poemas de Phelps Putnam o en la épica popular de Stephen Vincent Benét. El individualismo poético alcanzó el ingenio más sutil y la originalidad satírica en la poesía de E. E. Cummings, que es todavía uno de los talentos menos sometidos, menos influídos y más independientes de la literatura americana. Pero en la poesía de fines del decenio un poeta manifestó especial ambición —una ambición que caracteriza a gran número de hombres que lo precedieron y lo siguieron, y que consistía en armonizar el impulso nacionalista de la poesía americana con su ambición estética. Este esfuerzo por armonizar la expresión popular con la estética, la pública con la individual, y la simbólica con la profética, ha sido, como ya lo hemos visto, el ideal mayor de casi todo poeta y prosista genuino que América ha producido. Tal fué la ambición que aguijoneó a hombres tan diferentes como Hawthorne, Whitman y Melville; y en el siglo XX ha proporcionado un problema a cada escritor de talla pública consciente. El poeta que entonces se presentaba como custodio de este proyecto era Hart Crane. Crane, suici-

da, murió en 1932 y generalmente ha sido considerado como un hombre derrotado en su intento. Pero su obra y particularmente su poema *The Bridge*, escrito en 1930 (El puente), aún queda como una empresa memorable en la literatura americana moderna.

La ambición de presentar el destino de América en proporciones épicas ha sido siempre un impulso para los autores americanos. Whitman estableció este ideal para los poetas. *Moby Dick* de Melville había hecho lo mismo para los novelistas contemporáneos. El "Vellocino de oro" de los novelistas en los Estados Unidos es la "Gran novela americana", y escritores tan diferentes como Dreiser, Sinclair Lewis y John Dos Passos lo adoptaron como su meta deliberada. En forma similar la composición de poemas que condensaron la esperanza espiritual o el sueño del país ha sido el impulso latente en gran parte de la poesía reciente. Poemas tales como *New Found Land* (Terranova) y *Conquistador* de Archibald McLeish han examinado alternativamente qué "extraño es ser americano" o han revivido el drama épico de los conquistadores mexicanos como medio de expresar un ideal de conquista. *Trinc* de Phelps Putnam fué la búsqueda de un mito popular. *Ode to the Confederate Dead* (Oda al muerto de la Confederación) de Allen Tate revivió la tragedia de la confederación del Sur como medio de celebrar el heroísmo espiritual. *John Brown's body* (El cuerpo de John Brown) de Stephen Vincent Benét hizo lo mismo en términos populares. Aun los sombríos estudios de violencia y frustración que Robinson Jeffers ha estado escribiendo durante veinte años están impulsados por una visión apocalíptica del destino americano en sus términos más brutales. Pero Hart Crane, reviviendo deliberadamente el espíritu de Whitman y Melville, se consagró a dar forma a un poema que condensara simbólicamente el alcance más completo de la historia y el destino americano. Eligió como su símbolo central el gran salto de acero por el cual el Puente de Brooklyn une las fecundas poblaciones de dos islas apiñadas y lo tradujo en una cambiante metáfora de transición histórica. En sus manos se

transformó en el puente del pasado al futuro, de Europa a América, del Este al Oeste, de las oscuras luchas del hombre por la luz de la libertad para el logro de esa luz en un futuro aún no entrevisto. Para expresar este mito forjó una poesía de fuerte elocuencia retórica, derivada en parte de Rimbaud y el simbolismo francés, en parte de la tensión mesiánica de Whitman, en parte de las hablas populares y las jergas de la torre de Babel americana. Su poema no era una epopeya unificada. Eran series líricas, imágenes y rapsodias que encontraban su armonía en una visión voluntaria de la unidad final de la humanidad — el sueño de libertad y de triunfo humano que siempre llama al hombre en Occidente.

Este inadecuado resumen de *The bridge* señalará el plan y el denuedo del tema. Puede también indicar los riesgos del proyecto de Crane. Su imaginación simbólica era fuerte, pero satisfacía escasamente las condiciones de unidad conceptual que la épica impone al poeta. Su poder verbal y estilístico se contaba entre los más dinámicos de su generación, pero era de carácter esencialmente lírico, y fracasaba en la elocuencia y la orquestación sostenida. Y tanto su visión como sus palabras se sometían a un esfuerzo destructor por la naturaleza arbitraria de su idea. Aun Whitman, en quien Crane reconocía su profeta, fracasó a menudo en la armonización de los dos elementos sobre los que descansa el éxito épico —los hechos de experiencia racial y la visión del destino racial— y así a menudo cayó en la grandilocuencia y la oratoria vacía. En partes de poemas como *Proem*, *The Dance*, *The river* y *Cutty Sark* (Proemio, La danza, El río y Cutty Sark), Crane mostró su admirable destreza en la simpatía popular o en la alegoría; pero cuando intentó ampliar su concepto por medio de la tragedia como en *The tunnel* (El túnel) o por el sentimiento (como en *Indiana*) o por la profecía (como en *Cape Hatteras* o *Atlantis*) se dejó caer en lo chabacano o en una grandilocuencia semejante a la de Whitman. (Sus primeros poemas en el libro llamado *White buildings*, Construcciones blancas, estaban com-

parativamente exentos de estas faltas). *The bridge* puede pues considerarse como un fracaso en cuanto a su ambición más grande, e indudablemente Crane lo sintió así. Pero es el fracaso de un propósito grande y persiste como una de las más poderosas concepciones que hayan aparecido en la poesía del siglo veinte. Llegó como el ápice apropiado para una era de orgullo y exaltación nacional. Impuso una responsabilidad a los poetas que seguirían. Marcó un período, fijó una fecha, en la historia del espíritu americano.

En 1929 la gran bancarrota bursátil anunció el fin de la prosperidad de posguerra. El pánico económico recorrió el mundo. Bruscamente, el entusiasmo creador del 1920 se refrenó. Una nueva época de realidad y de realismo descendió sobre la literatura —la década que se extendió desde 1929 hasta la guerra que ahora nos envuelve. La situación actual de la literatura americana es un producto de esa década; condicionó y modeló a sus escritores, y lo que en su obra produjo es visible para nosotros en los mejores talentos del presente.

III

Un momento de violencia y de penalidades humanas como la pasada década posiblemente tendrá dos efectos sobre los escritores. Puede descorazonarlos, o puede provocarlos a nuevo rigor de acción y discernimiento. Puede inducir el sentido de la futilidad del arte frente al sufrimiento físico y social, o puede acentuar el valor único del arte para revivir el espíritu humano allí donde los estimulantes sociales y políticos han fracasado. "La mente del hombre puede ser tan inspirada como apática" era un aforismo griego que citaba Eliot al final de la guerra de 1918; y los artistas contemporáneos han luchado entre la tentación de la apatía frente al desastre mundial y el llamado a las armas

espirituales que ese desastre entonó. Desde 1930 esta división espiritual ha sido sentida por verdaderos talentos. En Europa mutiló seriamente la vida creadora de muchos países. En América sus efectos son evidentes en forma similar en la división que ha surgido entre la generación más vieja y los escritores más jóvenes que se criaron en las dudas y temores de una nueva Edad Media.

Cuando Katherine Anne Porter escribió un nuevo prefacio para su colección de relatos llamada *Flowering Judas* (Judas *florecientes*) en 1940, expresó la condición del artista en tal época:

> Ninguno de nosotros, artistas o no, floreció en tales tiempos, pues el arte, como la vida humana de la que es la voz más verdadera, prospera mejor a la luz del día en un mundo verde y en crecimiento. En cuanto a mí, y no estaba sola, todos los años conscientemente recordados de mi vida han sido vividos hasta hoy bajo la pesada amenaza de una catástrofe mundial, y la mayoría de las energías de mi mente y mi espíritu se han gastado en el esfuerzo de aprehender el significado de esas amenazas, de remontarlas a sus fuentes y de entender la lógica de este majestuoso y terrible fracaso de la vida del hombre en el mundo occidental. Frente a tal peso y forma de la desgracia presente, la voz del artista individual quizá no parezca más importante que el zumbido de un grillo en el pasto; pero las artes viven continuamente y viven, literalmente, por la fe; sus nombres y sus formas y sus usos y sus significados básicos sobreviven inmutables en todo lo que importa a través de momentos de interrupción, de disminución, de descuido; sobreviven a los gobiernos y a los credos y a las sociedades, aun a las civilizaciones mismas que los produjeron. No pueden ser destruídos completamente porque representan la sustancia de la fe y la única realidad. Es lo que encontramos cuando las ruinas han sido apartadas.

Esta declaración de fe expresa admirablemente la prueba del artista contemporáneo. Está de pie entre las ruinas de la vida que intenta

consignar o interpretar; sin embargo, su vocación misma y el orgullo de oficio, si es suficientemente fuerte como para soportarlo, lo obligan a oponer su fe a los males que la amenazan con apatía o impotencia. Hacia 1920 la sensación de ruina o de mal se soportaba más fácilmente. A pesar del naufragio de la primera guerra mundial, el mundo físico permanecía aún considerablemente intacto, la función pública del escritor era aún ampliamente reconocida. La "tierra yerma" era aún una región del espíritu, de la cual el artista podía retornar para cobrar nuevas fuerzas en las comodidades del mundo práctico habitual. Pero después de 1930 "la tierra yerma" fué una realidad política y económica. La depresión tanto económica como moral, descendió sobre las esperanzas de la humanidad, y la brutalidad armada con la que las naciones militares de Europa desafiaban al mundo a hacer lo peor, parecía el único medio de resistir. Una nefasta apatía de derrota moral afligía tanto a la política como a las sociedades. El valor del dinero cayó, se extendió la desocupación, aumentó la desconfianza entre las naciones, comenzaron a marchar los ejércitos — y todos eran síntomas de una profunda lesión en la fibra moral de la humanidad. El terrorismo acechaba al mundo. La sensación de una catástrofe inminente se hizo general.

Tales momentos pueden causar nostalgia por el mundo perdido del pasado, o pueden estimular el deseo de refugiarse en las fantasías compensadoras de la pura imaginación. Pero el artista verdadero no puede permanecer satisfecho con tales escapadas del deber. Atacará sus problemas, ya sea sin ayuda, como hombre de espíritu moral convencido, y confrontará, así, el ineludible realismo de su inteligencia; o se volverá a buscar ayuda en los programas de acción social y humanitaria que aparecen en épocas de angustia pública.

Cuando el pánico económico de 1929 hirió a América, echó llave a uno de los períodos literariamente más productivos que los Estados Unidos hayan visto. Las altas esperanzas y los privilegios de la generación liberal se doblegaron de golpe. Profetas del desastre como Ro-

binson, Dreiser y Eliot ganaron nueva honra. Desde París retornaron los estetas con las rentas perdidas y los ojos ásperamente abiertos. La confianza de 1912 o 1918 se hundió tan suavemente como las gráficas de los cuadros de los agentes bursátiles. Tanto los patriotas como los estetas vieron que menguaban sus demandas y los desertores de sus filas comenzaron a patrocinar razonamientos económicos y programas de acción social. Entre los escritores apareció una nueva alineación de credos. Los críticos se volvieron hacia las premisas económicas y revolucionarias. El marxismo y el socialismo ofrecieron sus correctivos para la decadencia que amenazaba marchitar la vida de la nación, aun fuera del dominio económico y financiero.

El realismo en la novela se tornó algo más que cosa social, satírica o personal. Se hizo económico y político, argumentador y revolucionario. Ya no se satisfacía con la fotografía y la documentación. Se hizo crítico, exhortativo y reconstructivo. Ni el realismo, ni el liberalismo, ni el naturalismo, se aceptaron como fines en sí mismos. Tomaron a su cargo la batalla contra la ruina que avanzaba y se armaron para la lucha práctica. Se consideraba que tempranos realistas como Howells, Dreiser y Lewis se habían quedado cortos en genuina acción creadora, habían suministrado un juicio demasiado negativo de su época. Los nuevos realistas estaban decididos a hacer literatura "activa" oponiéndose a la injusticia y reconstruyendo la sociedad.

El programa más explícito de semejante acción provino de los marxistas. La controversia marxista y comunista ocupó el centro de la escena en los años medios del decenio 1930-1940. Los críticos aplicaron el análisis marxista de la civilización a la literatura. Periódicos como *The New Masses, The New Republic, The Daily Worker* y *The Modern Monthly* (Les nuevas masas, La nueva República, El trabajador diario y Revista mensual moderna) abogaban por la acción militante de los escritores. El Congreso de los Escritores fué instituído como un tribunal de discusión y propaganda socialista. Muchos escritores pudieron escri-

bir novelas, obras teatrales y poemas en perfecto acuerdo con tal demanda. Las novelas de James Farrell, Erskine Caldwell, Robert Cantwell, Grace Lumpkin, Albert Halper, William Rollins, Edward Dahlberg y Nelson Algren; las obras teatrales de Clifford Odets, Lillian Helman, John Wexley, John Howard Lawson, George Sklar, Irwin Shaw, Paul Sifton, y Albert Maltz; la poesía de Edwin Rolfe, Stanley Burnshaw, Rolfe Humphries, Langston Hughes, los *Frescoes for Mr. Rockefeller's City* (Frescos para la ciudad del Sr. Rockefeller) de MacLeish, algunas partes de *No Retreat* (Sin retirada) y *Chorus for survival* (Coro para sobrevivir) de Horace Gregory, y los primeros trabajos de poetas jóvenes como Muriel Rukeyser y Delmore Schwartz — todo esto surgió para satisfacer la necesidad de colaboración entre la revolución social y la literaria. Muchos de estos escritores se quedaron en este punto de su desarrollo; llegaron a ser los laureados de la revolución. Pero otros — Gregory, Farrell, Odets en dos obras por lo menos, Schwartz y Miss Rukeyser, lo mismo que críticos como Edmund Wilson y Kenneth Burke hallaron que era imposible reducir el dilema moral del hombre a términos estrictamente políticos o económicos. Lo vieron en su más amplio alcance espiritual y moral. Sintieron tras él el impulso total de la historia moderna. Recalcaron la complejidad, no la sencillez, de la verdadera revolución. En esto se unieron a escritores de tendencias más conservadoras pesimistas o tradicionales: al viejo escepticismo de Robinson, Frost y Dreiser, al análisis moral de Eliot, a estudiosos de la tradición como Allen Tate, John Crove Ransom, Robert Penn Warren y a la escuela del sur, y a poetas y novelistas como Hemingway, Dos Passos, Cummings, Stevens, William Faulkner y Katherine Anne Porter, quienes, aunque divergentes en sus intenciones, nunca permitieron que su arte se redujera al papel de sirviente de los intereses prácticos o políticos.

Entre los novelistas que más sistemáticamente se dedicaron a la crítica de la discordancia y la injusticia social estaban Dos Passos, Ja-

mes T. Farrell, Erskine Caldwell, William Faulkner y John Steinbeck. Dos Passos completó su trilogía *U. S. A.*, y comenzó a escribir otra trilogía, esta vez un estudio de la corrupción y la lucha política. Las dos primeras partes de esta obra aún incompleta —*Adventures of a Young Man* (Aventuras de un joven) y *Number One* (Número uno), carecen de la novedad técnica y de la intensidad de su obra anterior y muestran cierto velo de pesadez, pero muestran también la persistencia de Dos Passos en la crítica social. Farrell llegó a ser el crítico más despiadado de la degeneración de la clase media. Tomando como tema su propia carrera entre la miseria de los inmigrantes irlandeses del South Side de Chicago llevó hasta el fin un análisis largo, detallado, amargamente destructivo de la apatía moral en uno de los grupos raciales más prolíficos de los Estados Unidos. El eje de su crítica era el del extremista social; invistió a sus dos personajes, Studs Lonigan y Danny O'Neill, tanto con la protesta moral como con el trágico derrotismo que estaban mezclados en su herencia. Sus libros no perdonan detalle, son sórdidos y vulgares en sus elementos. Son redundantes hasta la saciedad. Su impulso es principalmente destructivo. Empero Farrell ha persistido en su intento de reconstruir valores sociales y personales frente a la asolación moral más desalentadora.

Caldwell y Faulkner fueron también investigadores de la degeneración social — Caldwell de la miseria del pobrerío blanco de los granjeros del Sur y de los nativos de los bosques apartados, Faulkner del sur decadente de su nativo Mississipí. Caldwell en sus mejores momentos mostró el picante realismo y el humor grotesco de un historiador popular, cualidades que llegaron a su expresión más acabada en el famoso relato *Tobacco Road* (El camino del tabaco); pero lo traicionan demasiado pronto la facilidad, el sensacionalismo, y una especie de socialismo esencialmente sentimental, todo lo cual ha vulgarizado muchos de sus relatos posteriores. Esta misma combinación de lo sensacional y lo sentimental amenaza al realismo de John Steinbeck. Cuando escri-

bió acerca de los "paisanos" de California en *Tortilla Flat* o de la áspera vida de los obreros rasos en *In Dubious Battle* (En batalla indecisa) exhibió un auténtico drama social, no falsificado por especial alegato o exageración. Cuando en *The Grapes of Wrath* (Viñas de ira) trató objetivamente acerca de los granjeros desalojados de Oklahoma escribió algunas páginas vigorosas de historia económica. Pero al introducir en esos libros valores emocionales tendió a simplificar sentimentalmente su relato de la experiencia social, y esta simplificación lo llevó a hacer negocio con el patetismo deformante o con la emoción propagandista de libros como *Of Mice and Men* (La fuerza bruta) y *The Moon is Down* (La luna se ha puesto) relato imaginario de la tiranía nazi en Noruega. Un sentimentalismo más denso aun es la perdición de William Saroyan. Este alegre optimista humanitario se ha negado a admitir la posibilidad de derrota en la experiencia americana. Celebra el valor indomable y la bondad del ciudadano medio. Su vena es fabulosa y grotesca, humorística y fantástica, y cuando permite que esta tendencia juegue libremente en sus cuentos de niños, de animales o de abandonados, puede producir una sencilla forma de fantasía popular que hace justicia a la tradición de Mark Twain. Pero su ambición lo conduce más allá de estos méritos. Elabora su gusto por la alegoría física o moral hasta terminar en voluntaria puerilidad y en trampa espiritual. Sus primeros relatos en *The Daring Young Man on the Flyn Trapeze* (El joven temerario sobre el trapecio suspendido), sus obras teatrales imaginativas *My Heart's in the Highland* (Mi corazón está en las montañas) y *The Time of your Life* (La ocasión de tu vida), los cuadros de su niñez armenia en California en *The Trouble with Tigers* (El disturbio con tigres) y *My name is Aram* (Mi nombre es Aram), persuaden por su encanto natural allí donde sus más ambiciosas invenciones de la vida americana en *The Beautiful People* (La gente hermosa) y *The Human Comedy* (La comedia humana) fracasan por una extravagancia consumada y desaforada de la emoción humanitaria.

De estos novelistas el que probablemente tiene más talento natural es William Faulkner. Ningún narrador desde Hemingway y Dos Passos ha mostrado destreza más sutil para lo dramático. Aventaja en mucho a un emocional exageradamente egocéntrico como Thomas Wolfe: *Look Homeward, Angel, Of Time and the River, The Web and the Rock* (Ángel, mira al hogar; Del tiempo y el río; La trama y la roca) en su sentido de la historia y de la tradición americana. Sacó partido centrando su obra en su nativo estado de Mississipí, y en un determinado pueblo de ese estado, la ciudad de Oxford donde siempre tuvo su hogar. El tema de Faulkner es la decadencia. Su asunto es la ruina de la vida de la familia, las comunidades y la economía del sur. Sus relatos están poblados de desposeídos, de trastornados, de reliquias violentas y excéntricas de una sociedad antaño orgullosa. A menudo ha llevado su tratamiento de esta degeneración a excesivas longitudes de melodramas, de horror pseudo gótico y de extravagancia. Pero no perdió nunca su asidero del carácter y la costumbre nativa. Sus cuentos poseen un auténtico realismo popular. Aun su extravagancia se redime por el legendario tratamiento de la historia y el ambiente. Su obra es quizá demasiado fácil y extremadamente desigual. Algunas novelas —*Sanctuary* (Santuario), *Pylon y Absolon, Absolon*— fracasaron por lo melodramáticas o artificiosas; pero sus mejores libros —*The Sound and the Fury* (El ruido y la furia), *As I lay Dying* (Mientras agonizo), *The Wild Palms* (Las palmeras salvajes) y *The Hamlet* (El villorrio)—son constancias permanentes de una mudanza grande en la cultura americana, y al dejar constancia de este declinar en términos inflexibles Faulkner escapa del confinamiento del realismo literal y toma posición como crítico y como poeta de la tragedia inherente a las hostilidades de la sociedad.

Faulkner es un escritor independiente pero tiene algunos puntos de contacto con la escuela literaria del sur, que durante veinte años contribuyó altamente a la cultura contemporánea de los Estados Unidos. Esta escuela surgió del esfuerzo por investigar críticamente la vieja cul-

tura clásica de la Confederación, su derrota frente al mercantilismo agresivo del norte, y las posibilidades de su restauración. Sus escritores, encabezados por John Crowe Ranson, Allen Tate y Robert Pen Warren, tenían motivos esencialmente estéticos. Veían la tradición del sur como una norma histórica, una forma cultural de arte que combinaba la autoridad con la benevolencia, la responsabilidad moral con una jerarquía de valores sociales, la fe tradicional con la empresa personal. Consideraban la perdida cultura de los estados del sur como un cuerpo esencialmente ético en su estructura. Se esforzaban por revivir la vida agraria del antiguo sur —la riqueza natural de la tierra contra la riqueza artificial de la industria y el monopolio del norte. Eran clasicistas en sus convicciones sociales y morales, y alentaban el resurgimiento del clasicismo en literatura. Su poesía se apoyaba en la disciplina intelectual de los simbolistas. Su novela —Tate en *The Fathers* (Los padres), Caroline Gordon en *Penhally*, *None shall look back* (Nadie mirará atrás) y *Green Centuries* (Siglos verdes), Warren en *Night Rider* (Jinete nocturno) y *At Heaven's Gate* (A la puerta del cielo)— es un drama de fuerzas morales, fuerte en su sentido histórico, trágico en la visión y severo en el subrayado social. El arte sutil y profundamente escrutador de Katherine Anne Porter tiene parentesco espiritual con estos escritores, y más recientemente, el más joven talento de Eudora Welty se muestra alumno de tales propósitos. Tanto su poesía como su novelística ofrecen marcado contraste con los del más frecuente realismo social. Es verbalmente austera; muestra rigurosa tensión de fuerzas tanto dramáticas como espirituales; se apoya en una concepción firmemente ética del personaje y de la sociedad; tiende al simbolismo en su estructura poética y dramática. Como alguna otra literatura —la poesía de Marianne Moore, Louies Bogan e Yvor Winters, la crítica de Winters y R. P. Blackmur— insiste en que los valores últimos de la literatura consisten en el dominio técnico y formal, evidencias gemelas de la integración del espíritu humano en una época de desenfreno y abstracción.

Puede decirse que la literatura novelesca de Katherine Anne Porter se halla en el centro mismo del arte narrativo moderno. Sus cuentos exquisitamente acabados, humanamente escrutados, poéticamente imaginados —pocos en número pero ricos en sustancia— forman uno de los triunfos más altos del arte reciente. Sus dos compilaciones, *Flowering Judas* y *Pale horse, pale rider* (Caballo pálido, jinete pálido), contienen cinco o seis de los más hermosos relatos de nuestra época. En *Maria Concepcion* y *Flowering Judas* penetra el corazón del sentimiento humano trágico; en *Theft* (Robo) ofrece una inolvidable presentación epigramática del aislamiento del destino individual; en *Noon Wine* (Vino de medio día) y *Old Mortality* (Vieja Mortalidad), condensa milagrosamente, sin discusión o documentación aparatosa, el significado de ciclos enteros de experiencia social y moral. Es maestra en su arte, y ha destacado, para todos sus contemporáneos, esa necesidad de maestría disciplinada.

Esta acentuación de la técnica artística ha reaparecido en los mejores críticos americanos. Hombres como Edmund Wilson, Kenneth Burke, R. P. Blackmur, Lionel Trilling y F. O. Matthiessen han insistido en salvar a la crítica de sus fáciles avenencias con la historia, la sociología y la pedantería moralizadora. Muchos de los críticos influyentes de hace veinte o treinta años permitieron que tales avenencias disiparan su energía de investigadores de la literatura. Van Wyck Brooks se ha transformado en historiador; H. L. Mencken y Lewis Mumford se han vuelto hacia el periodismo o las investigaciones sociales; los discípulos de Irving Babbitt y Paul Elmer More se han hecho moralistas o investigadores de la religión; muchos otros talentos se han transformado en propagandistas políticos o sociales. También Wilson y Burke hicieron prolongadas excursiones al análisis y a la historia social, pero sólo sirvieron para acentuar en sus espíritus la inevitable importancia del arte para la salud de la civilización. Han vuelto al análisis literario como

medio de enriquecer y probar la sinceridad o la integridad de la inteligencia humana en sus preocupaciones más prácticas. Blackmur ha utilizado el estilo como indicio de valores literarios; Winters ha acentuado la autoridad de la forma estética e intelectual; hombres como Tate y Ransom están preocupados por colocar a la literatura en el contexto más completo posible del hecho cultural e histórico, sin permitir que llegue a transigir ante tal hecho. Más arriba he dicho en este ensayo que el aliento esencial de la literatura moderna es aliento crítico. Estos hombres se han consagrado a una disciplina explícita de pensar crítico que, en el arte más imaginativo, debe permanecer implícita.

Pero la poesía también tiene que ser crítica si quiere salvarse de la locura de las experiencias modernas y de la confusión destructora que esa vida produce. Si bien la actual poesía americana no es ni tan fértil ni tan variada como hace veinte años, todavía está consolidando sus ganancias y fortificando su espíritu en la hora actual de prueba para el mundo. "Cada época se ve a sí misma como la época particularmente perturbada" decía Allen Tate hace doce años en un ensayo sobre Eliot, pero la nuestra se caracteriza anormalmente por su confusión de ideas, su desorden de creencias en lucha, y su instabilidad emocional. Los libros supremos de nuestro tiempo —los libros de Yeats, Joyce, Proust, Eliot, Rilke, Mann y Kafka— han dramatizado esa prueba, han mostrado al hombre contemporáneo harto de los privilegios del conocimiento, y han definido la función del arte como la recuperación del orden, la finalidad y la inteligencia. Sólo por medio de semejante recuperación el espíritu humano volverá a alcanzar dignidad, refirmará su voluntad moral, y se preparará para un modo de vida más esclarecido. Los jóvenes poetas americanos han heredado esta prueba de sus inmediatos antecesores. También ellos son hijos de una "época férrea de dudas, disputas, confusiones y temores". De Frazer, Freud y Marx, de Eliot, Proust, Mann y Kafka, de los hombres de ciencia y de los historiadores han

recibido una conciencia exaltada de su papel en la historia y en la sociedad. Como los poetas más jóvenes de Inglaterra —Auden, Spender, MacNeice— están decididos a recobrar la dignidad y los valores de la vida individual en una época de agobiadoras reclamaciones sociales y públicas.

Algunos poetas —Marianne Moore, Louise Bogan, Leonie Adams, Hart Crane, Allen Tate, James Agee— han definido esta salvación en términos morales y espirituales; algunos —Horace Gregory, Kenneth Fearing, Muriel Rukeyser— han situado la prueba del hombre en un contexto de conflictos públicos y sociales; otros —Robert Penn Warren, Delmore Schwartz, Karl Shapiro, David Schubert— tomaron sus lecciones de la historia y de la experiencia física, escribiendo un tipo de poesía que dramatiza constantemente el antagonismo y la interdependencia de la vida privada y la pública. Pero es evidente en todos ellos una cierta comunidad de intención. Lo que buscan, como lo hizo Eliot antes, es "el punto de reposo del mundo en movimiento" —ese foco del ser y de la naturaleza del hombre en el que descansa la verdad central de su destino moral. La poesía ha retornado a la necesidad de imponer una *forma* de espíritu e inteligencia a la confusión que la rodea.

Esta necesidad se ha hecho más difícil que nunca por la esfera de conocimiento y poder a la que el hombre ahora tiene acceso. Cabe apenas observar que el peligro de tal conocimiento se ha identificado con el mal mismo, que el hombre moderno se siente envuelto en la culpa del reclamo de una prerrogativa divina, y que la necesidad de expiación se ha hecho tema característico de la poesía moderna. Empero, nuestra capacidad de conocimiento y de conciencia nos obliga a cumplir con nuestra naturaleza de hombres. Cuando el poeta moderno expresa esa capacidad, él mismo llega a ser la conciencia de la literatura contemporánea. En este papel encuentra su elocuencia y su dignidad más verdaderas y concentra en su forma más intensa los talentos y experiencias de

los otros escritores. Hay en los Estados Unidos bastantes poetas de ese tipo como para dar un centro a nuestra literatura y mantener nuestra fe en la supervivencia del espíritu humano. En su obra y en la de los prosistas que comparten su sentido de responsabilidad moral, reside la promesa de un porvenir para la literatura norteamericana.

MORTON DAUWEN ZABEL

(Traducción de Frida Weber)

A SUBJECT OF SEA CHANGE

I

I have built my house amid sea-bitten green,
Among the pitch pines of a dispersed wood;
The winters of five years it has withstood
Incessant winds and in the salt air been
Bleached in its shingles to a silvery gray,
Which even now, when spring is overhead,
Answers from thickets of unwakened bay.

Along this coast, thickets of wild bay abound
With leaves as bitter as worn fame would be,
Did not the inveterate winters intervene
To strip and scatter all the blackened green;
Yet here no mortal head was ever crowned;
Along the sea, courage alone is praised;
And only the sea adorns the dissolute drowned.

TEMA DE LAS MUTACIONES DEL MAR

I

He construído mi casa en un verdor golpeado por el mar,
Entre los pinos de una selva dispersa;
Durante los inviernos de cinco años ha sobrellevado
Incesantes vientos y en el aire salado ha sido
Descolorida en sus tejas hasta un gris plateado,
Que aun ahora, cuando es inminente la primavera,
Rima con malezas de dormido laurel.

A lo largo de esta costa, malezas de laurel silvestre abundan
Con hojas tan amargas como la gloria gastada,
Si los inveterados inviernos no intervinieran
Y deshojaran y desparramaran todo el renegrido verdor;
Pero aquí no fué coronada ninguna cabeza mortal;
A lo largo del mar sólo es alabado el coraje,
Y sólo el mar adorna los disolutos ahogados.

The bay resumes abstract mortality,
Bleached branches breaking from a sandy ground,
As penetrable to the wind as were the dead
Who wildly clamored round
The sacrificial pit for the spilt blood
And were not cased before Tiresias came
To his dread repast from the slain ram.

No need to pour out black blood on the sand.
The multitude of the dead is now too easily raised.
Yet should they come
They would, though the heart lift and beat, be dumb.
Even if he should come at last
Upon his golden staff, stumbling and blind,
Tiresias, who, among the shifting dead,
Has high repute for holding a steadfast mind,
Who'd listen, should he come, though all he said
Were borne in words rare and profound,
Unbodied voices being unused to sound?
Who listens now to the hoarse speech of the dead,
Or heeds predictions from a derelict past?

El laurel resume la abstracta mortalidad,
Descoloridas ramas que brotan de un suelo arenoso,
Tan penetrable por el viento como los muertos
Que desaforadamente vociferaron en torno
De la zanja del sacrificio, ávidos de la vertida sangre,
Y no se apaciguaron hasta que Tiresias llegó
De su horrible merienda del carnero degollado.

No es indispensable verter negra sangre en la arena.
Con demasiada facilidad surge ahora la turba de los muertos.
Pero si vinieran
Estarían mudos aunque les latiera el corazón.
Aunque al fin llegara
Apoyado en su vara de oro, tambaleante y ciego,
Tiresias, que entre los oscilantes muertos,
Es afamado por su reposado consejo,
¿Quién lo escucharía, si llegara, aunque todo lo que dijera
Estuviera expresado en raras y profundas palabras,
Ya que las voces incorpóreas se han olvidado del sonido?
¿Quién escucha ahora el ronco lenguaje de los muertos,
O atiende predicciones de un pasado náufrago?

II

I have built my house upon these ancient sands
Swept shoreward from the sea and beyond the shore,
Spurned sea-loss adding to the spume-lost store
Ten thousand years or more,
Until what was the sea's remains the land's.

I chose this outlook on the changeable sea,
After much voyaging, to find
Not calm, for calm's a constant of the mind,
But in this sea-changed air a constancy—
Like a man's look contracted where he loves—
Since I must hold in contemplation
The shifting flow of human history
That seaward sets even as it shoreward moves.

I choose this strange inconstant coast,
Where all is won and lost,
Lost and again won,
As though each day were present at creation.
What if the long breakwaters amplify the land,
The sea retire before a widening strand,
When the great waters break? Then all once more
[is change

II

He construído mi casa sobre estas antiguas arenas
Barridas hacia la costa desde el mar, y más allá de la costa,
Rechazados restos del mar sumándose al caudal perdido por la espuma
Durante diez mil años o más,
Hasta que lo que fué del mar pertenezca a la tierra.

Yo elegí esta atalaya sobre el variable mar,
Después de muchos viajes, para encontrar
No calma, porque la calma es una constante de la mente,
Sino en este aire, cambiado por el mar, una constancia—
Como la mirada de un hombre contraída en lo que ama—
Ya que debo retener en contemplación
La móvil fluencia de la historia humana
Que se dirige al mar como se dirige a la costa.

Elijo esta inconstante y extraña costa,
Todo se gana y se pierde,
Se pierde y vuelve a ganarse,
Como si cada día estuviera presente en la creación.
¿Y si las largas escolleras amplifican la tierra,
Y se retira el mar ante una playa que se ensancha,
Cuando las grandes aguas irrumpen? Todo, nuevamente, es cambio

And again change. The oldest contours
Of these refluent shores
Are subject always to the sea's revenge.

Here we are so far flung out
Into the spacious seas, we cannot choose but know
How all things come about and about.
Sharper than any gale's tang on the cheek, we feel
Sensuously the seasonable wheel:
Know the delayed spring's silvery advance
And autumn's soon retiring golden rout
Are largess in a long extravagance.
Sea-ravished senses easily conceive
What else had lain as an unquickened thought
Which all ackowledge and none quite believe,
That every ordered change of form
Brings winds' disorder and destroying storm.

Alert to all this natural ebb and flow,
I thought I should be taught to bear
In the salt shudder of this sea-borne air
The fall and flood that's fatal to our history.
The sea, like remorse, is everywhere
And its great wrecks have long surviving spars.
Between two worlds betrayed, between two wars,
I've had no sadder thing to bear than change,

Y nuevamente cambio. Los más antiguos contornos
De estas costas que refluyen
Están siempre sujetos a la venganza del mar.

Aquí estamos tan proyectados
En los espaciosos mares, que estamos obligados a saber
Cómo ocurren todas las cosas.
Más aguda que el sabor de la tormenta en la mejilla, sentimos
Con sensualidad la oportuna rueda:
Y así sabemos que el avance plateado de la morosa primavera
Y que la áurea derrota del fugitivo otoño
Son dones de una larga extravagancia.
Los sentidos arrebatados por el mar fácilmente conciben
Lo que hubiera quedado como un pensamiento sin vida
Que todos admiten y en el que nadie acaba de creer,
Que todo ordenado cambio de forma
Trae desorden de los vientos y tormenta destructora.

Atento a toda esta natural pleamar y bajamar,
Creí que me enseñarían a soportar
En el salado escalofrío
De este aire traído por el mar
La inundación que es mortal para nuestra historia.
El mar, como el remordimiento, está en todas partes
Y sus grandes naufragios tienen mástiles que sobreviven largo tiempo.
Traicionado entre dos mundos, entre dos guerras,
Nada más triste he soportado que el cambio,

No darker thing than night,
No more dread sight
Than warriors to whom honor is strange.

I must learn again the great part of Man—
Though the lines are scant that any man may speak—
Proclaiming with such passion as I can
The part first played, and nobly, by a Greek.
Time is man's tragic responsibility
And on his back he bears
Both the prolific and destroying years.
And so, I swear, he must surround each act
With scruples that will hold intact
Not merely his own, but human dignity.
Let him not fall into that common fault
Which is to ignore stains of corroding salt—
Let me not wash my actor's mask of tears!

I long to get on with the play—
But then in the background I hear great bombs drop
And suddenly tremble lest the long play stop
And only the statues of the great survey
A reign of rubble in a littered day.

Nada más oscuro que la noche,
Ningún espectáculo más terrible
Que el de guerreros para quienes el honor es extraño.

Debo aprender de nuevo el gran papel del Hombre—
Aunque para cada hombre las líneas son escasas—
Proclamando con la pasión que me sea otorgada
El papel que primero representó, y noblemente, un griego.
El tiempo es la trágica responsabilidad del hombre
Y sobre su espalda lleva
Los años destructivos y los prolíficos.
Y por eso, lo juro, debe rodear cada hecho
De escrúpulos que mantengan intacta
No sólo su dignidad, sino la dignidad humana.
Que no incurra en el error común
De pasar por alto las manchas de la corrosiva sal—
¡Que yo no lave las lágrimas de mi máscara histriónica!

Quiero proseguir con el drama;
Pero en el fondo oigo caer las grandes bombas
Y tiemblo temeroso de que se detenga el largo drama
Y sólo las estatuas de los grandes
Contemplen un reino de escombros en un día abarrotado.

III

Noon's brilliance strains through cobalt streaks
To spread in azure and pale light beyond.
If blue were all, this were the sea where Greeks
Squatted like Plato's frogs about a pond.
The sea, the sea, burns with antiquity!

There was a sea casts gods from its surf like spray,
Salt on their lips, the animation
On their faces like the light
From an invisible joy, the brightness of their breath
Not from the stiff and breathing surge, and they
Knotted their hands in the wild manes of horses
And the horses emerged from the waves, stranger
And stronger than the leaping waves, and came
Trampling like light upon the shore and there,
Stilling their trembling in the luminous air,
Were mused to marvels of untroubled stone.

On what indeed does all our state depend
But on the architecture of the waves,
That staring whiteness where no whiteness stays,
Sequence of waves that signify no end

III

El esplendor del mediodía atraviesa rayas de cobalto
Y se dilata más allá en azul y pálida luz.
Si el azul fuera todo, éste sería el mar donde los griegos
Se agazapaban como las ranas de Platón en torno al estanque.
¡El mar, el mar, arde de antigüedad!

Había un mar cuya playa engendraba dioses como espuma,
Sal en sus labios, la animación
De sus rostros como la luz
De un invisible júbilo, el brillo de su aliento,
No provenía de la marea rígida, y ellos
Anudaban las manos en las salvajes crines de los caballos
Y los caballos emergían de las olas, más extraños
Y más fuertes que las olas que saltan, y venían
Escarceando como luz sobre la orilla y ahí,
Aquietando su temblor en el aire luminoso,
Eran transmutados en maravillas de impasible mármol.

De qué depende todo nuestro estado
Si no de la arquitectura de las olas,
Esa blancura insistente en que ninguna blancura permanece,
Secuencia de olas que no significan un fin,

Unless it be, under the harassing wind,
To hasten toward the shore and overwhelm
The old division of the gods' dominion.
The sea is subject to another realm.

The need for order first created gods
Immortal, then gave them generation,
Since every god is unthrone by his son,
And a deposed god is a cruel fantasy.
So every order that the mind's conceived
Conceives its own corruption.
The oldest god was soon forgotten
When his potent members sank into the sea.
I look upon another sea
And now the world's confounded into odds
And state is mutilated or achieved,
Remember that Love came on the immediate swell
Reflecting in a shiver of resplendent spray
The dawn enclosed within her secret shell.
No other god has held so visible a sway.

IV

Death geets us all without civility
And every color of the sea is cold,

Salvo, bajo el viento que hostiga,
El de apresurarse hacia la costa y abrumar
La antigua división del dominio de los dioses.
El mar está sujeto a otro reino.

La necesidad del orden creó primero a los dioses
Inmortales, luego les dió generación,
Pues cada dios es destronado por su hijo,
Y un dios depuesto es una cruel fantasía.
Así cada orbe que ha concebido la mente
Concibe su propia corrupción.
Pronto fué olvidado el dios más antiguo
Cuando sus potentes miembros se hundieron en el mar.
Miro otro mar
Y ahora que el mundo está desbaratado,
Y se mutilan los estados o se logran,
Recuerda que el Amor llegó en la inmediata marea
Reflejando en un escalofrío de resplandeciente espuma
El alba incluída en su secreta concha.
Ningún otro dios ha tenido imperio tan visible.

IV

La muerte a todos nos saluda sin cortesía
Y todos los colores del mar son fríos,

Even as now, when sensual green advance
Under the contrary waves' propensity
Toward desirable blues. The sea is old,
Severe and cold, secret as antiquity
Under the soud of time. And the sea rants,
Storm-crossed, thunder-tossed,
Yet has a poetry so profound
That none but the unwaxed ear to the mast bound
Should hear it, or it may be the lost
Long-listening bodies of the drowned.

JOHN PEALE BISHOP

Como ahora, cuando sensuales verdes avanzan
Bajo el impulso de las olas contrarias,
Hacia deseables azules. El mar es viejo,
Severo y frío, secreto como la antigüedad
Bajo el rumor del tiempo. Y el mar delira
Atravesado de tormentas, agitado de truenos,
Pero tiene una poesía tan profunda
Que sólo la no obturada oreja atada al mástil
La escuchará, o tal vez los perdidos,
Pacientes cuerpos de los náufragos.

JOHN PEALE BISHOP

(Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges)

IN DISTRUST OF MERITS

Strengthened to live, strengthened to die for
medals and positioned victories?
They're fighting, fighting, fighting the blind
man who thinks he sees,—
who cannot see that the enslaver is
enslaved; the hater, harmed. O shining, O
firm star, O tumultuous
ocean lashed till small things go
as they will, the mountainous
wave makes us who look, know

depth. Lost at sea before they fought! O
star of David, star of Bethlehem,
O black imperial lion
of the Lord—emblem
of a risen world—be joined at last, be
joined. There is hate's crown beneath which all is

EN DESCONFIANZA DE MÉRITOS

¿Más fuertes para vivir, más fuertes para morir
por medallas y lucrativas victorias?
Luchando, luchando, luchando están contra el hombre ciego
que cree ver,
y no ve que el dominador
fué dominado y que el odio perdió la partida. ¡Oh resplandeciente,
oh firme estrella, oh mar tumultuoso,
flagelado hasta que las cosas pequeñas van
a su antojo: las olas encrespadas
nos hacen conocer las profundidades, a nosotros, los que miramos!

¡Perdidos en el océano antes de haber luchado!
¡Oh estrella de David, estrella de Belén,
oh negro león imperial
del Señor: emblema
de un mundo en pie: uníos al fin,
uníos! Hay la corona del odio, bajo la cual todo es

death; there's love's without which none
is king; the blessed deeds bless
the halo. As contagion
of sickness makes sickness,

contagion of trust can make trust. They're
fighting in deserts and caves, one by
one, in battalions and squadrons;
they're fighting that I
may yet recover from the disease, My
Self; some have it lightly, some will die. "Man's
wolf to man? And we devour
ourselves?" The enemy could not
have made a greater breach in our
defenses. One pilot-

ing a blind man can escape him, but
Job disheartened by false comfort knew
that nothing is so defeating
as a blind man who
can see. O alive who are dead, who are
proud not to see, O small dust of the earth
that walks so arrogantly,
trust begets power and faith is

muerte; hay el amor, sin el cual nadie
es rey; los actos santos santifican
la aureola. Así como el contagio
del morbo engendra el morbo,

así el contagio de la confianza engendra la confianza.
Luchando están en desiertos y cavernas, el uno
junto al otro, en compañías y batallones,
luchando están para que Yo
pueda sanar de mi dolencia. Unos saldrán incólumes del trance,
otros perecerán en él. "¿Será el hombre
realmente un lobo para el hombre? ¿Habremos
de devorarnos los unos a los otros?" El enemigo
no habría podido abrir brecha mayor
en nuestras defensas. El que sirve

de piloto a un ciego podrá aún escapar de él; pero
Job, descorazonado por falsos consuelos, sabía
que nada hay tan peligroso
como un ciego capaz
de ver. ¡Oh vivos que estáis muertos,
que os gloriáis de no ver, oh ínfimo polvo de la tierra
que con tanta arrogancia caminas:
la confianza engendra la fuerza, y la fe

an affectionate thing. We
vow, we make this promise
to the fighting—it's a promise—"We'll
never hate black, white, red, yellow, Jew,
Gentile, Untouchable". We are
not competent to
make our vows. With set jaw they are fighting,
fighting, fighting,—some we love whom we know,
some we love but know not—that
hearts may feel and not be numb.
It cures me; or am I what
I can't believe in? Some
in snow, some on crags, some in quicksands,
little by little, much by much, they
are fighting fighting fighting that where
there was death there may
be life. "When a man is prey to anger,
he is moved by outside things; when he holds
his ground in patience patience
patience, that is action or
beauty", the soldier's defense
and hardest armor for

es cosa entrañable! A los que luchan,
hacemos esta promesa,

este voto solemne: "No odiaremos ya
a blancos ni negros, amarillos o rojos, judíos,
paganos o intocables". Pero
no tenemos derecho a hacer
voto alguno. Apretando los dientes, ellos están luchando,
luchando, luchando —a algunos los conocemos y amamos,
a otros los amamos sin conocerlos—, a fin
de que los corazones puedan sentir y no estén ateridos.
Ello habrá de curarme; ¿o bien soy algo
en que ya no puedo creer? Unos

en la nieve, otros entre riscos, en tremedales otros,
muchos o pocos, en grande o en pequeño, están
luchando, luchando, luchando, a fin de que
donde hubo muerte pueda ya
haber vida. "Cuando un hombre es presa de la ira,
movido es por cosas de afuera; cuando defiende
con paciencia, paciencia, paciencia
el lugar que ocupa, acción es y belleza",
baluarte del soldado,
armadura invulnerable

the fight. The world's an orphans' home. Shall
we never have peace without sorrow?
without pleas of the dying for
help that won't come? O
quiet form upon the dust, I cannot
look and yet I must. If these great patient
dyings—all these agonies
and woundbearings and blood shed—
can teach us how to live, these
dyings were not wasted.

Hate-hardened heart, O heart of iron,
iron is iron till it is rust.
There never was a war that was
not inward; I must
fight till I have conquered in myself what
causes war, but I would not believe it.
I inwardly did nothing.
O Iscariotlike crime!
Beauty is everlasting
and dust is for a time.

MARIANNE MOORE

en la lucha. El mundo es el hogar de un expósito. ¿No habremos
de tener alguna vez paz sin tristeza?
¿Sin súplicas de moribundos por
un socorro que no ha de llegar?
¡Oh forma inmóvil en tierra, no puedo
mirarte, y sin embargo es fuerza que lo haga!
Si esas grandes agonías calladas,
todos esos dolores sufridos y esa sangre derramada,
nos enseñan al fin a vivir, tanta
muerte no habrá sido en vano.

¡Oh corazón empedernido por el odio, oh corazón de hierro,
el hierro es hierro hasta que se aherrumbra!
Jamás hubo guerra que no fuese
interior: de luchar tengo
hasta haber vencido en mí lo que
origina la guerra. Pero hasta ahora yo no quería creerlo.
Nada hice en mis adentros,
¡oh crimen de Iscariote!
La belleza es eterna; el polvo,
tan sólo por un tiempo.

MARIANNE MOORE

(Traducción de Ricardo Baeza)

P O E M

Buffalo Bill's
defunct

who used to
ride a watersmooth-silver

stallion
and break onetwothreefourfive pigeonsjustlikethat

Jesus
he was a handsome man

and what i want to know is
how do you like your blueeyed boy
Mister Death.

E. E. CUMMINGS

P O E M A

Búfalo Bill
muerto
que solía
montar un padrillo
plateado y suave como el agua
y romper unadostrescuatrocinco palomassimplementeasí
¡Jesús!

Era un hombre apuesto
y quiero saber si
le gusta su muchacho de ojos azules
Señor Muerte.

E. E. CUMMINGS

(Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges)

SOMEWHERE I HAVE NEVER TRAVELLED

somewhere i have never travelled, gladly beyond
any experience, your eyes have their silence:
in your most frail gesture are things which enclose me,
or which i cannot touch because they are too near;

your slightest look easily will unclose me
though i have closed myself as fingers;
you open always petal by petal myself as Spring opens
(touching skilfully, mysteriously) her first rose

or if you wish be to close me, i and
my life will shut very beautifully, suddenly,
as when the heart of this flower imagines
the snow carefully everywhere descending;

EN ALGÚN LUGAR QUE NUNCA RECORRÍ

en algún lugar que nunca recorrí, felizmente más allá
de toda experiencia, tus ojos tienen su silencio:
en tu más frágil ademán hay cosas que me incluyen,
o que no puedo tocar porque están demasiado próximas;

tu más leve mirada fácilmente me abrirá
aunque haya cerrado las mías como dedos;
me abres siempre pétalo por pétalo como la Primavera abre
(tocando diestramente, misteriosamente) su primera rosa

o si deseas estar junto a mí, yo y mi vida
nos cerraremos hermosamente, súbitamente
como el corazón de esta flor cuando imagina
la nieve descendiendo minuciosamente en todas partes;

nothing which we are to perceive in this world equals
the power of your intense fragility: whose texture
compels me with the color of its countries,
rendering death and forever with each breathing

(i do not know what it is about you that closes
and opens; only something in me understands
the voice of your eyes is deeper than all roses)
nobody, not even the rain, has such small hands

E. E. CUMMINGS

nada de lo que percibiremos en este mundo iguala
el poder de tu intensa fragilidad: cuya textura
me impulsa con el color de sus regiones
devolviendo la muerte y para siempre con cada aliento

(no sé qué hay en ti que se cierra
y se abre; sólo algo en mí comprende
la voz de tus ojos más profunda que todas las rosas)
nadie, ni siquiera la lluvia, tiene manos tan pequeñas.

E. E. CUMMINGS

(Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges)

PROEM TO BROOKLYN BRIDGE

How many dawns, chill from his rippling rest
The seagull's wings shall dip and pivot him,
Shedding white rings of tumult, building high
Over the chained bay waters Liberty

Then, with inviolate curve, forsake our eyes
As apparitional as sails that cross
Some page of figures to be filed away;
—Till elevators drip us from our day...

I think of cinemas, panoramic sleights
With multitudes bent toward some flashing scene
Never disclosed, but hastened to again
Foretold to other eyes on the same screen;

And Thee, across the harbor, silver-paced
As though the sun took step of thee, yet left

PROEMIO AL PUENTE DE BROOKLYN

Cuántos amaneceres, fríos de sus descansos en las aguas
Las alas de la gaviota lo sumergirán y lo dirigirán
Desparramando blancos anillos de tumulto, erigiendo alta
Sobre las encadenadas aguas de la bahía la Libertad.

Entonces, con inviolada curva, abandona nuestros ojos
Tan espectacular como velas que cruzan
Alguna página de cifras que serán archivadas;
—Hasta que los ascensores nos gotean de nuestro día...

Pienso en cinematógrafos, panorámicos ardides
Con muchedumbres asomadas a una deslumbrante escena
Nunca revelada, pero hacia la cual vuelven a apresurarse,
Predicha a otros ojos en la misma pantalla;

Y Tú, sobre el puerto, con pasos de plata
Como el sol te hubiera distanciado, pero dejando

Some motion ever unspent in thy stride,—
Implicitly they freedom staying thee!

Out of some subway scuttle, cell or loft
A bedlamite speeds to thy parapets,
Tilting there momently, shrill shirt ballooning,
A jest falls from the speechless caravan.

Down Wall, from girder into street noon leaks,
A rip-tooth of the sky's acetylene;
All afternoon the cloud-flown derricks turn...
Thy cables breathe the North Atlantic still.

And obscure as that heaven of the Jews,
Thy guerdon... Accolade thou dost bestow
Of anonymity time cannot raise:
Vibrant reprieve and pardon thou dost show.

O harp and altar, of the fury fused,
(How could mere toil align thy choring strings!)
Terrific threshold of the prophet's pledge,
Prayer of parish, and the lover's cry,—

Algún intacto movimiento en tu andar,—
Deteniéndote, implícitamente te liberan!

Desde alguna prisa del subterráneo, celda o desván,
Corre un loco hacia tus parapetos,
Ladeándose momentáneamente, hinchada la aguda camisa,
Una mofa cae de la silenciosa caravana.

Murallón Abajo, desde la viga al medio de la calle gotea
Un diente arrancado del acetileno del cielo;
Toda la tarde las grúas embanderadas de nubes giran...
Tus cables respiran aún el Atlántico norte.

Y oscuro como aquel cielo de los judíos,
Tu galardón... Espaldarazo que confieres
De anonimidad que el tiempo no puede corregir:
Muestras vibrante indulto y perdón.

O harpa y altar de la furia conjugada
(¡Cómo podría un mero trabajo alinear tus cuerdas corales!)
Terrible umbral de la promesa del profeta
Plegaria de la parroquia, y el grito de los amantes,—

Again the traffic lights that skim thy swift
Unfractioned idiom, immaculate sign of stars,
Beading thy path—condense eternity:
And we have seen night lifted in thine arms.

Under thy shadow by the piers I waited;
Only in darkness is thy shadow clear.
The City's fiery parcels all undone,
Already snow submerges an iron year...

O Sleepless as the river under thee,
Vaulting the sea, the prairies' dreaming sod,
Unto us lowliest sometime sweep, descend
And of the curveship lend a myth to God.

HART CRANE

De nuevo las luces del tráfico que rozan tu rápido,
Indiviso idioma, inmaculado signo de estrellas,
Manchando tu camino — condensan la eternidad:
Y hemos visto la noche levantada en tus brazos.

Bajo tu sombra, junto a los muelles aguardé;
Sólo en la oscuridad es clara tu sombra.
Los fogosos fragmentos de la ciudad están deshechos,
Ya la nieve inunda un año de hierro...

Oh insomne como el río que atraviesas,
Abovedando el mar, el sueño visionario de las praderas,
Desciende hasta nosotros, los humildes, alguna vez,
Y de tu curva ofrece un mito a Dios.

HART CRANE

(Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges)

SUNDAY MORNING

I

Complacencies of the peignoir, and late
Coffee and oranges in a sunny chair,
And the green freedom of a cockatoo
Upon a rug mingle to dissipate
The holy hush of ancient sacrifice.
She dreams a little, and she feels the dark
Encroachment of that old catastrophe,
As a calm darkens among water-lights.
The pungent oranges and bright, green wings
Seem things in some procession of the dead,
Winding across wide water, without sound.
The day is like wide water, without sound,
Stilled for the passing of her dreaming feet
Over the seas, to silent Palestine,
Dominion of the blood and sepulchre.

DOMINGO A LA MAÑANA

I

Complacencias del batón, y tardío
Café y naranjas en una silla al sol,
Y la verde libertad de un papagayo,
Se mezclan en una alfombra para disipar
El sagrado silencio de los sacrificios antiguos.
Ella sueña un poco, y siente la oscura
Invasión de esa vieja catástrofe,
Como se oscurece una bonanza entre las luces del agua.
Las vívidas naranjas y las brillantes alas verdes
Parecen cosas en alguna procesión de los muertos,
Serpenteando por las anchurosas aguas, sin ruido,
El día es como un agua anchurosa, sin ruido,
Aquietado para que pasen sus pies que sueñan
Sobre los mares, hacia una silenciosa Palestina,
Dominio de la sangre y del sepulcro.

II

Why should she give her bounty to the dead?
What is divinity if it can come
Only in silent shadows and in dreams?
Shall she not find in comforts of the sun,
In pungent fruit and bright, green wings, or else
In any balm or beauty of the earth,
Things to be cherished like the thought of heaven?
Divinity must live within herself:
Passions of rain, or moods in falling snow;
Grievings in loneliness, or unsubdued
Elations when the forest blooms; gusty
Emotions on wet roads on autumn nights;
All pleasures and all pains, remembering
The bough of summer and the winter branch.
These are the measures destined for her soul.

III

Jove in the clouds had his inhuman birth.
No mother suckled him, no sweet land gave
Large-mannered motions to his mythy mind.

II

¿Por qué dará su dádiva a los muertos?
¿Qué es la divinidad si sólo llega
En silenciosas sombras y en sueño?
¿No encontrará en consuelos del sol,
En fruta vívida y en las brillantes alas verdes, o sino
En los bálsamos y bellezas de la tierra,
Cosas dignas de amor, como la imagen del cielo?
La divinidad tiene que vivir en ella misma:
Pasiones de la lluvia, o humores en la nieve que cae;
Lamentos en la soledad, o indómitos
Entusiasmos cuando la selva florece; huracanadas
Emociones en caminos mojados por las noches de otoño;
Todos los placeres y todas las penas, recordando
La rama del verano y la rama invernal.
Tales son las medidas de su alma.

III

Zeus tuvo en las nubes nacimiento inhumano.
Ninguna madre lo amamantó, ningún dulce país
Dió amplios ademanes a su mítica mente.

He moved among us, as a muttering king,
Magnificent, would move among his hinds,
Until our blood, commingling, virginal,
With heaven, brought such requital to desire
The very hinds discerned it, in a star.
Shall our blood fail? Or shall it come to be
The blood of paradise? And shall the earth
Seem all of paradise that we shall know?
The sky will be much friendlier then than now,
A part of labor and a part of pain,
And next in glory to enduring love,
Not this dividing and indifferent blue.

IV

She says, "I am content when wakened birds,
Before they fly, test the reality
Of misty fields, by their sweet questionings;
But when the birds are gone, and their warm fields
Return no more, where, then, is paradise?"
There is not any haunt of prophecy,
Nor any old chimera of the grave,
Neither the golden underground, nor isle
Melodious, where spirits gat them home,

Anduvo entre nosotros, como un rey que murmura,
Magnífico, andaría entre sus corzas,
Hasta que nuestra sangre, conjugándose, virginal,
Con el cielo, trajo tal recompensa al deseo que
Hasta las corzas lo divisaron en una estrella.
¿Fracasará nuestra sangre? ¿Llegará a ser
La sangre del Paraíso? ¿Y se parecerá
Toda la tierra que conocemos al Paraíso?
El cielo entonces será más amistoso que ahora,
Participará en el trabajo y participará en el dolor,
Y próximo en la gloria al amor que perdura,
Y no este azul indiferente, que aleja.

IV

Ella dice: "Estoy contenta cuando los pájaros despiertos,
Antes de volar, prueban la realidad
De los nublados campos con sus dulces preguntas;
Pero cuando los pájaros se han ido, y sus calientes campos
Ya no vuelven, ¿dónde está el Paraíso?"
No hay morada para la profecía,
Ni antiguas quimeras del sepulcro,
Ni el áureo subterráneo, ni isla
Melodiosa, donde regresan los espíritus,

Nor visionary south, nor cloudy palm
Remote on heaven's hill, that has endured
As April's green endures; or will endure
Like her remembrance of awakened birds,
Or her desire for June and evening, tipped
By the consummation of the swallow's wings.

V

She says, "But in contentment I still feel
The need of some imperishable bliss".
Death is the mother of beauty; hence from her,
Alone, shall come fulfilment to our dreams
And our desires. Although she strews the leaves
Of sure obliteration on our paths,
The path sick sorrow took, the many paths
Where triumph rang its brassy phrase, or love
Whispered a little out of tenderness,
She makes the willow shiver in the sun
For maidens who were wont to sit and gaze
Upon the grass, relinquished to their feet.
She causes boys to pile new plums and pears
On disregarded plate. The maidens taste
And stray impassioned in the littering leaves.

Ni un visionario sur, ni nebulosa palmera
Remota en la colina del cielo, que ha perdurado
Como perdura el verde de abril; o perdurará
Como su memoria de pájaros despiertos;
O su anhelo de junio y de la tarde, tocado
Por el agotamiento de las alas de la golondrina.

V

Ella dice: "Pero aun siento en el consuelo
La necesidad de una imperecedera ventura".
La muerte es la madre de la belleza; sólo de ella
Vendrá el cumplimiento de nuestros sueños
Y de nuestros deseos. Aunque desparrama las hojas
Del seguro olvido en nuestros senderos,
El sendero que la pena enferma tomó, los muchos senderos
Donde retumbó la crasa fanfarria del triunfo, o donde el amor
Movido por ternura susurró algo,
Hace que el sauce se estremezca en el sol
Para muchachas que solían sentarse y mirar
La hierba, abandonada a sus pies.
Hace que los muchachos apilen nuevas ciruelas y peras
En desdeñadas fuentes. La muchachas prueban
Y apasionadamente se extravían en las hojas acumuladas.

VI

Is there no change of death in paradise?
Does ripe fruit never fall? Or do the boughs
Hang always heavy in that perfect sky,
Unchanging, yet so like our perishing earth,
With rivers like our own that seek for seas
They never find, the same receding shores
That never touch with inarticulate pang?
Why set the pear upon those river-banks
Or spice the shores with odors of the plum?
Alas, that they should wear our colors there,
The silken weavings of our afternoons,
And pick the strings of our insipid lutes!
Death is the mother of beauty, mystical,
Within whose burning bosom we devise
Our earthly mothers waiting, sleeplessly.

VII

Supple and turbulent, a ring of men
Shall chant in orgy on a summer morn
Their boisterous devotion to the sun,

VI

¿No habrá cambio de muerte en el Paraíso?
¿No cae jamás la fruta madura? ¿Cuelgan las ramas
Grávidas siempre contra el cielo perfecto,
Inmutable, pero tan parecido a nuestra tierra mortal,
Con ríos como los nuestros que buscan mares
Que nunca encuentran, las mismas playas que se alejan
Y que nunca se tocan, con inarticulado dolor?
¿A qué poner el fruto en estas márgenes
O embalsamar las costas con la flor?
Ay de nosotros, que allí usen nuestros colores,
Los tejidos de seda de nuestras tardes,
Y pulsen las cuerdas de nuestros insípidos laúdes.
La muerte es la madre de la belleza, mística,
En cuyo ardiente pecho imaginamos
Nuestras madres terrestres, esperando, insomnes.

VII

Ágil y turbulento, un círculo de hombres
Cantará, orgiástico, en una mañana de verano
Su estentórea devoción al sol,

Not as a god, but as a god might be,
Naked among them, like a savage source.
Their chant shall be a chant of paradise,
Out of their blood, returning to the sky;
And in their chant shall enter, voice by voice,
The windy lake wherein their lord delights,
The trees, like serafin, and echoing hills,
That choir among themselves long afterward.
They shall know well the heavenly fellowship
Of men that perish and of summer morn.
And whence they came and whither they shall go
The dew upon their feet shall manifest.

VIII

She hears, upon that water without sound,
A voice that cries, "The tomb in Palestine
Is not the porch of spirits lingering.
It is the grave of Jesus, where he lay".
We live in an old chaos of the sun,
Or old dependency of day and night,
Or island solitude, unsponsored, free,
Of that wide water, inescapable.
Deer walk upon our mountains, and the quail

No como un dios, sino como un dios podría estar
Desnudo entre ellos, como un manantial salvaje.
Su canto será un canto de Paraíso,
Salido de su sangre, volviendo al cielo;
Y en su canto entrarán, voz por voz,
El tempestuoso lago en el que su señor se deleita,
Los árboles como serafines y las retumbantes colinas
Que prolongan el coro mucho después.
Conocerán muy bien la celestial camaradería
De los hombres que mueren y de la mañana estival.
Y el rocío sobre sus pies manifestará
De dónde han venido y adónde van.

VIII

Ella escucha, sobre el agua silenciosa
Una voz que grita: "La sepultura en Palestina
No es el pórtico de los espíritus que se demoran.
Es la tumba de Jesús, donde yació".
Vivimos en un viejo caos del sol,
O en una vieja dependencia del día y de la noche,
O en la soledad de una isla, sin tutela, libres,
De esa anchurosa agua, inescapable.
Recorren los ciervos nuestras montañas, y las codornices

Whistle about us their spontaneous cries;
Sweet berries ripen in the wilderness;
And, in the isolation of the sky,
At evening, casual flocks of pigeons make
Ambiguous undulations as they sink,
Downward to darkness, on extended wings.

WALLACE STEVENS

Silban en torno sus espontáneos gritos;
Las dulces frutillas maduran en la soledad;
Y, en el aislamiento del cielo,
Al atardecer, bandadas casuales de palomas trazan
Ambiguas ondulaciones cuando descienden
Hacia la oscuridad, con extendidas alas.

WALLACE STEVENS

(Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges)

NEW GUINEA LETTER

Selden: your April poem [1] in hand
Reduced four times in size and fanned
Ten thousand miles to a savage land,
This miniature I hope received
In the graceful attitude conceived,
Good friendship thought out and believed.
I'm not too cocksure of my grip;
I need some meter that won't trip,
More visión, and much less censorship.
But take this effort for what it means
To you, a group of warlike scenes,
A gesture, a letter, or a row of beans.
A gremlin whispers in my ear,
"You're rather lucky to be here;
Think what it means to your career."
I push the creature, I push him hard;
He thinks he's eaught me off my guard.

1 "V-Letter to Karl Shapiro in Australia", a poem by Selden Rodman, appeared in The New Republic of June 14, 1943.

CARTA DE NUEVA GUINEA

Selden: con tu poema [1] de Abril a la vista
Reducido a un cuarto de su tamaño y abanicado
Diez mil millas hasta una tierra salvaje,
He recibido, espero, esta miniatura
En la graciosa actitud en que fué concebida,
Buena amistad planeada y creída.
No estoy muy seguro de mi destreza,
Requiero un metro que no vacile,
Más visión y menos censura.
Pero acepta este esfuerzo por lo que vale
Para ti, un grupo de escenas bélicas,
Un ademán, una carta, y una fila de habas.
Un demonio me dice al oído
"Tienes suerte de estar aquí,
Piensa lo que esto significa para tu carrera".
Lo aparto, lo rechazo,
Cree que me ha tomado desprevenido.

[1] "5ª Carta a Karl Shapiro, en Australia", poema de Selden Rodman, publicado en *The New Republic* el 14 de junio de 1943.

No, I am not your New Guinea bard,
Not half heroic as you imply
But anonymous like the other guy,
Doing my duty, wondering why.

"Are many more nearly brothers?" This
Asks for inspired synthesis.
Question declined, but from muy tent
Hot with rank vegetable scent,
Where dark inexorable green
Conceals me in an unfriendly screen
I offer this: our old bromide
That history repeats, in wide
Of the mark. I'd rather think we move
Generally forward, not in a groove
But eccentrically like Moses' band
Threading its road to the Promised Land
(Which venture failing —this is my clue—
The old gave way and supplied the new).
And war does not cleanse, fear isn't canny,
If I may differ with Orphan Annie,
And Superman never was our god
But a kind of superior flying clod.
The ads show a future minus the pain,
Dad coming home in a Ford airplane,
No unemployment, scientific sex,

No, no soy el bardo de Nueva Guinea,
Ni casi un héroe, como lo crees,
Tan anónimo como el prójimo,
Cumpliendo con el deber, preguntándome por qué.

"¿Son acaso hermanos los hombres?" Esta pregunta
Requiere una inspirada síntesis.
Rehuso contestar, pero desde mi carpa
Caliente de rancios olores vegetales,
Donde un oscuro verde inexorable
Me oculta tras un biombo hostil,
Ofrezco esto: nuestro viejo bromuro,
Que la historia repite, no da
En el blanco. Pienso, más bien, que nos movemos
Generalmente hacia adelante, no en un círculo,
Sino excéntricamente, como la banda de Moisés
Abriéndose camino a la Tierra Prometida
(Que al fallar la aventura —ésta es mi clave—
Cedió lo viejo y proveyó lo nuevo).
Y la guerra no purifica, y el miedo no es agradable,
Si me permito disentir de Orphan Annie,
Y el Superhombre nunca fué nuestro dios
Sino una especie superior de palurdo con alas.
Los avisos prometen un porvenir sin dolor,
Papá volviendo a casa en aeroplano Ford,
Nada de desocupación, sexo científico,

The salesman our Imperator Rex,
Tennyson's fudge, the overflowing cup...
Give me a future you can't dream up,
Men as they are, as they were begun
With a nice right emphasis on Number One.
Keep to the Left but if it gets hectic
Take a powder on Papa and the dialectic.
Each nation has a nose, but international man
We'd better put down as Also Ran.

Since one of my kinder critics throws a
Bouquet to me by way of Spinoza,
Let me add this: I want to go home
To the gas-station age and Capitol Dome.
I'm an amateur, would like to find my size
In a shaving-mirror and my wife's blue eyes,
Get a Guggenheim grant and a Chevrolet
And write about Akron and Santa Fe.
The above you'll trinks is a sorry boast,
Suitable for Elk or The Satevepost.
Look, Selden, let's not follow the gleam;
It's dynamite now to try to dream.
I'm sorry. I'm letting you down I know,
But I'm disappointing myself also.

El viajante de comercio nuestro Imperator Rex,
Las tonteras de Tennyson, la copa que desborda...
Denme un porvenir que no sea soñable,
Con hombres como son, como empezaron
Con un buen énfasis en la Primera Persona.
Manténgase a la izquierda, pero si pierde el juicio,
Cúrese con Papá y con la dialéctica.
Cada nación tiene su nariz, pero del hombre internacional
Lo mejor es decir: También Huyó.

Ya que uno de mis críticos más benévolos me arroja
Un ramo que ha pasado por Spinoza,
Déjenme agregar esto: Quiero volver a casa,
A la época de los surtidores de nafta y a la Cúpula del Congreso.
Soy un aficionado, quisiera volver a encontrarme
En un espejo de afeitar y en los ojos azules de mi mujer,
Obtener una beca de Guggenheim y un Chevrolet
Y escribir sobre Akron y sobre Santa Fe.
Pensarás que lo anterior es una triste bravata,
Digna de los Rotarianos y de los Knickerbockers.
No sigamos, Selden, la luminosa huella;
Es mortal ahora tratar de soñar.
Lo siento. Sé que ahora estoy defraudándote,
Pero también me defraudo a mí mismo.

My vision are mine. Since I began
I've wanted to be a private man,
Pale in winter, in the summer tan.
I want to retrace my steps and find
The start of the maze within my mind,
The exquisite pattern of mankind.
Quiet I want to grace my page,
Whole toleration for a gauge
To improve the manners of our age;
And some day when the skies are fine
And seas have lost their incarnadine,
Dinner with you, your wife and mine.

KARL J. SHAPIRO

Mis ensueños son míos. Desde que empecé
He querido ser un simple particular,
Pálido en el invierno, quemado en el verano.
Quiero volver sobre mis pasos y encontrar
El principio del laberinto en mi mente,
El exquisito dibujo de la humanidad.
Requiero tranquilidad para agraciar mi página,
Tolerancia absoluta como canon,
Para mejorar los modales de nuestro tiempo,
Y algún día, cuando sean hermosos los cielos,
Y hayan perdido su escarlata los mares,
Espero cenar contigo, con tu mujer y la mía.

KARL J. SHAPIRO

(Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges)

T E R R O R

"I Volontari Americani Presso Eserciti Stranieri Non Perdono La Cittadinanza." Il Messaggero, *Roma, Sabato, 27 Gennaio, 1940.*

Not picnics or pageants or the improbable
Powers of air whose tongues exclaim dominion
And gull the great man to follow his terrible
Star, suffice; not the window-box, or the bird on
The ledge, which mean so much to the invalid,
Nor the joy you leaned after, as by the tracks the grass
In the emptiness after the lighted Pullmans fled,
Suffices; nor faces, which, like distraction, pass

Under the street-lamps, teasing to faith or pleasure,
Suffice you, born to no adequate definition of terror.
For yours, like a puppy, is darling and inept,
Though his cold nose brush your hand while you laugh at his clowning;
Or the kitten you sleep with, though once or twice while you slept
It tried to suck your breath, and you dreamed of drowning,
Perjured like Clarence, sluiced from the perilous hatches;
But never of lunar wolf-waste or the arboreal

T E R R O R

"I Volontari Americani Presso Eserciti Stranieri Non Perdono La Cittadinanza." Il Messaggero, *Roma, Sabato, 27 Gennaio, 1940.*

Ni pic-nics, ni desfiles, ni los improbables
Poderes del aire cuyas lenguas exclaman dominio
Y embaucan al gran hombre para que siga su terrible
Estrella, bastan; ni la jardinera ni el pájaro en
El alféizar que significan tanto para el inválido,
Ni la dicha hacia la cual te volvías, cuando junto a los rieles el pasto
En la soledad tras los iluminados pullmans huía,
Basta; ni los rostros que, como la distracción, pasan

Bajo los faroles de la calle, incitando a la fe o al placer,
Te bastan, oh tú que no has nacido para ninguna definición adecuada del
Porque el tuyo, como un cachorro, es cariñoso e inepto [terror.
Aunque su hocico frío te roce la mano mientras te ríes de sus juegos;
O el gatito con el que duermes, aunque alguna vez mientras dormías,
Quiso tragar tu aliento, y soñaste que te ahogabas,
Traicionado como Clarence, derramado por las compuertas;
Pero nunca de lunar desierto de lobos o de la arbórea

Malignancy, with the privy breath, which watches
And humps in the dark; but only a dream, after all.
At the worst, you think, with a little twinge of distress,
That contagion may nook in the comforting fur you love to caress.

Though some, unsatisfied and sick, have sought
That immitigable face, whose smile is ice,
And fired their hearts like pitch-pine, for they thought
Better flame than the damp worm-tooth of compromise:
So Harry L. I. knew, whose whores and gin
Had dwindled to a slick smile in the drug store
But for the absurd contraction of a plane,
Which flung on air the unformulable endeavor
While heart bled speed to lave the applauded name.
The crash was in an old cornfield; not even flame.

So some, whose passionate emptiness and tidal
Lust swayed toward the debris of Madrid,
And left New York to loll in their fierce idyll
Among the olives, where the snipers hid;
And now the North, to see that visioned face
And polarize their iron of despair,
Who praise no beauty like the boreal grace
Which greens the dead eye under the rocket's flare.

Malignidad, con el aliento de letrina, que vigila
Y se encorva en la sombra; y que al fin y al cabo sólo es un sueño.
En el peor caso piensas, con una puntada de aflicción, [ciar.
Que un contagio puede guarecerse en la cariñosa piel que te gusta acari-

Aunque algunos, insatisfechos y enfermos, han buscado
Esa imborrable cara, cuya sonrisa es hielo,
Y han quedado sus corazones como pino tea, porque pensaban
Que darían mejor llama que el húmedo remordimiento de la avenencia:
Así conocí yo a Harry L., cuyas rameras y cuyo aguardiente
Se hubieran reducido a una sonrisa astuta en la confitería
Si no fuera por el absurdo encogimiento de un aeroplano,
Que arrojó en ~~el~~ aire el informulable propósito
Mientras el corazón sangraba velocidad para purificar el nombre aplau-
El accidente ocurrió en un viejo trigal; ni siquiera llama. [dido.

Así algunos, a quienes una apasionada vacuidad y marea de lujuria
Empujó hacia el escombro de Madrid,
Y que abandonaron New York para haraganear en su feroz idilio
Entre los olivares donde se ocultaban los fusileros;
Y ahora el Norte, para ver ese rostro visionario,
Y polarizar su hierro de desesperación,
Que ninguna belleza alaban tanto como la gracia boreal
Que enverdece el ojo muerto, bajo el resplandor de cohete.

They fight old friends, for their obsession knows
Only the immaculate itch, not human friends or foes.

They sought a secret which, perhaps, the Moor,
Hieratic, white-robed, pitiless, might teach,
Who duped and dying but for pride, therefore
Hugged truth which cause or conscience scarcely reach.
As Jacob all night with the angelic foe,
They wrestled him who did not speak, but died,
And wrestle now, by frozen fen and floe,
New Courier, in fury sanctified;
And seek that face which, greasy, frost-breathed, in furs,
Bends to the bomb-sight over bitter Helsingfors.

Blood splashed on the terrorless intellect creates
Corrosive fizzle like the spattered lime,
And its enseamed stew but satiates
Itself, in that lewd and faceless pantomime.
You know, by radio, how hotly the world repeats,
When the brute crowd roars or the blunt boot-heels resound
In the Piazza or the Wilhelmplatz,
The crime of Onan, spilled upon the ground;
You know, whose dear hope Alexis Carrel kept
Alive in a test tube, where it monstruosly grew, and slept.

Lucha con viejos amigos, porque su obsesión no conoce
Sino la irritación inmaculada, no amigos o enemigos humanos.

Buscaban un secreto que, acaso, el moro
Hierático, ataviado de blanco, implacable, podría enseñar,
Que embaucado y sólo redimido de la agonía por el orgullo, luego
Abrazaba la verdad que apenas alcanzan la causa y la conciencia.
Como Jacobo toda la noche con el angélico enemigo,
Luchaban con quien no hablaba, pero moría,
Y ahora luchan junto a helados pantanos y torrentes,
Nuevos Courier, santificados por la cólera;
Y buscan ese rostro que, grasiento, helado, entre pieles
Contempla el espectáculo de las bombas sobre el amargo Helsingfors.

La sangre salpicada sobre el intelecto impávido crea
Una efervescencia corrosiva como la regada cal,
Y su agitación sólo se sacia
A sí misma, en esa obscena pantomima sin cara.
Ustedes saben, por la radio, con qué calor el mundo repite
Cuando ruge la turba brutal o retumban los tacos de las botas
En la Piazza o el Wilhelmplatz,
El crimen de Onán, volcado en el suelo;
Ustedes saben, ustedes, cuya querida esperanza guardó Alexis Carrel
Viva en una retorta donde monstruosamente crecía y dormía.

But it is dead, and you now, guiltless, sink
To rest in lobbies, or pace gardens where
The slow god crumbles and the fountains prink,
Nor heed the criminal king, who paints the air
With discoursed madness and protruding eye,
Nor give the alarm, nor ask tonight where sleeps
That head which hooped the jewel Fidelity,
But like an old melon now, in the dank ditch, seeps;
But you crack nuts, while the conscience-stricken stare
Kisses the terror; for you see an empty chair.

ROBERT PENN WARREN

Pero está muerta, y ustedes, ahora, inocentes, se hunden
A descansar en vestíbulos, o a pasear por jardines donde
El lento dios se hace polvo y las fuentes se adornan
Y no acatan al rey criminal, que pinta el aire
Con discursiva locura y ojos salientes,
Ni dan la alarma, ni preguntan dónde duerme esta noche
La cabeza rodeada por la joya Fidelidad,
Pero ahora como un viejo melón, en la húmeda zanja, se pudre;
Pero ustedes rompen nueces, mientras la mirada del remordimiento
Besa el terror; porque ustedes ven una silla vacía.

ROBERT PENN WARREN

(Traducción de A. Bioy Casares y J. L. Borges)

THANE OF GHOSTS

While lights flash double meanings, dot and dash
Their cipher message, code whose key is love,
My mathematic dazzle dives like crash
Landing plane, where pilot spins, perilous of
Self-satisfaction, through no triple point
Approved to airdrome happy slant of wings:
But, rebel rather, whom not smiles anoint
With benediction, I, as elsewhere kings
Wore courage more than crown, return my plane
Like Newton's apple down to death again.

Once more, once more, and still once more, I raise
Outrageous banners on my kingdom come
Of continents, O isthmus where all ways
Atlantic spend themselves Pacific, home
Ten thousand leagues from home, and dearer, yes,
Than boyhood bays where paper galleons rode
To anchor, mother marveled, first success

SEÑOR DE FANTASMAS

Cuando las luces señalan dobles sentidos, puntúan y rayan
Su mensaje cifrado, criptografía cuya clave es amor,
Mi ofuscación matemática se hunde como choque
Que aterriza el avión, donde gira el piloto, peligroso de
Complacencia a través de ningún triple punto
Adecuado al feliz declive de alas del aerodromo;
Pero, más bien rebelde, no ungido por sonrisas
De bendición, yo, como en otra parte los reyes,
Uso coraje más que corona, y entrego mi avión
Otra vez a la muerte, como la manzana de Newton.

Otra vez, otra vez, y otra vez más, erijo
Desaforados estandartes en mi venidero reino
De continentes, oh istmo donde todos los caminos
Atlánticos se agotan en Pacíficos, hogar
A diez mil leguas del hogar, y más querido, sí,
Que las bahías de la niñez donde galeones de papel bogaban
Al puerto, maravillas para la madre, primer éxito

At make-believe of life: but now, bestowed
Like luck to almost suicide, my new-found
And wonder world extends love's golden ground.

Cabala, crystal, ouija board, and pack
Of queens, where every ace is death, foretell
Time's thriller-diller danger,night attack
On welcome worshiped to a fare-thee-well,
Whose house of cards, doom castle quite in Spain
Dissolves, dead-level, when esquire of looks
Loving leaves, for what disaster, green demesne;
Then neither letters serve for patent, books
For herald heart at arms, but, sweet my lord,
Tomfool is joker, Jack whose tricks are scored.

All thoughts of thieves that plunder me of you,
Lay waste love's landscape like a winter, make
Meantime midnight, Macbeth of dreams, review,
Deadmarch, my Duncans, bloody heads that shake
So grizzled locks, and point the dagger out
That did them in, when neither tears nor prayers
Cried: "Hold! A graveclothes masquerade shall rout
You from stone throne of state, and double dares
Of death shall come by dawn". O, Banquo, see,
Your boy from Birnam Wood now murders me.

En la representación de la vida; pero ahora, otorgado
Casi como la suerte al suicidio, mi recién descubierto
Y milagroso mundo dilata el áureo terreno del amor.

Cábala, cristal, mesa de tres patas y mazo
De reinas, donde todos los ases son la muerte, predicen
El sensacional peligro del tiempo, ataque nocturno
A la bienvenida reverencia hasta un adiós,
Cuyo castillo de naipes, fatídico castillo, del todo en España,
Se disuelve, se aplana, cuando el escudero de tiernas
Miradas deja, a qué desastre, la verde heredad;
Entonces ni las cartas sirven como ejecutorias, los libros
Como corazón, heraldo en armas, pero, dulce señor,
El bufón es comodín, la sota cuyos tantos están marcados.

Todos los pensamientos de ladrones que me despojan de ti,
Devastan como un invierno el paisaje del amor, hacen
Mientras tanto la medianoche, Macbeth de sueños, desfile,
Marcha fúnebre, mis Duncans, sangrientas cabezas que agitan
Tan encanecidos rizos, y muestran el puñal
Que los ultimó, cuando ni lágrimas ni plegarias
Gritaron: "¡Alto! Una mascarada de mortajas te arrojará
del trono de piedra, y dobles desafíos
De muerte llegarán al amanecer". O, Banquo, mira,
Tu hijo del Bosque de Birman ahora me asesina.

M E M O R A R E

Remember, at this moment, O somewhere
The plane falls througt the indifferent air,
No longer flying the about to be dying
Pilot to any over-the-border disaster, but lying
Like the boyhood toy, by bad luck destroyed.
The lost lads are gone
God grace them

Remember how, even now, when the ship sinks,
The sailor, paler than a pearl, only thinks,
Diving through destiny to be invested with coral,
Of himself—saved from the sea caves where no laurel
Lives—and so gives up a gay ghost at land's end.
The lost lads are gone
God grace them

Remember, also, as the soldier in amber fires
Too late, his nerves, swerving on exploded tires,

M E M O R A R E

Recuerda, en este momento, oh, en alguna parte
El aeroplano cae por el aire indiferente,
No ya transportando al piloto a punto de morir,
En cualquier catástrofe más allá de la frontera, pero yaciendo
Como un juguete de la niñez, desgraciadamente destruído.
Se fueron los muchachos perdidos
Dios los cuide.

Recordad cómo, ahora, cuando el barco se hunde,
El marinero, más pálido que una perla, sólo piensa,
Sumergiéndose en el destino para recubrirse de coral,
En sí mismo — salvado de las cavernas del mar donde ningún laurel
Vive — y así da un alegre espíritu al fin de su viaje.
Se fueron los muchachos perdidos
Dios los cuide.

Recuerda, también, cómo el soldado de ámbar dispara
Demasiado tarde, y sus nervios, oscilando en rotos pneumáticos,

Plunge through the past to exhaust their history
In the silent, never again to be violent mystery,
Which the womb worshiped more than the hero's tomb.
The lost lads are gone
God grace them

Remember—do not forget—the numbered, anonymous spy's
Suddenly surprised, not quite clever enough disguise,
And se him, neither gallant nor grim, obeying
The code, sans cipher, of the classroom saying:
O happy and hallowed to die for a flag.
The lost lads are gone
God grace them

Remember the enemy, always remembering you,
Whose heartbreaks heartbeat defeats, who too,
Shedding tears during prayers for the dead, dicovers
Himself forever alone, the last of his lovers
Laid low for love, and, O at your mercy, murdered.
The lost lads are gone
God grace them

DUNSTAN THOMPSON

Se pierden en el pasado para agotar su historia
En el silencioso, y nunca más violento misterio,
Que el vientre adoraba más que la sepultura del héroe.
Se fueron los muchachos perdidos
Dios los cuide.

Recuerda —no olvides— el bruscamente sorprendido
Y no demasiado ingenioso disfraz del anónimo espía numerado,
Míralo a éste, ni valeroso ni siniestro, acatando
El código, sin cifra, de la máxima escolar:
Feliz el que muere por su bandera.
Se fueron los muchachos perdidos
Dios los cuide.

Recuerda al enemigo que siempre te recuerda,
Cuyas desesperaciones son vencidas por un latido, y que también
Vertiendo lágrimas durante las oraciones para los muertos, se descubre
Perennemente solo, el último de sus amantes
Muerto por el amor, y, a tu merced, asesinado
Se fueron los muchachos perdidos
Dios los cuide.

DUNSTAN THOMPSON

(Traducciones de A. Bioy Casares y J. L. Borges)

EL VINO DE MEDIODÍA

Tiempo: 1896-1905.
Lugar: Pequeña granja al sur de Tejas.

Los dos chicos sucios y pelirrojos que en el jardín del frente cavaban entre las plantas, se sentaron sobre los talones y dijeron "hola" cuando traspuso el portón un hombre alto, huesudo, de pelo color pajizo. El hombre no se detuvo en el portón: hacía mucho tiempo que éste permanecía cómodamente entreabierto, y ahora estaba hundido con tanta firmeza sobre sus goznes rotos que a nadie se le ocurría cerrarlo. El hombre ni siquiera miró a los chicos ni pensó en darles los buenos días. No hizo más que avanzar, asentando pesada y resueltamente sus enormes zapatos polvorientos, uno después de otro, como quien camina detrás de un arado, conoce el lugar, sabe adónde se dirige, y lo que puede encontrar en él. Doblando por la esquina derecha de la casa, debajo de la hilera de bayas chinas, caminó hasta el porch lateral donde Mr. Thompson movía de un lado al otro un gran batidor de manteca con balancín.

Mr. Thompson era un hombre rudo, curtido por la intemperie, de cabello negro y áspero y patillas también negras, sin afeitar desde hacía una semana. Era un hombre ruidoso y altivo que mantenía el cuello tan derecho que todo su rostro quedaba al mismo nivel que su manzana de Adán, y las patillas descendían por el cuello y desaparecían en un

negro pajonal bajo la camisa entreabierta. El batidor retumbaba, produciendo un ruido semejante al de la panza de un caballo que trota, y, en cierto modo, Mr. Thompson parecía manejar un caballo con la mano, tirándole de las riendas e impulsándolo hacia adelante; de vez en cuando se volvía a medias y escupía un tremendo chorro de jugo de tabaco por encima de los escalones del porch. Las piedras de la entrada estaban teñidas y brillantes por el jugo fresco del tabaco. Hacía bastante rato que Mr. Thompson batía la manteca, y estaba cansado. En el preciso instante en que preparaba un buche de jugo para escupir nuevamente, el desconocido dobló la esquina y se detuvo. Mr. Thompson vió a un hombre de pecho enjuto, de ojos azules, tan pálidos que casi eran blancos, que lo miraban y no lo miraban desde un rostro largo y delgado, bajo unas cejas blancas. Mr. Thompson supuso que sería otro de esos irlandeses, a juzgar por la largura del labio superior.

—Buenos días, señor —dijo Mr. Thompson cortésmente, sin dejar de balancear el batidor.

—Necesito trabajo —dijo el hombre con claridad bastante, pero con cierto acento extranjero que Mr. Thompson no podía situar. No era "cajun", no era negro y no era holandés, y eso lo dejaba estupefacto.
—¿Necesita un hombre aquí?

Mr. Thompson dió un fuerte empujón al batidor, que avanzó y retrocedió varias veces por su propio impulso. Se sentó en uno de los escalones, escupió la mascada de tabaco en el pasto y dijo:

—Instálase. Tal vez hagamos negocio. Anduve, más o menos, buscando a alguien por ahí. Tenía a dos negros, pero se metieron en un lío a cuchillo, río arriba, la semana última, y uno de ellos está ahora muerto y el otro en la cárcel de Cold Springs. Pensándolo bien, no valía la pena matar a ninguno de los dos. Según parece, entonces, convendría que tomara a alguien. ¿Dónde trabajó usted últimamente?

—En Dakota del norte —dijo el hombre, dejándose caer sobre el otro extremo de los escalones. No parecía cansado; más bien se acomodó e instaló como si hubiera de transcurrir mucho tiempo antes de que se levantara. Hasta entonces no había mirado una sola vez a Mr. Thompson, pero tampoco denotaban sus ojos un fulgor solapado. No miraban nada, absolutamente nada. Ahí estaban sus ojos, en su cabeza, dejando que las cosas les pasaran por delante, sin que cosa alguna les mereciera el trabajo de fijar la vista en ella. Mr. Thompson aguardó largo rato que el hombre agregara algo, pero éste se había abstraído por completo.

—Dakota del norte —repitió Mr. Thompson, tratando de recordar dónde era eso—. Queda a una respetable distancia de aquí, según creo.

—En la chacra puedo hacer cualquier cosa —dijo el hombre—, barato. Necesito trabajo.

Mr. Thompson se dispuso a tratar el asunto.

—Mi nombre es Thompson, Mr. Royal Earle Thompson —dijo.

—Yo soy Mr. Helton —dijo el hombre—, Mr. Olaf Helton.

Y no se movió.

—Bueno —dijo Mr. Thompson, con su voz más atrayente—, mejor será que hablemos en plata.

Siempre que Mr. Thompson esperaba sacar provecho de algo, se tornaba muy sincero y jovial. No había nada malo en él, excepto que odiaba como al diablo pagar sueldo a sus empleados. Él mismo lo decía: "Uno les da alimento y cama, y por añadidura hay que pagarles. No está bien. Sin contar el uso y desgaste de las herramientas; sencillamente, dejan que todo se arruine". Y comenzó a reír, abriéndose a gritos camino en el trato.

—Vamos a ver: ¡quisiera saber cuánto se imagina usted que va a sacar de mí! —rebuznó, dándose una palmada en la rodilla. Después

de haber mantenido ese tono el mayor tiempo posible, se tranquilizó, sintiéndose algo avergonzado, y cortó una mascada de tabaco. Mr. Helton tenía la mirada fija en alguna parte entre la huerta y el granero. Parecía dormir con los ojos abiertos.

—Soy un buen trabajador —dijo Mr. Helton, como si hablara desde la tumba—. Saco un dólar por día.

Mr. Thompson quedó tan sobresaltado que no se acordó a tiempo de reír de nuevo a voz en cuello, y lo hizo casi demasiado tarde para producir el efecto que deseaba.

—Ja, ja —gritó—. ¡Por un dólar diario me emplearía yo mismo! ¿Qué clase de trabajo hace usted para que le paguen un dólar diario?

—Trigales, Dakota del norte —dijo Mr. Helton, sin sonreír siquiera.

Mr. Thompson dejó de reír.

—Ah, bueno, esto ni por asomo es un trigal. Más bien es una granja —dijo, sintiéndose conciliador—. Mi mujer estaba empeñada en tener una granja, parecían gustarle las vacas y los terneros y yo le hice el gusto. Pero fué un error —prosiguió—. Al fin de cuentas soy yo quien tiene que ocuparse de casi todo. Mi mujer no es muy fuerte. Es verdad que hoy está enferma. No se ha sentido bien estos últimos días. Nosotros plantamos un poco de forraje, y una parte de maíz, y ahí está el huerto, y también hay unos cuantos cerdos y pollos, pero lo principal son las vacas. Ahora, hablando francamente de hombre a hombre, no hay plata en esto. No puedo darle un dólar diario porque en realidad no saco tanto. No, señor; calculando bien, puedo decir que nos arreglamos con mucho menos de un dólar por día. Ahora bien, a los dos negros les pagaba siete dólares por mes, tres cincuenta a cada uno y la comida; pero siempre digo que un blanco medianamente bueno equivale en cualquier momento a una cuadrilla entera de negros, de manera que le daré

siete dólares mensuales y comerá usted en la mesa con nosotros y tendrá el trato de un hombre blanco, como se suele decir...

—Está bien —dijo Mr. Helton—. Acepto.

—Bueno, hombre, me parece que ahora cerraremos trato ¿eh? — Mr. Thompson se puso bruscamente de pie como si hubiera recordado un negocio importante—. Entonces, encárguese de este batidor, quiere, y muévalo unas cuantas veces mientras voy al pueblo a hacer un par de cositas. No he podido dejar la casa en toda la semana. Supongo que usted sabe lo que debe hacer con la manteca una vez que esté pronta, ¿no es así?

—Lo sé —dijo Mr. Helton sin volver la cabeza—. Entiendo de manteca.

Su voz era extraña, penosa, y al hablar, aunque apenas pronunciara dos palabras, su voz subía y bajaba con ondulante lentitud, colocando el acento donde no correspondía.

Mr. Thompson se preguntaba qué clase de extranjero podía ser Mr. Helton, e indagó, esperando que el otro se contradijera:

—¿Dónde era, exactamente, que trabajó usted la última vez?

—Dakota del norte —dijo Mr. Helton.

—Ah, sí; todos los lugares son buenos cuando uno se acostumbra —dijo Mr. Thompson con amplitud—. ¿Usted es extranjero, verdad?

—Soy sueco —dijo Mr. Helton, empezando a mover el batidor.

Mr. Thompson soltó una estruendosa risotada, como si se tratara de la mejor broma que hubiera oído en su vida.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó a voz en cuello—. ¡Un sueco! Me temo que aquí llegue a sentirse muy solo. Nunca vi a ningún sueco en esta parte de los bosques.

—Está bien —dijo Mr. Helton, y continuó moviendo el batidor como si hiciera años que trabajara en casa de Mr. Thompson.

—En realidad ¿por qué no decirlo? es usted el primer sueco que han visto mis ojos.

—Está bien —dijo Mr. Helton.

Mr. Thompson entró en el cuarto del frente donde Mrs. Thompson estaba acostada con las cortinas verdes corridas. Junto a ella, encima de la mesa, tenía un bol de agua y un pañuelo mojado sobre los ojos. Al oír el ruido de las botas de Mr. Thompson retiró el pañuelo y dijo:

—¿Por qué tanto ruido afuera? ¿Quién es?

—Afuera tengo un hombre que dice ser sueco, Ellie. Dice que sabe hacer manteca.

—Espero que resulte cierto —dijo Mrs. Thompson—. Parece que mi cabeza no fuera nunca a mejorar.

—No te preocupes —respondió Mr. Thompson—. Te inquietas demasiado. Ahora me voy al pueblo a traer una listilla de almacén.

—Ya sabes: no te demores, Mr. Thompson. No vayas al hotel.

Quería decir la cantina; el dueño tenía, arriba de la cantina, cuartos para alquilar.

—Sólo un par de copitas —dijo Mr. Thompson, riendo estrepitosamente—. Nunca hicieron mal a nadie.

—En mi vida he tomado un trago de alcohol —dijo Mrs. Thompson—, y lo que es más, nunca lo haré.

—No hablaba de las mujeres —replicó Mr. Thompson.

El rumor del balanceo del batidor acunó a Mrs. Thompson hasta sumergirla en un suave adormecimiento y luego en un profundo sopor, del cual despertó repentinamente sabiendo que el balanceo se había detenido hacía un buen rato. Se sentó, protegiendo con la mano sus débiles ojos de las estrías del sol estival que brillaban entre el antepecho de la ventana y las cortinas bajas. Ahí estaba ella, gracias a Dios aún con vida, con la comida por hacer, pero sin tener que batir manteca y

sintiendo la cabeza aturdida aún, pero aliviada. Gradualmente se dió cuenta de que había estado oyendo un nuevo sonido hasta cuando dormía. Alguien tocaba una tonada en la armónica, sin chillar ni hacer ruidos enfermantes, tocaba realmente una bonita tonada, alegre y triste.

Salió por la cocina, bajó los escalones del porch y se detuvo para mirar hacia el este, escudándose los ojos con la mano. Cuando su vista se aclaró y afirmó, vió a un hombre largo, de cabellos pálidos, vestido con traje de obrero, sentado a la puerta de la casilla del peón; el hombre, echado hacia atrás en una silla de cocina y con los ojos cerrados, soplaba a más y mejor en una armónica. El corazón de Mrs. Thompson se agitó y dió un vuelco. Cielos, parecía holgazán e inútil; sí que lo parecía. Primero una cantidad de inservibles negros violinistas y después un blanco inservible. Era muy del estilo de Mr. Thompson emplear a esa clase de gente. Lástima que no se interesara un poco más en su negocio. Mrs. Thompson quería creer en su marido, pero eran demasiadas las veces en que no podía hacerlo. Quería creer que mañana, o por lo menos pasado mañana, la vida, tan llena de luchas en el mejor de los casos, iba a mejorar.

Pasó por delante de la casilla caminando cuidadosamente, con la cintura doblada a causa del incesante dolor del costado, y fué hasta el manantial, tratando de fortalecer su voluntad para hablar muy claramente a este nuevo peón, por si no hubiera cumplido su trabajo.

La lechería era otra casilla de maderas maltratadas por la intemperie, clavadas rápidamente hacía años, porque ellos necesitaban una lechería; la habían construído provisionalmente y seguía siendo provisional; casi no tenía forma y se inclinaba hacia uno y otro lado, sobre un perpetuo gotear de agua fresca, casi ahogado por pálidos helechos, que caía desde una pequeña gruta. En toda la comarca, nadie poseía en su tierra un manantial como ése. Mr. y Mrs. Thompson tenían la sensa-

ción de ser dueños de una fortuna gracias a ese manantial, si alguna vez resolvieran hacer algo con él.

Desvencijados estantes de madera se adherían arriesgadamente al cuadrado que rodeaba el charco donde estaban los baldes más grandes de leche y manteca, frescos y suaves en el agua fría. Apretándose con una mano el flaco y dolorido costado y utilizando la otra para escudarse los ojos, Mrs. Thompson se inclinó y miró el interior de los baldes. La crema había sido desnatada y colocada a un lado, había un rico rollo de manteca; los moldes de madera y las cacerolas habían sido fregados y lavados con agua hirviendo por primera vez desde hacía mucho tiempo; el barril estaba lleno de suero, listo para los cerdos y los terneros en destete; el piso ya no estaba cubierto de suciedad acumulada: había sido barrido y alisado. Mrs. Thompson se enderezó, sonriendo tiernamente. Estaba preparada para retar a ese pobre hombre que necesitaba trabajo, que acababa de llegar y del cual podía esperarse que, al principio, no hubiera hecho las cosas como es debido. Nada podía hacer ella para reparar la injusticia que había cometido con él en pensamiento, a no ser decirle cuánto apreciaba su limpio y buen trabajo, terminado en un abrir y cerrar de ojos. Con paso mesurado se aventuró hasta la puerta de la casilla; Mr. Helton abrió los ojos, cesó de tocar y dejó que su silla se enderezara, pero no levantó los ojos ni se puso de pie. Mrs. Thompson era una frágil mujercita de espesa y larga cabellera trenzada, color castaño, boca paciente, sufrida, y ojos enfermos que lloraban con facilidad. Entrelazó los dedos para formar una visera colocando los pulgares sobre las sienes y, moviendo sus llorosos párpados, dijo con leve entonación de cortesía:

—Buenos días, señor. Soy Mrs. Thompson y quiero decirle que se ha desempeñado con verdadera eficacia en la lechería. Siempre ha sido difícil arreglarla.

—Está bien —dijo el hombre con voz lenta, sin moverse.

Mrs. Thompson esperó un momento.

—Es linda esa tonada que usted toca. En general, los que tocan la armónica no le sacan mucha música.

Doblado en dos sobre la silla, con las largas piernas desparramadas y la espina dorsal encorvada como un arco, Mr. Helton deslizaba el pulgar por los orificios cuadrados de la armónica; de no haber sido por su mano que se movía, parecía dormido. La armónica era nueva, grande, lustrosa, y Mrs. Thompson, echando una mirada a su alrededor, contó otras cinco, todas buenas y caras, colocadas en fila sobre un estante junto al catre. "Debe de llevarlas consigo en el bolsillo de la blusa", pensó, y advirtió que no había ni la menor seña de que hubiera por ahí ninguna otra cosa suya.

—Veo que es usted aficionado a la música —dijo ella—. Nosotros teníamos un viejo acordeón y Mr. Thompson lo tocaba bastante bien, pero los chicos lo rompieron.

Mr. Helton se puso de pie algo bruscamente (la silla tambaleó) y enderezó las rodillas pero no así los hombros, mirando hacia el suelo como si escuchara atentamente.

—Usted sabe cómo son los chicos —dijo Mrs. Thompson—. Será mejor que coloque esas armónicas en un estante alto, para que no se las quiten. Son tremendos, se meten en todo. Trato de enseñarlos, pero de poco sirve.

Con un gesto amplio y único de sus largos brazos, Mr. Helton juntó las armónicas contra su pecho, y de ahí las trasladó en hilera a la tabla donde el techo se unía con la pared. Las empujó hacia atrás hasta hacerlas desaparecer casi de la vista.

—Supongo que basta con eso —dijo Mrs. Thompson—. Pero me pregunto —prosiguió, volviéndose y cerrando los ojos desamparadamente

contra la violenta luz del oeste—, me pregunto qué se han hecho esos renacuajos. No puedo seguirles los pasos...

Hablaba de sus hijos como si fueran dos sobrinos, más bien incómodos, que necesitara aguantar durante una visita prolongada.

—Allá en el río —dijo Mr. Helton con su voz hueca.

Algo aturdida, Mrs. Thompson hizo una pausa y decidió que su pregunta había sido contestada. El hombre continuaba de pie con silenciosa paciencia, sin esperar, quizá, que ella se marchara, pero demostrando con su actitud que tampoco esperaba ninguna otra cosa. Mrs. Thompson estaba acostumbrada a tratar con toda clase de hombres llenos de toda clase de chifladuras. Lo importante era descubrir en qué difería la chifladura de Mr. Helton de la de cualquier otro hombre y luego acostumbrarse a ella y hacer que se sintiese como en su casa. El padre de Mrs. Thompson había sido maniático, todos sus hermanos y tíos habían tenido sus manías, y ninguno la misma; y todos los peones que había conocido tenían sus propias vueltas y rarezas. Ahora estaba Mr. Helton, que era sueco, que no hablaba y que, además, tocaba la armónica.

—Necesitarán comer algo —dijo con vago tono amistoso—. Pero me pregunto ¿qué podría inventar para la comida? ¿Qué le gusta comer a usted, Mr. Helton? Tenemos gran cantidad de manteca buena, leche y crema, lo cual es una bendición. Mr. Thompson dice que deberíamos venderlo todo, pero yo sostengo que la familia es lo primero.

Una sonrisa dolorosa y pálida transformó por completo su pequeño rostro.

—Me gusta comer cualquier cosa —dijo Mr. Helton, y sus palabras subían y bajaban al azar.

Por de pronto, *no puede* hablar, pensó Mrs. Thompson; es una crueldad insistir puesto que no conoce nuestro idioma. Con paso lento se alejó de la casilla, mirando hacia atrás por encima del hombro:

—Generalmente tenemos torta de maíz, exceptuando los domingos. Supongo que en su tierra no han de abundar mucho las buenas tortas de maíz.

Mr. Helton no contestó palabra. Ella vió de reojo que se había sentado de nuevo, con la silla inclinada, mirando su armónica. Esperó que se acordaría que se acercaba la hora de ordeñar. Cuando ella se alejó, el hombre empezó a tocar otra vez la misma tonada. La hora de ordeñar llegó y pasó. Mrs. Thompson vió que Mr. Helton iba y venía entre el galpón y la lechería. Caminaba meciéndose con ágil paso largo, los hombros agachados, la cabeza inclinada hacia adelante y llevando los grandes baldes colgados como dos platillos de balanza en las extremidades de sus huesudos brazos. Mr. Thompson llegó cabalgando del pueblo, más derecho que de costumbre, con el mentón pegado al cuello y trayendo detrás de la montura una bolsa llena de provisiones. Después de un viajecito al galpón, entró lleno de buena voluntad en la cocina y dió a Mrs. Thompson una jovial palmada en la mejilla tras de rasparle la cara con sus duras patillas. Había estado en el hotel, no cabía duda.

—Ellie, acabo de echar un vistazo por ahí —gritó—. Ese sueco, sí que trabaja. Pero es el individuo más callado que he conocido en mi vida. Parece que tiene miedo de quebrarse la mandíbula si abre los dientes.

En un bol grande, Mrs. Thompson batía la mezcla para la torta de maíz.

—Hueles como un borracho, Mr. Thompson —dijo con toda dignidad—. Deberías hacer que uno de los chicos me trajera unas cuantas leñas más. Pienso hornear unos bollitos mañana.

De pronto, dándose cuenta de su aliento, Mr. Thompson se escurrió

hacia afuera, sintiéndose reprendido con justicia, y él mismo trajo la leña. Arthur y Herbert, sucios de la rubia cabeza a los pies, de la piel a la camisa, entraron pateando y pidiendo a gritos la comida.

—Vayan a lavarse la cara y a peinarse —dijo automáticamente Mrs. Thompson.

Los chicos salieron al porch. Pusieron la mano debajo de la bomba y se mojaron el mechón de pelo de la frente, se lo peinaron con los dedos y volvieron en seguida a la cocina, donde estaban centradas todas las agradables perspectivas de la vida. Mrs. Thompson agregó un cubierto y ordenó a Arthur, el mayor, de ocho años de edad, que llamara a Mr. Helton para la comida.

Arthur, sin moverse de su sitio, bramó como un novillo.

—¡Oooooooiga, Helllllllton, la comiiiiiiida está lista! —y agregó con voz natural—. ¡Sueco grandulón!

—Oye —dijo Mrs. Thompson—, ésa no es manera de portarse. Te vas ahora mismo afuera y le hablas decentemente, o haré que tu padre te dé una buena paliza.

Mr. Helton apareció en la puerta, largo y taciturno.

—Siéntese aquí —exclamó con voz de trueno Mr. Thompson, agitando el brazo.

En dos pasos de sus zapatos cuadrados Mr. Helton cruzó la cocina y, dejándose caer, se sentó sobre el banco. Mr. Thompson ocupó su silla en la cabecera de la mesa, los dos chicos se treparon de prisa a sus sitios frente a Mr. Helton, y Mrs. Thompson, juntando las manos, inclinó la cabeza y dijo en voz alta, apresuradamente: "Señor, por todas éstas y Tus demás bendiciones, Te agradecemos en nombre de Jesús, Amén", procurando terminar antes que la manito amarillenta de Herbert alcanzara la fuente más próxima. Porque si no, se hubiera visto obligada a echarlo de la mesa, y los chicos que crecen necesitan comer. Mr. Thomp-

son y Arthur sabían esperar, pero Herbert, de seis años, era demasiado joven para disciplinarse.

Mr. y Mrs. Thompson trataron que Mr. Helton participara de la conversación, pero fué un fracaso. Probaron primero el tiempo, luego las cosechas y luego las vacas. Mr. Helton, sencillamente, no contestaba. Mr. Thompson relató entonces algo gracioso que había visto en el pueblo. Sucedía en el hotel, y se trataba de un granjero amigo que le había dado cerveza a una cabra y del subsiguiente comportamiento de la cabra. Mr. Helton parecía no oír. Mrs. Thompson rió obedientemente, pero el cuento no le había parecido nunca gracioso. Lo había oído muchas veces, aunque Mr. Thompson, cada vez que lo contaba, hacía creer que había ocurrido ese mismo día. Debió de haber ocurrido hace años, si es que había ocurrido alguna vez, y en opinión de Mrs. Thompson nunca había sido un cuento para ser relatado delante de señoras. Todo procedía de la debilidad de Mr. Thompson de beber demasiado de vez en cuando, aunque en todas las elecciones votaba por la "opción local" [1]. Mrs. Thompson alcanzó la comida a Mr. Helton, quien se sirvió de todo pero no demasiado, no lo suficiente como para mantenerlo vigoroso si esperaba seguir trabajando como había empezado.

Al final tomó un buen pedazo de torta de maíz, repasó el plato dejándolo tan limpio como si hubiera sido lamido por un sabueso, se llenó la boca y, masticando aún, se deslizó del banco y se dirigió hacia la puerta.

—Buenas noches Mr. Helton —dijo Mrs. Thompson, y los otros Thompson repitieron en deshilvanado coro—. ¡Buenas noches, Mr. Helton!

1 Expresión que Gladstone empleó por primera vez en una carta, en 1868, para determinar, mediante el voto de los habitantes de un pueblo o distrito, si podían o no ser otorgadas las licencias para el expendio de bebidas alcohólicas. (N. de la T.)

—Buenas noches —respondió de mala gana, desde la oscuridad, la voz vacilante de Mr. Helton.

—Buenas noches —dijo Arthur, imitando la curiosa pronunciación de Mr. Helton.

—Buenas noches —repitió Herbert, copiando como siempre a su hermano.

—No lo haces bien —dijo Arthur—. Óyeme a mí.

Y con el tono gutural del sueco, repitió las "buenas noches", recorriendo una escala hueca con el deleite de la imitación lograda. Herbert casi tuvo un ataque de alegría.

—*Basta* —dijo Mrs. Thompson—. No tiene la culpa de hablar de ese modo. Deberían avergonzarse los dos de burlarse así de un pobre extranjero. ¿Les gustaría ser extranjeros en un extraño país?

—Sí —contestó Arthur—. Sería divertidísimo.

—Los dos son unos perfectos bárbaros, Ellie —dijo Mr. Thompson—; simples ignorantes.

Volvió hacia sus hijos una cara de impresionante paternidad.

—El año que viene irán al colegio y eso les pondrá un poco de juicio en la cabeza.

—Cuando sea más grande haré que me manden al reformatorio —contestó Herbert con voz aguda—. Ahí es adonde voy a ir.

—¿Conque ésas tenemos? —preguntó Mr. Thompson—. ¿Quién te lo dijo?

—El inspector del "Sunday School" —dijo Herbert, haciéndose el vivo y dándose tono.

—¿Ves? —dijo Mr. Thompson, mirando fijamente a su mujer—. ¿Qué te decía? —y convirtiéndose en un huracán enfurecido—: ¡A la cama los dos! —rugió, hasta que su manzana de Adán empezó a temblar—. ¡Vayan antes que los mate a palos!

Se fueron; poco después, desde el dormitorio situado en la bohardilla, el ruido de corridas y bufidos y risas ahogadas y gruñidos llenó la casa y sacudió el techo de la cocina.

Mrs. Thompson enderezó la cabeza y con una vocecita incierta:

—Es inútil acosarlos mientras son tan chicos —dijo—. No puedo soportarlo.

—Por Dios, Ellie —dijo Mr. Thompson—. Tenemos que educarlos. No es posible dejarlos crecer sencillamente como marranos salvajes.

Ella prosiguió en otro tono:

—Ese Mr. Helton parece muy bien, aunque no se consigue hacerlo hablar. Me pregunto por qué estará tan lejos de su patria.

—Ya te dije hoy, no abre la boca, pero hace muy bien el trabajo. Eso es lo principal, me parece. El país está lleno de individuos que vagabundean en busca de trabajo.

Mrs. Thompson levantaba las fuentes. En ese momento sacó el plato en que comía Mr. Thompson.

—Para decirte la verdad —comentó—, me parece un cambio inmejorable tener aquí un hombre que sepa trabajar y que no abra la boca. No se meterá en nuestros asuntos. No porque tengamos nada que esconder —agregó—, pero es mejor.

—Es cierto —dijo Mr. Thompson—. Ja, ja —gritó de pronto—. Eso quiere decir que podrás hablar tú sola, ¿eh?

—Lo único malo —prosiguió Mrs. Thompson— es que no come bastante. Me gusta ver a un hombre que se instala y saborea una buena comida. Mi abuela solía decir que de poco sirve confiar en un hombre que no se instala a comer en debida forma. Espero que esta vez no resulte así.

—Para decirte *a ti* la verdad, Ellie —dijo Mr. Thompson, escarbándose los dientes con un tenedor y acomodándose hacia atrás con el mejor

humor del mundo—, siempre pensé que tu abuela era una vieja muy tonta. Decía simplemente lo primero que le pasaba por la cabeza, y a eso le llamaba sabiduría divina.

—Mi abuela no era tonta, ni mucho menos. Nueve veces de diez sabía lo que decía. Siempre sostengo que lo primero que se piensa es lo mejor.

—Claro —gritó Mr. Thompson— ¡tan refinada que eres con el cuento de la cabra! ¡Trata de contar alguna vez lo primero que piensas cuando haya hombres y mujeres reunidos! Pruébalo. Supongamos que pienses en una gallina y un gallo ¿eh? ¡Seguro que chocarías al predicador baptista! —Y le aplicó un buen pellizco en la flaca nalga—. No tienes más carne que un conejo —dijo cariñosamente—. Ahora me gustan alimentados a grano.

Mrs. Thompson lo miró con los ojos bien abiertos y se sonrojó. Veía mejor en la luz artificial.

—¡Cómo, Mr. Thompson!, a veces pienso que eres el hombre más malicioso que haya existido —le tomó un puñado de pelo de la coronilla y se lo tironeó lentamente y fuertemente—. Esto es para mostrarte lo que se siente cuando a uno, por broma, la pellizcan con tanta fuerza —agregó con suavidad.

A pesar de su situación en la vida, Mr. Thompson nunca pudo desarraigar su profunda convicción de que ocuparse de una granja y andar tras de los pollos era trabajo de mujer. Le gustaba decir, en cambio, que se sentía capaz de arar un surco, cortar melaza de sorgo, descascarar maíz, manejar una yunta y construir un comedero de maíz tan bien como el mejor. Comprar y vender era asimismo trabajo de hombre. Dos veces por semana conducía al mercado el carro con la manteca fresca, unos cuantos huevos y frutas de la estación; los vendía, guardaba las ganancias

y las gastaba a su antojo, teniendo cuidado de no distraer el dinero de bolsillo de Mrs. Thompson.

Pero desde el comienzo las vacas lo preocuparon, mientras se acercaban regularmente a él dos veces diarias para ser ordeñadas y permanecían ahí como haciéndole reproches con sus relamidas caras femeninas. Los terneros lo preocupaban al pelear con la soga, ahorcándose hasta que se les saltaban los ojos, tratando de alcanzar la ubre. Luchar con un ternero acobardaba a Mr. Thompson como si tuviera que cambiar el pañal de un bebé. Lo preocupaba la leche que a veces salía amarga, secándose, y se volvía ácida. Lo preocupaban las gallinas que cacareaban, que empollaban y sacaban pollos cuando menos era de esperarse y guiaban su cría al patio del establo donde los caballos podían pisotearla; que morían de crup y tortícoli, y se apestaban de piojos; que ponían huevos por todos los rincones más raros de la creación, al punto que la mitad se estropeaban antes que se llegara a encontrarlos, a pesar de la fila de nidos que Mrs. Thompson les había arreglado en el gallinero. Las gallinas eran una maldita peste.

En opinión de Mr. Thompson, el chiquero era trabajo de peón. La tarea de matar cerdos correspondía al dueño, pero la de limpiarlos y cortarlos correspondía al peón; y era trabajo de mujer aderezar la carne, ahumarla, condimentarla y hacer tocino y chorizos. Todos los campos de acción, cuidadosamente limitados, se relacionaban en alguna forma con el sentimiento que tenía Mr. Thompson de la apariencia de las cosas, de su propia apariencia a los ojos de Dios. "No *parece* bien", era su argumento final para no hacer nada que no deseara hacer.

Le interesaba su dignidad y su reputación, y sólo había unos cuantos trabajos lo bastante varoniles como para que Mr. Thompson los emprendiera con sus propias manos. Mrs. Thompson, que se hubiera adaptado tan bien a tantas clases de trabajo, le había fallado desde tem-

prano. Después de un tiempo descubrió su poca previsión al esperar mucho de Mrs. Thompson; se había enamorado de su delicada cintura y de sus enaguas con encaje y de sus grandes ojos azules, y aunque todos esos encantos habían desaparecido, ya para él Mrs. Thompson se había transformado en Ellie, una persona completamente distinta a Miss Ellen Bridges, popular maestra del "Sunday School" de la Primera Iglesia Baptista de Mountain City; ya era su querida esposa Ellie, no muy fuerte. Sin embargo, privado como estaba del principal sostén para la vida que un hombre puede esperar del casamiento, casi sin saberlo se había resignado al fracaso. Cabeza erguida, pagador exacto de los impuestos, suscriptor anual al sueldo del predicador, propietario de tierras y padre de familia, empleador, camarada cordial entre hombres, Mr. Thompson sabía, sin ponerlo en palabras, que había estado yendo firmemente hacia abajo. ¡Por Dios!, ya era tiempo que alguien tomara de vez en cuando un rastrillo y arreglara el desorden que había alrededor del galpón y de los escalones de la cocina. El galpón del carro estaba tan lleno de maquinarias rotas y arneses destrozados y viejas ruedas y baldes inútiles y maderas carcomidas, que ya casi no se podía entrar en él. Nadie en la casa movía un dedo para poner todo eso en orden, y Mr. Thompson tenía de sobra con su trabajo ordinario. A veces, en la estación tranquila, acostumbraba a sentarse durante horas, preocupado por ello, escupiendo tabaco sobre los yuyos que crecían en matorral contra la pila de leña, preguntándose qué podía hacer un hombre tan desventurado. Tenía prisa por que los chicos crecieran pronto; los pondría enérgicamente a la tarea, tal como había hecho su padre con él cuando niño; aprenderían a tomar las riendas y manejar la granja. No pensaba exagerar las cosas, pero esos dos chicos se iban a ganar el pan, o se las verían con él. ¡Dos zanguangos sentados por ahí, cortando cosas con el cortaplumas! Algunas veces, Mr. Thompson se enfurecía con ellos cuando imaginaba su

posible futuro, tremendos zanguangos sentados por ahí, tallando ramitas o pensando en ir a pescar. Él terminaría con todo eso y más que pronto.

Cuando pasaron varias estaciones y Mr. Helton tomó firmemente las riendas de la granja, la mente de Mr. Thompson empezó a tranquilizarse. No parecía haber nada que ese hombre no pudiera hacer, en el curso del trabajo diario, y como si fuera lo más natural. Se levantaba a las cinco de la mañana, hervía su café y freía su tocino, y estaba afuera, en el potrero de las vacas, antes que Mr. Thompson hubiera ni siquiera empezado a bostezar, desperezarse, gruñir, rugir y caminar fuerte, buscando sus pantalones de trabajo. Ordeñaba las vacas, limpiaba la lechería y batía la manteca; reunía las gallinas y, en alguna forma, las persuadía de que pusieran los huevos en los nidos, no debajo de la casa y detrás de las parvas; las alimentaba regularmente, y sacaban pollos en tal cantidad que no tenían lugar ni para poner las patas en el suelo. Poco a poco desaparecieron las pilas de basura que había alrededor del galpón, del establo y de la casa. A los cerdos les llevaba el suero y el maíz y desenredaba los nudos de las crines de los caballos. Era suave con los terneros, aunque un poco severo con las vacas y las gallinas; a juzgar por su conducta, Mr. Helton nunca había oído hablar de la diferencia entre el trabajo del hombre y de la mujer en una granja.

Al segundo año, mostró a Mr. Thompson, en un catálogo de envíos por correo, la figura de una prensa de queso y dijo:

—Esto es cosa buena. Usted compra esto, yo hago queso.

La prensa fué comprada y Mr. Helton hizo queso y el queso se vendía, junto con la manteca y los huevos que iban en aumento. Algunas veces Mr. Thompson sentía un poco de desprecio por las costumbres de Mr. Helton. Por cierto que parecía medio barato para un hombre andar levantando por ahí una media docena de espigas de maíz que se habían caído del carro al volver del campo, recogiendo fruta caída para darla

a los cerdos, guardando clavos viejos y piezas perdidas de maquinaria, despilfarrando el tiempo en estampar un dibujo sobre la manteca antes de llevarla al mercado. Sentado en lo alto del pescante del carro, con la decorada manteca metida en una lata de tocino de cinco galones y envuelta en bolsas mojadas, mientras se dirigía hacia el pueblo azuzando los caballos y golpeándoles las riendas sobre el lomo, Mr. Thompson pensaba a veces que Mr. Helton era un individuo bastante mezquino; pero nunca se dejaba dominar por estas ideas, sabía apreciar lo bueno cuando lo tenía. Era un hecho que los cerdos habían mejorado y se vendían más caros. Era un hecho que Mr. Thompson ya no les compraba alimento. Mr. Helton entendía de cosechas. Mr. Helton sabía salvar los desechos que Mr. Thompson había tirado, cuando llegaba la época de carnear vacunos y porcinos, y no consideraba deprimente vaciar tripas y rellenarlas con chorizos que fabricaba con métodos propios. En conjunto, Mr. Thompson no tenía motivos de queja. En el tercer año le aumentó el sueldo a Mr. Helton aunque éste no se lo había pedido. En el cuarto año Mr. Thompson no sólo había liquidado sus deudas sino que tenía un poco de dinero en el banco, y le aumentó de nuevo el sueldo a Mr. Helton; dos dólares y medio mensuales cada vez.

—El hombre los vale, Ellie —dijo Mr. Thompson, con el anhelo de justificarse a sí mismo por su prodigalidad—. Ha hecho que esta propiedad produzca, y quiero que sepa que lo aprecio.

El silencio de Mr. Helton, la palidez de sus cejas y de su pelo, su mandíbula larga y displicente y sus ojos que se negaban a mirar cualquier cosa, ni siquiera el trabajo que tenía entre manos, se habían vuelto perfectamente familiares a los Thompson. Al principio, Mrs. Thompson se quejaba un poco.

—Es como sentarse a la mesa con un espíritu desencarnado —decía—. Uno se imagina que alguna vez tendría algo que decir.

—Déjalo tranquilo —respondía Mr. Thompson—. Cuando esté dispuesto a conversar, conversará.

Los años pasaron, y Mr. Helton nunca estuvo dispuesto a conversar. Después de terminar el trabajo del día, volvía del galpón o de la lechería o del gallinero, balanceando su linterna, golpeando el duro sendero con sus zapatones sonoros como cascos de petizo. Ellos, sentados en la cocina, en invierno, o en el porch de atrás, en verano, lo oían arrastrar hasta la puerta su silla de madera, la oían crujir cuando, al sentarse, se inclinaba hacia atrás; luego, durante un corto rato, le oían tocar su única tonada en una u otra de las armónicas. Las armónicas eran de diferentes registros, algunos más bajos y dulces que otros, pero era siempre la misma invariable tonada, una tonada extraña con súbitas variaciones, ejecutada noche tras noche y a veces hasta en las tardes, cuando Mr. Helton se sentaba a recuperar el aliento. En los primeros tiempos, esto les gustaba mucho a los Thompson y siempre se detenían a escucharlo. Pero llegó un momento en que se hartaron de la tonada y empezaron a desear que aprendiera una nueva. Al final ya no la oían, era tan natural como el rumor del viento que se levantaba por las noches, o como el mugido de las vacas, o el eco de sus propias voces.

Mrs. Thompson reflexionaba de vez en cuando sobre el alma de Mr. Helton. No parecía frecuentar la iglesia y trabajaba sin cesar todo el domingo como si fuera cualquier otro día de la semana.

—Me parece que deberíamos invitarlo a oír al doctor Martin —le dijo a Mr. Thompson—. No es muy cristiano de nuestra parte no decirle que venga. No es de la clase de hombres que dan el primer paso. Esperará que lo invitemos.

—Déjalo tranquilo —dijo Mr. Thompson—. A mi manera de ver, la religión de cada uno es asunto personal. Además no tiene ropa de domingo. No querría ir a la iglesia con los pantalones y la blusa que

usa. No sé qué hace con su dinero. Por cierto que no lo gasta tontamente.

Sin embargo, como a Mrs. Thompson se le había metido la idea en la cabeza, no descansó hasta que invitó a Mr. Helton a ir a la iglesia con la familia el domingo siguiente. Mr. Helton estaba apilando pasto en montoncitos exactos en el campo situado detrás del huerto. Mrs. Thompson se colocó unos anteojos ahumados y un sombrero de sol y caminó hasta allí para hablar con él. Él se detuvo y se apoyó sobre su horquilla, escuchándola, y por un momento Mrs. Thompson casi tuvo miedo de su cara. Los ojos pálidos parecían atravesarla con su mirada de fuego, mientras fruncía el ceño y su larga mandíbula se endurecía.

—Tengo que trabajar —dijo bruscamente y, levantando la horquilla, le volvió la espalda y siguió juntando pasto.

Herida en sus sentimientos, Mrs. Thompson regresó, pensando que a esa altura ya debía estar acostumbrada a los modos de Mr. Helton, pero, francamente, un hombre, hasta un extranjero, podía ser un poco educado cuando se le hacía una invitación cristiana.

—No es educado, eso es lo único que tengo en su contra —le dijo a Mr. Thompson—. Al parecer no puede comportarse como los demás. Se diría que tiene algún rencor contra el mundo —añadió—. Algunas veces no sé qué pensar.

En el segundo año, había ocurrido algo que tenía incómoda a Mrs. Thompson, algo que no podía poner en palabras, apenas en pensamientos, y que si hubiera tratado de explicar a Mr. Thompson hubiera parecido peor de lo que era o no lo bastante malo. Era esa especie de algo extraño que parece estar poniéndonos sobre aviso y que, sin embargo, casi siempre queda en nada. Sucedió en un día caluroso, tranquilo, de primavera; Mrs. Thompson había ido al rincón de las legumbres a juntar algunas zanahorias nuevas, cebollas de verdeo y chauchas

para la comida. Mientras estaba entregada a la tarea, con el sombrero bien echado sobre los ojos, colocando cada vegetal en la canasta en un montón separado, observó qué rica estaba la tierra y qué bien trabajada por Mr. Helton. Había desparramado sobre ella abono del establo, y en el otoño la había escardado, mezclándola, y las legumbres crecían espléndidas y abundantes. Regresó caminando bajo las nudosas higueritas cuyas ramas sin podar se inclinaban casi hasta el suelo, formando una fresca cortina con sus gruesas hojas. Mrs. Thompson siempre buscaba sombra para proteger sus ojos. De pronto, mirando distraídamente a su alrededor, vió a través de las hojas algo que la impresionó por su extrañeza. De haberse tratado de un espectáculo ruidoso le hubiera parecido muy natural. Fué el silencio lo que la impresionó. Mr. Helton estaba sacudiendo por los hombros a Arthur, ferozmente, con extremada fijeza y palidez en el rostro. La cabeza de Arthur se movía violentamente hacia adelante y hacia atrás sin presentar una resistencia rígida como cuando Mr. Thompson trataba de sacudirlo. Sus ojos demostraban cierto temor, pero también estaban sorprendidos, probablemente más sorprendidos que nada. Herbert permanecía dócilmente junto a él, mirando. Mr. Helton soltó a Arthur, asió a Herbert y lo sacudió con la misma metódica ferocidad, con la misma cara de odio. La boca de Herbert se contrajo como si fuera a llorar, pero no emitió sonido alguno. Mr. Helton lo soltó, se volvió y entró en la casilla dando grandes pasos; los chicos corrieron como para salvarse la vida, sin decir una palabra. Desaparecieron, doblando la esquina, hacia el frente de la casa. Antes de seguir a los chicos, Mrs. Thompson tardó un tiempo en colocar su canasta sobre la mesa de la cocina, en empujar su sombrero hacia atrás y volver a llevarlo hacia adelante, en mirar dentro de la hornalla para asegurarse de que el fuego estaba encendido. Acurrucados uno contra el otro debajo de un grupo de cerezos, los chicos creían haber descu-

bierto un lugar seguro frente a la ventana del dormitorio de su madre.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Mrs. Thompson.

La miraron con aire taimado sin levantar la frente, y Arthur murmuró:

—Nada.

—Nada *ahora*, quieres decir —dijo Mrs. Thompson severamente—. Muy bien; tengo una buena ocupación para ustedes. Entren ahora mismo y ayúdenme con estas verduras. Ahora mismo.

Se levantaron atropelladamente y de muy buena gana, y la siguieron de cerca. Mrs. Thompson trató de imaginar en qué habrían andado; no le agradaba la idea de que Mr. Helton tomara por su cuenta castigar a sus hijos, pero temía preguntarles las razones que lo habían impulsado a hacerlo. Podían contarle una mentira y se vería obligada a descubrirlos y azotarlos. O tendría que pretender que los creía, y se acostumbrarían a mentir. O podían decirle la verdad y haber hecho algo que también mereciera azotes. Nada más que pensarlo le daba dolor de cabeza. Podía tal vez preguntarle a Mr. Helton, pero no le correspondía a ella hacerlo. Esperaría para contar lo sucedido a Mr. Thompson, dejando que él llegara al fondo del asunto. Mientras sus pensamientos se sucedían, mantenía a los chicos al trote.

—Corta mejor esas zanahorias, Herbert, no seas descuidado. Arthur, déjate de romper en pedacitos esas chauchas. Ya son bastante chicas. Herbert, anda y trae un montón de leña. Arthur, lleva estas cebollas y lávalas en la bomba. Herbert, en cuanto termines trae una escoba y barre la cocina. Arthur, toma una pala y llévate las cenizas. Herbert, sácate los dedos de la nariz. ¿Hasta cuándo tengo que repetírtelo? Arthur, en el cajón de arriba de mi escritorio del lado izquierdo busca la vaselina para la nariz de Herbert y tráemela. Herbert, ven aquí...

Cumplieron al galope sus tareas domésticas mientras la actividad les aumentaba el brío animal, y poco después estaban de nuevo en el patio del frente, trenzados en lucha romana. Se tiraban al suelo y peleaban, revolviéndose, agarrándose, levantándose y cayéndose, gritando tan tonta, tan ruidosa y monótonamente como dos cachorros. Imitaron a varios animales sin emitir un solo sonido humano, y de sus caras sucias chorreaba el sudor. Sentada ante su ventana, Mrs. Thompson los observaba con desconcertada vanidad y ternura: ¡eran tan robustos y sanos, y crecían con tanta rapidez! Pero también con inquietud, mientras una pequeña sonrisa dolorosa se dibujaba en su rostro y las lágrimas brotaban de sus párpados que se contraían, defendiéndose de la luz solar. Eran unos chicos perezosos y descuidados, como si no tuvieran futuro alguno en este mundo, ni alma inmortal que salvar, y ¡ay! ¿en qué habrían andado para que Mr. Helton hubiera tenido que sacudirlos con una expresión tan positivamente peligrosa?

A la noche, antes de comer, sin decir a Mr. Thompson palabra del curioso temor que el espectáculo le había causado, le contó que Mr. Helton había sacudido a los chicos por alguna razón. Mr. Thompson fué hasta la casilla y habló con Mr. Helton. A los cinco minutos estaba de vuelta, mirando ferozmente a sus hijos.

—Dice que esos mocosos le han estado estropeando las armónicas, Ellie, soplándolas y ensuciándolas, llenándolas de saliva, y no suenan bien.

—¿Te dijo todo eso? —preguntó Mrs. Thompson—. Parece increíble.

—No; sin embargo es eso lo que quería decir —dijo Mr. Thompson—. No se expresó exactamente así. Pero está muy alterado con el asunto.

—Es una vergüenza —dijo Mrs. Thompson—, una verdadera ver-

güenza. Tenemos que hacer algo para que recuerden que no deben meterse en las cosas de Mr. Helton.

—Les voy a dar una zurra —dijo Mr. Thompson—, los voy a atar como terneros si no aprenden.

—Tal vez sería mejor que me dejes los latigazos a mí —dijo Mrs. Thompson—. Tienes una mano demasiado pesada para los chicos.

—Eso es precisamente lo que pasa con ellos —gritó Mr. Thompson—; están terriblemente mimados, terminarán en la penitenciaría. Casi ni les pegas. Apenas unas palmaditas cariñosas. Mi padre me desmayaba con un leño o cualquier otra cosa que tuviera a mano.

—No quiere decir que eso esté bien —dijo Mrs. Thompson—. No estoy de acuerdo con esa manera de educar niños. Hace que se escapen de la casa. Lo he visto muchas veces.

—Les romperé los huesos —dijo Mr. Thompson, calmándose gradualmente—, si no te hacen más caso y siguen siendo tan testarudos.

—Levántense de la mesa y lávense la cara y las manos —ordenó de pronto Mrs. Thompson a los chicos.

Salieron escabulléndose, se mojaron un poco en la bomba y entraron nuevamente escabulléndose y tratando de hacerse más pequeños. Desde hacía mucho tiempo sabían que su madre los hacía lavarse siempre que se preparaba algún disgusto. Clavaron la mirada en los platos. Mr. Thompson abrió el fuego.

—Bueno, y ahora, ¿qué tienen que decir para disculparse de haber ido a la casilla de Mr. Helton a estropearle las armónicas?

Los dos chicos agacharon aún más la cabeza, sus rostros se descompusieron con la expresión de pena desesperada que adquieren los niños cuando se ven frente al terrible tribunal de la ciega justicia adulta; sus ojos se enviaban mutuamente mensajes de pánico, "ahora sí que vamos

a recibir de veras una tunda"; angustiados dejaron caer la torta sobre el plato y sus manos quedaron inertes sobre el borde de la mesa.

—Debería romperles las costillas —dijo Mr. Thompson—, y buena gana tengo de hacerlo.

—Sí, papá —murmuró Arthur débilmente.

—Sí, papá —dijo Herbert con labios temblorosos.

—Vamos, vamos, Mr. Thompson —dijo Mrs. Thompson con tono de advertencia.

Los chicos ni la miraron. No tenían fe en su buena voluntad. Para empezar, ella los había traicionado. No se podía confiar en ella. Podía ser que ahora los salvara, pero podía ser que no. De nada servía contar con ella.

—Deberían recibir una buena soba. La merecen, ¿no es así, Arthur?

Arthur agachó todavía más la cabeza.

—Sí, papá.

—Y la próxima vez que pesque a cualquiera de los dos rondando por la casilla de Mr. Helton, les voy a dar una zurra a *los dos* ¿me oyes, Herbert?

Herbert se atoró, esparciendo la torta, y masculló:

—Sí, papá.

—Bueno, ahora siéntense derechos y coman, y ni una palabra más —dijo Mr. Thompson, empezando también a comer.

Los chicos se enderezaron un poco y empezaron a masticar, pero cada vez que levantaban la vista, encontraban la mirada de sus padres observándolos fijamente. No se podía saber cuándo se pondrían a pensar en alguna otra cosa. Los chicos comían cautelosamente, tratando de no ser vistos ni oídos, atragantándoseles la torta mientras la cuajada les gorgoteaba al bajarles por el esófago.

—Y algo más, Mr. Thompson —dijo Mrs. Thompson después de una pausa—. Dile a Mr. Helton que debe venir directamente a nosotros cuando lo molesten y que no se tome el trabajo de sacudirlos él mismo. Dile que nosotros nos encargaremos de eso.

—Son tan malos —contestó Mr. Thompson, mirándolos fijamente—. Es un milagro que Mr. Helton no los mate sencillamente y termine de una vez por todas con ellos.

Pero había algo en el tono de su voz que les decía a Arthur y Herbert que ya no había por qué afligirse esta vez. Exhalando profundos suspiros se enderezaron del todo, tratando de alcanzar la comida que tenían más próxima.

—Oye —dijo Mrs. Thompson, repentinamente. Los chicos dejaron de comer—. Mr. Helton no ha venido a comer. Arthur, anda y dile que está atrasado para la comida. Díselo con buen modo.

Miserablemente deprimido, Arthur se escurrió de su asiento y se dirigió, sin decir palabra, hacia la puerta.

No existen milagros del destino que puedan producirse en una pequeña granja. Los Thompson no se hacían ricos, pero se mantenían fuera del asilo, como le gustaba decir a Mr. Thompson para significar que tenía donde asentar el pie a pesar de la precaria salud de Ellie y del clima sorprendente y de las curiosas declinaciones en los precios del mercado y de sus propias misteriosas desventajas que lo tironeaban hacia abajo. Mr. Helton era la esperanza y el sostén de la familia, y todos los Thompson le tomaron cariño, o por lo menos dejaron por completo de considerarlo como algo raro, y lo miraban desde una distancia que no sabían en qué forma acortar, como a un buen hombre y a un buen amigo. Mr. Helton seguía su camino, trabajaba, tocaba su tonada. Pasaron nueve años. Los chicos crecieron y aprendieron a trabajar. No

recordaban ya la época en que "Ole Helton" no estaba ahí: un rico tipo, "el Huesudo"; Mr. Helton, "la lechera", "el sueco grandulón". Si los hubiera oído, tal vez se hubiese fastidiado por alguno de los nombres que le aplicaban. Pero no los oía, y además no lo hacían por mal — o, al menos, todo el mal que podía haber residía en eso, en los nombres; los chicos se referían a su padre llamándole "el viejo", o "el viejo ganso", pero no en su cara. Gracias a su fortaleza física superaron todas las sucias, secretas, oblicuas fases del crecimiento y atravesaron la crisis de la adolescencia a salvo, si es que alguien lo logra. Sus padres se daban cuenta de que eran buenos muchachos, sólidos, con corazones de oro, a pesar de sus modales bruscos. Mr. Thompson sentía alivio al comprobar que, sin saber cómo, había conseguido criar un par de hijos que no eran frívolos holgazanes. Eran tan buenos muchachos que Mr. Thompson empezó a creer que habían nacido así, y que nunca les había dicho una palabra áspera en su vida y mucho menos azotado. Herbert y Arthur nunca discutían su palabra.

Con el pelo empapado de sudor, pegado a su frente que chorreaba y con la blusa a rayas azules obscuras y claras adherida a las costillas, Mr. Helton estaba hachando uno poco de leña. Hachaba con lentitud, golpeaba el hacha en la extremidad del leño y apilaba prolijamente los maderos. Luego desapareció por el costado de la casa y entró en su casilla que, junto con la pila de leña, compartía la buena sombra de una fila de moreras. Mr. Thompson estaba recostado en una silla de hamaca en el porch del frente, un lugar que nunca le había agradado. La silla era nueva y Mrs. Thompson había querido colocarla en el porch del frente, aunque el porch lateral era el lugar indicado por ser el más fresco; pero como Mr. Thompson quería sentarse en la silla, ahí estaba. Tan pronto como la novedad pasara y se agotara el orgullo que Ellie

ponía en la silla, la mudaría al porch lateral. Mientras tanto el calor de agosto era casi intolerable, el aire tan espeso que podía horadarse. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo, aunque Mr. Helton regaba el patio regularmente todas las noches. Hasta dirigía la manguera hacia arriba y lavaba las copas de los árboles y el techo de la casa. Habían colocado caños de agua hasta la cocina y una canilla exterior. Mr. Thompson debía de haberse dormido, porque abrió los ojos y cerró la boca justo a tiempo para salvar su cara ante un desconocido que había detenido su vehículo delante del portón. Mr. Thompson se levantó, se puso el sombrero, se estiró los pantalones y permaneció atento, mientras el desconocido ataba al poste su yunta, enganchada a un carrito. Mr. Thompson reconoció la yunta y el vehículo. Pertenecían a una caballeriza de alquiler de Buda. Mientras el desconocido abría el portón, un sólido portón que Mr. Helton había construído y asentado firmemente en sus goznes varios años antes, Mr. Thompson se adelantó lentamente por el sendero para recibirlo y averiguar qué asunto, en este mundo de Dios, podía hacer salir a un hombre a esa hora del día, entre esas nubes de tierra.

No era exactamente un hombre gordo. Era más bien un hombre que había sido gordo hacía poco. La piel le colgaba y las ropas le quedaban demasiado grandes; parecía, en cierto modo, un hombre que habitualmente debía de ser gordo, pero recién salido de una enfermedad. A Mr. Thompson no le gustaba su aspecto, pero no podía decir por qué.

El desconocido se quitó el sombrero y, con voz alta y cordial, dijo:

—¿Es Mr. Thompson, Mr. Royal Earle Thompson?

—Soy yo — dijo Mr. Thompson con calma inusitada, tal era la impresión que había recibido ante la desenvoltura del desconocido.

—Mi nombre es Hatch —dijo éste—, Mr. Homer T. Hatch, y vengo a verlo por la compra de un caballo.

—Me parece que lo han informado mal —dijo Mr. Thompson—. No tengo caballo en venta. Por lo general, cuando tengo algo así para vender —prosiguió—, aviso a los vecinos y cuelgo un cartelito en el portón.

El hombre gordo abrió la boca y dió una risotada de gozo, mostrando dientes de conejo marrones como cuero de zapato. Mr. Thompson, por una vez, no veía ningún motivo de risa. El desconocido gritó:

—Es sólo un viejo chiste mío.

Con una de las manos se tomó la otra y se dió a sí mismo un caluroso apretón de manos.

—Siempre digo algo así cuando voy a ver a un extraño, porque he observado que cuando uno dice que va a comprar algo, nadie lo cree sospechoso. ¿Comprende? Ja, ja, ja.

Su jovialidad ponía nervioso a Mr. Thompson, porque la expresión de los ojos del hombre no concordaba con los sonidos que emitía.

—Ja, ja —rió Mr. Thompson obsequiosamente, siempre sin ver el chiste—. Y bien, conmigo es inútil todo eso porque nunca creo sospechoso a un hombre hasta que me prueba que lo es. Que diga o haga algo —explicó—. Hasta que no pasa eso, un hombre es tan bueno como cualquier otro, en lo que a *mí* me concierne.

—Entonces —dijo el desconocido, con repentina sobriedad y sensatez—, no he venido a comprar ni a vender. La verdad es que quiero verlo por algo que nos interesa a los dos. Sí, señor, desearía conversar un ratito con usted y no le costará un centavo.

—Me parece bastante razonable —dijo Mr. Thompson de mala gana—. Venga del otro lado de la casa donde hay un poco de sombra.

Fueron y se sentaron en dos troncos debajo de los cerezos.

—Sí, señor, Homer T. Hatch es mi nombre, y Estados Unidos es mi país —dijo el extraño—. Supongo que debe conocer el nombre.

Tenía un primo llamado Jameson Hatch que vivía por estos lados, un poco más lejos.

—No creo conocer el nombre —dijo Mr. Thompson—. Hay algunos Hatchers instalados por los alrededores de Mountain City.

—¡No conoce la vieja familia Hatch! —exclamó el hombre con honda consternación. Parecía compadecer la ignorancia de Mr. Thompson—. ¡Pero si vinimos de Georgia hace cincuenta años! ¿Ha estado usted por aquí mucho tiempo?

—Nada menos que toda la vida —dijo Mr. Thompson, empezando a sentirse malhumorado—. Y mi padre y mi abuelo antes que yo. Sí señor, hemos estado aquí siempre. Cualquiera que desee encontrar a un Thompson sabe dónde buscarlo. Mi abuelo vino en 1836.

—¿De Irlanda, supongo? — dijo el desconocido.

—De Pensilvania —dijo Mr. Thompson—. ¿Qué le hace creer que vinimos de Irlanda?

El desconocido abrió la boca y empezó a desternillarse de risa, y volvió a darse un apretón de manos, como si hubiera pasado mucho tiempo antes de encontrarse consigo mismo.

—Siempre digo que un individuo tiene que venir de *alguna* parte ¿no es así?

Mientras hablaban, Mr. Thompson no dejaba de observar la cara que tenía junto a él. Ciertamente le recordaba a alguien, o quizá había visto en realidad al hombre en alguna parte. Pero no podía situar las facciones. Mr. Thompson decidió finalmente que todos los hombres con dientes de conejo se parecían. Eso era todo.

—Así es —accedió Mr. Thompson, algo agriamente—, pero lo que digo yo es que los Thompson han estado instalados aquí desde hace tanto tiempo que ya no importa de *dónde* vienen. Ahora, naturalmente, estamos en la estación tranquila y todos haraganeamos un poco; sin embargo,

tenemos nuestras tareas domésticas que cumplir: de modo que si usted ha venido a verme por negocios, sería tal vez mejor ir al grano.

—Como le dije, en cierto modo sí, y en cierto modo no —dijo el hombre gordo—. Estoy buscando a un tal Helton, Mr. Olaf Eric Helton, de Dakota del Norte, y me dijeron por allá, por aquellos lados, que tal vez lo encontraría aquí, y no me disgustaría conversar un rato con él. No señor, no me disgustaría nada, si a usted no le importa.

—No conocía su segundo nombre —dijo Mr. Thompson—, pero Mr. Helton está aquí, y pronto hará nueve años que está con nosotros. Es un hombre sumamente formal, y puede repetirle a cualquiera que yo se lo dije.

—Me alegra oír eso —dijo Mr. Homer T. Hatch—. Me gusta saber que un hombre enmienda sus costumbres y se asienta. Cuando lo conocí Mr. Helton era bastante estrafalario, sí señor, eso es lo que era, no sabía en absoluto ni lo que pensaba. Pero ahora será un gran placer para mí volver a ver a un viejo amigo, completamente asentado y en buena situación.

—Todos hemos sido jóvenes alguna vez —dijo Mr. Thompson—. Es como el sarampión, revienta por todas partes, y uno es un engorro para uno mismo y para los demás, pero no dura y, en general, no tiene mayores consecuencias.

Estaba tan contento con esta ocurrencia que se olvidó y prorrumpió en una risotada. El desconocido cruzó los brazos sobre el estómago y se entregó a una especie de ataque de risa estruendosa hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. Mr. Thompson dejó de reír a gritos y miró al forastero con inquietud. Le gustaba como a cualquiera una buena carcajada, pero había que tener un poco de moderación. Ese hombre se reía como un perfecto loco, ésa era la verdad. Y tampoco se reía porque las cosas le parecieran realmente graciosas. Reía por motivos

propios. Mr. Thompson cayó en un silencio malhumorado y esperó a que Mr. Hatch recobrara un poco el juicio.

Mr. Hatch sacó un pañuelo de algodón azul estampado, muy sucio, y se enjugó los ojos.

—Su chiste casi me hace morir de risa —balbuceó disculpándose—. Ojalá pudiera yo pensar cosas tan graciosas como ésa para decirlas. Es un don. Es...

—Si quiere hablar con Mr. Helton, voy a buscárselo —dijo Mr. Thompson, iniciando un movimiento como para levantarse—. Puede ser que esté en la lechería y puede ser que esté arreglando su casilla a esta hora del día —eran cerca de las cinco—. Es ahí no más, doblando la esquina — añadió.

—Oh, pero no hay ningún apremio especial —dijo Mr. Hatch—. He estado queriendo hablar con él desde hace ya mucho tiempo, y creo que unos pocos minutos más no harán diferencia. Deseaba solamente localizarlo, por decirlo así. Eso es todo.

Mr. Thompson abandonó su intento de ponerse de pie, y desabrochó otro botón de su camisa, diciendo:

—Bueno, está aquí, y es de esa clase de hombres que si tuviera cualquier asunto que tratar con usted, le gustaría terminarlo de una vez. No pierde el tiempo, eso es algo que puede decirse en su favor.

Al oír estas palabras Mr. Hatch pareció irritarse un poco. Secó su rostro con el pañuelo y abría ya la boca para hablar, cuando del otro lado de la casa se oyó la música de la armónica de Mr. Helton. Mr. Thompson levantó un dedo.

Ahí está —dijo—. Ahora es el momento.

Mr. Hatch paró la oreja hacia el costado este de la casa, y durante varios segundos escuchó con una expresión muy extraña en el rostro.

—Conozco esa tonada como la palma de mi mano —dijo Mr. Thompson—, pero nunca le he oído decir a Mr. Helton lo que es.

—Es una especie de canto escandinavo —dijo Mr. Hatch—. Lo cantan mucho en el sitio de donde vengo. Lo cantan en Dakota del Norte. Dice algo acerca de empezar la mañana sintiéndose tan bien que casi no es posible soportarlo, de modo que uno se toma todo el vino que tiene antes de mediodía. Entiende usted, todo el vino que uno reservaba para el mediodía. La letra no vale mucho, pero la tonada es linda. Es una especie de canto de bebedores.

Permanecía ahí sentado, un poco agachado, y a Mr. Thompson no le gustaba su expresión. Era una expresión satisfecha, pero más que otra cosa parecía la del gato que comió al canario.

—Por lo que yo sé —dijo Mr. Thompson—, no ha probado una gota desde que está aquí, y de ésto hará nueve años en septiembre próximo. Sí señor, nueve años, por lo que yo sé, que no se ha humedecido el gaznate ni una vez. Y eso es más de lo que puedo decir de mí — añadió humildemente orgulloso.

—Sí, es un canto de bebedores —repitió Mr. Hatch—. Yo solía tocar "Little Brown Jug" en el violín cuando era más joven —prosiguió—, pero este Helton sigue tranquilamente tocando su tonada. Se instala tranquilamente a tocar música, solo.

—Lo ha estado haciendo intermitentemente durante nueve años aquí, en este lugar — dijo Mr. Thompson, con una vaga sensación de propiedad.

—Y antes de eso también la estaba cantando, con toda seguridad, en Dakota del Norte —dijo Mr. Hatch—. Y acostumbraba a sentarse con la camisa de fuerza, prácticamente, cuando estaba en el asilo...

—¿Qué es lo que dice? — exclamó Mr. Thompson—. ¿Qué es eso?

—Caramba, no quería decírselo —contestó Mr. Hatch, con una leve

mirada de soslayo, arrepentida, en los ojos entornados—. Caramba, se me escapó. Es raro, porque estaba decidido a no decir ni una palabra sabiendo que sólo produciría un gran alboroto, y lo que digo es que si un hombre ha vivido inofensivamente y tranquilo durante nueve años, no importa que *sea* loco ¿verdad? Siempre que se quede tranquilo y no haga mal a nadie.

—¿Quiere decir que lo tenían con camisa de fuerza? —preguntó Mr. Thompson inquieto—. ¿En un asilo de locos?

—Ya lo creo que sí —dijo Mr. Hatch—, ahí mismo es donde lo tenían de tiempo en tiempo.

—A mi tía Ida le pusieron uno de esos aparatos en el Manicomio del Estado —dijo Mr. Thompson—. Se enfureció, y le pusieron una de esas camisas con mangas largas y la ataron a una argolla de hierro que había en la pared, y tía Ida se puso tan frenética que se le reventó una vena, y cuando volvieron a ocuparse de ella, estaba muerta. A mí me parece que esos aparatos son peligrosos.

—Cuando estaba con la camisa de fuerza, Mr. Helton cantaba su canción del vino —dijo Mr. Hatch—. Nada le molestaba nunca, a no ser que trataran de hacerlo hablar. Eso le molestaba y lo volvía violento, como a su tía Ida. Se volvía violento, y entonces le colocaban la camisa y se iban, y lo dejaban, y se quedaba ahí perfectamente contento, al parecer, cantando su canción. Luego, una noche, desapareció. Puede decirse que se marchó; sencillamente se fué, y nadie le vió ni el polvo, nunca más. Y entonces, yo vengo y lo encuentro aquí —dijo Mr. Hatch—, completamente tranquilo y tocando el mismo canto.

—Nunca se portó como chiflado conmigo —dijo Mr. Thompson—. Siempre se portó como un hombre sensato conmigo. Para empezar, no se ha casado y trabaja como un caballo, apuesto a que tiene el primer centavo que le pagué cuando cayó aquí, y no bebe, jamás dice una pala-

bra, ni mucho menos palabrotas, y no pierde el tiempo de farra los sábados por la noche, y si él es chiflado —dijo Mr. Thompson—, bueno, creo que yo me volveré loco para cambiar.

—Ja, ja, —exclamó Mr. Hatch—. ¡eso sí que está bueno! ¡Ja, ja, ja, no se me había ocurrido eso! Claro, ¡así es! Volvámonos todos locos y deshagámonos de nuestras mujeres y ahorremos nuestro dinero ¿eh? Sonrió desagradablemente, mostrando sus pequeños dientes de conejo.

Mr. Thompson sintió que estaban interpretándolo mal. Se volvió y señaló, detrás de la enredadera de madreselva, la ventana abierta.

—Vamos un poco más allá —dijo—. Debería haberlo pensado antes.

El visitante molestaba a Mr. Thompson. Tenía una manera de sacarle las palabras de la boca, dándolas vuelta y mezclándolas que confundía a Mr. Thompson al punto de no saber lo que había dicho.

—Mi mujer no es muy fuerte —dijo Mr. Thompson—. Hace casi catorce años que es una especie de inválida. Es muy duro para un pobre hombre tener enfermedades en la familia. Le han hecho cuatro operaciones —dijo con orgullo—, una tras otra, pero no sirvieron de nada. Durante cinco años, cada centavo que gané salía como entraba, yendo a manos de los médicos. El resultado final es que es sumamente delicada.

—Mi cara mitad —dijo Mr. Homer T. Hatch—, tenía el lomo de una mula, sí señor. Esa mujer, si alguna vez se le hubiera ocurrido, hubiera podido trasladar el establo nada más que con sus manos. Yo solía decir que era una gran cosa que no conociera su propia fuerza. Ahora está muerta. Las de esa clase se gastan más pronto que las debiluchas. Nunca he podido soportar a una mujer que se queja, me vería libre de ella más que ligero, sí señor, más que ligero. Usted lo dice: mantener mujer en esas condiciones es ir a pura pérdida.

Esto no era, en absoluto, lo que Mr. Thompson se había oído decir: había tratado de explicar que una mujer tan cara como la suya era un crédito para un hombre.

—Es una mujer sumamente razonable —dijo Mr. Thompson, desconcertado—, pero no respondo de lo que diría o haría si descubriera que en estos últimos años hemos tenido aquí a un loco.

Se habían apartado de la ventana; Mr. Thompson llevó a Mr. Hatch por el frente, porque yendo por atrás tenían que pasar por la casilla de Mr. Helton. Por alguna razón no quería que el extraño viera a Mr. Helton o hablara con él. Era curioso, pero eso era lo que sentía Mr. Thompson.

De nuevo Mr. Thompson se sentó sobre el tronco de hachar leña ofreciendo otro a su huésped.

—Bueno, antes podía haberme afectado una cosa así, pero ahora *desafío* a que nada me saque de mis casillas.

Cortó un enorme trozo de tabaco con su cortaplumas de cabo de asta y se lo ofreció a Mr. Hatch, quien a su vez sacó su propio tabaco y, desnudando un cuchillo grande de hoja larga y muy afilada, cortó un ancho pedazo y se lo metió a la boca. Entonces compararon sus respectivos tabacos y se asombraron al comprobar cuán diferente es la idea de los hombres sobre el buen tabaco de mascar.

—Por ejemplo —dijo Mr. Hatch—, el mío es más liviano y tiene más color. Eso en primer lugar, porque esta clase de tabaco no está endulzada. Me gusta seco, hojas naturales, medianamente fuerte.

—Un poco endulzado no queda mal para mi gusto —dijo Mr. Thompson—, pero muy poco. Prefiero, por ejemplo, una hoja fuerte, bien curada como se suele decir. Hay aquí cerca un hombre llamado Williams, Mr. John Morgan Williams, que masca un tabaco, amigo, negro como su sombrero, suave como alquitrán derretido. Chorrea lite-

ralmente melaza, simple melaza, y se masca como orozuz. Pero claro, yo no llamo a eso un buen tabaco.

—Lo que es bueno para uno —dijo Mr. Hatch—, es malo para otro. A mí un tabaco como ése me daría náuseas. No podría ni empezar a ponérmelo en la boca.

—Claro —dijo Mr. Thompson, con un dejo de disculpa en la voz— que yo puedo decir que apenas lo probé. Sólo me puse un pedacito en la boca y lo escupí en seguida.

—Estoy absolutamente seguro que yo no podría ni eso —dijo Mr. Hatch—. Me gusta el tabaco seco y natural, sin condimento artificial de ninguna clase.

Mr. Thompson empezó a sospechar que Mr. Hatch trataba de darle a entender que tenía mejores conocimientos en materia de tabaco, y que iba a mantener la discusión hasta probarlo. Empezó a sentirse seriamente fastidiado con el hombre falsamente gordo. Después de todo ¿quién era y de dónde venía? ¿Quién era él para andar diciendo a los demás qué clase de tabaco debían mascar?

—Condimento artificial —insistió Mr. Hatch con terquedad— que le ponen nada más que para tapar la hoja barata y hacerle creer a uno que le dan algo mejor de lo que le *están* dando. Puede usted creerme que el menor gustito dulce es señal de que la hoja es barata.

—Siempre he pagado mi tabaco a buen precio —dijo Mr. Thompson secamente—. No soy rico y no ando haciendo creer que lo soy, pero óigame bien, cuando se trata de cosas como el tabaco, compro lo mejor que hay en plaza.

—El menor gustito dulce —empezó a decir de nuevo Mr. Hatch, cambiando de lado su tabaco y escupiendo el jugo sobre un rosal de aspecto medio seco, que ya pasaba por momentos bastante duros expues-

to el día entero al sol ardiente, con sus raíces contraídas en la tierra calcinada—, es señal de...

—Volviendo a Mr. Helton —dijo Mr. Thompson con determinación—, no veo ninguna razón para hacerle cargos a un hombre porque haya estado chiflado una o dos veces en su vida, de modo que no pienso tomar ninguna medida al respecto. Ninguna. No tengo nada contra él, siempre ha sido correcto conmigo. Hay cosas y personas —prosiguió— como para volver loco a cualquiera. Lo que me extraña es que no haya más hombres que terminen con camisas de fuerza, considerando cómo andan las cosas en estos tiempos.

—Así es —dijo Mr. Hatch, con apresuramiento, con demasiado apresuramiento en verdad, como si quisiera volver contra Mr. Thompson el sentido de sus palabras—. Me lo ha sacado de la boca. No están todos los que debieran estar con camisa de fuerza. Ja, ja, tiene razón, completa razón. Ha entendido bien el asunto.

Mr. Thompson permanecía sentado, mascando sostenidamente y con la mirada fija en un punta del suelo, a más o menos dos metros de distancia, y sentía que desde lo profundo de su ser le subía un lento y sordo rencor, le subía y lo inundaba por completo. ¿Qué se proponía ese individuo? ¿Qué estaba tratando de decirle? No eran tanto sus palabras sino su aspecto y su manera de hablar: esa expresión oblicua en los ojos, ese tono de voz, como si estuviera tratando de mortificar a Mr. Thompson por algo. A Mr. Thompson no le gustaba, pero tampoco podía definir por qué. Sentía deseos de volverse bruscamente y, dando al hombre un empellón, hacerlo caer del tronco, pero esto no parecía razonable. Si al hombre le pasara algo al caerse del tronco, por ejemplo si se cayera sobre el hacha y se cortara, y luego alguien le preguntase por qué lo había empujado, ¿qué podría decir? Parecería muy curioso, quedaría sumamente raro decir: "En realidad, él y yo tuvimos una discusión sobre

las clases de tabaco"; podría, de todos modos, darle un empujón no más, y luego decir que el hombre era gordo, poco acostumbrado al calor, y que mientras estaba hablando le había dado un mareo y se había caído, o algo por el estilo, y tampoco sería cierto, porque no era el calor ni era el tabaco. Mr. Thompson tomó la decisión de sacar al hombre de allí más que ligero, sin hacerle notar que estaba inquieto, y de vigilarlo atentamente hasta que se perdiera de vista. No resulta ser cordial con extraños de otras partes del país. Siempre andan en algo, si no se quedarían en su casa, que es donde deberían estar.

—Y hay algunas personas —dijo Mr. Hatch— a quienes lo mismo les da tener a un loco en la casa que no tenerlo, no ven ninguna diferencia entre ellos y los demás. Siempre digo que si es ésa la manera de sentir de algunos, si no les importa con quién tratan, bueno, es asunto de ellos y no mío. No me gusta meterme para nada en eso. Pero allá donde yo vivo, en Dakota del Norte, no pensamos así. Quisiera ver por allá a alguien empleando a un loco, sobre todo después de lo que ha hecho.

—No entendí que usted era de Dakota del Norte —dijo Mr. Thompson—. Me pareció que dijo Georgia.

—Tengo una hermana casada en Dakota del Norte —dijo Mr. Hatch—. Se casó con un sueco, pero un hombre de bien, si es que los hay. Por eso digo *nosotros*, porque entramos juntos en un negocito por allá. Y me siento casi como en mi casa.

—¿Qué hizo? — preguntó Mr. Thompson, sintiéndose otra vez muy inquieto.

—Oh, nada muy grave que digamos —contestó Mr. Hatch jovialmente—, se volvió loco un día en el campo, mientras estaban juntando pasto, y con la horquilla traspasó a su hermano de lado a lado. Lo iban a ejecutar, pero descubrieron que se había enloquecido de calor, como

se dice, y por eso lo metieron en el manicomio. Eso es todo lo que hizo. No es como para agitarse mucho, ¡ja, ja, ja! —dijo, y, sacando su afilado cuchillo, se puso a rebanar una tajada de tabaco tan cuidadosamente como si estuviera cortando una torta.

—Como noticia —dijo Mr. Thompson—, sí que es una. Sí, señor, y qué noticia. Sin embargo, sostengo que algo debe de haberlo impulsado. Ciertos hombres, por el solo hecho de mirarlo a uno, le hacen sentir ganas de matarlos. Su hermano puede haber sido un sinvergüenza, un ordinario y un canalla.

—El hermano se iba a casar —dijo Mr. Hatch—. Salía por las noches a visitar a la novia. Una noche quiso darle una serenata y le pidió prestada la armónica a Mr. Helton y se la perdió. Una armónica completamente nueva.

—Adora sus armónicas —dijo Mr. Thompson—. La única plata que gasta, de vez en cuando, es para comprarse una nueva. En esa casilla debe de tener una docena, de todas clases y tamaños.

—El hermano no quiso comprarle otra —dijo Mr. Hatch—, y entonces Mr. Helton se sulfura, como le dije, y le incrusta la horquilla al hermano. Ahora comprendo que debió de estar loco para enojarse tanto por una cosita así.

—Es verdad — dijo Mr. Thompson, disgustado de estar en algo de acuerdo con ese individuo entrometido y desagradable. Pensaba todo el tiempo que no recordaba haber tomado jamás tanta aversión a un hombre a primera vista.

—Imagino que usted estará bastante harto de oír la misma tonada, año tras año — dijo Mr. Hatch.

—A veces pienso que no estaría mal que aprendiera una nueva —dijo Mr. Thompson—, pero no lo hace, así que la cosa no tiene remedio. Es una tonada bastante buena, sin embargo.

—Uno de los escandinavos me contó lo que quería decir, por eso lo sé, —dijo Mr. Hatch—. Especialmente esa parte que habla de ponerse uno tan alegre que sigue adelante y se bebe todo el vino que tiene a mano antes de mediodía. Parece que allá, en aquellos países, los hombres llevan consigo una botella de vino, por lo menos así lo entendí. Sin embargo, esos tipos le cuentan a uno cualquier cosa...

Se interrumpió y escupió.

La idea de beber cualquier clase de alcohol con ese calor daba náuseas a Mr. Thompson. La idea de que alguien se sintiera bien en un día como ése, por ejemplo, lo cansaba. Sentía que de veras el calor lo estaba haciendo sufrir. El hombre gordo parecía haber crecido del tronco donde estaba sentado; se desplomaba con sus ropas húmedas, oscuras, demasiado grandes para él, con su barriga fofa dentro de los pantalones, y el ancho sombrero de fieltro negro, echado hacia atrás, que descubría la frente angosta enrojecida por el salpullido. Una botella de buena cerveza helada sería ahora un gran alivio, pensó Mr. Thompson, recordando las cuatro botellas metidas en el charco de la casilla del manantial, y la lengua reseca se le retorcía en la boca. Sin embargo, nada iba a ofrecer a ese hombre, ni siquiera una gota de agua, ni siquiera iba a mascar tabaco en su compañía. Escupió de repente su mascada, se limpió la boca con el dorso de la mano y se puso a observar atentamente la cabeza que estaba junto a él.

El hombre no era buena persona, y no estaba ahí para nada bueno, pero ¿qué andaba buscando? Mr. Thompson decidió que le permitiría estar allí un rato más para que, fuera lo que fuera, arreglara su asunto con Mr. Helton; luego, si no se iba, lo echaría a puntapiés.

Como si adivinara los pensamientos de Mr. Thompson, Mr. Hatch dirigió hacia él sus malignos ojos de cerdo.

—El hecho es —dijo, como si hubiera tomado una decisión— que

puedo necesitar su ayuda en el asuntito que tengo entre manos, pero no le costará ningún trabajo. Como ya le dije, este Mr. Helton es un loco escapado, peligroso puede decirse. El hecho es que en estos últimos doce años, más o menos, debo de haber atrapado a veintitantos locos prófugos, además de un par de presos que encontré por casualidad. No lo hago como negocio, pero si hay una recompensa, y generalmente la hay, la gano. A la larga, llega a sumar una respetable cantidad, pero eso no es lo principal, el hecho es que estoy por la ley y el orden, no me gusta ver sueltos a los infractores ni a los locos. No es el lugar que les corresponde. Me figuro que usted está de acuerdo conmigo en esto, ¿no es así?

Mr. Thompson dijo:

—Sí, pero como se suele decir, los casos varían según las circunstancias. Por lo que yo conozco de Mr. Helton, no es peligroso, como ya le he dicho.

Algo grave iba a suceder, Mr. Thompson lo presentía. Trató de no pensar más en ello. Dejaría que el hombre se destapara y luego vería qué se podría hacer. Sin pensarlo, sacó su cuchillo y el tabaco y comenzó a cortarlo, luego se acordó y volvió a guardarlos en el bolsillo.

—La ley —dijo Mr. Hatch— me sostiene firmemente. Este Mr. Helton, por ejemplo, es uno de mis casos más peliagudos. Ha impedido que mi "record" llegue, prácticamente, al cien por ciento. Lo conocí antes que se volviera loco, y conozco a su familia, por eso me encargué de ayudar a encontrarlo. Sí señor, se fué como un silbido, y no dió más señales de vida en todo este tiempo. Podíamos no haberlo encontrado nunca, pero ¿sabe usted lo que hizo? Hace más o menos dos semanas, su vieja madre recibe una carta de él, sí señor, y en esa carta ¿qué se figura usted que encuentra? Un cheque de ese banquito que hay en el pueblo, por ochocientos cincuenta dólares, como si nada; la carta no

era gran cosa, decía sencillamente que le mandaba unos ahorritos por si necesitaba algo; pero ahí estaban nombre, sello de correo, fecha, todo. De alegría la vieja prácticamente perdió la cabeza. Está medio reblandecida, y parecía haber olvidado que su único hijo vivo había matado al hermano y se había vuelto loco. Mr. Helton decía que le iba muy bien y que no lo contase a nadie. Pero, naturalmente, no podía callárselo con ese cheque que cobrar y todo. Así es cómo yo vine a saberlo. Casi me desmayo de asombro.

Mr. Hatch no podía ocultar sus sentimientos. Volvió a estrecharse las manos y se sacudió moviendo la cabeza y haciendo "je, je", con la garganta. Mr. Thompson sentía que las comisuras de sus labios se le bajaban. ¡Qué, ese perro inmundo y rastrero, metiéndose solapadamente a espiar los asuntos de los demás! ¡Ganando plata a precio de sangre, eso era su trabajo! ¡Lo dejaría hablar!

—Sí, claro, debe de haber sido una buena sorpresa —dijo, tratando de mantener la voz serena—. Una buena sorpresa, sin duda.

—Sí, señor mío, —dijo Mr. Hatch— cuanto más lo pensaba, más me convencía que sería mejor que me ocupara un poco de la cuestión, y por eso hablé con la vieja. Está bastante decrépita, medio ciega y todo, pero se había empeñado en tomar el primer tren para ver a su hijo. Yo se lo dije sin vueltas —que estaba demasiado enclenque para el viaje y todo. Así que sólo por hacerle un favor, le dije que si me pagaba los gastos, nada más, vendría a ver a Mr. Helton, y le llevaría de vuelta todas las noticias de su hijo. Me dió una camisa nueva que ella misma había hecho a mano, y una especie de torta sueca grande, para que se las trajera, pero debo de haberlas perdido por el camino en alguna parte. No importa mucho, sin embargo, probablemente él no se halla en un estado de ánimo capaz de apreciarlas.

Mr. Thompson se enderezó y, girando sobre el tronco de árbol, miró a Mr. Hatch, y con toda la calma que pudo le preguntó.

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer? Ésa es la cuestión.

Mr. Hatch se puso pesadamente de pie y se sacudió.

—Le diré, vengo completamente preparado para una peleíta —dijo—. Tengo las esposas —prosiguió—, pero no quiero violencias si puedo evitarlas. No quise decir nada por los alrededores para no armar un alboroto. Me imaginé que entre los dos podríamos dominarlo.

Metió la mano en su gran bolsillo interior y las sacó. Esposas, por el amor de Dios, pensó Mr. Thompson. Llegar así en una tarde apacible a molestarlo a uno y traer disgustos y sacar esposas del bolsillo en la casa de una familia decente, como si fuera muy natural.

Mr. Thompson también se puso de pie. Le zumbaba la cabeza.

—Debo decirle —dijo redondamente— que me parece un triste trabajo el que tiene entre manos, por cierto que debe de estar usted muy necesitado, y ahora quiero darle un buen consejo. Abandone por completo la idea de que va a venir aquí a traer inconvenientes a Mr. Helton, y cuanto más pronto saque ese carricoche alquilado de adelante de mi portón, más contento estaré.

Mr. Hatch colocó una de las esposas en el bolsillo exterior y dejó la otra colgando. Dió un tirón a su sombrero, bajándoselo sobre los ojos. Sin saber por qué, Mr. Thompson pensó en un "sheriff". El hombre no parecía nervioso en lo más mínimo, y no tomó en cuenta las palabras de Mr. Thompson. Dijo:

—Escuche un momento; no es razonable suponer que un hombre como usted va a cruzarse en el camino cuando se trata de llevar a un loco de vuelta al manicomio donde debe estar. Comprendo que es como para desconcertar a cualquiera, presentarse de repente así, pero la verdad

es que contaba con que usted fuera un hombre respetable y me ayudara a cumplir la justicia. Pero, naturalmente, si usted no quiere ayudar, tendré que buscar ayuda en otra parte. A sus vecinos no les va a parecer muy bien que tuviera usted en su casa a un loco escapado que ha matado a su hermano, y que luego se niegue a entregarlo. Parecerá muy raro.

Casi antes de oír esas palabras Mr. Thompson sabía que parecería raro. Lo pondría en una posición sumamente difícil. Dijo:

—Pero todo este tiempo he estado tratando de decirle que ahora el hombre no está loco. Ha sido perfectamente inofensivo durante nueve años. Es... es...

Mr. Thompson no sabía cómo describir lo que era Mr. Helton.

—Pero si ha sido como de la familia —añadió—, la mejor ayuda que jamás haya tenido un hombre.

Mr. Thompson trataba de encontrar una salida. Era evidente que Mr. Helton podía volverse loco de nuevo en cualquier momento, y ahora este individuo, hablando por la vecindad, pondría a Mr. Thompson en un aprieto. Era una situación terrible. No sabía cómo encontrarle salida.

—¡Usted está loco! —gritó Mr. Thompson repentinamente—. ¡Usted es el único loco aquí, mucho más loco que él! Váyase o le pondré las esposas y lo entregaré a la justicia. Esto es una violación de domicilio —vociferó Mr. Thompson—. ¡Salga de aquí antes que lo voltee de un puñetazo!

Adelantó un paso hacia el hombre gordo, que retrocedió, esquivándose:

—¡Trate de dármelo, trátelo, vamos!

Y entonces ocurrió algo que más tarde Mr. Thompson procuraba, con todas sus fuerzas, reconstruir mentalmente sin conseguir nunca, en realidad, coordinarlo bien. Vió al hombre gordo con su largo cuchillo en la mano, vió a Mr. Helton llegar corriendo por la esquina de la casa,

con su larga mandíbula caída, con los brazos colgando y los ojos feroces. Mr. Helton se interpuso entre ellos con los puños cerrados, luego, de pronto, se quedó cortado, mirando intensamente al hombre gordo; su gran talla pareció derrumbarse y se puso a temblar como un caballo asustado; y entonces el hombre gordo se lanzó sobre él, con el cuchillo en una mano y las esposas en la otra. Mr. Thompson vió venir la cosa, vió la hoja que penetraba en el estómago de Mr. Helton, sabía que en sus propias manos tenía el hacha que acababa de arrancar del tronco, sintió que levantaba los brazos por encima de su cabeza y que lanzaba el hacha hacia abajo, sobre la cabeza de Mr. Hatch, como si estuviera abatiendo una res.

Desde hacía rato Mrs. Thompson había estado oyendo con inquietud el rumor continuado de las voces, una de ellas desconocida, pero se sentía demasiado cansada, al principio, para levantarse y salir a ver qué pasaba. El griterío confuso que se elevó tan de repente la hizo ponerse de pie y salir por el porch principal, descalza y con el pelo a medio trenzar. Escudándose los ojos, vió primero a Mr. Helton, doblado en dos, corriendo a través del huerto como un hombre perseguido por los perros; Mr. Thompson, apoyado sobre el mango del hacha, estaba inclinado hacia adelante, sacudiendo el hombro de un individuo que Mrs. Thompson jamás había visto y que yacía encogido con el cráneo aplastado y perdiendo abundante sangre que formaba un charco de aspecto grasiento. Sin retirar la mano del hombro del individuo, Mr. Thompson dijo con voz ronca:

—Mató a Mr. Helton, lo mató, yo lo vi. Tuve que golpearlo —exclamó a gritos—, pero no vuelve en sí.

—Pero si allá va Mr. Helton — dijo Mrs. Thompson, con un débil grito, señalándolo con el dedo.

Mr. Thompson se enderezó con un esfuerzo y miró hacia donde ella

señalaba. Mrs. Thompson se sentó lentamente contra el costado de la casa y empezó a deslizarse, cayendo hacia adelante; sentía como si se ahogara, algo le impedía subir a la superficie y su único pensamiento era que se alegraba de que los chicos no estuvieran ahí, habían ido a pescar a Halifax, oh, Dios, se alegraba de que los chicos no estuvieran ahí.

Al atardecer, Mr. y Mrs. Thompson llegaron en el coche hasta el galpón. Mr. Thompson entregó las riendas a su mujer, bajó para abrir el portón, y Mrs. Thompson condujo bajo techo al viejo Jim. El coche estaba gris de tierra y vejez, el rostro de Mrs. Thompson estaba gris de tierra y cansancio, y la cara de Mr. Thompson, mientras junto a la cabeza del caballo empezaba a desatarlo, estaba gris, con excepción de sus recién afeitados carrillos, gris y azul y hundida, pero paciente como la cara de un muerto.

Mrs. Thompson descendió al piso del galpón lleno de estiércol compacto y sacudió su liviano vestido de ramazones floreadas. Tenía puestos los anteojos ahumados, y el amplio sombrero de paja de Italia, adornado con una guirnalda de exhaustos no-me-olvides rosados y celestes, le ocultaba la frente, fija en un nudo de angustia.

El caballo agachó la cabeza, lanzó un inmenso suspiro y movió sus endurecidas patas para darles flexibilidad. La voz de Mr. Thompson llegó, ensordecida y hueca:

—Pobre viejo Jim —dijo aclarando la garganta—, tiene bastante hundidas las costillas. Ha pasado una semana dura.

Levantó las guarniciones de un solo golpe, deslizándolas para sacarlas, y Jim avanzó varios pasos, gradualmente, saliéndose de las lanzas.

—Bueno, ésta es la última vez —dijo Mr. Thompson, hablándole siempre a Jim—. Ahora podrás tomar un buen descanso.

Detrás de sus vidrios ahumados, Mrs. Thompson cerró los ojos.

La última vez; ya era tiempo, y nunca deberían haber ido. No necesitaba ya sus gafas, ahora que la bondadosa oscuridad descendía de nuevo, pero sus ojos se llenaban sin cesar de lágrimas aunque no lloraba, y se sentía mejor con las gafas, más segura, escondida detrás de ellas. Sacó el pañuelo con las manos que le temblaban como le habían estado temblando desde *aquel día*, y se sonó las narices.

—Veo que los muchachos han encendido las luces —dijo—. Espero que hayan preparado el fuego de la cocina.

Se adelantó por el inculto sendero, recogiéndose el leve vestido y las enaguas almidonadas, pisando con cuidado entre las pequeñas piedras puntiagudas, alejándose del galpón, porque casi no podía soportar la proximidad de Mr. Thompson, y avanzando lentamente hacia la casa, porque temía llegar a ella. La vida toda era un solo temor, las caras de sus vecinos, de sus hijos, de su marido, la cara de todo el mundo, la forma de su propia casa en la penumbra, y hasta el olor del pasto y los árboles, todo era horrible para ella. No había lugar alguno adonde ir y sólo una cosa que hacer, soportarlo todo de alguna manera... ¿pero cómo? Se hacía esa pregunta con frecuencia. ¿Cómo iba a seguir viviendo? ¿Por qué había vivido nunca? Deseaba ahora haberse muerto una de esas veces que había estado tan enferma, en lugar de seguir viviendo para ésto.

Los muchachos estaban en la cocina; Herbert miraba los dibujos cómicos de los diarios del domingo anterior, sus dos historietas preferidas. Tenía el mentón apoyado en las manos y los codos sobre la mesa, y estaba realmente leyendo y mirando los dibujos, pero la expresión de su cara no era feliz. Arthur encendía el fuego, agregando una astilla cada vez, avivándolo, observándolo prenderse y arder. Su rostro estaba más melancólico y sombrío que el de Herbert, pero era un poco hosco por naturaleza; también, toma las cosas más a pecho, pensó Mrs. Thomp-

son. Arthur dijo: "Hola, mamá", y siguió con su trabajo. Herbert arrimó los diarios, juntándolos, e hizo sitio en el banco. Eran muchachos grandes —quince y diecisiete años— y Arthur era tan alto como su padre. Mrs. Thompson se sentó junto a Herbert y se quitó el sombrero.

—Supongo que tienen hambre —dijo—. Llegamos tarde hoy. Tomamos el camino de Log Hollow, está peor que nunca.

Su boca pálida tuvo un gesto de decaimiento, dibujándosele a cada lado una curva de tristeza.

—Supongo entonces que vieron a los Manning — dijo Herbert.

—Sí, y a los Ferguson, y a los Allbright y a esa familia nueva McClellan.

—¿Alguien dijo algo? — preguntó Herbert.

—No mucho, ya sabes, lo de siempre, algunos insisten en decir, sí, que saben que el caso ha sido claro, y el juicio equitativo, y dicen que están muy contentos de que tu papá saliera tan bien, y todo eso, algunos lo dicen pero parecería que no están verdaderamente de su parte. Ya no doy más —dijo, mientras le corrían de nuevo las lágrimas por debajo de los anteojos oscuros—. No sé qué saca, pero tu papá no parece poder descansar si no está contando cómo pasó. No lo comprendo.

—No creo que se saque nada, absolutamente nada —dijo Arthur alejándose de la cocina—. Sólo sirve para que todo el asunto siga dando vueltas en la cabeza de las gentes. Todos andarán repitiendo lo que han oído y todo el asunto se pondrá más enredado que nunca. No hace más que empeorar las cosas. Ojalá pudieras conseguir que papá dejara de andar por todas partes hablando así.

—Tu papá sabe lo que hace —dijo Mrs. Thompson—. Ustedes no deberían criticarlo. Tiene ya bastante que aguantar sin eso.

Apretando con terquedad la mandíbula, Arthur no dijo nada. Mr. Thompson entró; tenía los ojos cavernosos y como muertos, las gruesas

manos de un blanco grisáceo y agrietadas de lavárselas a fondo todos los días antes de salir a ver a los vecinos para contarles su versión de la historia. Tenía puesta su ropa dominguera, un traje grueso color sal-y-pimienta con una corbata negra.

Mrs. Thompson se puso de pie; la cabeza le daba vueltas.

—Váyanse todos de la cocina, hace demasiado calor aquí adentro y necesito sitio. Voy a preparar algo que comer, si ustedes se mandan mudar y me dejan un poco de sitio.

Se fueron, como si se alegraran de irse, los muchachos afuera y Mr. Thompson a su dormitorio. Lo oyó gemir mientras se sacaba los zapatos y oyó el crujir de la cama al recostarse su marido. Mrs. Thompson abrió la heladera y sintió la dulce frescura que emanaba de ella; no había esperado tener jamás una heladera y mucho menos poder gastar en tenerla llena de hielo. Después de dos o tres años, seguía pareciendo un milagro. La comida fresca y limpia estaba ahí, lista para ser recalentada. Nunca hubiera podido tener esa heladera si Mr. Helton no hubiera pasado por allí un buen día, gracias a la más extraña de las suertes; tan ahorrativo y tan ingenioso, tan bueno, pensó Mrs. Thompson con el corazón henchido al punto que temía desmayarse de nuevo, mientras estaba allí de pie, con la puerta abierta y la cabeza recostada en ella. Sencillamente no podía soportar el recuerdo de Mr. Helton con su cara larga y triste y sus modales silenciosos, que había sido siempre tan tranquilo e inofensivo, que había trabajado tan duramente y ayudado tanto a Mr. Thompson, corriendo a través de los campos calcinados y los bosques, perseguido como un perro rabioso, y todos que salían con sogas y armas y palos para atraparlo y atarlo. Oh, Dios mío —dijo Mrs. Thompson con un largo quejido seco, arrodillándose delante de la heladera y buscando a tientas las fuentes que había adentro—, aunque hubieran apilado colchones sobre el piso de la cárcel y contra las pare-

des, y puesto ahí a cinco hombres para sujetarlo y evitar que se lastimara más, ya estaba lo bastante lastimado, de todos modos no hubiera podido seguir viviendo. Mr. Barbee, el "sheriff", se lo había contado todo. Dijo que, claro, no tenían intención de lastimarlo, pero era necesario agarrarlo, estaba loco de remate; levantaba rocas y trataba de romperle la crisma a cualquiera que se le acercaba. Tenía dos armónicas en el bolsillo de la blusa, pero, dijo el "sheriff", se le cayeron en la pelea y Mr. Helton trató de recogerlas, y ahí fué cuando finalmente lo atraparon. "Tuvieron que ser duros con él, Mrs. Thompson, luchaba como una fiera". Sí, pensó de nuevo Mrs. Thompson con la misma amargura, por supuesto, tuvieron que ser duros. Siempre tienen que ser duros. Mr. Thompson no puede discutir con un hombre y sacarlo de allí pacíficamente; no, pensaba, poniéndose de pie y cerrando la heladera, tiene que matar a alguien, tiene que ser un asesino y arruinar la vida de sus hijos y hacer que maten a Mr. Helton como a un perro rabioso.

Sus pensamientos se detuvieron en un pequeño estallido sordo, se aclararon y volvieron a empezar. Las restantes armónicas de Mr. Helton estaban aún en la casilla; a ciertas horas del día, aquella tonada volvía a la cabeza de Mrs. Thompson. Por las tardes la extrañaba. Parecía tan raro que nunca hubiera sabido el nombre de esa canción, ni su significado, hasta después de la desaparición de Mr. Helton. Con un temblor en las rodillas Mrs. Thompson tomó un trago de agua en la pileta, echó las chauchas dentro de la asadera y empezó a envolver los pedazos de pollo en harina para freírlos. Había una época, se decía a sí misma, en que yo creía que tenía vecinos y amigos, había una época en que podíamos tener altas las cabezas, había una época en que mi marido no había matado a un hombre y en que yo podía decir la verdad a cualquiera sobre cualquier cosa.

Dando vueltas en la cama, Mr. Thompson pensaba que había hecho todo cuanto había podido; de ahora en adelante dejaría descansar el asunto. Desde el principio, su abogado, Mr. Burleigh, le había dicho: "Trate de conservar la calma y dominarse. Su caso es muy bueno, aunque no haya testigos. Su mujer tiene que tomar parte en el juicio, será un poderoso argumento para el jurado. Usted diga solamente que no es culpable y yo haré el resto. El juicio va a ser una simple formalidad, no tiene usted nada de qué preocuparse. Se verá completamente libre de todo èsto antes de darse cuenta". Y para hacer conversación, Mr. Burleigh se había puesto a contarle de todos los hombres que conocía por esas regiones, que, por una razón u otra, se habían visto obligados a matar a alguien, siempre en defensa propia, sin que la cosa tuviera mayor importancia. Hasta le contó que su propio padre, en los viejos tiempos, había matado de un tiro a un hombre solo porque había pasado el portón de su casa, cuando él le dijo que no lo hiciera. "Seguro que maté al canalla —dijo el padre de Mr. Burleigh—, en defensa propia; le *dije* que le pegaría un tiro si ponía un pie en mi jardín, y lo hizo, y yo lo hice". Se habían detestado durante años, dijo Mr. Burleigh, y su padre había esperado mucho tiempo para pescar en falta al otro, y cuando lo consiguió, por cierto que aprovechó la oportunidad hasta el máximo.

—Pero, como ya le dije —había insistido Mr. Thompson—, Mr. Hatch le tiró una cuchillada a Mr. Helton. Por eso intervine yo.

—Mejor aún —haba dicho Mr. Burleigh—. Ese desconocido no tenía ningún derecho de llegar a su casa con semejante intención. ¡Qué diablos! —había dicho Mr. Burleigh—. Usted ni siquiera ha cometido un homicidio. De modo que ahora sujete bien las riendas y no se agite. Y no diga ni una palabra sin que yo se lo indique.

Ni siquiera era un homicidio. Mr. Thompson tuvo que cubrir a Mr. Hatch con un pedazo de lona, y se había ido a caballo al pueblo a

contarle todo al "sheriff". Había sido terrible para Ellie. Cuando volvió, con el "sheriff", el médico forense y dos agentes, la encontraron sentada al costado del camino, en una alcantarilla sobre un canal, a más o menos media milla de la granja. La había subido y sentado detrás de él, en su montura, llevándola de vuelta a su casa. Ya le había dicho al "sheriff" que su mujer había presenciado todo el asunto, y ahora tenía tiempo, al llevarla a su cuarto y meterla en cama, de decirle lo que debía contestar si le preguntaban algo. Todo el tiempo había omitido lo referente a la locura de Mr. Helton, pero salió a relucir en el juicio. Por consejo de Mr. Burleigh, Mr. Thompson había fingido ignorarlo totalmente; Mr. Hatch no había dicho ni palabra de eso. Mr. Thompson simuló creer que Mr. Hatch había venido en busca de Mr. Helton sólo para arreglar viejas cuentas. Y los dos miembros de la familia de Mr. Hatch, que habían llegado para hacer condenar a Mr. Thompson, no consiguieron absolutamente nada. El juicio no había sido gran cosa; Mr. Burleigh se ocupó de que así fuera. Había cobrado honorarios razonables y Mr. Thompson le había pagado, sintiéndose agradecido, pero a Mr. Burleigh, después de terminado el asunto, no parecía agradarle mucho verlo llegar, cuando tomó la costumbre de caer por su oficina para seguir conversando de lo mismo y contarle algunas cosas que al principio se le habían borrado: tratando de explicarle que de todos modos Mr. Hatch era un infame canalla. Mr. Burleigh parecía haberse desinteresado por completo; cuando veía a Mr. Thompson en su puerta, se tornaba áspero y parecía contrariado. Mr. Thompson se decía todo el tiempo a sí mismo que se había salvado, muy bien, exactamente como lo había predicho Mr. Burleigh, pero, pero... y era en ese punto donde la mente de Mr. Thompson se aturullaba, retorciéndose como una anguila en un anzuelo: había matado a Mr. Hatch y era un asesino. Ésa era la verdad sobre sí mismo que Mr. Thompson

no podía captar ni cuando decía para sus adentros la palabra. Nunca, ni una sola vez había *pensado* en matar a nadie, mucho menos a Mr. Hatch, y si Mr. Helton no se hubiera presentado tan inesperadamente al oír la pelea, bueno, entonces... pero Mr. Helton había llegado corriendo para ayudarlo. Lo que no podía comprender es lo que había pasado después. Había visto a Mr. Hatch lanzarse sobre Mr. Helton con el cuchillo, había visto la punta levantada entrar en el estómago de Mr. Helton, tajeando hacia arriba como se mata un cerdo, pero cuando finalmente atraparon a Mr. Helton, éste no tenía en el cuerpo ni un rasguño de cuchillo. Mr. Thompson sabía que tenía el hacha en sus propias manos y sintió que la levantaba pero no podía recordar haber golpeado a Mr. Hatch. No podía recordarlo. No lo podía. Sólo recordaba que había estado decidido a evitar que Mr. Hatch hiriera a Mr. Helton. Si se le diera la oportunidad podría explicar todo el asunto. En el juicio no lo habían dejado hablar. Sólo le hacían preguntas y él contestaba sí o no, y nunca llegaron al fondo de la cuestión. Desde el juicio, por ejemplo, todos los días durante una semana se había lavado y afeitado y vestido con sus mejores ropas, y había llevado a Ellie con él para decir a cada vecino que ni había pensado en matar a Mr. Hatch a propósito, ¿y qué sacaba con eso? Nadie lo creía. Hasta cuando se volvía hacia Ellie y decía: "Tú estabas ahí, tú lo viste ¿verdad?", y Ellie respondía: "Sí, ésa es la verdad. Mr. Thompson estaba tratando de salvar la vida de Mr. Helton", y él agregaba: "Si no me creen a mí, pueden creer a mi mujer. Ella no miente", Mr. Thompson veía algo en todas las caras que lo descorazonaba, lo hacía sentirse vacío y agotado. No creían que no era un asesino.

La misma Ellie nunca decía nada para consolarlo. Deseaba que por fin le dijera: "Recuerdo ahora, Mr. Thompson, que es cierto, que doblé la esquina de la casa a tiempo para verlo todo. No es mentira,

Mr. Thompson. No te preocupes". Pero cuando iban juntos en el coche, en silencio, con los días aún calurosos y secos que se acortaban con la llegada del otoño, día tras día, mientras el carruaje saltaba en las huellas, ella no decía nada; aprendieron a temer la aparición de otra casa y de las personas que había adentro: ahora todas las casas parécían iguales y las gentes —vecinos viejos o nuevos— tenían idéntica expresión cuando Mr. Thompson les decía por qué había ido y empezaba su relato. Los ojos de todos parecían como pinchados por el lado de atrás; se contraían y se extinguía la luz que había en ellos. Algunos permanecían sentados, con una sonrisa apretada y fija, tratando de ser amables. "Sí, Mr. Thompson, comprendemos cómo debe de sentirse. Debe de ser terrible para usted, Mrs. Thompson. Sí, sabe usted, casi he llegado al punto de creer posible matar en defensa propia. Pero, naturalmente, le creemos, Mr. Thompson. ¿Por qué no habíamos de creerle? ¿Acaso no le han hecho un proceso perfectamente justo y a la vista de todos? Claro. Por supuesto, Mr. Thompson, pensamos que ha hecho usted bien".

Mr. Thompson estaba convencido de que no lo pensaban. Algunas veces, el aire a su alrededor se ponía tan espeso con la acusación general, que luchaba a brazo partido y el sudor le brotaba por todo el cuerpo, gritaba su relato con voz enronquecida y ahogada, y al final casi bramaba: "¡Mi mujer, ésta, la conocen, ella estaba ahí, vió y oyó todo, si no me creen a mí, pregúntenle; ella no miente!" y Mrs. Thompson, con las manos anudadas, dolorida, y con el mentón tembloroso, nunca dejaba de decir: "Sí, eso es, ésa es la verdad..."

Mr. Thompson llegó a la conclusión de que hoy la medida había sido colmada. Tom Allbright, un viejo galán de Ellie, puesto que la había acompañado a todas partes durante un verano entero, había salido a su encuentro cuando llegaron a su casa, y de pie ahí, sin sombrero, no

los había dejado bajar del coche. Con la mirada distante y el entrecejo fruncido, con expresión desconcertada, les había dicho que la hermana de su mujer estaba ahí con un montón de chicos, y tenían la casa repleta y todo dado vuelta, que si no, les diría que entrasen. "Hemos tenido la idea de ir hasta casa de ustedes en estos días —dijo Mr. Allbright, alejándose y tratando de parecer atareado—, hemos andado muy ocupados por aquí últimamente". Y no tuvieron más remedjo que decir: "Bueno, daba la casualidad que pasábamos por este lado", y seguir viaje. "Los Allbrights —dijo Mrs. Thompson— siempre fueron amigos de buen tiempo". "Siempre están con el que gana, ésa es la verdad", dijo Mr. Thompson. Pero era un frío consuelo para ambos.

Finalmente Mrs. Thompson se había dado por vencida. "Vámonos a casa —dijo—. El viejo Jim está cansado y sediento, y ya hemos ido bastante lejos". Mr. Thompson dijo: "Bueno, pero ya que andamos por estos lados da lo mismo pasar por la casa de los McClellan". Llegaron hasta allí y preguntaron a un chico de pelo algodonoso si su mamá y papá estaban en casa. Mr. Thompson quería verlos. El chico se quedó mirándolos con la boca abierta, luego entró galopando en la casa y gritando: "Mamá, papá, salgan. El hombre que mató a Mr. Hatch ha venido a verlos".

El padre salió en medias, con un tirador puesto y el otro colgando y dijo: "Bájense, Mr. Thompson, y pasen. La patrona está lavando, pero ahora viene". Tanteando el estribo y el suelo, Mrs. Thompson bajó del coche y se sentó en una silla rota de hamaca, en el porch que cedía bajo sus pies. La mujer de la casa, descalza, con un delantal de percal, se sentó en el borde del porch; su rostro gordo y pálido demostraba gran curiosidad. Mr. Thompson empezó: "Bueno, como me figuro que ya sabrán, he tenido algunos extraños contratiempos últimamente y, como se suele decir, no son de la clase que se tiene todos los días,

y hay algunas cosas sobre las cuales no quiero que tengan dudas los vecinos, de manera que..." Se detuvo y prosiguió a tropezones, y las dos caras que escuchaban adquirieron una expresión mezquina, una expresión voraz y despectiva, una expresión que decía a las claras: "Por favor, debe de ser un pobre diablo para venir, importándole lo que *nosotros* pensamos, *sabemos* que no estaría aquí si tuviera a otros a quienes recurrir... por favor, yo no me rebajaría a tanto como todo eso". Mr. Thompson tenía vergüenza de sí mismo, la ira lo invadió de pronto y le entraron ganas de golpear una contra otra esas asquerosas cabezas, esa basura inmunda... pero se dominó y siguió hasta el fin. "Mi mujer les dirá", dijo, y ésta era la parte más difícil porque Ellie, siempre sin mover un músculo, parecía endurecerse como si alguien la hubiera amenazado con pegarle; "Pregúntenle a mi mujer, ella no miente".

—Es verdad, yo lo vi...

—Bueno, entonces —dijo el hombre secamente, rascándose las costillas por adentro de la camisa—, es una lástima. Pero, sin embargo, no entiendo qué tenemos que ver nosotros con todo eso, no entiendo qué razón hay para vernos mezclados en este asunto de asesinato. No lo entiendo. De cualquier lado que se mire, no es para nada asunto mío. Sin embargo, es muy simpático que hayan venido a contarnos derechamente la cosa, porque hemos oído algunos cuentos muy raros sobre el asunto, muy raros, casi no tenían pies ni cabeza.

—Todos andan hablando hasta por los codos —dijo la mujer—. Pero matar no está bien; la Biblia dice...

—Cierra la boca —dijo el hombre—, y déjala cerrada o te la cerraré yo. Pero a mí me parece...

—No podemos demorar más tiempo —dijo Mrs. Thompson separando las manos—. Ya nos hemos demorado demasiado. Se hace tarde y tenemos que ir lejos—. Mr. Thompson aceptó la indirecta y la siguió.

Apoyados contra los desvencijados postes del porch, el hombre y la mujer los miraban alejarse.

Ahora, recostado sobre su cama, Mr. Thompson sabía que el fin había llegado. Ahora, en ese minuto, recostado en la cama donde había dormido con Ellie durante diez y ocho años, debajo de ese techo en el cual había colocado las tejas, cuando esperaban para casarse, ahí, con sus patillas creciendo ya desde su afeitada de esa mañana, tocándose con los dedos el mentón agudo, Mr. Thompson sentía que era un hombre muerto. Estaba muerto a su otra vida, había llegado al final de algo sin saber por qué, y tenía que volver a empezar de nuevo no sabía cómo. Algo distinto iba a comenzar, no sabía qué. No era, en cierto modo, asunto suyo. No sentía que iba a tener mucho que ver con ello. Se levantó, dolorido, hueco, y salió a la cocina donde Mrs. Thompson estaba justamente terminando de preparar la comida.

—Llama a los muchachos — dijo Mrs. Thompson.

Habían ido al galpón y al volver Arthur apagó el farol antes de colgarlo en un clavo cerca de la puerta. A Mr. Thompson no le agradaba el silencio de sus hijos. Casi no le habían dicho una palabra de nada desde aquel día. Parecían evitarlo, dirigían juntos la propiedad como si él no estuviera allí, y se ocupaban de todo sin pedirle ningún consejo.

—¿Qué han andado haciendo, muchachos? —preguntó tratando de ser jovial—. ¿Terminando sus tareas?

—No, papá —dijo Arthur—, no hay mucho que hacer. Nada más que engrasando unos ejes.

Herbert no dijo nada. Mrs. Thompson agachó la cabeza: "Por estas y todas Tus bendiciones... Amén", murmuró débilmente, y los Thompson permanecían sentados ahí con los ojos bajos y las caras llenas de tristeza como si estuvieran en un funeral.

Cada vez que Mr. Thompson cerraba los ojos tratando de dormir, su mente se sobresaltaba y empezaba a correr como un conejo. Saltaba de una cosa a la otra, procurando encontrar un rastro aquí o allá que le permitiera hilar lo que había pasado el día que mató a Mr. Hatch. Por más que tratara, la mente de Mr. Thompson no iba a ninguna parte donde no hubiera estado ya, no podía ver nada que no hubiera visto ya una vez, y sabía que eso no era exacto. Si no había visto claro aquella primera vez, todo lo relacionado con la muerte de Mr. Hatch estaba equivocado desde el principio hasta el fin, y el asunto no tenía remedio, lo mismo daba declararse vencido. Seguía pensando que había hecho, no tal vez una buena cosa, pero sí lo único que había podido hacer ese día ¿pero era así? *¿Tenía que haber matado a Mr. Hatch?* Nunca había visto a un hombre que odiara más desde el minuto que le puso los ojos encima. Sentía hasta en los huesos que el individuo estaba ahí para dar trabajo. Lo que parecía raro ahora era lo siguiente: ¿por qué no le había dicho a Mr. Hatch que se mandara mudar antes de ni siquiera permitirle que entrara?

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Mrs. Thompson estaba acostada junto a él, perfectamente quieta, pero parecía despierta.

—¿Dormida, Ellie?

Después de todo, podía haberse librado de él pacíficamente, o tal vez hubiera tenido que dominarlo y ponerle esas esposas y entregarlo al "sheriff" por haber perturbado la paz. Lo más que podían haber hecho era encerrar a Mr. Hatch mientras se calmaba, durante unos cuantos días, o cobrarle una multa. Trataba de pensar en cosas que hubiera podido decir a Mr. Hatch. Por ejemplo, veamos, hubiera podido decirle, sin más: "Mire, Mr. Hatch, quiero hablarle de hombre a hombre".

Pero el cerebro se le vaciaba. ¿Qué podía haber dicho o hecho? Pero si hubiera *podido* hacer cualquier otra cosa, salvo matar a Mr. Hatch, nada entonces le hubiera pasado a Mr. Helton. Mr. Thompson casi nunca pensaba en Mr. Helton. Su mente saltaba sobre él y seguía viaje. Si se detenía a pensar en Mr. Helton, nunca, en este mundo de Dios, llegaría a ninguna parte. Trataba de imaginarse lo que podría haber sido todo, hasta esa misma noche, si Mr. Helton estuviera aún con vida y salud afuera, en su casilla, tocando su tonada que hablaba de sentirse tan bien por la mañana y beberse todo el vino para sentirse todavía mejor; y Mr. Hatch seguro en la cárcel en alguna parte, tal vez loco de remate, pero sin posibilidad de hacer daño y pronto a escuchar razones y arrepentirse de su infamia, ¡el asqueroso, vil y cobarde, viniendo a perseguir a un hombre inocente, arruinando a toda una familia que nunca le había hecho nada! Mr. Thompson sintió que las venas de su frente se hinchaban, sus puños se cerraron como si empuñaran un mango de hacha, el sudor le brotaba; con un alarido sofocado en la garganta saltó de la cama, Ellie se incorporó sobresaltada y gritó: "¡Oh, oh, no lo hagas! ¡No! ¡No!", como si se sintiera presa de una pesadilla. Mr. Thompson permaneció de pie, temblando, hasta que los huesos le sonaron por dentro y exclamó con voz ronca: "Enciende la lámpara, enciende la lámpara, Ellie".

En lugar de hacerlo, Mrs. Thompson lanzó un débil grito estridente, casi el mismo grito que había oído aquel día cuando ella había llegado desde la casa mientras estaba él de pie, ahí, con el hacha en la mano. No podía verla en la oscuridad, pero ella, sobre la cama, se revolcaba violentamente. Horrorizado, trató de tocarla, y sus manos, que la buscaban a tientas, encontraron los brazos levantados y las manos de su mujer que se arrancaba los pelos de la cabeza; tenía el pescuezo ten-

dido hacia atrás, y alaridos sofocados la estrangulaban. Llamó a gritos a Arthur, a Herbert.

—¡Mamá está mal! —chilló con voz quebrada—. Mientras sostenía los brazos de Mrs. Thompson, los muchachos llegaron tropezando el uno contra el otro para entrar, llevando Arthur una lámpara en alto. Al resplandor de esa luz Mr. Thompson vió los ojos de Mrs. Thompson desmesuradamente abiertos, con la mirada espantosamente fija en él y las lágrimas que le corrían a mares. Se incorporó al ver a los muchachos y tendió un brazo hacia ellos, moviendo la mano en un círculo alocado, luego cayó otra vez de espaldas, quedando repentinamente inerte. Arthur colocó la lámpara sobre la mesa y se volvió hacia Mr. Thompson.

—Tiene miedo —dijo—, se muere de miedo.

Tenía la cara anudada de ira y los puños cerrados, y se enfrentaba con su padre como si intentara pegarle. La mandíbula de Mr. Thompson cayó, estaba tan sorprendido que dió un paso, separándose de la cama. Herbert se dirigió al otro lado. Los muchachos permanecían a cada lado de Mrs. Thompson, mirando a Mr. Thompson como a una fiera peligrosa.

—¿Qué le hiciste? —gritó Arthur con voz de hombre grande—. ¡Si la tocas de nuevo te pego un tiro!

Herbert estaba pálido y sus mejillas se contraían nerviosamente, pero apoyaba a Arthur; haría lo que pudiera por ayudar a Arthur.

Mr. Thompson no tenía ya más fuerzas para luchar. Las rodillas se le doblaban, su pecho desfallecía.

—Pero, Arthur —dijo, con palabras que se desmoronaban y respiración cada vez más corta—. Se ha vuelto a desmayar. Trae el amoníaco.

Arthur no se movió. Herbert trajo el frasco y, cohibido, lo alcanzó a su padre.

Sosteniendo el frasco, Mr. Thompson se lo hizo oler a Mrs. Thompson. Vertió un poquito del contenido en la palma de la mano y se lo aplicó sobre la frente. Ella aspiró una bocanada de aire, abrió los ojos y volvió la cabeza hacia el otro lado, para no verlo. Con lastimera desesperación, Herbert empezó a lloriquear.

—Mamá —decía y repetía—, mamá, no te mueras.

—Estoy muy bien —dijo Mrs. Thompson—. Vamos, no hay que afligirse así. Vamos Herbert, no hagas eso. Estoy muy bien.

Cerró los ojos. Mr. Thompson empezó a ponerse sus pantalones mejores; se puso las medias y los zapatos. Sentados a ambos lados de la cama, los muchachos observaban la cara de Mrs. Thompson. Mr. Thompson se puso la camisa y el saco.

—Será mejor que vaya a buscar al médico —dijo—. No me parece que estos desmayos sean nada bueno. Ustedes dos se quedarán cuidándola hasta que yo vuelva.

Lo escuchaban, pero nada dijeron. El dijo:

—No se metan ideas raras en la cabeza. Nunca en la vida le he hecho ningún daño voluntario a Mrs. Thompson.

Salió del cuarto y, mirando hacia atrás, vió a Herbert que, como un extraño, lo observaba fijamente por debajo de las cejas.

—Sabrán cuidarla — dijo Mr. Thompson.

Mr. Thompson salió por la cocina. Una vez allí encendió el farol y tomó un delgado block de papel borrador y un lápiz mocho del estante donde los muchachos guardaban los libros de colegio. Colgó el farol en su brazo y abrió la alacena donde guardaba las armas. La escopeta estaba ahí, al alcance de su mano, cargada y pronta, nunca se sabe cuándo puede necesitarse una escopeta. Salió de la casa sin mirar a su alrededor, ni mirar hacia atrás cuando la hubo dejado, pasó por el galpón sin verlo, y se dirigió resueltamente hacia el rincón más lejano de

su campo, que se extendía una media milla hacia el este. Tantos golpes había recibido Mr. Thompson y de tantas direcciones, que ya no podía detenerse más a averiguar dónde le habían pegado. Siguió caminando sobre la tierra arada y sobre el llano, pasando con cuidado a través de los alambrados de púa, poniendo primero su escopeta del otro lado; casi podía ver en la oscuridad, ahora que sus ojos se habían acostumbrado a ella. Finalmente, llegó hasta el último alambrado; allí se sentó, de espalda contra un poste, con el farol al costado y el block sobre las rodillas y, humedeciendo el lápiz mocho, se puso a escribir:

"En presencia de Dios Todopoderoso, el gran juez de todos ante quien estoy a punto de presentarme, juro aquí solemnemente que no quité voluntariamente la vida a Mr. Homer T. Hatch. Lo hice en defensa de Mr. Helton. No fué mi intención pegarle con el hacha, sino solamente tenerlo a distancia de Mr. Helton. Dirigió contra Mr. Helton un golpe que éste no esperaba. Creí en ese momento que Mr. Hatch hubiera quitado la vida a Mr. Helton si yo no intervenía. Le hubiera dicho todo èsto al juez y al jurado, y me hubieran dejado libre, pero nadie lo cree. Ésta es la única forma en que puedo probar que no soy un asesino a sangre fría como todos parecen suponer. Si yo hubiera estado en el lugar de Mr. Helton, él hubiera hecho lo mismo por mí. Sigo creyendo que hice lo único que se podía hacer. Mi mujer..."

En este punto, Mr. Thompson se detuvo y pensó un momento. Mojó la punta del lápiz con la lengua, y tachó las dos últimas palabras. Estuvo un rato rayando las palabras hasta que hubo dibujado un prolijo parche oblongo donde aquéllas habían estado, y siguió escribiendo:

"Fué Mr. Homer T. Hach quien vino a perjudicar a un hombre inofensivo. Causó todo este disgusto y merecía morir, pero siento haber sido yo quien tuvo que matarlo".

Lamió de nuevo la punta del lápiz y firmó cuidadosamente su nom-

bre completo, plegó el papel y lo puso dentro de su bolsillo exterior. Quitándose el zapato derecho y la media, colocó la culata de la escopeta contra el suelo, con los caños gemelos apuntando hacia su cabeza. Era muy difícil. Reflexionó un rato sobre esto apoyando la cabeza contra la boca del arma. Temblaba y la cabeza le martilleaba hasta volverlo sordo y ciego, pero se acostó largo a largo en la tierra sobre el costado, acercó el caño debajo de la barba y con el dedo grande del pie buscó el gatillo. En esa forma podía hacerlo.

KATHERINE ANNE PORTER

(Traducción de Marta Acosta)

EN SUEÑOS EMPIEZAN LAS RESPONSABILIDADES

I

Creo que es el año 1909. Me siento como si estuviera en un cinematógrafo, el largo brazo de luz atravesando la oscuridad y girando, mis ojos fijos en la pantalla. Es un film mudo, en que los actores usan trajes ridículamente anticuados, y un chispazo sucede al otro con saltos repentinos, y los actores también andan a saltos, caminando demasiado a prisa. La tela está llena de rayos y de manchas, como si hubiera llovido cuando se tomó el film. La luz es mala.

Es un domingo a la tarde, junio 12, 1909, y mi padre va a visitar a mi madre caminando por las tranquilas calles de Brooklyn. Su traje está recién planchado, y la corbata le aprieta demasiado el cuello alto. Hace sonar las monedas en el bolsillo, pensando en las cosas ingeniosas que va a decir. Ahora me siento cómodo en la blanda oscuridad del teatro; el pianista produce las evidentes emociones aproximativas en que se mece el auditorio sin saberlo. Soy anónimo. Me he olvidado: siempre ocurre lo mismo en el cinematógrafo; es, como dicen, una droga. Mi padre anda de calle en calle de árboles, césped y casas, de vez en cuando llega a una avenida en la que patina y chirria un tranvía,

avanzando lentamente. El conductor, que tiene bigotes como manubrios, ayuda a subir a una señorita con un sombrero como un bol emplumado. Tranquilamente hace los cambios y toca el timbre al subir los pasajeros. Evidentemente es domingo, pues todos llevan sus trajes domingueros y el ruido del tranvía hace resaltar la calma del día festivo (se dice que Brooklyn es la ciudad de las iglesias). Las tiendas están cerradas y todos los pórticos corridos, salvo alguna farmacia ocasional con grandes bolas verdes en la vidriera.

Mi padre ha elegido ese largo camino porque le gusta pensar mientras camina. Piensa en lo que será en el porvenir y así llega hasta el lugar de su visita en un estado de dulce exaltación. No presta atención a las casas del camino, donde están comiendo la comida del domingo, ni a los muchos árboles que bordean cada acera, ahora muy cerca de su plenitud de verdor y del tiempo en que encerrarán la calle en su sombra de hojas. Pasa un carruaje ocasional, los cascos de los caballos caen como piedras en la tarde tranquila; de tiempo en tiempo un automóvil, como un enorme sofá tapizado, jadea y pasa.

Mi padre piensa en mi madre, en lo distinguida que es, y en el orgullo con que la presentará a su familia. Todavía no están comprometidos y todavía no está seguro de estar enamorado de mi madre, así que, a ratos, se siente aterrado con el lazo ya formado. Pero se consuela pensando que los grandes hombres que él admira son casados: William Randolph Hearst y William Howard Taft, que acaba de ser elegido presidente de los Estados Unidos.

Mi padre llega a la casa de mi madre. Ha llegado muy temprano y de pronto se siente incómodo. Mi tía, la hermana menor de mi madre, acude al campanillazo con la servilleta en la mano, pues la familia está aún en la mesa. Al entrar mi padre, mi abuelo se levanta y le da la mano. Mi madre ha subido corriendo para arreglarse. Mi abuela pregunta a

mi padre si ya ha comido y le dice que mi madre bajará en seguida. Mi abuelo inicia la conversación hablando de la suave temperatura del mes de junio. Mi padre se sienta demasiado cerca de la mesa, con el sombrero en la mano. Mi abuela le dice a mi tía que tome el sombrero de mi padre. Mi tío, de doce años, se mete en la casa, con el pelo alborotado. Saluda a gritos a mi padre, que a menudo le da monedas, y luego sube corriendo la escalera, mientras mi abuela lo llama a gritos. Es evidente que el respeto en que se tiene a mi padre, en esta casa, está templado con una buena dosis de alegría. Impresiona bien, pero no deja de ser muy torpe.

II

Por fin baja mi madre y mi padre, que en ese momento sostiene una gran conversación con mi abuelo, se pone un poco incómodo, porque no sabe si saludar a mi madre o proseguir el diálogo. Se levanta desmañadamente y dice: "Hola", con voz áspera. Mi abuelo lo mira, examinando su incongruencia, tal como es, con ojo crítico, y frotando con fuerza su mejilla barbuda, como siempre hace cuando piensa. Está preocupado; teme que mi padre no sea buen marido para su hija mayor. En este momento algo le sucede al film, precisamente cuando mi padre dice a mi madre algo gracioso: me despierto a mí mismo y a mi desdicha en el instante en que mi interés era más intenso. El público empieza a golpear con impaciencia. La falla se ha arreglado, pero el film ha retrocedido a una parte ya pasada, y estoy viendo otra vez a mi abuelo frotándose la mejilla barbuda, pesando el carácter de mi padre. Es difícil me-

terse de nuevo en el film y olvidarme a mí mismo, pero al reírse mi madre de lo que dice mi padre, la oscuridad me ahoga.

Mi padre y mi madre salen de la casa, mi padre da un apretón de manos a mi abuelo, con un malestar desconocido. Yo me agito también con malestar, tirado en la silla dura del teatro. ¿Dónde está el tío mayor, el hermano mayor de mi madre? Está estudiando arriba, en su dormitorio, estudiando para su examen final en el Colegio de la Ciudad de New York, habiendo muerto de pulmonía doble hace veintiún años. Mi padre y mi madre recorren otra vez las mismas calles tranquilas. Mi madre, del brazo de mi padre, le cuenta la novela que ha estado leyendo, y mi padre abre juicio sobre los personajes a medida que le explican la trama. Es una costumbre que lo divierte mucho, porque se siente confiado y superior al aprobar o condenar la conducta ajena. A veces se siente inclinado a pronunciar un breve "uf", cuando el cuento se vuelve lo que él llama meloso. Este tributo es la afirmación de su hombría. Mi madre se siente satisfecha por el interés que despierta; demuestra a mi padre cuán interesante es ella, y cuán inteligente.

Están ya en la avenida, y el tranvía llega despacio. Van esa tarde a Coney Island, aunque mi madre considera que esos placeres son subalternos. Está decidida a condescender sólo a un paseo por la playa y a una buena comida, evitando los ruidosos entretenimientos que están muy por debajo de la dignidad de tan digna pareja. Mi padre cuenta a mi madre el dinero que ha ganado en la semana, exagerando una suma que no necesita exagerarse. Pero mi padre siempre ha encontrado que la realidad suele resultar deficiente por buena que sea. De pronto me pongo a llorar. La resuelta señora anciana que está a mi lado se fastidia y me mira con una cara de enojo, y asustado, me callo. Saco mi pañuelo y me seco la cara, chupando la lágrima que ha caído en mis

labios. Mientras tanto he perdido algo, pues aquí están mis padres bajando del tranvía en el punto terminal: Coney-Island.

III

Caminan hacia la rambla y mi madre ordena a mi padre aspirar el aire penetrante del mar. Los dos aspiran hondo, riéndose los dos al hacerlo. Tienen en común un gran interés por la salud, aunque mi padre es fuerte y hombruno y mi madre es delicada. Los dos están llenos de teorías acerca de lo que es bueno comer y de lo que es malo, y a veces tienen discusiones acaloradas, pero todo acaba con el anuncio de mi padre, hecho con desdeñoso desafío, de que tarde o temprano hay que morir. En el mástil de la rambla, la bandera americana está latiendo con el viento intermitente del mar.

Mi padre y mi madre se acercan a la baranda de la rambla y miran a la playa donde numerosos bañistas se pasean. Algunos están en la resaca. Un silbato de manisero taladra el aire con su agradable y activo gemido, y mi padre va a comprar maní. Mi madre se queda junto a la baranda y contempla el océano. El océano le parece alegre; apuntan chispas y una vez y otra vez las olas pequeñas se deshacen. Nota los niños cavando en la húmeda arena, y los trajes de baño de las muchachas de su edad. Mi padre vuelve con el maní. Sobre las cabezas golpean y golpean los rayos del sol, pero ninguno de los dos se da cuenta. La rambla está llena de gente vestida co nsus trajes domingueros, paseando tranquilamente. La marea no llega hasta la rambla y los paseantes no se sentirían en peligro aunque llegara. Mi padre y mi madre se recues-

tan en la baranda y miran distraídamente el mar. El mar se ha encrespado; las olas llegan lentamente, tomando impulso desde muy atrás. El momento anterior al salto, el momento en que arquean su lomo tan hermosamente, mostrando el negro y el verde veteado de blanco, ese momento es intolerable. Al fin se quiebran, estrellándose fieramente sobre la arena, bajando con toda su fuerza contra ella, yendo adelante y retrocediendo, y al fin degenerando en un pequeño río de burbujas que se desliza por la playa y luego regresa. El sol sobre sus cabezas no incomoda a mi padre ni a mi madre. Contemplan perezosamente el océano sin interesarse en su aspereza. Pero yo contemplo el terrible sol que deslumbra y el despiadado, fatal, apasionado mar. Olvido a mis padres, estoy como fascinado y, finalmente, atónito por su indiferencia, rompo de nuevo a llorar. La anciana señora a mi lado me palmea el hombro y dice: "Vamos, vamos, joven, esto es sólo un film, sólo un film", pero yo vuelvo a mirar el sol aterrador y el aterrador océano, y sin poder contener mis lágrimas me levanto para ir al salón de caballeros, tropezando con los pies de las personas sentadas en mi fila.

IV

Cuando vuelvo, sintiéndome como si acabara de despertarme temprano, enfermo por falta de sueño, han pasado varias horas y mis padres están en una calesita. Mi padre monta un caballo negro y mi madre uno blanco, y parecen hacer un eterno circuito con el solo propósito de arrebatar los anillos de nickel que están fijos al brazo de uno de los postes. Está tocando un organito; inseparable del eterno girar de la calesita.

Por un momento parece que nunca van a bajar del carrusel, porque nunca va a parar, y siento como si yo mirara hacia abajo desde el piso cincuenta de un edificio. Por fin se bajan; hasta el organito ha cesado por un momento. Hay una súbita y dulce calma, como si fuera la coronación de tanto movimiento. Mi madre sólo ha conseguido dos anillos, mi padre tiene diez, pero es mi madre quien realmente los desea.

Caminan por la rambla mientras la tarde imperceptible se ahonda en la increíble púrpura del crepúsculo. Todas las cosas palidecen en una lánguida llama, hasta el incesante murmullo de la playa. Buscan un sitio para cenar. Mi padre sugiere el mejor restaurant de la rambla y mi madre se niega, siguiendo sus principios de economía y de ama de casa.

Sin embargo, van al mejor lugar, piden una mesa cerca de la ventana para poder mirar la rambla y el móvil océano. Mi padre se siente omnipotente poniendo una moneda en la mano del mozo al pedir mesa. El lugar está lleno y aquí también hay música, esta vez de un terceto de instrumentos de cuerda. Mi padre da órdenes con una bella confianza.

En el curso de la comida, mi padre cuenta sus planes para el futuro y mi madre muestra, en lo expresivo de su rostro, cuán interesada e impresionada está. Mi padre está radiante, entusiasmado con el vals que están tocando, y su porvenir empieza a intoxicarlo. Mi padre dice a mi madre que va a ensanchar sus negocios, porque hay mucho campo para ganar dinero. Quiere establecerse. Después de todo tiene veintinueve años, ha vivido solo, desde los trece, está haciendo más y más dinero, y envidia a los amigos, cuando va a visitarlos, en la seguridad de sus hogares, rodeados, al parecer, de los tranquilos placeres domésticos y de niños deliciosos, y entonces cuando el vals llega al momento en que los bailarines giran como locos, entonces, entonces, con una terrible audacia, entonces, le pide a mi madre que se case con él, aunque bastante incómodo

e intrigado pensando cómo pudo hacer esa pregunta, y ella, para empeorar las cosas, se pone a llorar, y mi padre mira nerviosamente a su alrededor, sin saber qué hacer, y mi madre dice: "Es lo que más he deseado desde el primer momento que nos vimos", sollozando, y él encuentra todo muy difícil, muy poco de su agrado, muy poco como él lo había imaginado en sus largas caminatas en el Brooklyn Bridge, en las ensoñaciones de un buen cigarro, y fué entonces, en ese punto, que me paré en el teatro, gritando: "¡No lo hagan! No es demasiado tarde para cambiar de idea, los dos. Nada bueno va a salir de eso, sólo remordimientos, odio, escándalos, y dos hijos con caracteres monstruosos". El público entero se dió vuelta a mirarme, fastidiado, el acomodador vino corriendo por el pasillo haciendo relampaguear su linterna, y la anciana señora, mi vecina, me obligó a sentarme en mi sitio, diciendo: Estése quieto, lo van a echar, y ha pagado treinta y cinco céntimos para entrar". Entonces cerré los ojos porque no podía soportar la vista de lo que sucedía. Me senté ahí tranquilamente.

V

Pero después de un ratito empecé a echar unas miradas y por fin volví a observar con sediento interés, como un niño que trata de mantener su ceño cuando le ofrecen el soborno de un caramelo. Mis padres ahora se están sacando un retrato en la barraca de un fotógrafo de la rambla. El lugar está sombreado con una luz malva que aparentemente es necesaria. La cámara está colocada de lado en el trípode y parece un hombre de Marte. El fotógrafo da instrucciones a mis padres de cómo deben

colocarse. Mi padre ha puesto un brazo sobre los hombros de mi madre, y ambos sonríen enfáticamente. El fotógrafo alcanza a mi madre un ramo de flores para que tenga en la mano, pero ella lo sostiene en el mal lado. Entonces el fotógrafo se cubre con el paño negro que decora la cámara y todo lo que se ve de él es un brazo saliente y la mano con que sostiene fuertemente la pera de goma que oprimiera al tomar la foto. Pero no queda satisfecho con el grupo. Siente que hay algo mal en la pose. Una y otra vez sale de su escondite con nuevas instrucciones. Cada observación sólo sirve para empeorar las cosas. Mi padre se impacienta. Prueban una pose sentados. El fotógrafo explica que él tiene su orgullo, que quiere hacer bellos retratos, que no lo lleva sólo el interés del dinero. Mi padre dice: "Dése prisa ¿quiere? No disponemos de toda la noche". Pero el fotógrafo no hace más que correr de un lado a otro nerviosamente, disculpándose, y dando nuevas instrucciones. Me encanta el fotógrafo y lo apruebo de todo corazón, porque sé exactamente lo que siente, y a medida que critica cada pose, revisada de acuerdo con alguna oscura idea estética, me lleno de esperanzas. Pero entonces mi padre dice con enojo: "Vamos, ha tenido tiempo de sobra, ya no esperaremos más". Y el fotógrafo, suspirando afligido, vuelve a su negro escondite y levanta la mano, diciendo: "Uno, dos, tres. ¡Ahora!" y el retrato se toma con la sonrisa de mi padre hecha una mueca, y la de mi madre animada y falsa. En unos minutos se revela la fotografía, y mis padres, como están en esa rara luz, se sienten deprimidos.

VI

Han pasado por la barraca de una adivina, y mi madre quiere entrar, pero mi padre, no. Empiezan a discutir. Mi madre porfía, mi padre vuelve a impacientarse. Lo que mi padre querría hacer ahora es mandarse mudar y dejar ahí a mi madre, pero sabe que eso no es posible. Mi madre se niega a moverse. Está casi llorando, pero siente un deseo incontenible de oír lo que dirá la adivina. Mi padre accede furioso, y los dos entran en la barraca que es, en cierto modo, igual a la del fotógrafo, colgada de negro, con luz de color y sombría. Hace demasiado calor, y mi padre sigue diciendo que son tonterías, señalando la bola de cristal sobre la mesa. La adivina, una mujer baja y gorda, vestida con un traje que se supone exótico, entra al cuarto y los saluda, hablando con acento extranjero. Pero de pronto se le ocurre a mi padre que todo el asunto es insoportable; tira por el brazo a mi madre pero mi madre rehusa moverse. Entonces, en un arranque de furia, mi padre suelta el brazo de mi madre y sale, dejando a mi madre aturdida. Ella hace un movimiento como para seguirlo, pero la adivina la detiene y le ruega que no lo haga, y yo me quedo atónito y horrorizado en mi silla, desde la oscuridad. Me encuentro como si caminara por una cuerda en un circo, a cien pies de altura, y que de repente la cuerda mostrara síntomas de rotura, y me levanto de mi asiento y empiezo de nuevo a gritar las primeras palabras que se me ocurren para comunicar mi terrible miedo, y otra vez viene el acomodador corriendo por el pasillo y haciendo relampaguear la linterna, y la anciana señora razona conmigo, y el público airado se vuelve a mirarme, y yo sigo gritando: "¿Qué están haciendo? ¿No saben lo que hacen? ¿Por qué mi madre no se va con mi padre y le

pide que no se enoje? Si no hace eso, qué va a hacer? ¿Se da cuenta mi padre de lo que está haciendo?" Pero el acomodador me ha agarrado del brazo, y al sacarme, dice: "¿Qué está *usted* haciendo? ¿No sabe que no puede hacer estas cosas, que no las puede hacer por más que quiera, aunque no hubiese nadie? Le va a pesar si no hace lo que debe. No puede seguir así, no hay derecho, ya lo sabrá bien pronto, todo lo que se hace tiene importancia", y mientras dice todo esto, llevándome por la galería del teatro, en la fría luz, me despierto en la sombría mañana invernal de mi vigésimo primer cumpleaños, el antepecho de la ventana con su filete de nieve, ya amaneciendo.

DELMORE SCHWARTZ

(Traducción de J. L. Borges)

EL HOMBRE DE LA CAMISA DE BROOKS BROTHERS[1]

El recién llegado que entró en el coche salón estaba sin saco. Vestía pantalones grises y una costosa camisa verde que tenía bordada en la manga, en verde más oscuro, lo que parecía ser el número "2". La corbata hacía juego con el verde del monograma, y el rostro del hombre, que vivamente sobresalía de esa elegante sinfonía de colores frescos, era de un rosa subido. Asimismo, la mayor parte de su cabeza daba la impresión de ser rosada, aunque en realidad tenía, hacia atrás, una buena cantidad de pelo muy corto gris claro, que armonizaba con sus pantalones. Parecía, decidió ella, un bebé de edad madura, o un lechón, o algo salido de un catálogo de semillas. En todo caso, estaba claramente *fuera de cuestión*, y la esperanza que había surgido en ella, como por alguna razón surgía siempre al rumor de un paso nuevo y blando sobre la alfombra floreada del pullman, murió una nueva muerte. Habían andado más de la mitad del viaje. Hacía varias horas que salieron de Omaha; casi todos los pasajeros de Chicago habían hecho su aparición en ese coche; y sin embargo seguía no habiendo nadie, absolutamente nadie. Esto no debería importarle, se decía a sí misma; el viaje hacia el Oeste no tenía importancia; sin embargo, sentía una curiosa,

1 Brooks Brothers es una de las tiendas más antiguas y mejor consideradas de artículos para hombres en los Estados Unidos.

vergonzosa desilusión, como si hubiera dado una fiesta y los invitados no hubiesen acudido.

Se volvió otra vez hacia su compañera de mesa durante el desayuno, una señora que tenía a la izquierda, con aros colgantes, boquilla e impertinentes, que era alguien en el New Deal y llevaba consigo, escrito a máquina, el informe de las sesiones de un comité que estaba deseando comentar. El hombre de la camisa verde se hizo lugar en un asiento frente a ella, junto a un muchacho con anteojos y medias chillonas que leía *Personal History* de Vincent Sheean. Ella seguía manteniendo una conversación bien educada, bien informada y liberal, y su aire era perfectamente atento y serio; no obstante, sin volver siquiera la cabeza, se dió cuenta de que el hombre de enfrente había decidido entrar en amistad. Llena de desprecio por el hombre, por su falta de saco, por su combinación de colores, por su susceptibilidad, por su presunción, dejó, sin embargo, que su voz se alzara un poquito en la respuesta. La réplica del hombre consistió en volverse hacia su vecino y decirle algo excesivamente audible sobre Vincent Sheean. Las cuatro voces, contestándose mutuamente, produjeron un efecto antifonal; Vincent Sheean era una gran persona, le oyó expresar; podía dar fe de ello, lo conocía *personalmente.* El anzuelo era burdo, reflexionó ella. Hubiera preferido la mosca artificial a la lombriz, pero en fin... Después de todo, podría haber sido peor; juzgado con medidas eternas, Sheean no era gran cosa, pero, en la atmósfera cultural del coche pullman, era un titán. Además, si juzgaba al hombre por su intención, no podía dejar de conmoverse. El hombre estaba haciendo lo posible por *agradarle.* Había adivinado por su conversación que se trataba de una intelectual, y estaba colocando el nombre de Sheean a sus pies, como una ofrenda. Y la sencilla vulgaridad del ofrecimiento enaltecía en cierto modo su valor; era como una

de esas tortas caseras con un baño de azúcar verdegrís que solía ofrecerle en su cumpleaños su sirvienta negra.

Su vecina debió, finalmente, de haber notado cierto desplazamiento de atención, porque se puso de pie, anunciando que iba a almorzar, y su tono era duro, lleno de reproche y desilusión; por momentos, esta sufragista rococó se parecía a una monja que descubre la carencia de vocación de su novicia predilecta. Cuando tironeó la puerta, abriéndola para salir, una ráfaga cálida de aire de Nebraska entró violentamente en el coche salón donde el sistema de aire acondicionado ya se había descompuesto.

La muchacha sentada tuvo impulsos de seguirla. Seguramente haría más fresco en el comedor, donde no había tanto vidrio. Si se quedaba ahí y dejaba que el hombre se pusiera en contacto con ella, sería cuestión de almorzar juntos, y habría una pequeña discusión sobre la cuenta, y si le permitía pagar, tendría que atenderlo durante todo el camino hasta Sacramento. Y era un pesado, con toda seguridad. Ese emblema en letra gótica revelaba al "self-made man". Preveía ya las sentencias políticas, los retratos de la mujer y de los hijos, la mano apretada debajo de la mesa. Nada más grave que eso, felizmente, porque los guardas de trenes eran muy estrictos. Además, el asunto sería demasiado vulgar; sería exponerse a la burla de los otros pasajeros. Era cierto que ella estaba deseando siempre que ocurriera algo emocionante y romántico; pero, en verdad, no tenía nada de romántico ser la-muchacha-que-se-sienta-en-el-coche-salón-y-se-hace-amiga-de-los-hombres. Cerró los ojos y sintió un pequeño escalofrío: en un segundo se le había revelado una visión depredatoria de sí misma. Oyó la voz de su tía diciéndole: "No sé por qué te abaratas tanto", o "No se saca nada con dejar creer a los hombres que eres fácil". Pudo entonces abrir de nuevo los ojos y sonreír con aire protector, porque naturalmente

no había sido ése el resultado. El objeto de su viaje era otro, precisamente: decirle a su tía, en Portland, que iba a casarse de nuevo.

Se acomodó en su asiento a esperar y empezó a leer un ejemplar adelantado de una novela nueva. Cuando el hombre le preguntara qué-libro-es-ése-que-le-interesa-tanto (había oído esa pregunta otras veces) le podría contestar con un tono tan sencillo y amistoso que no lo ofendería: "Probablemente no ha oído hablar de él. No ha salido todavía". (Sin embargo, pensaba, no había traído el libro con propósitos de ostentación: se lo había dado el ayudante de un editor que la había acompañado de despedida hasta el tren, y ahora no tenía otra cosa que leer. Por consiguiente, viéndolo bien, no se la podía acusar de no ser sincera. A menos que aceptara la posibilidad de haber asumido toda su manera de vivir con propósitos de ostentación, y el libro, que parecía accidental, formara parte de un plan más amplio y verdaderamente deliberado. De no ser ese libro, cualquier otra cosa hubiera servido lo mismo para impresionar a un desconocido rosado y de edad madura.)

La entrada en materia fué menos ortodoxa de lo que había esperado. El hombre se levantó de su asiento y dijo: "¿Puedo hablar con usted?" Su respuesta: "¿Qué tiene que decir?", sonó desafinada en sus oídos. Era como si Broadway hubiera contestado a Indiana. Por un momento el hombre pareció desconcertado, pero luego rió.

—Es decir, no sé; nada especial. Podemos hablar sobre ese libro, tal vez.

A ella le gustó, y con la mano derecha hizo un gesto que quería decir: "bueno, siga". El hombre examinó la tapa.

—No he oído hablar de ese libro. Debe de ser nuevo.

—Sí —en su respuesta había más simplicidad de la que ella hubiera creído poder lograr—. No ha salido aún. Es un ejemplar adelantado.

—He leído alguna otra cosa de este autor. Es bueno.

—¿De veras? —exclamó la muchacha con voz aguda, llena de sospecha. Era increíble que a este bien afeitado ciudadano no sólo le fuera familiar, sino que le gustara la obra de un novelista oscuro y revolucionario. Por lo demás, era increíble que estuviera mintiendo. La forma despreocupada y sin artificio con que pronunciaba el nombre del novelista no indicaba ningún deseo de lucimiento: indicaba, en realidad, que no asignaba un valor especial a ese nombre, que para él era un nombre como Hervey Allen, o Arthur Brisbane o Westbrook Pegler, o cualquier otro. Dos alternativas se presentaban: el hombre pertenecía a esa extraordinaria clase de lectores que tienen perfectas digestiones literarias, que pueden devorar cualquier cosa impresa, reteniendo lo que les conviene, eliminando lo demás y gustándoles todo imparcialmente, porque —desde el momento que toman lo que quieren de todo lo que leen— leen siempre, en resumidas cuentas, el mismo libro (ella recordaba a un primo, aficionado al teatro, y recordaba las quejas de su tía: "No vale la pena preguntar a Florencio si es bueno el espectáculo de esta semana; Florencio no ha visto nunca una pieza mala") o sino el hombre se había confundido y pensaba en algún escritor popular.

A pesar de todo, vacilante como era, la afirmación le había dado prestigio, como si él hubiera pronunciado una contraseña, y ella siguió escuchando su conversación con un sentimiento de mayor seguridad y decoro. Su voz era más bien dulce y grave; el acento era del Medio Oeste, pero debajo del tono nasal había algo suave y tibio que venía del sur. Vivía en Cleveland, le dijo, pero sus negocios lo tenían de aquí para allá; pasaba la mitad de su tiempo en Nueva York.

—¿De veras? —exclamó ella animándose—. ¿Cuál *es* su negocio?

La idea primera que tenía de él empezaba a disolverse, y ahora le parecía que desde el instante en que lo había visto entrar en el coche

salón había adivinado que no se trataba de ningún provinciano audaz y ordinario.

—Soy viajante de comercio —explicó él afablemente.

Ella comprendió que la respuesta era una broma, pero no antes de que él huviera pescado su mirada de absoluta consternación y pánico. Se inclinó hacia ella y rió.

—Si le parece mejor —dijo— estoy en el negocio del acero.

—No me parece —replicó, recuperándose y llenando sus palabras de cortés y política desaprobación. Pero él *sabía;* ella se había vendido; había sorprendido sus facciones en una expresión de completo esnobismo.

—Veo que está usted de vuelta —dijo, como si nada hubiera notado—. Le parecería mejor si le dijera que soy ladrón.

—Sí —reconoció ella, con un cómico aire de franqueza, y los dos rieron. Mucho más tarde, le dió una tarjeta comercial según la cual el hombre era una autoridad en cuestiones de acero, pero insistía en describirse como viajante de comercio, y ella advirtió, al fin, que sólo por accidente la broma había recaído sobre ella: era una broma rebuscada, humilde, grotesca, que habitualmente él hacía recaer sobre sí mismo.

Cuando le preguntó si quería acompañarlo a beber algo antes del almuerzo, ella aceptó de buena gana.

—Pero vayamos mejor al comedor. Tal vez haga más fresco allí.

—Tengo una botella de whisky en mi compartimiento. *Sé* que allí hace fresco.

El rostro de la muchacha se endureció. No había contado con un compartimiento. Pero no sabía rehusar (nunca lo había sabido). Estaba amargamente enojada con el hombre por haber expuesto —tan pronto— su sensibilidad femenina a esta suprema prueba, una prueba

en que ella sólo podía fallar, puesto que iría al compartimiento sin desearlo (y él lo advertiría y sentiría desprecio por su maleabilidad) o se quedaría fuera del compartimiento deseando haber ido (y él también lo advertiría y sentiría desprecio por su timidez).

El hombre la miró a la cara.

—No se preocupe —dijo con voz bondadosa, casi paternal—. Será perfectamente correcto. Prometo dejar la puerta abierta.

La tomó del brazo y le dió un leve apretón tranquilizador, y ella rió francamente, encantada con él, porque —según creía— la había de nuevo comprendido y respetado.

En el compartimiento, que quedaba lejos del coche salón, *hacía* más fresco. Los whiskies, dorados en los altos vasos, tenían el sabor —nunca los de ella lo tenían— de la apariencia que presentaban en los avisos de White Rock. En la destreza con que el equipaje, de vaqueta marrón, se hallaba arreglado en ese pequeño espacio, en el saco blanco del mozo negro que entraba a cada rato con más hielo y soda, en los sandwiches de pollo que finalmente ordenaron para el almuerzo, había algo que le daba esa sensación de corrección ritual con la cual se supone que se solaza "la gente bien". La puerta abierta contribuía a ello: era exactamente como si estuvieran bebiendo en una vidriera, porque no pasaba nadie sin espiar hacia adentro, y ella podía distinguir envidia, admiración y censura en las rápidas miradas que le dirigían. El hombre estaba sentado cómodamente, inconsciente de esa atención, pero ella mantenía con decoro la espalda derecha y los hombros altos, y dejaba que sus brazos desnudos se levantaran y cayeran, de vez en cuando, en cortas parábolas del gesto.

Pero si representaba el papel de gran dama para las personas de afuera, para el hombre, sentado del otro lado de la mesa, era la muchacha bohemia. Se veía claramente: era una revelación para él, nunca

había visto a nadie como ella. Y le hacía preguntas, examinándola sobre su manera de vivir, con la intensa, desvergonzada, asombrada curiosidad de un provinciano que ve por primera vez los aspectos interesantes de una gran ciudad algo decadente. Contestando a sus preguntas, ella se veía a través de los ojos de su compañero (ojos castaños que eran su único rasgo bueno, pero que hacían juego con la voz y de esa manera acrecentaban el efecto ya notable de su elegante sastrería). Lo que pudo deducir de la visión que él tenía de ella fué un sentimiento de singularidad e identidad, un sentimiento que tuvo una vez, a los veinte años, cuando fué a Nueva York y obtuvo que en un hebdomadario liberal le publicaran su primer artículo; pero este sentimiento se había borrado lentamente a causa de los cuatro años de vida transcurridos en el interior de un mundo que, visto desde Portland (Oregón), parecía mágico. Ahora, gradualmente, iba sintiéndose muy feliz, porque en el compartimiento del tren tenía la seguridad de que era hermosa, alegre e inteligente, mundana e inocente, seria y frívola, caprichosa e íntegra, espiritual y triste, mala y en realidad buena, todo mezclado, todo al mismo tiempo. Sentía el poder que corría dentro de ella, como una medium en una noche particularmente propicia.

Mientras estas múltiples personalidades florecían en el tallo único de su yo, un vivo calor de caridad, como el fluir de la vida, embargó todo su ser. También ese hombre debía ser admitido en el misterio; había que conseguir que se abriera y revelara como una flor acuática japonesa. Con seriedad mesiánica se dedicó a formularle preguntas, y aunque al principio sus contestaciones manifestaban cierta obstinada reserva ("Soy sencillamente un viajante de comercio", "Soy un hombre de negocios suburbanos", "Soy un financiero realista"), sabía que tarde o temprano le diría la verdad, la verdad desnuda, y era paciente con él. Más de una vez había "sonsacado a un hombre" la verdad —la palabra

"sonsacar" le hizo fruncir los labios porque a ella nunca le había parecido justa. Volvieron a su memoria ciertas noches pasadas en los bares en compañía de hombres que había conocido media hora antes; recordaba la bella franqueza con que las cartas de cada lado habían sido tendidas sobre la mesa, hasta que el amor se convertía en un lento juego maravilloso, en un doble solitario, y nada de lo que pasaba después contaba en absoluto comparado con esas primeras horas de autorrevelación. Mientras tanto, al hacer pregunta tras pregunta, volvía a sentirse como un ladrón feliz que hace girar el dial de una bien construída caja de hierro, tratando de oír el clic de la cerradura, revelador de la combinación. Cuando le preguntó qué significaba el emblema de su camisa, la puerta de la caja se abrió inesperadamente de par en par.

—Era un pequeño club de oficiales que formamos durante la guerra —dijo—. Nos llamábamos los cuatro diablos. —Hizo una pausa y luego prosiguió deshilvanadamente—. Encargo estas camisas en "Brooks Brothers". Si uno compra las de confección, les ponen gratis las iniciales. Siempre encargo una docena por vez. Compro todo en "Brooks Brothers", excepto corbatas y zapatos. A Leonie le parece una tontería de mi parte.

Leonie era su mujer. Tenían una hija, la pequeña Ángela, y dos hijos, el pequeño Frank y el pequeño Joe, y vivían en una casa de catorce piezas en el sector de Gates Mills de Cleveland. Leonie era una muchacha casera, completamente distinta de Eleanor, que había sido su primer amor y era actualmente decoradora en Nueva York. Leonie adoraba su casa y a sus hijos. Naturalmente, también le interesaba la cultura, sobre todo el teatro, y estaba siempre rodeada por una cantidad de jóvenes del teatro de Cleveland; pero era una graduada de Vassar, y uno debe esperar que la mujer tenga intereses diferentes de los del hombre.

Leonie era socia del Club del Libro Mensual, y también suscriptora de los dos semanarios liberales.

—Por cierto que va a sentirse emocionada —dijo el hombre con una mueca de placer—, cuando sepa que en este viaje conocí a alguien del "Liberal". Pero nunca podrá comprender por qué perdió usted su tiempo conversando con el pobre viejo Bill.

La muchacha le dirigió una sonrisa.

—Me *gusta* hablar con usted —dijo, omitiendo la verdad de que nada en el mundo podría haberla inducido a conversar con Leonie.

—De vez en cuando leo un artículo en esas revistas —continuó él como en sueños—. De vez en cuando tienen algo bueno, pero en conjunto son demasiado diluídos para mí. Ahora que he conversado con usted, leeré su revista todas las semanas y trataré de adivinar cuál de esos artículos de la primera página está escrito por usted.

—*Nunca* soy diluída —dijo riendo la muchacha—. Pero, ¿su mujer es radical?

—¡No, Dios mío! Se dice liberal, pero yo soy más radical que Leonie.

—¿Qué quiere decir?

—Por ejemplo, considere las elecciones. Yo pienso votar por Landon porque es lo que se espera de mí, y mi voto no hará diferencia.

—¿Pero en realidad está usted con Roosevelt?

—No —dijo el hombre con un poco de impaciencia—, tampoco me gusta Roosevelt. No me gusta un hombre que está siempre podando sus apuestas. Roosevelt es una vieja timorata. Advierta el modo con que maneja estas huelgas del C.I.O. No tiene el valor de sacar la cara por Lewis, ni tampoco la sensatez de no meterse en el asunto —se inclinó sobre la mesa y agregó casi en secreto—. ¿Sabe por quién me gustaría votar?

La muchacha movió negativamente la cabeza.

—¡Por Norman Thomas!

—¡Pero usted está en el acero! —dijo la muchacha.

El hombre asintió.

—Nadie sabe lo que pienso. Ni siquiera Leonie —hizo una pausa y reflexionó—. Estuve en la última guerra —dijo finalmente— y me divertí mucho. Formé parte de la caballería y no había caballos. Pero me nombraron capitán y me condecoraron. Después del armisticio estábamos destacados en Cologne, y nos conseguimos un Renault, y todos los fines de semana viajábamos la noche entera para pasar un día en la Riviera —rió entre dientes consigo mismo—. Pero según veo yo las cosas, se viene una nueva guerra y todo será muy distinto. ¡Qué diablos, nosotros no sentíamos odio por los alemanes!

—¿Y ahora?

—Espere y verá —dijo—. La última vez se pretendía que aquello era lo que ustedes llaman una guerra ideológica... por la democracia, etcétera. Pero no era así. Eso decía la propaganda. Ustedes los liberales han descubierto, de pronto, que era la guerra de Mr. Morgan. Eso les parece terrible. Pero permítame que le diga que la guerra de Mr. Morgan era infernalmente más linda de pelear de lo que va a ser ésta. Porque ésta será ideológica y será condenadamente seria. Ustedes van a desear tener a mano a los banqueros internacionales y a los armamentistas para que detengan la lucha cuando las cosas se pongan demasiado feas. Me gustaría que este país no se metiera. Por eso estoy con Thomas.

—Es usted un hombre muy interesante —dijo la muchacha, mientras las lágrimas asomaban a sus ojos, tal vez por culpa del whisky—. Nunca he conocido a nadie como usted. No pertenece a la clase de hombres de negocios contra los que escribo editoriales.

—Todos ustedes están chiflados, sin embargo —dijo afablemente—. No van a llegar a ninguna parte en este país con el cuento del proletariado. Cualquier hombre que trabaja quiere vivir como yo vivo. No quiere vivir como vive. Ustedes encaran la cuestión desde un ángulo equivocado. Recuerdo a un organizador socialista que llegó, hace quince años, al sur de Illinois. Yo estaba entonces en el negocio de carbón, trabajando para el padre de mi primera novia. Este socialista era un tipo simpático...

Su voz se volvía otra vez soñolienta, pero había en ella una corriente subterránea de agitación. Era como si estuviera reviviendo algún enterrado asunto sentimental, o más bien alguna fugaz ternura juvenil que nunca había logrado realizarse. El organizador socialista era pariente lejano de su primera novia, y los dos hombres se habían conocido y habían conversado algunas veces; luego el socialista fué corrido del pueblo y él se mantuvo distante, ni ayudando, ni oponiéndose.

—Me pregunto qué ha sido de él —dijo finalmente—. En la cárcel, en alguna parte, me figuro.

—Oh, no —dijo la muchacha—. Usted no comprende la vida moderna. Es hoy un gran burócrata en el C.I.O. Igual que un hombre de negocios, sólo que no tan bien pago.

El hombre pareció confundido y vagamente triste.

—Tenía mucha audacia —murmuró; luego, rápidamente, con un tono alto y jactancioso—: ¡Pero ustedes están todos chiflados!

La muchacha se mordió los labios. La vulgaridad del hombre era innegable. Hacía rato que intentaba blanquearlo (por ella misma) pero el tosco y crudo material mostraba la hilacha. Le había sido posible permanecer tanto rato en el compartimiento a base de una de las dos suposiciones, ambas literarias: a) que el hombre era un socialista fracasado; b) que el hombre era sensible, frustrado, una especie de personaje

de Sherwood Anderson. Sin embargo, confundiendo esas teorías, la verdadera idiosincrasia del hombre asomaba malignamente a cada instante con la brusquedad de un muñeco que salta de una caja de sorpresas. A lo sumo, era un fracasado. Ella había esperado "devolverlo a sí mismo", pero esos arranques de autoafirmación la descorazonaban, porque la hacían sentir que nada bueno había en él que devolver. Sospechaba, además, que esos deslices eran deliberados, hasta maliciosos, y que el hombre sabía lo que ella se proponía y por qué motivo, y que había resuelto desconcertarla. Sentía detrás de sus últimas palabras, un desafío de tómeme-como-soy, de la-arrastraré-hasta-mi-bajo-nivel. Era como la resistencia del paciente contra el psicoanalista, del obrero contra el marxista: ella le ofrecía liberarlo de las cadenas de la costumbre, y él se erguía, haciendo rechinar esas cadenas ante su cara, cómodamente, indecentemente. Por otra parte, ella *sabía*, como lo sabe el psicoanalista, como lo sabe el marxista, que en algún rincón de su carácter existía la necesidad de liberación y la humildad que aceptaría ayuda... y que existía además una bondad y un deseo general de cooperación que lo harían simular ser un poco mejor de lo que era, si eso podía ayudarla a pensar mejor de sí misma.

Porque lo cierto era que el hombre y la pequeña aventura de estar con él tenían una especie de humana atracción a la cual cedía a pesar de su claridad de juicio. *El hombre le gustaba.* Le hubiera sido imposible decir por qué. La atracción no era sexual, puesto que a medida que el whisky disminuía en la botella, la cara del hombre iba tomando una expresión cada vez más porcina, tornándose tan desagradable que ella casi no podía soportar sus ojos, pero continuaba hablándole, con la mirada fija, remota, como si estuviera ante un público formado por varios centenares de personas. Cuando de pronto sus ojos se encontraban, quedaba tan desconcertada como un actor que divisa una expresión

humana respondiéndole desde atrás de las candilejas. No le atraía tampoco su aire de tener dinero, aunque eso —pensaba con humorismo— ayudaba, pero también incomodaba. En parte, era lo que de hecho tenía en "su casa" (por ejemplo: emplear la palabra "visita" en el sentido de "conversación" la hacía retroceder a su infancia y a su padre, con zapatillas grises, en una silla de cuero castaño), y en parte, claro está, el entusiasmo sin disimulo que demostraba hacia ella, entusiasmo que contenía más astucia de lo que había supuesto al principio, porque aunque la personalidad de ella era nueva e inexplicable para él, se veía que, en términos generales, era un conocedor de mujeres. Pero más allá de todo, había vislumbrado en él una veta de simpatía y comprensión que lo ponían a disposición de cualquier ser humano, del mismo modo que, como lector, estaba a disposición de cualquier novelista... y ésto podía proceder, no de estupidez como ella había supuesto en el coche salón, sino de una inquieta y constantemente esperanzada curiosidad.

En realidad, decidió ella, lo que producía ese efecto era la combinación de lo provinciano y lo aventurero. Este hombre *era* la frontera, aunque cuando ella sabía que la frontera norteamericana se había cerrado para siempre, en tiempos de su padre, en algún lugar allá en Oregón. Cuando la puerta se había cerrado, su padre había quedado del lado de adentro. Como lo supo después con sorpresa por unos recortes de diarios amarillentos que su tía había olvidado en el cajón de un viejo escritorio, había sido en su juventud una especie de radical feroz, lleno de leyes obreras de compensación, y de posesión de las utilidades por parte del estado; pero hacía mucho tiempo que se había endurecido, convirtiéndose en un abogado de corporación, al estilo del Este. Recordaba que una vez ella lo había desafiado con esos recortes, creyéndolo avergonzado por traicionar sus ideales, y que con mucha calma su padre

le contestó: "Las cosas eran distintas entonces". "Pero luchabas contra los *ferrocarriles* —había insistido ella— y ahora eres abogado de los ferrocarriles". "Había que luchar contra los ferrocarriles en aquel tiempo", contestó él inocentemente, y su tía, con su inefable sentenciosidad plebeya, agregó: "Tu padre siempre apoya lo que está bien". Pero ella comprendía ahora que su padre era sincero, que no había advertido contradicción alguna entre las dos actitudes, lo cual era prueba evidente de que no él, sino la época, había cambiado.

Sin embargo, este hombre sentado frente a ella había sobrevivido desde aquellos lejanos tiempos, como un solitario dinosaurio. Ni siquiera había verdaderamente sobrevivido porque si tenía cuarenta y un años, como lo confesaba, resultaba treinta años menor que su padre, y apenas podría recordar la Edad de Oro del imperialismo norteamericano, a la cual con toda evidencia pertenecía. Al mirarlo, pensó en otros imperios jóvenes y recordó los bustos romanos del Metropolitano, rostros marmóreos de hombres de negocios, chocantemente rudos y modernos y fáciles de reconocer después de la plácida tranquilidad de los griegos. Esos antiguos hombres de negocios también fueron omnívoros, grandes lectores, comilones, viajeros, coleccionistas y, al principio, también provincianos, pueblerinos recién admitidos a una ciudadanía mundial, vagamente incómodos, pero con la sensación de su vigor juvenil.

En el curso de este análisis había ido deslizándose desde la aversión hasta la ternura. Ahora veía al hombre como a un hombre sin país y sentía deseos de restablecerlo. ¿Pero adónde? Lo más que podía hacer era comunicarle el sentimiento de su grandeza y aislamiento. Podía situarlo en la dignidad de la tristeza.

Mientras tanto el hombre se había ido poniendo casi estrepitosamente alegre. La tarde avanzaba; las cosas del almuerzo habían sido retiradas hacía mucho rato y la botella estaba casi vacía. Afuera, la

tierra de labranza, amarilla y llana, corría a los costados del tren, agradablemente salpicada de parvas; la aridez y las osamentas de los vacunos desparramadas a través del Dust Bowl parecían remotas como una pintura superrealista. Otros pasajeros seguían deteniéndose en su camino al coche salón para mirar por la puerta abierta, pero la muchacha ya no tenía plena conciencia de ellos: existía tan sólo, por decirlo así, para dar la perspectiva, para hacer más intensa esa tercera dimensión que se había establecido en el compartimiento. El hombre estaba embriagado por los recuerdos de la guerra, por los cuentos graciosos de carreras y fiestas de bebedores: un héroe que se había ahogado mientras nadaba en un río de Francia, viajes a París, Notre-Dame y práctica de tiro en los Alpes. Había sido, según veía ella, una prolongación de los días de estudiante, una especie de Gran Gira de la clase-media-inferior, un maravilloso campamento masculino, que había dejado en un hombre como éste la permanente nostalgia de la fraternidad y la soledad que ninguna reunión de hombres solos apacigua.

—Supongo que estoy aburriéndola —dijo el hombre, sonriendo aún consigo mismo—, pero, es curioso decirlo, no me he divertido tanto desde la guerra. Usted me la recuerda y no puedo dejar de hablar. No sé por qué.

—*Yo* sé —dijo ella, llena de suave omnisciencia. Éste era su lado mejor, y ella lo sabía. Pero ¿acaso el saberlo no lo estropeaba, no impedía que fuera bueno?—. Es porque ha encontrado usted una nueva amistad, y probablemente no le ha pasado eso en veinte años, desde la guerra. Nadie, de grande, encuentra amigos.

—Puede ser —dijo el hombre—. Casarse, por más veces que uno lo haga, no es lo mismo. Sólo al *pensar* que a uno le gustaría casarse con una muchacha ya hay que empezar a mentirle. Supongo que es una

ley de la naturaleza. Hay que defenderse. No quiero decir con supercherías... ésas son pamplinas...

Una expresión meditativa tomó posesión de su rostro.

—Dios mío —dijo—, ahora ni siquiera *conozco* a Leonie, y viceversa, pero así es cómo debe ser. Un hombre no desea que su mujer lo comprenda. Esa no es su misión. Su misión es tener una linda casa y lindos hijos y dar buenas fiestas a las cuales él pueda invitar a sus amigos. Si Leonie me comprendiera no podría hacer eso. Probablemente los dos nos iríamos al diablo.

Las lágrimas se asomaron de nuevo a los ojos de la muchacha. La vida del hombre y su propia vida parecían indeciblemente trágicas.

—Yo estaba enamorada de mi marido —dijo ella—. Nos comprendíamos. Nunca tenía él un pensamiento que no me comunicara.

—Pero se divorciaron —dijo el hombre—. Alguien debió haber comprendido mal a alguien en *algún punto* del trayecto.

—Bueno —admitió ella—, tal vez él *no* me comprendía tan bien a *mí*. Tuvo una gran sorpresa...

Se rió como una "soubrette". Su risa estaba completamente fuera de tono en ese momento, pero no había podido resistirla. Además (estaba segura), eran esas salidas extemporáneas y esos cambios, esos destellos de inconsistencia lo que le comunicaba el peculiar, agridulce, altamente voluble encanto que era su "spécialité de la maison".

—¿Sorprendido cuando usted empezó a andar con otro? —preguntó el hombre.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y en qué quedó eso?

—Después que obtuve el divorcio, ya no quería casarme con él.

—¿Y ahora está sola?

La pregunta parecía hecha con despreocupación, pero ella contestó

con voz clara, enfática, como si hablara con un sordo y tuviera que trasmitirle un mensaje importante:

—No. Voy a casarme en el otoño.

—¿Y está enamorada?

—Sí. Es encantador. Él y yo somos mucho más parecidos que Tom y yo. Es un poco haragán y yo también. Y es egoísta, lo cual es bueno para mí. Tom era tan *bueno*. Y tan vulnerable. Su nuca era exactamente como la de un niño. Siempre me acuerdo de su nuca.

Hablaba en serio, pero advertía que el hombre no comprendía. Nadie había comprendido jamás —y ella misma no lo comprendía del todo— por qué esa imagen conservaba tanto poder sobre ella, por qué todos sus sentimientos de culpabilidad y vergüenza se habían acumulado alrededor de la visión de una nuca de niño (la cara no era de niño, sino prematuramente marcada), desnuda como la de un mártir antiguo bajo la espada. "¿Cómo pude hacerlo?", murmuró otra vez para sí, como seguía preguntándoselo casi diariamente, y una vez más se sintió invadida por el horror.

—Era demasiado bueno para mí —dijo al fin—. Me sentía como una madre para con él. Nadie lo hubiera adivinado nunca, pero necesitaba ser protegido.

Eso, eso era lo tan horrible. Nadie lo hubiera adivinado nunca. Pero ella se había introducido en el secreto de su vida y había anidado allí como el gusano en la rosa. ¡Qué tibia y suculenta era la rosa! Y después de devorarla por completo, se había ido. "Oh, Dios mío", murmuró entre dientes conteniendo la respiración. Haberlo amado no es una excusa. El gusano, sin duda alguna, ama a la rosa.

Apresuradamente, para distraerse, empezó a hablar de sus asuntos sentimentales. Nombres propios con descripciones minuciosas se sucedían, hasta que su vida entera sonaba en sus oídos como una novela

barata. Y estaba exageradamente ansiosa de explicarle la razón por la cual, en cada circunstancia, las cosas no habían madurado, qué natural era que hubiera roto con John, qué razonable que nunca hubiera perdonado a Ernest. Era como un abogado acusador levantando un sumario contra cada uno de sus amantes y, como no le agradaba la posición, sintió alivio cuando el hombre la interrumpió:

—Me parece que todavía sigue enamorada de su marido.

—¿Lo cree usted de veras? —preguntó ella, inclinándose hacia adelante—. ¿Por qué?

Tal vez, al fin, había encontrado al que andaba buscando, al que podía decirle cómo era ella en realidad. Para averiguarlo había consultado a quirománticos y grafólogos, esperando, no al hombre moreno o el viaje por mar, sino algún rápido destello de percepción gitana que le mostrara sus propias características. Estaba segura de que conociéndolas podría portarse divinamente; era sólo cuestión de descubrirlas. ¿Cómo, pensaba, puede uno tener acción sobre los propios sentimientos si no sabe lo que son? Cuando niña, algunas veces, hablando en secreto con un joven sacerdote en el confesonario, se había sentido segura. La Iglesia podía clasificarlo todo. Si se hablaba o se reía en el templo, o se decían mentiras, o se tenían pensamientos o conversaciones impuras, se era mala; si se obedecía a sus padres o tutores, o se confesaba o comulgaba regularmente, o se rezaba por los muertos, se era buena. Los protestantes como su padre, eran neutros; vivían en un mundo gris más allá del bien y del mal. Pero cuando aún era una sencilla muchacha y había rechazado, en la época de sus estudios superiores, el sistema clasificador de la Iglesia junto con la moral iletrada de su tía, había enajenado su sentido de sí misma. Durante un tiempo había creído que todo era cuestión de esperar a ser mayor y a que se formara su carácter; entonces se le podría reconocer tan fácilmente como una fotografía. Pero tenía ahora veinticuatro

años y había oído decir a los demás que su personalidad era muy fuerte; sin embargo, ella continuaba en las tinieblas. Este jovial desconocido de la camisa verde... tal vez él podría discernir si estaba enamorada de su marido. Era como la adivinanza de las personas con marcas en la frente: "A" no podía saber si su propia frente tenía marca, pero "B" y "C" naturalmente lo sabían, y él podía si era sagaz, deducirlo por el comportamiento de ambos.

—Porque —replicó su compañero—, de todos los hombres que usted ha mencionado, Tom es el único que puedo imaginar. Exceptuando a su padre... pero eso es distinto; pertenece a la clase de hombres que conozco.

La respuesta la desilusionó. Era demasiado sencilla y vulgar para abarcar todos los hechos. Era cierto que había amado a su marido *como persona*, por él mismo, y esto no le había ocurrido nunca con ningún otro. Jamás la había enternecido la idiosincrasia de ninguno de los otros. Nunca había mirado dormir a ningún otro. Sin embargo, esa clase de amor, por desgracia, la hizo incapaz de amarlo como se ama comúnmente; en realidad, la obligó a serle infiel y poco a poco, en el transcurso del tiempo, a dejarlo del todo. ¿O no sería otra la razón? ¿No se podría decir que su ternura conyugal había sido la sustitución, con brillante envoltura, de lo Real, del largo desfallecimiento carnal que ella nunca había podido realizar del todo en el lecho matrimonial? Había observado que en los hogares donde la domesticidad reluce con mayor brillo y las pequeñas atenciones llueven con más prodigalidad, rara vez el marido es admitido a sus verdaderos derechos conyugales.

Pero era imposible explicárselo al hombre. Ya la conversación, una o dos veces, había caído en el impudor, pero ella estaba decidida a conservar el decoro de las circunstancias. Afuera había oscurecido y el mozo estaba de vuelta, sirviendo pequeñas truchas de arroyo en platos

que ostentaban el escudo del "Union Pacific". Sin embargo, mientras se hacía para sus adentros la advertencia de lo imposible de esa explicación, oía que su propia voz se precipitaba en un torrente de detalles. (Esto le había ocurrido muchas veces desde la época en que, todavía colegiala, había cambiado chistes verdes con los alumnos de Eugene, y los había visto detener el coche y abalanzarse sobre ella por encima de la palanca de cambios de velocidades). Mientras que todo el tiempo, se decía compadeciéndose a sí misma, no había pretendido otra cosa que mostrarse buen camarada, probar que tenía mundo y que era grande, para que no llegaran a sospechar (¡oh, nunca!) que su padre no la dejaba salir con muchachos, ni que era una neófita, una jovencita indefensa, sin conversación superficial y sin coquetería alguna. No había sido *justo* (seguía pronunciándolo con bastardilla, amargamente) que forcejearan con ella como si fuera un manequí de rugby; recordaba las escaramuzas de un lado al otro de los resbaladizos asientos de cuero de los autos, siendo la torpeza física la indignidad mayor de todo ello; recordaba también la vuelta a su casa después, y la expresión siempre hosca y cerrada de la cara del muchacho... pensando que lo habían defraudado y hecho pasar por tonto y resolviendo que nunca volvería a invitarla, para que al fin tuviera fama de persona a quien sólo se saca a pasear una vez. ¡Qué indecente y antihumano había sido todo eso, igual que la pelea entre el hombre que se está ahogando y su salvador! Naturalmente, ella se lo había buscado, del mismo modo que se lo estaba buscando ahora, pero lo que en realidad pedía sin cesar era que el macho no la asaltara sino que la creyera una mujer. La libertad de expresión que empleaba era una clase de máscara de sexualidad, como los pechos de caucho que los homosexuales se ponen para atraer, pero al igual que los pechos simulados, su desvergüenza la delataba: era a la vez una copia mala y un disfraz hostil. Pero los hombres, pensaba ella, no analizan tan profundamente: sólo

pueden responder precipitándose sobre ella, lo cual, después de todo, era el método más directo de que disponían para demostrarle que su personaje había sido convincente. Sin embargo, esa respuesta, cuando llegaba, nunca dejaba de desconcertarla y asustarla: no había contado con eso, podía decirse con cierto azoramiento triste, siempre en secreto. Porque todo estaba mal, no era natural: el arte está para que se le admire, y no para actuar sobre él, el escenario no es lugar para el público, ni la sala lo es para los actores.

Pero una vez más el hombre del otro lado de la mesa la respetó. Su rostro estaba un poco embotado por la bebida, pero ella no distinguía lujuria en su expresión; la escuchaba con la serenidad de un sacerdote. La sensación de pesadilla se disipó; el libre albedrío le fué devuelto.

—¿Sabe usted cuál es mi frase literaria preferida? —preguntó ella de pronto. Debía de estar algo borracha para decirla y cierto sector lúcido de su personalidad protestó. No debo citar poesías; tengo que terminar con ésto; por Dios, si no tengo cuidado, dentro de poco estaremos cantando canciones de Yale. Pero la voz se le había escapado; sólo podía seguirla, satíricamente, desde una gran distancia.

—Es de Chaucer —prosiguió, cuando vió que había captado la atención del hombre—. La dice Criseyde: "I am myn owene woman, wel at ese." [1]

El hombre tuvo alguna dificultad en comprender el inglés medieval, pero cuando al fin consiguió entenderlo, la miró con franca admiración.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Sí que lo está, a pesar de todo!

A la mañana siguiente el tren la despertó con las sacudidas de la entrada a una estación de Wyoming. "¿Evanston?", se preguntó. Reinaba todavía la oscuridad. La cortina del pullman estaba corrida, y en el primer momento creyó encontrarse en su propia litera. Sabía que se

[1] "Soy dueña de mí misma y estoy bien tranquila".

había emborrachado la noche anterior, pero reflexionó con satisfacción que *nada-había-pasado*. Hubiera sido terrible si... se movió levemente y tocó el cuerpo del hombre.

No gritó; no hizo más que apartarse de él bruscamente con un movimiento único y espasmódico de rechazo. Esto no puede ser, pensó airadamente, no puede ser. Cerró los ojos con fuerza. Cuando los abra de nuevo, se dijo, no estará. No puedo afrontarlo, pensó, manteniendo su rigidez; lo mejor es volver a dormirse. Durante unos minutos dormitó realmente y soñó que estaba de vuelta en Lower Seven, entre sábanas extraordinariamente frescas y limpias y cortinas protectoras colgando a su alrededor. Pero durante el sueño la almohada se sacudía debajo de su cabeza por los empujones del camarero que la llamaba para el desayuno, y volvió a despertar, y supo que el hombre estaba aún junto a ella y que se había movido mientras dormía. El tren iba saliendo de la estación. De no haber sido tan temprano, afuera, en la plataforma, hubiera habido hombres altos con sombreros de cowboy. Tal vez, pensó, me desmayé y él me acostó. Pero el cuerpo que estaba junto a ella se hallaba desnudo, y volvió a sentirse erizada de horror al comprender, por la aspereza de las sábanas que la rozaban, que ella también estaba desnuda. Oh, Dios mío, dijo, sácame de esto y haré todo lo que quieras.

Sentía correr a través de su cuerpo oleadas de vergüenza, como salvajes rubores internos, como fragmentos de la noche anterior que se presentaran a su memoria para que los inspeccionara. Habían cantado canciones, de eso estaba segura; después se habló de las molestias que producirían a los otros pasajeros y por eso hubo que cerrar la puerta. Y después el hombre pasó a su lado y la besó con bastante voracidad. Ella luchó para tenerlo a distancia durante algún rato, pero a la larga su voluntad empezó a debilitarse. Se había sentido cansada y bondadosa; había pensado: ¿por qué no? Luego hubo algo peculiar en la forma de

hacer el amor... pero no podía recordar qué era. Había tratado de permanecer alejada de ello, de estar presente en cuerpo, pero no en espíritu. Sin embargo, eso no dió resultado por algún motivo y se había visto arrastrada hasta eso y humillada. Encontraba algún consuelo en esta vaguedad, pero rápidamente el recuerdo volvía a herirla. Hubo ¡Virgen Santa! palabras de cuatro letras que la habían obligado a repetir, y, en el momento culminante, una lluvia de golpes en las nalgas que seguramente ¡Dios santo! le habían dejado moretones. Tendría que cuidarse para que su tía no la viera sin ropas, se dijo, y recordó que una vez había visualizado los pecados como marcas negras sobre el alma blanca. Por lo menos, este pecado nadie lo vería. De pronto comprendió el significado de las sábanas. La cama había sido hecha. Y eso quería decir que el camarero del pullman... cerró los ojos, exhausta, incapaz de terminar su pensamiento. El hombre de Vincent Sheean, la dama del New Deal, el mozo, el camarero, habían hecho presión sobre ella, una multitud burlona de testigos materiales. Si por lo menos nadie lo supiera...

Pero quizá no fuera demasiado tarde. Tuvo una repentina visión de ella misma, vestida de negro, con la cara lavada y empolvada, con el cabello prolijamente peinado, sentada airosa y dignamente en su asiento, observando pasar Utah y Nevada y leyendo el ejemplar de una nueva novela "d'avant-garde". Eso *podía* hacerse. Si consiguiera volver antes del primer llamado para el desayuno, tal vez fuera posible. Quedaría el camarero, naturalmente, pero éste no se atrevería a chismografiar. Suavemente se bajó de la litera y empezó a buscar sus ropas. En la oscuridad descubrió su combinación y su vestido prolijamente colgados junto al lavatorio — el hombre debía de haberlos puesto ahí, y era una suerte, por lo menos, que fuera una persona cuidadosa, porque el vestido no estaría arrugado. Recogió del suelo las medias y unos pantalones de

"crêpe de chine" muchas veces remendados, a los cuales les faltaba un botón y que en su lugar tenían un alfilercito dorado. Sintiendo que se ruborizaba por el alfiler, se sentó en el suelo y se calzó las medias. Le faltaba una liga. Se puso las demás ropas y empezó a buscar la liga, pero aunque repasó a tientas cada pulgada del compartimiento, no pudo encontrarla. Se dejó caer al suelo otra vez, con una media floja, hundió la cabeza en los brazos y lloró. Se veía acorralada en un intolerable aunque ridículo dilema: no era posible hacer frente al resto del tren con una media colgando; pero tampoco era posible esperar que el hombre despertara y conseguir su ayuda para recuperar la liga; no era posible aun volver por ella personalmente. Cuando se le hizo evidente la naturaleza cómica del problema, su cerebro se aclaró. Con un sollozo final se sacó las medias y las metió en su bolso. Introdujo los pies descalzos en los zapatos: estaba buscando el peine en la cartera, cuando el hombre giró sobre sí mismo y gimió.

Se acuerda —pensó con terror— al ver su brazo que se estiraba buscándola vagamente, blanco y rollizo en la oscuridad. Permaneció muy quieta, esperando. Quizá volviera a dormirse. Pero hubo un clic, se encendió el velador, sobre la litera. El hombre la miró con azoramiento. Ella se dió cuenta de que había olvidado prenderse el cinturón.

—Querida —dijo él— ¿qué diablos haces?

—Estoy vestida. Tengo que salir de aquí antes que despierten. Adiós.

Se inclinó con la intención de besarlo en la frente. La cortesía requería algo, pero esto era lo más que podía obtener de sí. El hombre la tomó por los brazos y la tiró hacia abajo, sentándose junto a ella. Parecía muy gordo y el pelo corto de su pecho era gris.

—No puedes irte —dijo con toda sencillez y naturalidad, pero como si hubiera pensado en sus palabras la noche entera—. Te amo. Estoy

loco por ti. Nunca me ha sucedido algo tan maravilloso. Vendrás a San Francisco conmigo y nos iremos a Monterrey, y arreglaré con Leonie para obtener el divorcio.

Ella lo miraba, incrédula, pero no cabía duda: hablaba en serio. El cuerpo del hombre temblaba. Sintió que el corazón se le detenía al ver que ya no era cuestión de marcharse; la más elemental decencia lo prohibía. No obstante, estaba más asustada que halagada con su declaración de amor, como si alguna terrible fuerza natural anduviera suelta por el compartimiento. Además, la seriedad del hombre era un reproche; sus propios escrúpulos, su asco, que momentos antes le habían parecido virtud, ahora, frente a esa emoción, le parecían crueldad, hasta frivolidad.

—Pero estoy comprometida — dijo ella débilmente.

—No estás enamorada de él —dijo el hombre—. No podrías haber hecho lo que hiciste anoche si lo estuvieras.

Al recordar los momentos de amor, su voz se tornó perturbadoramente ronca.

—Estaba borracha — dijo ella chatamente, en voz baja.

—Una muchacha como tú no permite que un hombre la posea porque esté borracha.

Ella agachó la cabeza. No había contestación posible.

—Debo irme —repitió. Tendría que quedarse, lo sabía en cierto modo y sabía también que era sólo cuestión de horas, pero así como un penado cuya sentencia está casi terminada trata de escapar y muere de un balazo disparado por los guardianes, así la muchacha, con Sacramento no muy lejos, no pudo contenerse de implorar, como alquien que sufre de claustrofobia, su inmediata libertad. Veía que el hombre, gradualmente, se iba sintiendo herido y enojado, pero continuaba mante-

niéndose rígida en su abrazo y no quería mirarlo. Él le hizo volver la cabeza con la mano.

—Bésame — le dijo, pero ella se separó de un tirón.

—Tengo ganas de lanzar.

Él le señaló el retrete que estaba cubierto con un tapizado verde. (Había olvidado que los compartimientos pullman tenían esta indecente particularidad). Levantó la tapa y vomitó, mientras el hombre sentado en la cama la observaba. Esto era el nadir, pensó ella con amargura; con seguridad nada peor podía sucederle nunca. Se secó las lágrimas y se recostó contra la pared. El hombre hizo un movimiento hacia ella.

—No me toque —dijo ella—, o volveré a lanzar. Sería mejor que volviera a mi asiento.

—Pobrecita —dijo él con ternura—. ¿Te sientes mal, verdad?

Salió de la litera y de una valija sacó una nueva botella de whisky.

—Tendré que guardar el más ordinario para el camarero —dijo con voz natural y amable—. Vendrá por aquí más tarde en busca de su tajada.

Por primera vez en la mañana la muchacha rió. El hombre sirvió dos tragos y le alcanzó uno.

—Tómalo como remedio — le aconsejó.

Ella se sentó en la cama y cruzó las piernas. El hombre se puso una "robe de chambre" y arrimó una silla frente a ella. Levantaron los vasos. El olor a whisky la asqueaba y sabía que ya no podría emborracharse por segunda vez. Sin embargo, el ánimo se le mejoraba un poco. Tomar whisky por la mañana, tan temprano, en un camarote desordenado, tenía un aire de libertinaje profesional que apelaba a su fantasía.

—¿Qué pasa con el camarero?

—Oh —dijo el hombre afablemente—. Ya lo arreglé. Anoche

le di diez y le daré otros diez cuando baje. Le pareces maravillosa. Me dijo: "Mr. Breen, usted sí que lo hizo mejor que muchos".

—¡Oh! —exclamó la muchacha, cubriéndose la cara con las manos—. ¡Oh!

Durante un momento sintió que no podía soportar más, pero, al oír la risa del hombre, convirtió en comicidad su propio desconcierto y lanzó un gemido o dos suplementarios, puramente teatrales. Levantó la cabeza y lo miró con timidez y luego rió tontamente. Esa vulgaridad era más reconfortante para ella que cualquier afirmación de amor. Si la seducción (o lo que fuera) pudiera reducirse a su más bajo común denominador y ser vista en términos burlescos, la aceptaría y hasta llegaría perversamente a causarle placer. El mundo de lo burlesco era una especie de bajo fondo moral, un alegre, bien iluminado infierno donde una Caída era, después de todo, nada más que un resbalón.

Además, la conversación estaba rodeada de una atmósfera de vestuario masculino o de reunión de hombres solos, una atmósfera más estimulante, más astringente que el aire de la vida de bohemia. Las propinas de diez dólares, el whisky ordinario para el camarero, indicaban una competencia y conocimiento que, aún no siendo del orden más elevado, se extendían desde la comida y bebida y camisería, en todo su recorrido, hasta las mujeres. Eso era lo que les faltaba a los hombres que había conocido en Nueva York: el ojo sagaz del comprador, la veloz, brutal valuación. Eso era lo que se encontraba en los "country clubs", "yacht clubs" y clubs de playa, pero nunca en el café de Brevoort. Los hombres que había conocido durante esos últimos cuatro años, cuando se encaraba el asunto, se habían sentido complacidos con demasiada facilidad: su éxito había sido compensador pero vacío. No era difícil, pensándolo bien, ser la muchacha más bonita en una fiesta de hombres poco exigentes. En el fondo, despreciaba a quienes la habían

creído perfecta, porque sabía que con traje de baño en la exhibición de Southampton no hubiera sido aceptada jamás, y aunque no se había sometido a esta prueba cruel, la sentía mentalmente como una amenaza. Un ejemplar de *Vogue*, hojeado en el salón de belleza, un almuerzo en algún restaurant que no estaba al alcance de sus medios, eran suficientes para recordarle su peligro. Se había sentido segura con los distintos hombres que habían estado enamorados de ella porque —lo veía ahora— todos habían sido unos fracasados de una manera u otra. Los bien parecidos, como su novio, eran inútiles, los dignos de confianza, como su marido, tenían aspècto raro, los de buena posición, eran bajos y usaban taloneras en los zapatos, o gordos y con anteojos, los inteligentes, eran alcoholistas o ligeramente homosexuales, los serios, eran extranjeros, o si no usaban barba o camisas negras, o eran desesperadamente pobres y carecían de modales en la mesa. Por un motivo o por otro, cada uno de ellos estaba en desventaja en relación con la vida norteamericana, y por lo tanto eran humildes en el amor. Y ella ¿estaba también descalificada, pertenecía realmente a esa fraternidad de inválidos, o no era acaso una mujer sana y normal que había estado malgastando la vida en un destierro que se había impuesto a sí misma? ¿No era, acaso, una princesa entre enanos?

No lo sabía. Lo hubiera descubierto demasiado pronto si hubiese permanecido en Portland, pero no había corrido ese riesgo. Se había ido al Este, al colegio, y hasta ahora nunca había vuelto. Y muy al principio de su vida estudiantil se había comprometido con un pintor; por consiguiente, nada de lo que pasaba en lo concerniente a intercambiar parejas durante el baile en las fiestas de Yale y Princeton "contaba" en realidad. Ella se había colocado fuera del juego y, evidentemente, no hacía mingún esfuerzo. Su compromiso había sido una especie de seguro, pero —esto era lo peor— no sólo la aseguraba contra el fracaso

sino también contra el éxito. ¿Tendría que haber sido más valiente? No podía decirlo, ni siquiera ahora. Tal vez *era* una princesa, porque su padre había sido un verdadero caballero que almorzaba en su club y viajaba en coche salón o en compartimientos pullman; por otro lado estaba su tía... No podía descifrarlo sola; se necesitaría un príncipe para decírselo. Este hombre, por ejemplo... seguramente venía de ese mundo maravilloso, de esa posición divina en el centro de las cosas donde la elección es ilimitada. Y la había elegido a *ella.*

Pero no era exacto. Con sólo mirarlo veía que había hecho trampa otra vez, había tratado de entrar en el juego con naipes falsos. Este hombre también estaba fuera del juego. Era demasiado viejo. Sólido como parecía en todos los otros aspectos, el tiempo lo había convertido en un fracasado. De haberlo encontrado diez años antes ¿la habría elegido?

Él le sacó el vaso de las manos y la rodeó con sus brazos.

—¡Dios mío —dijo— si por lo menos hubiese pasado esto hace diez años!

Ella se mantenía de piedra entre sus brazos; se sentía, en verdad, como una roca besada por una ola importuna. En el símil había algo digno, pensó, pero ¿qué ocurre al final..? Erosión. Con esto la imagen cambió repentinamente y le presentó otra faceta; ¡Dios mío!, se dijo asustada; soy dura como piedra. Y entonces, de repente, abrazó al hombre con un ardor que no era completamente falso ni completamente sincero (porque no podía sofocar, sino solamente ignorar, la aversión); apretó fuertemente sus diez dedos en la espalda del hombre y por primera vez lo besó cuidadosamente en la boca.

La llama de su sacrificio la iluminaba. Será el único acto de caridad auténtico que haya hecho en mi vida, pensó con decisión; será la única vez que haya dado algo que sinceramente me haya costado dar.

Que su ascetismo tuviera que ser expresado en términos de sensualidad, tornaba, en forma curiosa, más hondo su valor, porque el sacrificio era a la vez paradójico y positivo; no se trataba de una simple abstención como en un viernes de vigilia o en un casto domingo: era la mortificación de la carne lograda por la realización del acto de placer.

Lo ayudó apresuradamente a que le sacara el vestido negro y se extendió en la litera como una lonja de cordero blanco sobre un altar. Mientras esperaba, con alguna impaciencia, que el hombre quedara exhausto, que la indignidad terminara, contemplaba con abrasadora nostalgia su propia imagen, en el asiento pullman, completamente vestida y con la novela en las manos, y sabía, con la convicción más firme, que por una vez era ciertamente buena, y de ningún modo dura o sin corazón.

—Necesitas un baño — dijo el hombre, alzándose sobre un codo y dirigiéndole una mirada penetrante mientras ella yacía sobre la sábana arrugada. La cortina estaba a medio levantar y afuera los rodeaba el Great Salt Lake. Desde hacía horas estaban pasando sobre él, sobre ese grisáceo, esterilizante Mar Muerto que no parecía un lago real sino un espejismo visto en el desierto. Durante largo rato lo había estado mirando, mientras el hombre, junto a ella, le murmuraba su felicidad y sus planes para el futuro; habían dormido un poco y de nuevo, al abrir los ojos, aún estaba el lago, una interminable advertencia de esterilidad, poligamia y desolación.

—Levántate —prosiguió él— y llamaré al camarero para que te lo prepare.

Hablaba con rudeza: era el sargento instructor, la voz de la autoridad. Ella tuvo un sobresalto de alerta; los labios le temblaban. Su desnudez, el pelo largo y suelto que un momento antes le habían parecido voluptuosos, ahora, súbitamente, se tornaban audaces y desordena-

dos como una casaca desabrochada durante una inspección del ejército. Era la primera herida que le infligía; pero ¡qué hondo había penetrado la espada, recordándole los maestros que podían fumar y charlar con ella al atardecer y que después, en la clase matinal, la increpaban; los parientes que hablaban con ella como si fuera una persona mayor y luego le decían a su tía que era demasiado joven para usar medias de seda..! Le recordaba a todos los traidores, a todos los enemigos amistosos, a los inspectores como Janos Bifrontes, a su madre que podía amarla y después morir.

—No quiero bañarme —sostuvo—. Estoy perfectamente limpia.

Pero sabía, naturalmente, que no se había bañado desde su salida de Nueva York, y si la hubieran dejado hacer su gusto, no se hubiera bañado hasta llegar a Portland... ¿quién podía ni pensar en pagar un dólar por un baño en el tren? En el salón de señoras, donde el hollín y los polvos derramados formaban una capa sobre las mesas de tocador y donde los recipientes para el pelo caído miraban con insolencia, arcaicos como salivaderas, bastaba pasarse la esponja rápidamente por debajo de la bata de cama y, mirando a las vecinas que buscaban el equilibrio como jockeys delante del espejo, con sus quimonos sucios, sus complicadas cajas de maquillaje y sus permanentes sin peinar, se tenía la sensación de encontrarse lo suficientemente aseada; había que irse lo antes posible, alejarse del dulce, rancio, inacostumbrado olor de las mujeres maduras que se vestían.

—Estoy perfectamente limpia — repitió. Sin inmutarse, el hombre tocó el timbre; cuando el camarero anunció que el baño estaba listo, le dió un empujón hacia el pasillo, con su "robe de chambre" de "Brooks Brothers" y una pastilla de jabón inglés.

En el salón de señoras, la criada negra había preparado el baño y estaba de pie detrás de la cortina a medio correr, esperando para alcan-

zarle el jabón y las toallas. Y aunque por lo general la muchacha no se caracterizaba por su pudor físico, en ese momento le pareció insoportable que alguien la mirara bañarse. La escena tenía algo terrible y familiar —ella en la bañadera, lavándose, y una mujer de pie, con toda su alta estatura, mirándola—, algo terrible y familiar, por cierto, en verse obligada a bañarse. Recordaba lentamente. La criada era su tía, de pie junto al baño, los sábados por la noche, viendo que se lavara cada pedacito del cuerpo, de pie junto al botiquín, viendo que tomara el aceite de castor, de pie junto a su cama por las mañanas viendo si las sábanas estaban húmedas. De grande no había vuelto a sentir hasta entonces esa peculiar debilidad y vergüenza. Le faltaba valor para hacer que la criada saliera; en alguna forma, ésta representaba al hombre, era su espía, a quien sería sacrílego resistir. Lágrimas de ira fútil, de lástima por ella misma, asomaron a sus ojos, y pensó quedarse en el baño el día entero antes que volver al compartimiento. Pero el timbre sonó en el cuarto de vestir, y la criada sacudió la cortina diciendo: "¿Quiere algo más? Dejaré las toallas aquí"; cerró la puerta y dejó sola a la muchacha.

Durante largo rato permaneció recostada dentro de la bañadera, reuniendo sus fuerzas. En el agua tibia sentía, por primera vez, un genuino entusiasmo socialista. Por primera vez en su vida odiaba de verdad el lujo, odiaba "Brooks Brothers" y "Bergdorf Goodman" y "Chanel" y las pieles y la buena comida. Todas las cosas lindas que había visto en las tiendas y que había codiciado le parecían toscas, excesivas, carnales, extrañamente impuras. Por una curiosa reversión, hasta el alfiler de gancho en su ropa blanca, por el cual se ruborizó esa mañana, llegaba a parecerle un símbolo de pulcritud moral, del mismo modo que las llagas de un santo mendicante pueden, si se las considera por el buen lado, dar testimonio de su salud espiritual. Una sonrisa orgullosa y

amarga se dibujó en sus labios al verse a sí misma como una ciudadela de virginidad socialista que podía ser tomada y vuelta a tomar, pero nunca sometida. Todo el ultraje del hombre parecía asumir un carácter político; era una atrocidad incidental en la larga lucha de clases. Se sonrió otra vez, pensando que había salido indemne, mientras él había sido reducido a una gelatina.

Durante toda la mañana, en el compartimiento, él se había dejado llevar por un estado de salvaje y feliz excitación, lleno de proyectos de reforma. No estaba segura de lo que ocurriría después; sólo sabía que todo sería distinto. En determinado instante conseguía que los dos estuvieran jugando al golf en Del Monte; en el siguiente se imaginaba que había renunciado a ella y empezaba de nuevo con Leonie sobre una nueva base. Luego se veía tirando todo por la borda y yendo a vivir pecaminosamente en una "villa", en un pueblito de Francia. Pero en ese preciso momento se le ocurría una maravillosa innovación técnica para la manufactura del acero, y se mostraba ansioso por volver a la oficina y ponerla en práctica. Hablaba de dar su fortuna a una organización pacifista de Washington, y cinco minutos más tarde se decidía a mandar al pequeño Frank, que daba muestras de ser un chico difícil, a un maldito colegio militar de los mejores. Tal vez agrandaría su casa de Gates Mills; tal vez la vendería y se mudaría a Nueva York. La llevaría al teatro y a los mejores restaurants, irían a los museos y andarían en la imperial de los ómnibus. Él se convertiría en organizador del C.I.O., o le daría a ella un empleo en la sección de personal de la compañía de aceros, y viviría en Cleveland con él y Leonie. Pero no, no haría eso, se casaría con ella como había dicho al principio, o si ella no quería casarse con él la instalaría en un departamento en Nueva York. Pasara lo que pasara, ella no se bajaría del tren. Había lle-

gado a considerarla como una especie de amuleto que tenía que conservar a su lado a cualquier precio.

Por supuesto, se dijo ella, la idea era absurda. Sin embargo el corazón se le contrajo y su disposición de ánimo de indulgente piedad empezó a decaer. Tiritó y salió de la bañadera. La asustaba la obstinación del hombre en ese punto. ¿Y si le ponía obstáculos en el camino, llegado el momento..? ¿Y si se produjera una lucha..? ¿Y si tuviera que tirar del cordón de alarma..? Se dijo que tales cosas no ocurrían nunca, que durante el transcurso del día podría ella con toda seguridad llegar a convencerlo de que tenía que irse. (Había notado que la invocación de su padre lo conmovía indefectiblemente. "No debemos hacer nada que moleste a tu padre —le decía—. Debe de ser un gran hombre". Y las lágrimas le asomaban de veras a los ojos. Tocaría esa cuerda, pensó, por todos los medios.) No obstante, continuaba inquieta. Era como si descuidadamente, inadvertidamente, casi, hubiese movido un conmutador que había puesto en marcha toda una extraña usina y ahora, demasiado tarde, descubría que no sabía cómo detenerla. Podía haberse escapado, pero cierta sensación de culpabilidad, de responsabilidad social, de primitivo temor, la tenía como pegada al lugar, observando y escuchando, esperando que la hicieran trizas. Una vez, en un instituto de belleza, la habían puesto debajo de un secador defectuoso que se mantenía en la temperatura máxima por más vueltas que le diera al regulador; sentía como si el cuello se le quemara y hubiera podido, en cualquier momento, haberse liberado con sólo levantarse de la silla; a pesar de ello se había quedado así la media hora entera, hasta que el operador la puso en libertad. "Me parece —había dicho ella entonces con aire despreocupado—, que algo anda mal en esa máquina". Y después que el operador la había examinado, todas las mujeres se juntaron a su alrededor, cacareando: "¿Cómo ha podido soportarlo?" Ella no

había hecho más que levantar los hombros. En aquella ocasión le había parecido mejor sufrir que "causar un alboroto". Tal vez era algo parecido lo que hoy la retenía junto al hombre, el temor a una escena y una especie de morbosa rivalidad que se negaba a permitir que él la superara en sentimiento. Pero súbitamente supo que los motivos no importaban: no podía, *no podía* bajarse del tren hasta obtener el consentimiento del hombre, hasta que esta absurda, fea historia de amor estuviera de algún modo concluída.

Si por lo menos pudiera convertirlo en algo, si pudiera decirle: "Renuncia a tus negocios, vete a París, hazte católico, únete al C.I.O, alístate en el ejército, únete al partido Socialista, vete a la guerra española". La idea la sedujo. Sería estupendo, pensó, poder contar más tarde que había mandado a un hombre de negocios cincuentón a morir por los republicanos junto al Alcázar. Pero en seguida reconoció que era esperar demasiado. El hombre que estaba allá en el compartimiento no era capaz de eso; era capaz de un divorcio, de un cambio de residencia, a lo más de un cambio de negocios, pero no de cambiar en lo esencial. Lanzó un leve suspiro, encarando la verdad sobre el hombre. Su "robe de chambre" de franela gris se hallaba colgada en una silla junto a ella. Sin apresurarse se envolvió en ella; el roce del género le dió carne de gallina. Algo en esa prenda —el color, tal vez, o el tamaño inadecuado— le recordaba los trajes de baño que se alquilan en una piscina pública. Apretó firmemente los dientes y de un tirón abrió la puerta. No se detuvo a mirar a su alrededor: se precipitó por el pasillo con la cabeza gacha; aunque no encontró a nadie, le parecía estar en la picota. El compartimiento con el hombre desnudo y la cama desordenada la atraían como un refugio.

Cuando abrió la puerta, lo encontró vestido, el compartimiento estaba arreglado y había un mantel blanco tendido sobre la mesa plega-

diza situada entre los dos asientos. A los pocos minutos, el mozo de la noche anterior estaba de vuelta, trayendo granizado de naranja, picadillo de corned beef y bocadillos de pescado. Era como si el escenario, desarmado la noche anterior, hubiera sido reconstruído para la matinée. La diferencia consistía en que la puerta permanecía cerrada. Sin embargo, aunque no hubiera espectadores, las condiciones del ambiente habían cambiado; el trato entre la pareja adquirió cierta formalidad social. El pequeño desayuno se realizó como una ceremonia ritual. Todos los pueblos primitivos, pensó ella, han sabido que después de experimentar fuertes sacudimientos, alegres o tristes, éstos tenían que ser finalmente liquidados con una comida ordenada. Vinieron a su memoria los banquetes de Homero, los refrescos que servían los irlandeses en los velorios, los dulces que los árabes mordisquean después de hacer el amor, los cuentos de hadas que terminan con Y-el-rey-ordenó-que-se-sirviera-un-gran-banquete-para-todo-su-pueblo. Cataclismos del sentimiento íntimo como el que ella acababa de experimentar eran tan incalculables y antisociales como la muerte. Con una grácil inclinación de cabeza aceptó un segundo bocadillo de pescado que le ofrecía el mozo y se sintió reincorporada a la raza humana.

Ya no era cuestión de hacer el amor, lo advirtió, y desde el momento en que tuvo esta seguridad empezó a sentirse un poco enamorada. El largo día transcurrió como una película pasada con "ralentisseur", la conversación fué inconexa, despaciosa, tierna. Murmuraron confidencias soñadoras que se desvanecían, eventuales y carentes de energía, como el diálogo de una pieza de Chejov. Del otro lado de la ventanilla desapareció el lago desierto y fué reemplazado por una zona de plantas de artemisa, que a ella le parecía un símbolo agradable, melancólico, de esa contemporánea tierra de desolación. Ante ella se extendía la vida del hombre; casi podía estirar el brazo y tocarla, hur-

garla, explorarla, lustrarla y devolvérsela. Las personas involucradas en esa vida se tornaban discernibles para ella, aunque nadaban en un ambiente de poesía. Podía ver a Eleanor, de más de cuarenta ahora y ejerciendo un importante cargo, bien parecida, bien vestida, la clase de mujer que come en Longchamps o el Algonquin; y luego Leonie, de líneas más finas, más joven, con ese aire de Marie Laurencin que las mujeres ricas, pálidas, bonitas, de colorido neutro, suelen adquirir; luego ella, más joven todavía, con una organización superior de vida... y, mientras tanto, el hombre, un grotesco y conmovedor Ponce de León, envejeciendo sin remedio y volviéndose más tosco en razón inversa de las mujeres que necesitaba y deseaba.

Y veía la alfombra de Bruselas de una casa mala de Filadelfia donde él, por primera vez, había poseído a una mujer; el viejo automóvil Marmon en el cual había cortejado a Eleanor y el diván en casa del padre de ésta donde el viejo los había sorprendido; y también el "squash court" en el club, las bañaderas color berilo de su casa, la parrilla para asar grandes trozos de carne, los hermanos de la "fraternity", los grabados de Audubon de su estudio, el termo de la mesa de noche. Por algún motivo se había vuelto esencial para ambos que ella supiera *todo.* Parecían colaboradores reuniendo un archivo para un nuevo *Babbit.* Esto es lo que soy, decía él: el papel de la pared del cuarto grande de huéspedes tiene un dibujo colonial azul y blanco; me acuesto a las diez de la noche y Leonie se queda levantada leyendo; me gusta el arenque ahumado para el desayuno; tenemos sillones Hepplewhite en el salón; al médico le preocupan mis riñones y me siento muy solo cuando me despierto.

Estaban los detalles, los "toques" realistas, y luego estaba el gran esqueleto de toda la historia en sí. En 1917, recién salido de la universidad del estado con un título de química, había obtenido un puesto de

enseñanza de ciencias para el año siguiente, en un colegio de estudios superiores, y había hecho planes, después, para obtener el diploma de maestro y tal vez un empleo en el departamento correspondiente en Cornell, donde tenía un tío en la Escuela de Agricultura. Su padre había sido un hombre de negocios en pequeña escala en un pueblo carbonífero de Pensilvania, el abuelo un chacarero, la madre una señorita de Tennessee. Pero llegó el Campamento de Entrenamiento de Oficiales, y la brillante actuación en la guerra, y las buenas relaciones, de modo que el puesto del colegio de estudios superiores nunca fué desempeñado, y en cambio se lo pasaba jugando a la pelota en el Club Atlético por las noches y trabajando en metalurgia para la compañía de aceros durante el día. Al poco tiempo lo pasaron a la producción, pero era demasiado amable y bonachón para eso, y, en la época en que creía casarse con Eleanor, estaba contento de salir de ahí y entrar en el negocio del carbón. Cuando volvió a la compañía de aceros fué en calidad de agente de compras, y en ese renglón su sagacidad y "bonhomie" fueron mejor empleadas. Había llegado a ser Agente Principal de Compras y Cuarto Vicepresidente; era dudoso que alguna vez llegara más lejos.

Durante diez años —le confió— tuvo una que otra vez la extraña sensación de haber perdido el barco, pero en su interior todo esto era vago: no tenía la menor idea de cuándo había salido el barco, ni qué clase de barco era o adónde iba. ¿Y si se hubiese casado con Eleanor? Pero no era mujer para eso; después de ocho años ambos se habían dado cuenta de ello y continuaban siendo buenos amigos. ¿Habría sido mejor tomar el puesto en la enseñanza? No parecía así. Francamente, no se trataba de un hombre de ciencia —la compañía lo había advertido en seguida— y de haber tomado el otro camino, habría terminado, en el mejor de los casos, siendo director de un colegio de estudios superiores o jefe del departamento de química en alguna universidad secundaria

del estado. No —pensaba ella— no es un hombre ciencia "manqué"; es, sencillamente, un hombre excelente, y es lástima que la sociedad no le hubiera ofrecido una mejor oportunidad de ser excelente en vez de la tarea de comprar materiales para una compañía de acero. El empleo, advertía ella, consistía en uno de los trabajos menos comprometedores que podía haber desempeñado ganando dinero; al considerar su vida de negocios como un nexo de amigos personales, había tratado de mantenerse alejado tanto de los bancos como de los hornos de fundición. Se sentía lleno de sentimientos fraternales y hasta de lealtad hacia los vendedores de hojalata, los magnates del hierro y las autoridades del cobre y sus esposas que lo agasajaban con bebidas y comidas y lo llevaban, repetidas veces, a las últimas revistas musicales. ("No me interpretes mal —le dijo—, la mayoría de ellos y sus mujeres son gente muy bien".) Pero con todo... había siempre el contrato que esperaba para ser firmado a la mañana siguiente, desplegado implacablemente sobre el escritorio.

Así era él, afable, agradable en sociedad, evidentemente un hombre con quien se podía contar y, sin embargo, estas cualidades aparecían desvirtuadas por el uso comercial que hacía de ellas; por consiguiente, al entrar en años, se encontró persiguiendo con mayor ansiedad nuevos contenidos no comerciales, en los cuales poder afirmar su tendencia gregaria. Rechazaba la vida social y convencional de Cleveland. Cuando iba a los bailes del "country club", se le encontraba generalmente en el bar, tirando los dados con el barman; jugaba un poco al poker pero no al bridge. En Nueva York se alojaba en el Biltmore o en el Murray Hill, compraba su ropa en "Brooks Brothers" y comía —cuando Leonie no estaba con él— en el Cavanagh, Luchow o Lafayette. Pero pasaba la mayor parte de su tiempo en los trenes, conversando con sus compañeros de viaje, conociendo la historia de sus vidas. ("¡Cielos —inter-

caló él— si supiera escribir como tú!") Éste era uno de sus mayores placeres, le dijo, y no andaba nunca en avión si podía evitarlo. Durante los tres días y medio que tardaba el tren en cruzar el continente se podía conocer a alguien que fuera un poco diferente y tener con él una larga "visita". Algunas veces, también, bajaba en las estaciones del trayecto e iba a ver a los viejos amigos, pero últimamente eso lo había defraudado: tantos de ellos estaban viejos o en camino de serlo, sufriendo de úlceras o cirrosis del hígado...

De pronto hizo un amplio gesto con las manos. Ahí lo tienes todo, indicaba: lo compartía con ella como el contenido de una canasta de provisiones. Y mientras ella aceptaba, asintiendo con la cabeza de vez en cuando en señal de placer y reconocimiento, añadiendo aquí y allí algo de su cosecha, supo que compartir con ella realmente su vida le importaba menos. Durante esa tarde de confidencias el hombre había sido sometido a una purga. Ahora descansaba, se sentía feliz y ella estaba libre. Nunca se sentiría solo otra vez; en realidad, era como si nunca hubiera estado solo, porque mediante un tremendo esfuerzo de percepción se había introducido retrospectivamente en su pasado y se hallaba instalada allí para siempre, como la compañera querida, como el mellizo que pedimos cuando niños y nuestros padres, al oírnos, ríen. Había logrado lo que se proponía y ahora le dolía tener que abandonarlo. Un júbilo angustioso la traspasó al examinar su propia pena y descubrir que era cierta. Todo el día había creído interpretar un papel trágico en algo llamado "Una Noche Perfecta", pero lentamente, sin ella advertirlo, la impostura se había trocado en realidad. No comprendía con exactitud cómo había ocurrido. Tal vez era porque se había aproximado mucho, mucho a él —"tout comprendre c'est tout aimer"— y tal vez porque servía para la tarea que le había asignado: en presencia de esa vida que esperaba ser comprendida se había arremangado con

todo el vigor de una cocinera de primera categoría que se enfrenta con una cocina nueva.

—Te quiero —dijo ella de pronto—. No era así antes, pero ahora es verdad.

El hombre le dirigió una mirada penetrante.

—Entonces, ¿no te bajarás del tren?

—Sí —dijo ella, porque ahora podía ser sincera—. Me bajaré. Una de las razones para quererte es que *voy* a bajarme.

Con perfecta comprensión, los ojos oscuros del hombre se encontraron con los de ella.

—Y una de las razones para que te deje hacerlo —dijo él— es que me quieres.

Ella bajó los ojos, asombrada una vez más por su sagacidad.

—Diablos —dijo él—, es curioso, pero soy tan feliz ahora que no me importa si no vuelvo a verte. Probablemente no me sentiré así cuando te hayas ido. En este momento me parece que, durante el resto de mi vida, podría vivir alimentándome de este único día.

—Espero que así sea —dijo ella con voz temblorosa de sinceridad—. Mi querido, querido Mr. Breen, espero que así sea.

Entonces los dos se pusieron a reír como locos porque ella no podía llamarlo por su nombre de pila.

Todavía no había él renunciado del todo a la idea de casarse y en cierto momento, muy avanzada la tarde, la increpó con inesperada y grosera ferocidad.

—Necesitas un hombre que te cuide —exclamó—. Detesto verte volver a esa vida que haces en Nueva York. Tu padre debería obligarte a que te quedases en Portland en tu casa. Dentro de pocos años te convertirás en uno de esos horrores bohemios de pelo aceitoso y aros largos. Me enferma pensarlo.

Ella apretó los labios, azorada de descubrir lo mucho que la había herido. Era increíble que hablara con ese desprecio de su manera de vivir; era lo mismo que si se hubiese propuesto decirle que su sombrero más vistoso, más coqueto y extravagante, era feo y estaba fuera de moda.

—Pero te enamoraste de mí porque *soy* bohemia —le dijo, obligándose a sonreír, a tomar un tono sensato y razonable.

—No —dijo él con voz truculentamente sentimental—. Me enamoré porque, debajo de todo eso, eres sencillamente una buena muchacha.

Ella sacudió negativamente la cabeza. No era verdad, pero de nada servía discutir con él. Con toda evidencia, extraía cierta cruel satisfacción diciéndole que era diferente de lo que era. Lo cual significaba que no se había enamorado de ella sino de otra: todo el pequeño, extraordinario idilio se había basado en una incomprensión. ¡Pobre Marianna, pensó, pobre ganancia la de ser amada al amparo de la oscuridad en nombre de Isabella! No volvió a hablar durante largo rato.

La noche cayó de nuevo y la frugal comida que se sirvió en seguida careció del brillo de las anteriores. El menú del Unión Pacific había agotado la elección; se vieron reducidos a bifes y grandes papas cocidas. Ella hubiera deseado comer en el vagón restaurant, a la vista de todos, elegir algún plato poco habitual y beber una botella de vino blanco. En el compartimiento había esperado que le ofreciera vino; el mozo lo sugirió, pero el hombre dijo que no con la cabeza, sin consultarla; sus excesos en la bebida y en el amor empezaban a hacerse visibles; parecía cansado y enfermo.

Pero al llegar las diez, cuando ya habían dejado atrás Reno, ella volvió a sentirse cariñosa con él. Su compañero le había estado rogando que le permitiera mandarle un regalo; al principio la idea no le agradaba; sentía que la propuesta encerraba cierta arrogante condescendencia; se negó a permitírselo, y hasta se negó a darle su dirección. Enton-

ces él la miró de repente; sus ojos castaños reflejaban toda su vieja humildad, el franco conocimiento de sus límites.

—Mira —le dijo—, será un favor que me haces. Eso es lo único que un hombre como yo puede hacer por una mujer; comprarle cosas y quererla mucho, locamente, de noche. Soy distinto de tus amiguitos literatos y tus amiguitos artistas. No puedo escribirte un poema, ni pintarte un cuadro. Mi única forma de demostrar que te quiero es gastando dinero en ti.

—El dinero es tu ambiente —dijo ella, sonriendo, feliz ante esta nueva percepción que le acababa de facilitar, feliz con su propio don de expresión sintética. Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza y ella le dió su consentimiento. Tenía, sin embargo, que ser un regalo *muy chico*, y por ningún motivo debería ser una alhaja, agregó, sin saber exactamente por qué le imponía esta condición.

Al ir entrando en la última hora del viaje, los momentos adquirieron una solemnidad elegíaca. Hablaron muy poco; el hombre le tenía fuertemente asidas ambas manos. Hacia el final, rompió el silencio para decir: "Quiero que sepas que éste ha sido el día más feliz de mi vida". Al oír estas palabras, se sintió invadida por una satisfacción sensual y soñolienta; era como si hubiera estado esperando esas palabras sin cesar; era la culminación, el orgasmo espiritual. Y era tal como lo había sabido desde el principio: al final no le había fallado. No se había equivocado con respecto a él, después de todo.

Cuando el tren iba llegando a Sacramento, estaban de pie en la plataforma. Eran más de las tres de la mañana. El equipaje de la muchacha se hallaba apilado en torno a ellos; a una de las maletas le faltaba la agarradera y estaba atada con una soga. El hombre murmuró su desaprobación.

—Tu padre —dijo— se va a sentir terriblemente molesto cuando vea *eso*.

La muchacha rió; el tren amenguó la marcha; el hombre la besó apasionadamente varias veces, haciendo caso omiso del camarero que aguardaba junto a ellos con una amplia sonrisa en su cara de negro de Hollywood.

—Si tuviera diez años menos —dijo el hombre con tono curiosamente mesurado (como si estuviera haciendo un juramento)— no te dejaría bajar del tren.

Sonaba, pensó ella, como una disculpa ante Dios. En la estación el aire estaba caluroso y pesado. Se sentó a esperar, y en seguida se sintió sudada y sucia; tenía las medias arrugadas; los zapatos de piel de Suecia negros se le habían llenado de tierra y por primera vez notó que uno de los tacos estaba gastado. Tuvo la extraña sensación de que el viaje de vuelta a su casa carecía de sentido; porque en esas últimas doce horas había sabido que jamás se casaría con el muchacho que la aguardaba en Nueva York.

En el viaje de vuelta, su tren se detuvo en Cleveland por la mañana temprano. Estaba sentada en el coche salón, esperando; vestía un traje nuevo de otoño. Mr. Breen entró apresuradamente en el vagón. Llevaba puesto un traje azul oscuro de calle y tenía dos paquetes en la mano. Uno de ellos era, con toda evidencia, una caja de flores. Ella la tomó y la abrió, destapando dos de las orquídeas purpúreas más grandes y deslumbradoras que había visto en su vida. Él la ayudó a prendérselas en el hombro y no pareció advertir la extraña armonía que formaban con su saco color ocre tostado. La otra caja contenía una botella de whisky; *in memoriam*, le dijo.

Estaban solos en el coche, y durante el cuarto de hora que el tren

esperó en la estación él no cesaba de mirarla y hablarle. A ella le parecía que había estado hablándole sin interrupción desde que se habían separado, hablándole con volubilidad, desesperación e incoherencia por un teléfono de larga distancia, por vía aérea, o por el telégrafo de la Western Unión y Postal. Había recibido de él varias prendas extravagantes de ropa blanca y un prendedor de topacio, y se había sentido desilusionada y un poco humillada ante su mal gusto. Se alegraba ahora que el tren se detuviera a una hora tan intempestiva porque sentía que él hacía un papel ridículo, con los regalos en la mano, como un asiduo concurrente reblandecido que espera en las puertas de los escenarios la salida de las artistas.

Poco tenía ella que decir, y permanecía sentada pasivamente, dejando que irrumpiera sobre ella el torrente de charla y cariño. Tarde o temprano, lo sabía, la ley de las retribuciones decrecientes empezaría a operar, y ella cesaría de obtener estas abrumadoras ganancias por la pequeña inversión de sí misma que había hecho. Por el momento, le rogaba que se casara con él, le describía una conferencia de negocios a la cual pensaba asistir, y le pedía su aprobación para un viaje de vacaciones que planeaba realizar con su mujer. De estos tres elementos de la conversación predominaba el primero, pero ella sentía que ya estaba cambiando para él, tornándose menos la amante y más la confidente. Era significativo que no esperara (como ella lo había temido) viajar todo el trayecto hasta Nueva York en su compañía: la conferencia de negocios, le explicó, se lo impedía.

No deja de ser un pequeño golpe, pensó, adivinar que un hombre pierde interés en uno, y le entró la tentación, como le ocurría siempre en esas ocasiones, de hacer algo que lo avivara de nuevo. Si le hacía creer que dormiría con él, se quedaría en el tren y mandaría al diablo la conferencia. Evidentemente, el hombre había sopesado la conferen-

cia por un lado y un intervalo platónico por el otro, y había tomado la decisión sensata. Pero ella sofocó su vanidad y se dijo que se alegraba de que él mostrara señales de amor propio; en las curiosas cartas de negocios a la inglesa que le había escrito y durante las comunicaciones de una hora en el teléfono de la casa de su padre, había demostrado un servilismo demasiado chocante.

Le permitió que se bajara del tren; seguía hablando alegremente y ella le apretó la mano con ternura, pero no lo besó.

Pasaron tres semanas antes de que fuera a verla a su departamento de Nueva York, y entonces ella advirtió que el hombre convalecía. Se había vuelto más exigente y más seguro de sí mismo. La habitación y media que ocupaba en Greenwich Village le daba, según le declaró, claustrofobia, y cuando ella le hizo notar que el departamento era encantador, afirmó llanamente que no era la clase de lugar que le gustaba, ni la clase de lugar donde ella debía vivir. Era más el hombre de negocios y menos el pretendiente, y aunque seguía pidiéndole que se casara con él, ella comprendía que el requerimiento era puramente formal; sólo cuando trataba de hacer el amor, su verdadero, desesperanzado, humilde ardor aparecía una vez más. Ella lo rechazaba, por más que se sentía inclinada a ceder aunque sólo fuera para recuperar su ascendiente sobre él. Fueron al teatro dos noches, y bailaron y bebieron champagne, y en la tercera mañana le telefoneó desde su hotel que le había dado un ataque al estómago y que tenía que irse a Cleveland, a su casa, acompañado de un médico.

Transcurrió más de un mes antes de que volviera a verlo. Esta vez él se negó a ir a su departamento, pero insistió en que ella se encontrara con él en sus cuartos del Ambassador. Pasaron una tarde moderada: el hombre se contentó con comer en Longchamps. Le compró un queso grande de Brie, en el Voisin del barrio, le contó un chiste anti-New Deal.

Debajo mismo de la superficie de su actitud amable había una hostilidad que la hería. Ella advirtió que se estaba esforzando en complacerlo. Todos sus gestos se tornaban excesivamente femeninos y demostrativos; era demasiado arqueado su modo de levantar las cejas; como una beldad profesional "passée", estaba exagerando el juego. Tengo que soltarme, se dijo; el tren sale de la estación; si sigo colgada, me veré arrastrada por sus ruedas. Hizo que la llevara temprano de vuelta a su casa.

Poco después recibió un pato que él había cazado en Virginia. No sabía cómo cocinarlo, y quedó en la heladera tanto tiempo que los vecinos protestaron por el olor.

Cuando recibió una carta que había sido dictada por él a su dactilógrafa, supo que el hombre se había dado por vencido. Después de eso lo vió otra vez... a la hora del cocktail. Ordenó dos Martinis dobles y se emborrachó ligeramente. Entonces su cordialidad revivió un instante, y le rogó con lágrimas en los ojos: "Olvida toda esta tontería revolucionaria, acuérdate que eres en el fondo del corazón la niñita de tu papá". Caminando sola, de vuelta, y tratando de decidir si tomaría algo en una confitería o si cocinaría una costilla en su casa, se sentía decaída y triste, pero a pesar de todo estaba contenta de no haberle contado nunca que había roto su compromiso.

Cuando su padre murió, el hombre debió de haber leído la noticia en los diarios porque ella recibió un telegrama que decía: *Sinceras condolencias. Has perdido al mejor amigo que tendrás en la vida.* Ella no lo archivó con los otros mensajes, sino que lo rompió cuidadosamente y lo tiró al canasto de papeles. Hubiera sido espantoso que alguien lo hubiera visto.

MARY McCARTHY

(Traducción de Marta Acosta)

FÁBULAS PARA NUESTRO TIEMPO

LA MOSCA MEDIO INTELIGENTE

Una gran araña que vivía en una casa vieja tejió una hermosa tela para atrapar moscas. Cada vez que una mosca se posaba y se enredaba en la tela, la araña corría a devorarla, para que las demás al pasar creyesen que aquél era un lugar seguro y tranquilo para descansar. Pero un día una mosca medio inteligente estuvo zumbando tanto tiempo alrededor de la tela, sin posarse, que la araña se presentó y le dijo: "Baja y pósate". Pero la mosca era demasiado inteligente para eso y le respondió: "Nunca me poso donde no veo otras moscas, y no veo ninguna en tu casa". Y se alejó de allí y voló hasta un lugar donde había muchas moscas. Cuando iba a posarse, una abeja zumbó diciéndole: "Ten cuidado, estúpida, que es papel de moscas, y ésas están todas presas". "No seas tonta", le dijo la mosca, "están bailando". Entonces se posó y quedó pegada en el papel con las demás.

MORALEJA: *No hay garantía en el número, ni en ninguna otra cosa.*

LA GALLINA Y LOS CIELOS

Había una vez una gallinita roja que estaba engullendo piedrecitas y gusanitos y granos en el corral cuando le cayó algo en la cabeza.

"¡Se están cayendo los cielos!", gritó; y echó a correr, gritando siempre: "¡Se están cayendo los cielos!" Todas las gallinas con quienes se encontraba, y los gallos, y los pavos, y los patos, se reían de ella, con aire protector, como se ríen los que no están asustados y ven el miedo ajeno. "¿Qué dices?", cacareaban y graznaban burlonamente. "¡Se están cayendo los cielos!", gritaba la gallinita roja. Al fin un gran gallo presuntuoso le dijo: "No seas tonta, querida; fué que te cayó un haba en la cabeza". Y se echó a reír, y todos se rieron, menos la gallinita roja. De pronto, con estrépito terrible, empezaron a caer grandes pedazos de nube cristalizada y enormes bloques de cielo azul congelado, y todo el mundo pereció, el gran gallo presuntuoso, y la gallinita roja, y todas las aves del corral, porque en realidad se estaban cayendo los cielos.

MORALEJA: *No me sorprendería nada que se cayeran los cielos.*

LOS CONEJOS QUE TENÍAN LA CULPA DE TODO

En una época que hasta los niños pueden recordar había una familia de conejos que vivía cerca de una manada de lobos. Los lobos declararon que no les gustaba la manera de vivir de los conejos (porque los lobos estaban encantados con su propia manera de vivir y creían que sólo ésa era la buena). Una noche murieron unos cuantos lobos en un terremoto, y se les echó la culpa a los conejos, porque es bien sabido que los conejos golpean el suelo con las patas de atrás y producen los terremotos. Otra noche, un rayo mató a un lobo, y de eso también se les echó la culpa a los conejos, porque es bien sabido que esos come-

lechugas producen el rayo. Los lobos amenazaron con civilizar a los conejos si no se conducían mejor, y los conejos decidieron huir a una isla desierta. Pero los demás animales, que vivían lejos, los avergonzaron diciéndoles: "Debéis quedaros donde estáis y ser valientes. Este mundo no es para los que huyen. Si los lobos os atacan, nosotros probablemente os defenderemos". Así es que los conejos se quedaron viviendo cerca de los lobos. Un día hubo una terrible inundación, y se ahogaron muchos lobos. De esto también se les echó la culpa a los conejos, porque es bien sabido que estos roezanahorias de orejas largas producen las inundaciones. Los lobos se echaron sobre los conejos, y para protegerlos los encerraron en una cueva oscura.

Nada se supo de los conejos durante semanas, y los demás animales preguntaron qué sería de ellos. Los lobos replicaron que habían devorado a los conejos y que por lo tanto el asunto era puramente interno. Pero los demás animales les advirtieron que podrían unirse contra ellos si no se les daba alguna razón que justificara la destrucción de los conejos. Entonces los lobos respondieron: "Trataban de huir, y, como sabéis, este mundo no es para los que huyen".

MORALEJA: *Hay que ir corriendo, no andando, a la isla desierta más próxima.*

EL LEÓN QUE QUERÍA PLANEAR

Había una vez un león que quería tener alas de águila. Le mandó decir al águila que viniera a visitarlo, y cuando llegó le dijo: "Te doy mi melena a cambio de tus alas". "Qué disparate", dijo el águila, "sin mis alas no puedo volar". — "¿Y eso qué?", dijo el león. "Yo no

vuelo ahora, y sin embargo soy el rey de los animales. Lo soy por mi magnífica melena". — "Bueno", dijo el águila, "pues dame primero tu melena". — "Acércate", dijo el león, "para que te la entregue". El águila se acercó, y el león, de un manotazo, la tiró al suelo. "¡Entrega esas alas!", rugió. Y le quitó las alas, pero no le entregó la melena.

El águila se quedó triste un rato, pero al fin tuvo una idea. "Apuesto a que no eres capaz de volar desde aquella roca grande que está allá arriba", le dijo al león. "¿Quién, yo?", dijo el león, y subió hasta la roca y se lanzó al aire. Como pesaba demasiado para las alas del águila y además no sabía volar, porque nunca lo había ensayado, cayó al suelo y se incendió. El águila corrió hacia él, le quitó sus alas, le arrancó la melena y se la puso. Entonces decidió volar hasta su nido de rocas para divertirse con su hembra. Al llegar, metió en el nido la cabeza cubierta con la melena del león y rugió con voz profunda y espantosa: *Hrrruuu.* La hembra, que era muy nerviosa, echó mano a una pistola y mató a su marido, creyendo que era un león.

MORALEJA: *No hay que dejar que las hembras nerviosas tengan pistolas a mano, sea lo que fuere lo que uno lleve puesto.*

JAMES THURBER

(*Traducción de Pedro Henríquez Ureña*).

LILY DAW Y LAS TRES DAMAS

Mrs. Watts y Mrs. Carson se encontraban justamente en la Administración de Correos de Victory cuando llegó la carta del Instituto de Ellisville para Deficientes Mentales del Estado de Mississippi. Aimee Slocum, todavía con un montón de cartas por despachar en la mano, vino corriendo a entregársela a Mrs. Watts, y las tres damas la leyeron juntas. Mrs. Watts mantenía el papel bien estirado entre sus manos regordetas, y Mrs. Carson subrayaba lentamente cada renglón con su índice endedalado. Todo el mundo en Correos las miraba, haciendo las más variadas conjeturas en sus adentros.

—¡Lo que se va a alegrar Lily —exclamó al fin, toda radiante, Mrs. Carson— cuando sepa que la enviamos a Ellisville!

—¡Se va a quedar de una pieza! —recalcó Mrs. Watts; y añadió, con voz chillona, dirigiéndose a una señora sorda—: ¡Lily Daw va a ingresar en el Instituto de Ellisville!

—¡No se les ocurra ir a decírselo a Lily sin mí! En seguida vuelvo, — advirtió Aimee Slocum, alejándose al trote para acabar de despachar el correo.

—¿No les parece a ustedes que allá cuidarán de ella como es debido? —preguntó Mrs. Carson, dirigiéndose a un grupo de señoras baptistas que aguardaban en Correos el momento de retirar su correspondencia. (Mrs. Carson era la esposa del predicador baptista.)

—Siempre he oído que estaba aquello muy bien, aunque parece que con más asilados de la cuenta... —comentó una.

—La pobre Lily es tan inocente, tan fácil de engañar... —apuntó otra.

—Anoche, en la función... —comenzó a explicar una tercera; pero en seguida, dándose cuenta de la imprudencia, se tapó la boca con la mano.

—Por mí no lo haga usted; ya sé que existen en el mundo esas cosas, —dijo Mrs. Carson, bajando los ojos y manoseando la cinta de medir que llevaba colgada al cuello.

—¡Por Dios, Mrs. Carson!... Bueno, el caso es que anoche, en la función, el hombre estaba empeñado en hacerla comprar una entrada...

—¡Una entrada!

—Hasta que mi marido se acercó y explicó al hombre que la infeliz no era una muchacha normal, cosa que confirmaron los demás.

Todas las señoras dejaron oír un leve chasquido de protesta contra la impudencia del desconocido.

—Eso no quita que la función fuera muy interesante, —afirmó la señora que había asistido—. Y Lily se portó de lo más bien. Como una verdadera señorita... Ni se movió de su sitio.

—¡Oh, cuando ella quiere, se conduce como una señorita! ¡Ésa es precisamente la lástima..! — suspiró Mrs. Carson, meneando la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

—La pobrecita no le quitó ojo a ese instrumento tan raro... ¿Cómo lo llaman?: ese que mete tanto ruido... ¡Ah, sí, el xilófono! —continuó explicando la señora que había asistido—. Ni un solo momento le quitó los ojos de encima. Estaba sentada delante de mí.

—Lo importante sería saber qué hizo después de la función —afir-

mó Mrs. Watts, con su habitual sentido práctico—. Lily está muy desarrollada para su edad.

—¡Por Dios, Etta! —protestó Mrs. Carson, con expresión alarmada.

—Ésa es precisamente una de las razones de que hayamos pensado enviarla a Ellisville —dictaminó Mrs. Watts.

—Cuando ustedes quieran, —propuso Aimee Slocum, acudiendo, con toda la cara recién empolvada—. Ya despaché el correo. No sé si las cosas saldrán a medida de nuestro deseo.

—Por lo menos, hay que esperar que así sea, —declaró una de las señoras, interpretando el sentir general. Un poco desconcertadas, sin embargo, tardaron todavía unos minutos en ir a recoger su correo.

Las tres señoras se detuvieron un instante al pie del depósito de agua.

—No va a ser cosa fácil encontrar a Lily, —advirtió Aimee Slocum.

—¡Sabe Dios dónde andará metida! —exclamó Mrs. Watts, con la carta en la mano.

—No veo el menor indicio de ella por estas latitudes, —declaró Mrs. Carson, remontando la calle junto con las otras dos señoras.

En este momento, pasaban por delante de la tienda de Ed Newton, ocupado a la sazón en colgar unos pizarrines para escolares del alambre que atravesaba el local.

—Si buscan ustedes a Lily, hace poco que estuvo aquí y me dijo que estaba arreglando sus cosas para casarse, —las previno oficiosamente Ed Newton.

—¡Ed Newton! ¿Qué está usted diciendo? —gritaron a coro las tres señoras, agarrándose una a otra, como a punto de caerse del susto. Y Mrs. Watts empezó a abanicarse nerviosamente con la carta del Ins-

tituto. Iba aún de luto riguroso, a causa de su viudez, y la menor cosa bastaba a alterarla.

—No hay tal cosa, Ed, Lily va a ingresar en el Instituto de Ellisville, —aclaró afablemente Mrs. Carson—. Mrs. Watts, Miss Slocum y yo le pagaremos el viaje de nuestro bolsillo. Por otra parte, ya sabe usted que los muchachos de Victory han dado su palabra de honor. Nadie pensó nunca en casar a Lily; aunque ella misma lo haya dicho, no pasa de ser una fantasía...

—Así será, puesto que ustedes lo dicen, —asintió Ed Newton, dándose una nalgada con uno de los pizarrines.

Al llegar al puente sobre la vía férrea, vieron a Estelle Mabers, sentada en un riel y bebiéndose una naranjada.

—¿Has visto a Lily? — le preguntaron.

—Aquí la debía estar esperando, —contestó la chica de Mabers, casi como si no se tratara de ella—. Jewel me ha dicho que estuvo hace un rato en la tienda y que se llevó un sombrero de 2'98, sin hacer caso a Jewel, que quería cambiárselo por otra cosa.

—¡Figúrate, Estelle, que Lily dice que va a casarse! —gritó Aimee Slocum.

—¡Habráse visto..! — exclamó Estelle, que por otra parte nunca acababa de comprender lo que le decían.

Loralee Atkins, tocando ruidosamente la bocina, se acercaba en su cochecito, con el propósito evidente de enterarse de lo que ocurría.

Levantando las manos en alto, Aimee se precipitó a su encuentro.

—¡Loralee, Loralee, tienes que llevarnos a casa de Lily Daw! Parece que se le ha metido en la cabeza que va a casarse.

—¡Atiza! Suban, si quieren.

—Menos mal que llegamos a tiempo, —suspiró Mrs. Watte, mientras la ayudaban a acomodarse en el asiento de atrás—. Ahora, lo que hay

que hacer es convencer a Lily de que el ir a Ellisville es más divertido que casarse.

—¡Hay que ver!

La voz triste de Mrs. Carson, triste como los ruidos en sordina de un gallinero al anochecer, proseguía, mientras daban la vuelta a la esquina:

—Nosotras costeamos el entierro de la pobre madre de Lily. ¿Y qué habría sido de Lily sin nosotras? Gracias a nosotras puede decirse que tiene un pedazo de pan que llevarse a la boca y un trapito que ponerse. Nosotras la enviamos también a la escuela dominical, a que aprendiera los mandamientos del Señor, y nos ocupamos de que fuera bautizada en la iglesia baptista. Y cuando el bribón de su padre empezó a pegarle e intentó un día cortarle la cabeza con la cuchilla del carnicero, si no hubiéramos intervenido nosotras, sacándola de su casa y buscándole un sitio decente donde estar, sabe Dios lo que habría sido de ella...

La casa de madera sin pintar, de tres pisos en su parte más alta, presentaba en su fachada unas ventanas con cristales de color violeta y amarillo. Considerablemente ladeada hacia la vía férrea, faltábanle los tres escalones de la entrada. El cochecito con las damas se detuvo bruscamente al pie del cedro.

—Lily hoy día es casi una mujercita, —continuaba diciendo Mrs. Carson—. Es decir, lo es ya, —rectificó, apeándose.

—¡Miren que hablar de casarse! —exclamó Mrs. Watts, torciendo el gesto—. Muchas gracias, Loralee; puedes volverte a casa.

Pasando por encima de las zinias polvorientas escalaron el porche y se colaron sin llamar por la puerta abierta.

—Siempre hay un olor raro en esta casa; cada vez que vengo lo noto, —observó Aimee Slocum.

Allí estaba Lily, en la penumbra del vestíbulo, arrodillada junto a un baulito abierto. En cuanto las vió, se metió en la boca el tallo de una zinia que tenía en la mano y quedó inmóvil, como si no las hubiese visto.

—¡Hola, Lily! —dijo Mrs. Carson, con acento de reproche.

—¡Hola! —repuso Lily. Y al cabo de un instante dió una vigorosa chupada al tallo de zinia, que exhaló un sonido muy parecido al de un grajo.

Allí estaba, con una falda por todo vestido, cosa por la que siempre estaba batallando con ella Mrs. Carson. Su pelo suelto, de un amarillento lechoso, le caía sobre los hombros, escapándose de un sombrero nuevo. Sabiéndolo, se le distinguía fácilmente en el cuello la cicatriz sinuosa.

Mrs. Carson y Mrs. Watts, que eran las más gruesas, se sentaron en la mecedora doble. Aimee Slocum ocupó la silla metálica regalada por los dueños de la droguería que se quemó.

—¿Qué estas haciendo, Lily? —inquirió Mrs. Watts, que dirigía el balanceo de la mecedora.

Lily sonrió.

El baulito era viejo, forrado de papel amarillo y pardo, con un dibujo de asteriscos sobre círculos y anillos más obscuros. Las tres damas se comunicaron mutuamente, por señas, la ignorancia en que se hallaban con respecto a su procedencia. Estaba vacío, con excepción de dos pastillas de jabón y un trapo de cocina verde, que Lily trataba ahora de acomodar en el fondo.

—A ver, dinos qué estás haciendo, Lily, —insistió Aimee Slocum.

—Mi equipaje, tonta, — declaró Lily.

—¿Y adónde vas a irte?

—A casarme. Ya querrías tú estar en mi lugar, ¿eh? — Pero un acceso de timidez acometió bruscamente a Lily, que volvió a metersę el tallo de zinia en la boca.

—Dime, hijita, —preguntó Mrs. Carson—, di a tu vieja Mrs. Carson por qué se te ha ocurrido esa idea de casarte.

—No, —contestó Lily, luego de un instante de vacilación.

—¡Qué lástima! ¡Nosotras que te habíamos preparado una cosa mucho más linda! —insinuó Mrs. Carson—. Por ejemplo: ¿no te gustaría ir a Ellisville?

—¡Eso sí que sería lindo! —apoyó Mrs. Watts.

—Es un sitio precioso, —corroboró Aimee Slocum con cierta inseguridad.

—Te han salido unos granos en la cara, —dijo Lily.

—Usted, mi querida Aimee, será mejor que no meta baza en el asunto, —aconsejó Mrs. Carson—. Cuando está usted delante, no sé lo que le pasa a esta chica que no da pie con bola.

Lily clavó los ojos en Aimee Slocum con aire meditativo.

—¿Qué, no te gustaría ir a Ellisville? —reiteró Mrs. Carson.

—No, señora — repuso Lily.

—¿Por qué no? —Y las tres damas se inclinaron hacia ella, con una expresión de sorpresa realmente impresionante.

—Porque me voy a casar, —manifestó Lily.

—¿Sí? ¿Y con quién te vas a casar, hijita? —preguntó Mrs. Watts, que era especialmente ducha en los interrogatorios.

Lily se mordió el labio inferior y sonrió. Luego, inclinándose sobre el baúl, cogió las dos pastillas de jabón, una en cada mano, agitándolas en el aire.

—A ver, explícanos —prosiguió Mrs. Watts—. ¿Con quién vas a casarte?

—Con el hombre de anoche.

Las tres damas dieron un respingo en el asiento y a duras penas contuvieron un grito. La posible realidad de un amante cayó de repente sobre sus cabezas como una granizada. Mrs. Watts no pudo menos de ponerse en pie y tardó unos instantes en recuperar su equilibrio.

—¡Seguramente uno de esos músicos! —exclamó.

Lily la miró con admiración.

—¿Es que... es que te hizo algo? —En fin de cuentas, Mrs. Watts era la única capaz de dirigir la pesquisa.

—Pues claro que sí —contestó Lily sin vacilar. Y luego de acariciar suavemente las pastillas de jabón con sus deditos, las envolvió en el trapo de cocina.

—¡Cómo! —gritó casi Aimee Slocum, incorporándose a su vez—. ¡Cómo!

—No hay que preguntarle cómo —intervino apresuradamente Mrs. Carson—. Contéstame, Lily... simplemente sí o no... ¿es que estás lo mismo que estabas? ¿No te ha ocurrido nada?

—Llevaba una chaqueta colorada —explicó Lily condescendientemente—. Y en las manos unos palitos con los que hacía: *¡pin-pon, din-don!*

—¡Qué horror! Temo que voy a desmayarme... —confesó Aimee Slocum, disponiéndose a hacer como decía. Pero las otras dos damas atajaron enérgicamente la tentativa.

—¡No es éste el momento para desmayos! —declaró Mrs. Carson, mientras Mrs. Watts exclamaba, como iluminada por un destello de intuición:

—¡El del xilófono! No cabe duda. ¡El muy indecente! ¡Merecía que lo sacaran a rastras del pueblo!

—¿Del pueblo? ¡Pero si ya no está aquí! —gritó Aimee—. ¿No sabe usted leer? El cartel del café decía: el 9 en Victory, el 10 en Como". En este momento debe hallarse en Como.

—¡Perfectamente! Pues lo haremos volver aunque sea a rastras. ¡Si se figura que va a escapársemeasí como así! —prorrumpió, amenazadoramente, Mrs. Watts.

—¡Silencio! —ordenó Mrs. Carson—. No creo que por ese camino vayamos a ninguna parte. Después de todo, es muy posible que sea lo mejor, lo mismo para ella que para nosotras, que ese hombre se haya quitado de en medio. El muy bribón no iba sino detrás del cuerpo de la infeliz, y sin duda no habría podido hacerla dichosa, aunque lo hubiéramos obligado a casarse, como era su deber.

—Sin embargo... —comenzó Aimée, abriendo mucho los ojos.

—¡Cállese! —ordenó Mrs. Watts—. Me parece que tiene usted razón, Mrs. Carson.

—Éste es mi *trousseau*, ¿saben? —dijo cortesmente Lily, señalando el baulito, en la pausa que siguió a las palabras de Mrs. Carson—. Ni siquiera lo han mirado. Tengo ya dos pastillas de jabón y una toalla. Y un sombrero también... el que llevo puesto. ¿Y ustedes, qué me van a regalar?

—Mira, Lily —dijo Mrs. Watts, volviendo a tomar en manos el asunto—, si eres buena y te vas a Ellisville, en vez de casarte, te regalaremos una porción de cosas muy lindas.

—¿Qué cosas? A ver.

—Yo te daré un par de fundas de almohada con vainicas —declaró generosamente Mrs. Carson.

—Yo, una torta grande acaramelada — ofreció Mrs. Watts.

—Y yo un recuerdo precioso de Jackson: un banquito de juguete, —dijo Aimee Slocum—. ¿Qué: te irás?

—No —contestó Lily con firmeza.

—Te daré, además, una Biblia pequeñita, monísima, con tu nombre en letras de oro, oro de verdad —dijo Mrs. Carson.

—¿Y si yo te regalara un sostén de crespón rosa con hombreras ajustables? —preguntó Mrs. Watts con solemnidad.

—¡Etta! ¡Por favor!

—¿Qué? ¿Acaso no lo necesita? —exclamó Mrs. Watts—. ¿Qué pensarían en Ellisville si la vieran sin más ropa encima que una falda, como una salvaje polinesia?

—A mí me encantaría ir a Ellisville —insinuó Aimee Slocum tentadoramente.

—¿Y qué iba yo a hacer en Ellisville? —preguntó Lily con dulzura.

—¡Oh, una porción de cosas! Podrías, por ejemplo, hacer canastas de mimbre, que es muy divertido... —dijo Mrs. Carson, mirando un tanto perpleja a las otras dos señoras.

—No; prefiero casarme —dijo al fin Lily, después de pensarlo un momento.

—¡Pero, Lily..! Eso es ya una testarudez —protestó Mrs. Watts—. Hace un instante dijiste casi que irías. ¡Y ahora te vuelves atrás!

—Ten cuidado, Lily, no hay que desobedecer al Señor. Le hemos consultado lo que más te convenía, y el Señor —lo mismo que Mrs. Carson— nos ha dicho que en ningún sitio estarías tan bien como en Ellisville.

Lily pareció impresionada, pero no dió aún su brazo a torcer.

—¡Ahora más que nunca hay que llevarla allá! —exclamó Aimee

Slocum, como bruscamente iluminada por un pensamiento aciago—. ¡Figúrense ustedes que..! ¡No es posible dejarla aquí!

—¡Oh, no, no, no! —dijo Mrs. Carson apresuradamente—. No hay que pensar en semejante cosa.

Y las tres damas se sentaron de nuevo, con aire de consternación.

—¿Y... si voy a Ellisville... podría llevar conmigo mi *trousseau?* —preguntó Lily tímidamente, mirándolas con el rabillo del ojo.

—Naturalmente... ¿Por qué no? —concedió Mrs. Carson lúgubremente.

Y las trés se pusieron en pie de nuevo, contemplando anhelosamente a Lily.

—¡Ah!... si puedo llevar conmigo mi *trousseau*...

—¡Pobrecita! Sólo piensa en su *trousseau* —cuchicheó Aimee Slocum.

—¡Bueno, es ya cosa decidida! —declaró Mrs. Watts, dando una palmada.

—¡Alabado sea el Señor! —murmuró Mrs. Carson, con un suspiro de alivio.

Lily las miró, y le brillaron los ojos. Ladeando ligeramente la cabeza, exclamó con voz chillona, como si imitara a otra persona (una persona desde luego absolutamente desconocida de las tres damas):

—*Okei*... ¡pichona!

Las tres damas, ya tranquilas, e incluso risueñas, habían comenzado a replegarse en dirección a la puerta. Pero, al oír la exclamación de Lily, se detuvieron en seco.

—Me parece que haré bien en quedarme con ella —propuso, después de un momento de vacilación, Mrs. Carson—. ¡Qué horror! ¿Dónde habrá podido aprender semejante expresión?

—¡Vaya usted a saber! —contestó Mrs. Watts, encogiéndose de

hombros con ademán pesimista—. Bueno, así la ayudará usted a hacer el equipaje. Dentro de poco sale el tren para Ellisville. En la estación nos encontraremos.

En la estación, el tren estaba ya resoplando. Casi toda la población de Victory se encontraba en el andén, esperando la salida. La Banda Cívica se había congregado espontáneamente, sin aviso previo, y aparecía diseminada en medio de la muchedumbre. Ed Newton soplaba en su trombón disponiéndose a dar la señal de empezar. Una canasta llena de pollitos se volcó en el andén y los pollitos, asustados, corrieron en todas direcciones. Todo el mundo quería ver a Lily vestida como Dios manda, pero Mrs. Carson y Mrs. Watts la habían metido en un vagón por la contravía, a fin de eludir la curiosidad pública.

Ambas damas iban a acompañarla hasta Jackson, donde había cambio de tren, temiendo que Lily, si iba sola, pudiese equivocarse y fuera a parar quien sabe adonde.

Mientras tanto, Lily estaba tranquilamente sentada entre las dos señoras, sobre el asiento de peluche, con el pelo bien peinado y recogido en un moñito, medio oculto por un sombrero azul, que Jewel había accedido magnánimamente a cambiar por el que Lily escogiera en un principio. Llevaba un vestidito de viaje confeccionado con parte del traje de luto de Mrs. Watts del verano pasado. Debajo del género, bastante delgado, se translucían las hombreras color de rosa del sostén. Un bolso, una Biblia y una torta recién hecha, todavía calentita, en su caja de cartón, se apilaban sobre su regazo.

Aimee Slocum, que acababa de volver de despachar el correo, estaba de pie en el pasillo del vagón, toda llorosa.

—Adiós, Lily —pudo decir al fin, con voz entrecortada. (Era la sensible del grupo.)

—Adiós, tonta —repuso Lily.

—¡Miren si no ha llegado nuestro telegrama para que salgan a recibirla! —gimió Aimee, asaltada por una horrible sospecha sobre la regularidad de las comunicaciones telegráficas—. ¡Con lo difícil que fué meterlo todo en diez palabras!

—Baje usted, Aimee, no sea que vaya a arrancar el tren y tenga usted que saltar en marcha —aconsejó Mrs. Watts, ya tranquila y manejando garbosamente su vistoso abanico—. ¡Qué calor tan atroz! Me parece que, en cuanto nos hayamos alejado unas cuantas millas, me voy a quitar el corsé.

—¡Por Dios, Lily, no llores! Y recuerda que tienes que ser muy buena y obediente, y hacer cuanto te digan. No olvides que, si te dicen o hacen algo desagradable, será exclusivamente por tu bien. —Y Aimee emprendió la retirada por el pasillo a toda prisa.

De repente, Lily se echó a reír, señalando con el dedo a un hombre de pie en el andén. El hombre en cuestión, a todas luces un forastero, vestido con un traje claro y cubierta la cabeza con una gorra, acababa de bajar del tren y miraba a su alrededor, un poco extrañado de ver tanta gente.

—¡Miren! —exclamó Lily, riendo alegremente.

—¡No señor, nada de mirar! —ordenó Mrs. Carson con energía, como queriendo grabar profundamente estas palabras en el cerebro tierno de Lily—. Hasta que llegues a Ellisville no tienes que mirar nada.

Al bajar del andén, Aimee iba tan acongojada que casi se dió un encontronazo con el forastero. Éste era bajito y un poco achaparrado, pero iba pulcramente vestido y hasta despedía un tufillo a perfume.

—¿Podría usted decirme, señora, donde vive una muchacha de este pueblo que llaman Lily Daw? —preguntó a Aimee, quitándose cortesmente la gorra y descubriendo así un bien atusado pelo rojo.

—¿Y para qué quiere usted saberlo? —preguntó Aimee con cierto aire de reto.

—Hable usted un poco más alto —rogó el forastero, aunque él, por su parte, hablaba casi en un susurro.

—¡Lily Daw se ha ido..! ¡Se ha ido a Ellisville! — gritó Aimee.

—¿Que se ha ido?

—¡Sí señor: a Ellisville!

—¿A Ellisville?

—¡Sí señor: a Ellisville!

—¡Esa sí que es buena! —exclamó el forastero, asombrado, y sacando el labio inferior sopló con tal fuerza que el mechón que le caía sobre la frente se alborotó.

—¿Para qué quería usted ver a Lily? —preguntó de repente Aimee, levantando la voz cuanto pudo.

—Pues simplemente porque nos íbamos a casar —contestó el hombre.

Aimee Slocum no pudo contener un grito. En seguida, señalando el largo estuche negro que yacía en tierra a los pies del hombre, retrocedió despavorida.

—¡El xilófono! ¡El xilófono! — gritó, sin saber qué partido tomar, mirando alternativamente al hombre y al tren, que empezaba a pitar.

No sabía, realmente, cual le daba más miedo. La campana de la estación comenzó a repicar, y el hombre seguía hablando.

—¿Dijo usted Ellisville? ¿No está eso en el Estado de Mississippi? —Y, sacando un cuadernito del bolsillo, anotó rápidamente algo, al tiempo que explicaba—: Soy un poco duro de oído, ¿sabe usted?

Aimee, meneando de arriba abajo la cabeza, como sumida en un abismo de perplejidad, dió una vuelta a su alrededor, examinándolo por todos lados.

El forastero, después de haber apuntado: "Ellis-Ville, Mississippi", subrayando cuidadosamente las palabras, prosiguió:

—¡Quién sabe! Es posible que ella no dijera que sí, ¡quién sabe! —Y, bruscamente, rompió a reír, con una risa que, por contraste con su anterior cuchicheo, parecía más estrepitosa—. ¡Estas mujeres! Bueno, si tocamos por casualidad en Ellisville, o por allí cerca, es muy posible que me decida a buscarla. Aunque tampoco es seguro.

El trombón dió aĺ fin la señal convenida y la banda rompió a tocar. La locomotora despidió un chorro de vapor blanquecino. Generalmente, el tren paraba tan solo un minuto en Victory, pero el maquinista conocía a Lily, de decirle adiós con la mano, y sabía que éste era un día solemne para ella.

—¡Espere! —gritó en ese momento Aimee Slocum—. ¡Espere! ¡Un momento, caballero! Voy a buscarla. En seguida se la traigo ¡Y usted, señor maquinista, aguarde un segundo!

Y saltó al interior del tren, corriendo lo más de prisa que podía hacia Mrs. Carson y Mrs. Watts.

—¡El hombre del xilófono! —acertó a balbucir—. ¡Está ahí: viene a casarse con Lily!

—¡Qué disparate! —murmuró Mrs. Watts, mirando hacia donde Aimee señalaba—. No veo a nadie. ¿Dónde se ha metido? Ése a quien está usted mirando es el tuerto Beasley.

—¡Ahí! ¡Ahí! ¡El hombrecito con la gorra! ¡No, no: el pelirrojo! ¡Pronto! Dense ustedes prisa.

—Pero, ¿será realmente el mismo? —preguntó Mrs. Carson a Mrs. Watts, no muy convencida—. ¡Alabado sea Dios! ¡Pero si es casi un enano! ¿No le parece?

—¡En mi vida le había visto! —aseguró Mrs. Watts. Pero, súbitamente, como asaltada por una idea, cerró de golpe el abanico.

—¡Vamos! ¡Hay que bajar! ¡Estamos en el tren! —apremió Aimee, acabando de perder la cabeza.

—Está bien, hija mía. No hay por eso que ponerse así. ¡Vamos! —exclamó a su vez Mrs. Watts, dirigiéndose a Mrs. Carson.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Lily, mientras las dos señoras se precipitaban hacia el pasillo.

—Te vamos a llevar a que te cases —explicó sumariamente Mrs. Watts—. Por cierto, Mrs. Carson, que haría usted bien en telefonear a su marido desde la estación.

—¡Pero si yo no quiero casarme! —empezó a gemir Lily—. ¡Yo quiero ir a Ellisville!

—¡Silencio! —ordenó Mrs. Carson—. Sé buena y tendrás luego un helado.

Estaban bajando justamente del vagón cuando la banda empezó a tocar la "Marcha de la Independencia".

Allí estaba aún el xilofonista, sentado sobre el estuche negro, acariciándose el tobillo con aire reflexivo. Al ver a Lily se puso en pie y, con un: "¡Hola, pichona! ¿Qué trucos son estos?", le dió un beso muy sonoro, que se oyó en casi todo el andén.

—¿De manera que es usted el joven que se quiere casar con Lily? —exclamó Mrs. Watts, sonriendo jovialmente—. ¡Pues aquí la tiene!

—¿Cómo dice usted? —preguntó el xilofonista.

—Mi marido es justamente el predicador baptista de Victory —le informó Mrs. Carson con solicitud—. ¡Qué afortunada casualidad!, ¿no es cierto? Voy a telefonearle, y dentro de cinco minutos lo tendremos aquí. Sé donde está en este momento.

Rodeando al xilofonista y charlando animadamente, pasaron a la sala de espera.

—Me parece que no voy a tener más remedio que llorar —declaró

Aimee Slocum muy emocionada. Y mirando hacia atrás, vió alejarse lentamente el tren hasta que hubo dado vuelta en la curva.

—¡Oh, el baulito con el *trousseau!* —gritó de repente Aimee, recordando que se había quedado en el tren.

—¿Con quién tenemos el gusto de hablar? —inquirió Mrs. Watts punto menos que a voz en cuello, al oído del xilofonista, mientras Mrs. Carson trataba de telefonear a su marido.

La banda continuaba tocando con el mayor entusiasmo. Unos aseguraban que Lily se había ido en el tren, pero otros afirmaban lo contrario. Todos, sin embargo, agitaban los brazos y lanzaban grandes hurras, y un sombrero de paja, que fué arrojado al aire por uno de los más entusiastas, se enredó en los hilos del teléfono, aumentando el regocijo general.

EUDORA WELTY

(*Traducción de Ricardo Baeza*)

ESCRITORES NORTEAMERICANOS QUE HAN COLABORADO EN ESTE NÚMERO

JOHN PEALE BISHOP nació en Charleston (Virginia Occidental). Después de terminar sus estudios en la Universidad de Princeton, formó parte del cuerpo expedicionario norteamericano en Francia durante la primera guerra mundial. Ha publicado, entre otros libros de versos, *Green Fruit, Now with his Love, Minute Particulars,* y una novela: *Act of Darkness.*

HART CRANE nació en 1899 y se suicidó en 1932 en un viaje de México a Estados Unidos. *The Bridge,* escrito en 1930, está formado por quince poemas unidos por una concepción simbólica del Puente de Brooklyn. *The Collected Poems of Hart Crane* lleva un prefacio de Waldo Frank.

E. E. CUMMINGS nació en 1894 y ha publicado ocho libros de versos. Libros en prosa: *The Enormous Room,* relato de sus experiencias en un campo de concentración francés durante la primera guerra mundial, y *Eimi,* donde cuenta su viaje a la Unión Soviética.

MARY MCCARTHY nació en 1912 y publicó en 1942 su primera novela: *The Company She Keeps.* Hace crítica teatral en "Partisan Review". Tiene en preparación una novela que se publicará este año.

MARIANNE MOORE nació en St. Louis (Missouri) en 1887. Formó parte del Consejo Directivo de "The Dial". Ha escrito poemas y ensayos. De sus tres libros, *What Are Years?* es el último (1941).

KATHERINE ANNE PORTER nació en 1894. Ha publicado dos libros de relatos: *Flowering Judas* y *Pale Horse, Pale Rider.* Este año aparecerá su primera novela: *No Safe Harbor.* Ha sido varias veces becada por la Guggenheim Foundation. Actualmente trabaja en una biografía del puritano Cotton Mather.

KARL J. SHAPIRO nació en Baltimore (Maryland) en 1913. Entró en el ejército en 1941 y está sirviendo en Australia. Su segundo y último libro de versos, *Person, Place and Thing,* apareció en 1942.

DELMORE SCHWARTZ nació en 1913 en Brooklyn (Nueva York). Además de su primer libro, *In Dreams Become Responsibilities,* ha publicado dos largos poemas, *Shenandoah* y *Genesis,* un volumen de cuentos y la traducción al inglés de *Une saison en enfer* de Rimbaud. Fué becado por la Guggenheim Foundation durante los años 1940 y 1941. Actualmente enseña en Harvard y forma parte del comité directivo de "Partisan Review".

WALLACE STEVENS, a quien ha dedicado no hace mucho un número especial "The Harvard Advocate", nació en 1880 y es vicepresidente de la "Hartford Accident & Indemnity Co." Ha escrito ocho libros de versos. Los más recientes, publicados en 1942, son *Parts of a World* y *Notes Toward a Supreme Fiction.*

DUNSTAN THOMPSON nació en 1918 y actualmente se encuentra luchando en Europa con el ejército de los Estados Unidos. Simon & Schuster acaba de publicar *Poems*, su primer libro.

JAMES THURBER nació en Columbus (Ohio) y ha publicado los siguientes libros: *The Seal in the Bedroom, My Life and Hard Times, The Owl in the Attic, Middle-age Man in the Flying Trapece, Let your Mind Alone!, Is Sex Neccesary?* (en colaboración con E. B. White), *The Last Flower* y *Fables for our Time.* Estos libros están ilustrados por el mismo autor. De Thurber ha dicho David Garnett: "Es el humorista más original de nuestro tiempo".

ROBERT PENN WARREN nació en 1905. Ha escrito varios libros de poesía y de crítica y dos novelas: *Night Rider* y *At Heaven's Gate.* Harcourt Brace acaba de publicar sus *Poemas escogidos.*

EUDORA WELTY nació en 1909. Ha publicado recientemente dos libros de cuentos, *A Curtain of Green* y *The Wide Net,* y una novela corta: *The Robber Bridegroom.*

MORTON DAUWEN ZABEL es profesor en la Universidad de Loyola de Chicago. Ha escrito *The Romantic Idealism of Art* y dirige *Literary Opinion in America.*

SUR expresa su vivo reconocimiento al Dr. Henry Allan Moe, de la Guggenheim Foundation, que prestó su generosa ayuda a Victoria Ocampo, directora de la revista, para obtener los materiales reunidos en este número; a Mr. Bowden Broadwater, cuya buena voluntad y discernimiento le fueron indispensables en la elección de los mismos; a Mr. Monroe Wheeler, del "Museum of Modern Art", y a Mr. Glenway Wescott, que tan gentilmente facilitaron su tarea.

Asimismo agradece a los autores y editores que le permitieron traducir y publicar los textos de este número.

El poema de Marianne Moore apareció en "The Nation" del 1º de mayo de 1943.

El poema de Hart Crane está incluído en *The Collected Poems of Hart Crane.* Editor: Liveright Publishing Corporation.

Los poemas de E. E. Cummings están incluídos en *The Collected Poems of E. E. Cummings.* Editor: Harcourt Brace.

El poema de Karl J. Shapiro apareció en "The New Republic" del 6 de agosto de 1943.

El poema de Wallace Stevens pertenece al libro *Harmonium.* Editor: Alfred Knopf, Inc.

El poema de Robert Penn Warren está incluído en el libro *11 Poems.* Editor: "New Directions".

Los poemas de Dunstan Thompson han sido tomados del libro *Poems.* Editor Simon & Schuster.

El relato de Katherine Anne Porter ha sido tomado del libro *Pale Horse, Pale Rider.* Editor: Harcourt Brace.

Las páginas de Delmore Schwartz pertenecen al libro del mismo nombre: *In Dreams Begin Responsibilities.* Editor: "New Directions".

El relato de Mary McCarthy forma parte del libro *The Company She Keeps.* Editor: Simon & Schuster.

Las fábulas de James Thurber pertenecen al libro *Fables For Our Time.* Editor: Hamish Hamilton, Londres.

El cuento de Eudora Welty ha sido tomado del libro *A Curtain of Green.* Editor: Doubleday, Doran & Co.

ÍNDICE

Pág.

Introducción, por *Victoria Ocampo* 7

A los ricos donantes. Pensamiento. Poetas del porvenir. Para ti, oh democracia. A orillas del Ontario azul, por *Walt Whitman* 11

Lo literatura en los Estados Unidos: panorama de 1943, por *Morton Dauwen Zabel* 17

Tema de las mutaciones del mar, por *John Peale Bishop* 67

En desconfianza de méritos, por *Marianne Moore* 79

Poema. En algún lugar que nunca recorrí, por *E. E. Cummings* 87

Proemio al puente de Brooklyn, por *Hart Crane* 93

Domingo a la mañana, por *Wallace Stevens* 99

Carta de Nueva Guinea, por *Karl J. Shapiro* 113

Terror, por *Robert Penn Warren* 121

Señor de fantasmas. Memorare, por *Dunstan Thompson* .. 129

El vino de mediodía, por *Katherine Anne Porter* 136

En sueños empiezan las responsabilidades, por *Delmore Schwartz* 202

El hombre de la camisa de Brooks Brothers, por *Mary McCarthy* 213

Fábulas para nuestro tiempo, por *James Thurber* 261

Lily Daw y las tres damas, por *Eudora Welty* 265

Escritores norteamericanos que han colaborado en este número 282

Todos los materiales han sido exclusivamente traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 037921.
Título de marca Nº 159.436.

ESTE CIENTO TRECE-CATORCE NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
PRIMERO DE ABRIL DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y CUATRO
EN LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA.